

CLARA WEST



La Práctica Hace
1ª PERFECCIÓN
UNA NOVELA DE PINE BARREN

la práctica hace la perfección

CLARA WEST

La Práctica Hace la Perfección © 2026 Clara West

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor. Para solicitar autorización, póngase en contacto con la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares es pura coincidencia.

también de clara west

La serie Pine Barren University

Más Allá de los Límites

La Práctica Hace la Perfección

Cambiando las Reglas del Juego

La Colisión Perfecta

La Apuesta Más Arriesgada

La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.

índice

[También de Clara West](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Extracto de Cambiando las Reglas del Juego](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[También de Clara West](#)

uno

EM

LA FORMA en que Declan mira a Lea tiene que ser ilegal en al menos cuarenta y siete estados.

Estoy encajada en la esquina del sofá de mi cuarto con ellos, viendo una repetición del Dancing with the Stars de anoche mientras intento fingir que no sé que están devorándose con los ojos a mi lado. Pero es difícil ignorar un ritual de apareamiento que se despliega a medio metro de distancia, sobre todo cuando el aire está tan cargado de hormonas que podrías embotellarlo y venderlo como afrodisíaco para fiestas de fraternidad.

—La puntuación me parece un poco alta para esa rumba —digo, desesperada por romper la tensión—. El movimiento de caderas era más rígido que el de mi abuela.

Ninguno de los dos responde a mi intento de conversación. Declan está demasiado ocupado mirando a Lea como si estuviera coreografiando mentalmente un tango muy privado y muy horizontal, y Lea se sonroja como si la hubieran pillado haciendo algo indecente. Que, hablando como una tercera parte nada neutral, es básicamente lo que están haciendo.

Mientras otro juez da otra puntuación inflada a otro baile mediocre, me meto un puñado de palomitas en la boca y mastico con agresividad. Hace veinte minutos, esta noche vibraba con la promesa de una excelente noche de chicas. Luego Declan mandó un

mensaje, y ahora soy el mal tercio de la pareja más perfecta y nauseabunda de Pine Barren.

—Debería terminar el trabajo que tengo que entregar la semana que viene —le anuncio a nadie en particular, mi pierna golpeando con un ritmo entrecortado contra la pata desgastada de la mesita.

—¿Hmm? —Lea por fin despega la mirada de Declan—. Pero si tú nunca empiezas la tarea antes de medianoche.

—Este semestre voy a cambiar mis costumbres. —Me levanto, sacudiéndome las migas de palomitas del regazo.

—Siéntate, Em —dice Lea, dando palmaditas al sofá—. Ahora viene el duelo de famosos, y eso nunca te lo quieres perder.

—No pasa nada. Tengo... cosas. —Hago un gesto vago hacia mi habitación, agradecida de pronto de que Lea y yo ahora tengamos una suite de la residencia, con nuestras propias habitaciones y benditas puertas separadas que cerrar.

Declan al menos tiene la decencia de parecer culpable.

—No era nuestra intención espantarte.

—Pues lo lograron —digo con una sonrisa exasperada, retrocediendo hacia mi cuarto—. Disfruten de su... programa... ¡y no rompan nada!

Cierro la puerta de mi habitación y me apoyo contra ella, escuchando los sonidos amortiguados de la tele y sus risas. Algo se retuerce en mi pecho; no son celos, exactamente, sino una punzada de reconocimiento. No he salido ni besado a nadie desde la secundaria, y ya estoy en el segundo semestre de mi primer año de universidad, después de un año sabático.

No es exactamente material de novela romántica.

No son solo Lea y Declan. Son Marnie y Trevor (¡por fin!). Es Ping enrollándose con gente. Todo mi grupo parece haber formado parejas, compartiendo bromas privadas y fluidos corporales, mientras yo hago de eterna sujetavelas, trabajando y estudiando sin parar, y maratoneando programas de telerrealidad para luego comentarlos por mensaje con mi abuela.

Una carcajada del salón se filtra por la puerta. Luego, silencio. Ese tipo de silencio que se tensa. Una ausencia de sonido repentina

y densa que grita seguro que están enrollándose o puede que estén follando en el sofá donde a veces cenas.

Mi cabeza da una sacudida rápida e involuntaria, un intento de desterrar el pensamiento.

De todas formas, no tiene nada de malo estar soltera. Algunas de las mentes más brillantes de la historia estaban solteras. Marie Curie... espera, no, estaba casada. ¡Jane Austen! Estaba soltera, y escribía sobre el amor todo el tiempo sin experimentarlo de verdad. Lo cual es un poco triste, si lo piensas.

Aparto los pensamientos estúpidos de mi cerebro estúpido y me quedo mirando el techo cubierto de estrellas fosforescentes. —Esto es patético —le digo al Cinturón de Orión—. Soy patética.

Durante años, he tenido una razón perfectamente válida para evitar las citas: trauma, cortesía de Derek de la secundaria, Rey de los Cabrones. Pero últimamente, viendo a Lea y Declan construir algo real... me he empezado a preguntar si estoy usando eso como excusa para no exponerme.

Me incorporo y agarro mi agenda —la de las pestañas con código de colores para cada asignatura, tipo de cita y categoría vital—. Paso a la parte de atrás, a la sección de metas personales, y me quedo mirando lo que escribí con auténtico entusiasmo el 1 de enero: «¿Quizás intentar salir con alguien otra vez?»

Hasta mi propósito de Año Nuevo era tibio.

La risa amortiguada de Declan viaja a través de la pared, seguida del chillido feliz de Lea. Y, por fin, algo se mueve dentro de mí: una placa tectónica de determinación que se separa al fin de la masa continental de mi miedo, para bien o para mal.

Agarro mi teléfono, abro la app de citas que me descargué hace una semana pero nunca usé, y pulso ese maldito botón de «Crear perfil» antes de poder convencerme de lo contrario. Diez minutos después, he subido tres fotos inofensivas y he escrito una descripción que es una mezcla de autoburla y (¡espero!) vagamente intrigante.

Mi dedo flota sobre el botón de «Activar perfil». Una vez que lo pulse, no hay vuelta atrás. Bueno, sí la hay —siempre podría borrar la app—, pero metafóricamente hablando, esto es una línea en la

arena. Una declaración de que yo, Amélie Charlotte Dubois, estoy lista para reincorporarme al mundo de las citas.

La cara burlona de Derek aparece en mi memoria. «Frígida de mierda, nadie querría follarte de todas formas.»

Pulso el botón.

La app emite un alegre ping, y me da un pequeño y bienvenido subidón de dopamina, como si acabara de lograr algo digno de una gran y maravillosa celebración. En realidad, lo único que he hecho es lanzarme al tanque de tiburones digital de las citas modernas. Pero es un comienzo.

Miro la hora y me doy cuenta de que voy a llegar tarde a la cena familiar en casa de mis padres. Así que, durante los siguientes treinta minutos, bato el récord de velocidad arreglándome, y salgo disparada sin despedirme de Lea y Dec, que claramente se han mudado a la habitación de ella por tiempo indefinido.

Y, justo antes de salir, mi teléfono suena con una notificación:

¡Tienes un nuevo match!

—Eso ha sido rápido —murmuro, pulsando para ver quién le dio «me gusta» a mi perfil.

Abro el mensaje.

Es una foto de un pene.

—Y empezamos con buen pie —suspiro, pulsando el botón de «rechazar».

Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.



—¡No puedo creer que alguien rompiera con mi hijo precioso! —se lamenta tía Marie, llevándose una mano a la frente con dramatismo—. ¡Es perfecto!

Mi primo, Louis, se hunde más en su silla, lanzándome una mirada que dice claramente: mátame ahora.

Esta es la quinta variación de la misma conversación en los últimos diez minutos. Las he contado, porque eso es lo que hace mi cerebro: categoriza y organiza información que nadie ha pedido.

Este colapso emocional en particular está archivado bajo «Reacciones Parentales Desproporcionadas: Edición Romántica» en mi archivador mental.

—El desamor es parte del camino de la vida —dice la abuela Penelope, dando un sorbo a su vino—. El dolor nos moldea. Nos hace más fuertes.

La miro de reojo.

—¿Eso es de uno de tus libros de autoayuda?

La abuela Penelope sonríe con picardía por encima del borde de su copa.

—No, cariño. Love Match. Temporada tres, episodio siete.

Abro la boca, indignada.

—¿Lo viste sin mí?

—Te mandé un mensaje, pero dijiste que estabas estudiando —dice—. Además, no podía esperar. Brianna iba a elegir entre el contable y el bombero.

—¿A quién eligió? —pregunto, momentáneamente distraída.

—A ninguno. Se escapó con el cámara. —La abuela guiña un ojo—. Giro inesperado.

Mi madre coloca una fuente humeante de coq au vin en el centro de la mesa. El rico aroma de pollo cocido en vino y hierbas llena el comedor de la modesta casa de mis padres en Trenton. Es la especialidad de mamá —el plato que prepara cuando quiere consolar a alguien— y hoy lo ha sacado por un Louis recién descorazonado.

—Al menos tú no tienes que preocuparte por esto —me dice mamá, señalando vagamente hacia Louis mientras se sienta—. Sin citas, sin corazones rotos.

Le sigue un instante de silencio tremendamente incómodo. Louis me mira desde el otro lado de la mesa, su expresión suavizándose. Él lo sabe. Lo de Derek. Lo que pasó en la secundaria. Por qué dejé de salir con nadie. Pero, para el resto de mi familia, es simplemente una curiosidad que suponen se resolverá con el tiempo.

Pero ni siquiera Louis sabe que he decidido meter un pie en el agua de nuevo.

—Qué suerte la mía —digo, sin estar lista por ahora para revelar mi decisión—. Toda la diversión de la universidad sin el drama de las

relaciones.

Como si lo hubieran planeado, mi teléfono vibra en el bolsillo. Y, mientras los demás parlotean sobre mi vida amorosa —o la falta de ella—, lo reviso discretamente debajo de la mesa. Es un mensaje de Lea:

¡Perdón si te espantamos! ¿Vemos una peli mañana?

Algo se retuerce en mi estómago, porque sé que la película probablemente tampoco va a pasar mañana. Lea prácticamente vive en el departamento de Declan desde que se liaron en el primer semestre, y aunque me alegro por ella, me ha dejado sola.

—¿Amélie? —La voz de mi padre me saca de mis pensamientos—. Estás a mil kilómetros de aquí.

Guardo el teléfono.

—Me llegó un mensaje de mi compañera de cuarto.

—¿La que sale con el jugador de hockey? —dice la abuela, antes de servirse más vino. A sus setenta y cinco años, bebe con el entusiasmo de un chico de fraternidad.

—Exjugador de hockey. Lo dejó para enfocarse en su arte. Pero sí, están muy... —Busco la palabra correcta—. Unidos.

—Eso es amor verdadero. Yo lo tuve una vez. —Tía Marie suspira y luego mira con intención a Louis, cuyo padre tuvo la sensatez de divorciarse de ella y mudarse a Seattle.

Mi padre alcanza la botella de vino, interrumpiéndola antes de que pueda volver a lamentarse del lamentable estado de su exmarido.

—¿Más, Marie?

—Por favor —dice, extendiendo su copa—. Estoy ahogando mis penas.

—¿Tus penas? —murmura Louis—. Al que dejaron fue a mí.

—¿Y cómo van tus clases este año, Amélie? —pregunta papá, cambiando de tema con maestría.

—Bien. —Enrollo pasta en el tenedor—. Con mucho trabajo por la doble carrera, pero tengo mi sistema y mi horario bien organizados.

Lo que no digo es que así es como me las arreglo. Cómo manejo el torbellino constante en mi cabeza, los pensamientos que corren y se agolpan y nunca terminan de asentarse. Las notas adhesivas y las

pestañas y los marcadores y los planes y el hablar constante — constante— crean orden a partir del caos.

—¿Y qué hay de amigos? —pregunta tía Marie—. ¿Algún chico guapo interesándose por mi sobrina hermosa?

Mi madre responde antes de que pueda hacerlo yo.

—Amélie se concentra en sus estudios. Es muy dedicada.

Ahí está otra vez: la suposición de que estoy feliz y voluntariamente célibe. Que he elegido los libros por encima de los chicos. Que soy una monja con un vestido bonito y zapatillas. Y, técnicamente, no se equivocan, dado que pasé todo el primer semestre en Pine Barren sin más compañía íntima que mi vibrador. Pero últimamente...

—He hecho algunos amigos —digo—. Mi compañera de cuarto, Lea. Unas chicas de mi planta, Marnie y Ping... pero ningún chico que valga la pena mencionar.

—Bueno —dice la abuela Penelope, levantando su copa—, brindemos por que Louis encuentre a alguien que lo merezca. Y por Amélie... —me lanza una mirada cómplice— ...por que encuentre lo que sea que está buscando, aunque le tome un poco más de tiempo del que tenía planeado...

Mientras chocamos las copas, mi abuela me observa por encima del borde de la suya, esos ojos afilados viendo más de lo que me gustaría. Sabe que estoy sola y que, a pesar del trauma que Derek dejó atrás, alguna parte obstinada de mí todavía quiere algo parecido a lo que tiene Lea.

Me mantengo bastante callada el resto de la cena, lo cual es muy inusual y muy difícil para mí. Louis lo nota, por supuesto. Hemos sido uña y carne desde niños, el tipo de primos que se comunican con movimientos de cejas y medias sonrisas, y él sabe que yo no dejo de hablar por nada.

Cuando terminamos el postre, Louis se empuja hacia atrás en la silla.

—Em y yo vamos a dar un paseo y a comprar yogur helado — anuncia.

—¿Ah, sí? —digo.

Asiente.

—Sí.

Mi madre frunce el ceño.

—Pero si acabo de servir el postre.

—Una persona puede comer dos postres, tía Madeline —dice Louis con la convicción de alguien que sobrevive principalmente a base de pizza y barras de proteínas.

—Volvemos pronto —añado, ya de pie, emocionada por la perspectiva de escapar de la bienintencionada pero asfixiante cena familiar.

Afuera, el aire trae el aroma de flores abriéndose que siempre he asociado con el final del invierno y el comienzo de la primavera. Caminamos en un silencio cómodo por media manzana antes de que Louis me pase un brazo por los hombros y me atraiga en un abrazo.

—Perdona por mi mamá —dice, apretándome antes de soltarme—. Ha estado así desde la ruptura. Es como si pensara que Macey fuera la última chica sobre la Tierra o algo así, y se le está derramando a lamentar a cualquiera —a mí, a ella, a ti— que esté soltero y «quizás nunca encuentre el amor verdadero».

Arrugo la nariz.

—¿No debería ser yo quien te consuele? A ti fue al que dejaron, al fin y al cabo...

Lo descarta con un gesto de la muñeca.

—Nah, ya lo superé.

—La ruptura fue la semana pasada.

—Y ya pasé página. —Sonríe—. ¿Qué puedo decir? Soy emocionalmente evolucionado.

Levanto una ceja.

—Tu teléfono todavía tiene su foto de fondo.

—Dije que no éramos compatibles, no que no estuviera buena —argumenta.

Me río.

—OK.

Llegamos al local de yogur helado, una tiendita con un letrero de neón y sillas que no combinan entre sí. Dentro, llenamos nuestros vasos: Louis con todos los ingredientes disponibles mientras yo separo los míos meticulosamente en secciones ordenadas, y me

pongo un poquito nerviosa cuando la salsa de frambuesa se mezcla con el coulis de maracuyá.

—Suéltalo —exige Louis mientras nos sentamos, metiéndole cuchara a su montaña de azúcar—. Tienes esa cara. La de cuando tu cerebro va a un millón por hora pero no te sale nada de la boca, lo cual básicamente desafía las leyes de la física en tu caso y podría provocar una explosión.

Tomo aire.

—Voy a empezar a salir con gente —digo, y rápidamente me lleno la boca de más yogur para obligarme a callar.

La cuchara de Louis se congela a medio camino de su boca. Un pegote de osito de goma cubierto de chocolate se desliza y cae con un plop sobre la mesa.

—OK...

—Tengo un plan —digo rápidamente, percibiendo su duda—. Un plan detallado, metódico, extremadamente bien pensado con contingencias de respaldo y salidas de emergencia que harían llorar de alegría a un inspector de bomberos, y...

Las cejas de Louis le suben hasta la línea del pelo.

—Em...

—...he visto a Lea y Declan juntos, y sí, ya sé que eso suena raro, no los he mirado mirado, sino que los he visto interactuar, y aunque a veces me dan ganas de vomitar con todo su rollo de enamorados...

—Em...

—...hay algo bonito en ello, y estoy cansada de estar sola con mi montón de peluches y mi cola de Netflix perfectamente alfabetizada y la opción de sushi o pizza en Uber Eats...

—¡EM! —Louis prácticamente grita, atrayendo miradas—. ¿Estás segura de que estás lista? Los universitarios no son exactamente conocidos por su madurez emocional.

—Por eso voy a usar apps de citas, con mis parámetros configurados para chicos mayores de veintidós. —Explico—. O sea, hombres con el córtex prefrontal completamente desarrollado que entienden el consentimiento y no consideran que el Axe sustituye a una ducha.

—Apps de citas. —Louis suspira—. Para alguien que nunca ha salido con nadie, eso es como aprender a nadar lanzándote en medio del Atlántico.

Arrugo la nariz.

—Eso es un poco dramático.

—Es un bautismo de fuego, Em —insiste—. Esas apps son mercados de carne en el mejor de los casos, y cloacas en el peor. Sobre todo para alguien sin experiencia.

—Salí con alguien en la secundaria —protesto.

—Un tipo. Que resultó ser Satanás en persona. —La voz de Louis se suaviza—. Mira, no estoy diciendo que no debas salir con nadie. Solo... quizás espera un poco más. Gradúate, conoce adultos de verdad en el mundo real.

—¡Eso está a años de distancia! —Clavo la cuchara en mi yogur, arruinando el arreglo perfecto que había creado—. ¿Y entonces cuál es tu sugerencia? ¿Mudarme a un convento? ¿Convertirme en una de esas mujeres que coleccionan gatos de cerámica y les hablan a sus plantas?

—Ya les pones nombre a tus plantas.

—¡Esa no es la cuestión! —Mi voz sube de frustración—. He pasado años escondiéndome. Años en los que no podía ni mirar a un chico sin que me entrara el pánico. Y ahora por fin siento que quizás, quizás, podría intentarlo de nuevo, ¿y me estás diciendo que espere?

Louis extiende la mano por encima de la mesa y toma la mía.

—Lo que digo es que no deberías lanzarte sin pensar, especialmente con apps de citas. Esas cosas están diseñadas para hacer que te sientas como una mierda contigo misma, y los tipos ahí...

—Son los mismos tipos que están en bares y cafeterías y en todos los demás sitios —termino por él—. Al menos en internet puedo investigarlos primero. Verificar antecedentes. Asegurarme de que no están en ningún registro de agresores sexuales.

—¿Vas a verificar los antecedentes de tus citas?

—¿Crees que no lo haría?

Una sonrisa reacia le tira de los labios.

—Buen punto.

Retiro mi mano y jugueteo con la cuchara.

—Entiendo lo que dices. De verdad. Pero, Louis, me da miedo que si no lo intento ahora, no lo haré nunca. Es como... es como cuando era chiquita y me daba miedo saltar del trampolín alto. ¿Te acuerdas de aquel verano en el campamento?

Asiente.

—Te quedaste ahí arriba dos horas, calculando el ángulo exacto de entrada que causaría el menor dolor.

—Y cuanto más tiempo me quedaba, más miedo me daba. —Lo miro a los ojos—. Estoy sentada en ese trampolín otra vez, Louis. Estoy muerta de miedo, pero necesito saltar. Necesito demostrarme a mí misma que puedo.

Louis se queda callado un largo momento, estudiando mi cara. Casi puedo ver cómo procesa todo en su cabeza mientras sopesa mi determinación contra su preocupación. Luego, con un suspiro resignado, lanza su cuchara dentro de su vaso vacío y apoya los codos en la mesa.

—Está bien —dice—. Voy a dejar de hacer de primo sobreprotector.

Me animo.

—¿En serio?

—Con una condición. —Levanta un dedo—. Yo investigo a los posibles candidatos.

Entrecierro los ojos.

—Define «investigar».

—Acoso en redes sociales. —Louis cruza los brazos—. Asegurarme de que no son asesinos...

—Los asesinos también tienen Instagram —protesto.

Levanta una ceja, y la culpa se me retuerce en el estómago. Louis fue mi roca durante aquellos días oscuros después de Derek. Cuando me transferí a su escuela privada en Nueva York durante mis últimos años de secundaria, se aseguró de que nadie se metiera conmigo, me presentó a sus amigos, y ni una sola vez me hizo sentir como la chica rota que yo creía ser.

Suspiro dramáticamente.

—Está bien. Pero solo porque ya tenía planeado investigar a fondo en redes sociales a cualquier persona remotamente interesante.

—Trato hecho.

Parece animarse con eso.

—¿Tienes a alguien en mente?

La pregunta me pilla desprevenida. Por una fracción de segundo, una imagen aparece en mi mente: Linc García en mi clase de estadística, su pelo oscuro rapado, sus ojos verdes, y esa sonrisa burlona permanente que hace que la mitad de las mujeres del campus se derritan en charcos de risitas.

Me he pillado mirándolo más de una vez, fijándome en cómo se desparrama en la silla pero de alguna manera sigue pareciendo atento, en la forma en que sus camisetas se tensan sobre sus hombros, en que de verdad toma apuntes en lugar de jugar con el teléfono como la mayoría de los otros chicos.

Pero Louis juega fútbol en su universidad. Conoce a los jugadores de hockey de varios eventos deportivos interuniversitarios, incluido Linc, y decirle a Louis que tengo aunque sea un mínimo interés en un chico con la reputación de Linc confirmaría todos los miedos que tiene sobre que vuelva a salir con alguien.

—Nadie en particular —miento—. Simplemente dejando mis opciones abiertas.

Louis no parece del todo convencido.

—Claro.

dos

LINC

MARIO KART ES el detector de mierda definitivo.

Jugando una partida en línea con algunos de los chicos del hockey, puedo saberlo todo sobre una persona según cómo reacciona cuando le dan con un caparazón azul. Hay gente —como Declan— que se lo toma con un suspiro filosófico. Otros —como Maine— lanzan el control al otro lado de la habitación y sueltan barbaridades a gritos.

¿Yo? Estoy en un punto intermedio. No pierdo los papeles del todo, pero me lo tomo como algo personal cuando ese cabrón azul con pinchos viene a por mí. Más o menos como ahora mismo, cuando mi Yoshi se sale disparado de Rainbow Road por culpa de un caparazón azul lanzado por Maine, que va de Bowser.

—¡Que te jodan, Maine! —le grito al televisor—. ¡Que no sepas conducir no te da derecho a llevarte por delante al resto!

La pantalla se divide en cuatro cuando cruzamos la línea de meta. El Wario de Declan queda primero, el Bowser de Maine segundo, y yo termino en mitad de la tabla. Los jugadores de la máquina rellenan el resto, pero me dan exactamente igual. Lo que importa es que fui el último humano en cruzar la línea, así que ahora me toca pagar la primera ronda en O'Neil's esta noche.

El móvil me vibra contra la mesita justo cuando suena la animación de victoria de Declan. Lo agarro, y es el chat de hockey —

no el grande con todo el equipo, sino el más reducido: Maine, Declan (aunque ya haya dejado el equipo), Rook, unos pocos más y yo.

Lo creamos el año pasado cuando Mike se lesionó y se puso intratable, y desde entonces lo usamos para coordinar cosas lejos de sus ojos y, de vez en cuando, quejarnos de él cuando se pone insufrible. Y, siendo sincero, eso es casi siempre.

Maine: ¿Alguien ha sabido algo de Mike hoy?

Rook: LINC NO TE OLVIDES DE DECIRLE QUE EL ENTRENAMIENTO ES MÁS TARDE.

Declan: ¿Por qué siempre estás gritando?

Rook: MAYÚSCULAS TRABADAS. ES BROMA, iiiiiESTOY EMOCIONADO POR LA VIDA!!!!

Maine: A veces me emociona la idea de bloquearte.

Resoplo, divertido. Rook escribe exactamente como habla: a volumen máximo y con cero contención. Es como si su personalidad estuviera permanentemente atascada en mayúsculas. Considero qué quiero decir, lo reconsidero, y al final decido soltarlo.

Linc: ¿No se lo puede decir otro?

El silencio en respuesta a mi mensaje es ensordecedor.

—Genial —murmuro.

Acepté mudarme de mi residencia a final del semestre pasado e irme a vivir con Mike para echarle una mano, pero había subestimado el coñazo que iba a ser. Está en su cuarto la mayor parte del tiempo, sombrío y con la música a todo volumen, y es agotador.

Linc: Vale, se lo digo yo. Está en su cuarto.

Declan: ¿Cómo está?

La respuesta instantánea de Declan me dice mucho. No quiere ir a comprobar cómo está Mike —demasiado ocupado jugando a la parejita feliz con Lea—, pero sigue preocupándose por su mejor amigo. La respuesta no es sencilla, porque, aunque yo esperaba que Mike volviera de las vacaciones de semestre en mejor estado de ánimo, parece tan sombrío como siempre.

Linc: Igual.

Es una no-respuesta, pero ¿qué más puedo decir? ¿Que se pasa horas viendo resúmenes de jugadas de la NHL? ¿Que lleva días organizando y reorganizando su equipo de hockey como si fuera una especie de ritual? ¿Que a veces lo oigo caminar de un lado a otro de su cuarto a las tres de la madrugada?

Declan responde con un pulgar hacia arriba, lo que significa que lo entiende. Él y Mike están muy unidos desde novatos. Si alguien comprende el lío complicado que es Mike Altman ahora mismo, es Declan. Ha dejado el equipo, pero sigue conociendo a Mike mejor que nadie. Debería haber sido él quien se mudara con Mike, pero con Lea...

Sí, a mí me tocó la pajita más corta.

Así que aquí estoy, haciendo de niñera de un jugador de hockey enfurruñado mientras intento no sentirme como un intruso en su espacio. El departamento sigue sintiéndose como el de Mike, aunque llevo aquí un tiempo. No he movido nada ni he añadido mucho aparte de ropa y mi consola, y a veces echo de menos mi antiguo sitio.

Con un suspiro, decido que es hora de enfrentarme a la bestia en su guarida.

Aun así, me acerco y llamo dos veces.

Sin respuesta.

Llamo otra vez, más fuerte.

—¿Mike? ¿Sigues vivo ahí dentro?

Un gruñido, que podría significar cualquier cosa, desde «estoy genial, gracias por preguntar» hasta «estoy planeando tu asesinato». Con el Mike de estos días, es difícil saberlo.

—Pasa —gruñe Mike al fin, con la voz amortiguada por la puerta.

Abro la puerta y me lo encuentro a mitad de una flexión, con las rodillas dobladas en un ángulo raro para evitar que el tobillo lesionado toque el suelo. Le brilla el sudor en la frente y el cuello, y la camiseta se le pega al torso como si se la hubieran pintado encima. La habitación apesta a Deep Heat y determinación.

—Hermano, ¿has oído hablar de abrir una ventana? —Me abanico la cara con la mano—. Aquí huele como por dentro de un calcetín de gimnasio.

Mike me ignora y sigue contando entre dientes.

—Cuarenta y siete... cuarenta y ocho...

Le tiemblan un poco los brazos, pero la forma es perfecta: espalda recta, codos pegados al cuerpo. El tipo tiene el torso de una estatua griega desde que se lesionó, como si lucir ocho abdominales marcados fuera a curarle por arte de magia los ligamentos destrozados del tobillo.

Me apoyo en su escritorio y sin querer tiro un portarretratos. Es una foto de él marcando el gol de la victoria el semestre pasado, antes de perderlo a él por la lesión y a Declan por el arte. Lo coloco rápido, pero no lo bastante como para esquivar su mirada de irritación.

—El entrenador nos quiere en el entrenamiento a las seis esta noche —digo, dando golpecitos en el móvil—. Maine cree que deberías venir... por la moral del equipo...

—Claro. —Su voz es plana—. Porque verlos patinar mientras yo me quedo sentado sin hacer nada es genial para la moral de todos.

Ignoro la amargura. A estas alturas es como respirar: simplemente forma parte de la atmósfera cuando estás cerca de Mike. Y tampoco puedo decir que le culpe, la verdad. Yo llevo impresionando a ojeadores de la NHL esta temporada y tengo posibilidades de llegar a profesional... Declan iba por el mismo camino, pero le dio la espalda al hockey... y Mike... bueno...

—Vamos a por pizza después del entrenamiento y luego a O'Neil's —añado—. La primera ronda la pago yo porque perdí al Mario Kart. Deberías venir.

Mike niega con la cabeza y coge su botella de agua.

—No puedo. Voy a terminar los ejercicios y luego he quedado con Lea para cenar.

Miente. Lo sé porque Declan me escribió hace diez minutos diciéndome que va a llevar a Lea a O'Neil's. Pero lo dejo pasar porque no tiene sentido señalárselo. Hacerlo solo conseguiría que se recluyera más en el agujero oscuro en el que vive últimamente.

—Genial —digo en su lugar—. Solo quería preguntar.

Me giro para irme, pero la voz de Mike me detiene.

—¿Cómo se ve el equipo? De verdad.

La pregunta me pilla desprevenido. Casi nunca pregunta directamente por el hockey, como si hasta pronunciar la palabra le fuera a quemar la lengua. Sigue siendo nuestro capitán, al menos de nombre, pero ha estado más ausente que presente desde que se lesionó.

—Nos estamos... adaptando —respondo con cuidado—. Pero no es lo mismo sin ti y sin Declan.

Asiente, mirándose el tobillo: el traidor que le arrebató su oportunidad en la NHL.

—¿Rook sigue siendo un desastre en la portería?

—Un caos absoluto —confirmo, agradecido por este pequeño fragmento de conversación normal—. Pero está mejorando. El entrenador lo tiene haciendo ejercicios extra.

Mike casi —casi— sonríe.

—Bien.

Se extiende un silencio entre nosotros, lleno de todo lo que no dice. Echo de menos al Mike que se reía de chorradas y que me retaba a concursos ridículos de comer en el comedor. Esta versión es amarga y distante, y cada vez que alguien menciona el hockey es como si hubiera un poco más de peso aplastándolo.

—El entrenador ha estado raro —digo, tanteando el terreno—. Ayer me llamó a su despacho.

La expresión de Mike cambia de forma sutil.

—¿Ah, sí?

—Sí. No me dijo para qué, solo que quería hablar conmigo después del entrenamiento de mañana.

Mike aparta la mirada, de repente muy interesado en ajustarse la tobillera.

—Seguramente no es nada.

Pero hay algo en su voz: una ligera tensión que antes no estaba. Sabe algo. Estoy seguro.

—Bueno —digo—, te dejo que sigas convirtiéndote en Hulk.

—Vale.

Cuando llego a la puerta, me giro.

—La oferta sigue en pie. A los chicos les encantaría verte.

—Me lo pensaré —dice, que en idioma Mike significa «ni de coña».

Cierro la puerta y me apoyo contra ella un momento. El peso de cargar con los sueños de hockey de dos personas parece hacerse más pesado cada día: los míos y ahora también los suyos. El móvil me vibra en el bolsillo.

Es un mensaje de mi madre:

iiiMi estrella del hockey!!! iTu tía dice que había ojeadores en tu último partido! ¿Hablaste con ellos? ¡Cuéntamelo todo!

Suspiro y vuelvo a guardar el móvil sin contestar. Justo lo que necesitaba: más presión. Entre la penumbra de Mike y su lesión, la reunión misteriosa del entrenador y las expectativas de mi madre, siento que estoy patinando sobre hielo cada vez más fino.

Y no sé cuánto más va a aguantar.



El olor es lo primero que me golpea.

Todo el mundo cree que el hockey va del sonido de los patines sobre el hielo, del chasquido de los palos o del rugido cuando el disco entra en la red. Se equivocan. El hockey es un hedor: sudor cocido en el equipamiento, Deep Heat untado en músculos tirantes, y suficiente Old Spice y Axe como para matar a cualquiera con un olfato funcional.

Es el olor de un equipo, de la ambición, y probablemente de varias infracciones sanitarias.

Dios, cuánto lo echaba de menos.

Empujo la puerta del vestuario y la familiar pared de sonidos y olores me envuelve. Las vacaciones se han acabado y el campus respira otra vez. Las voces rebotan en los casilleros metálicos, una sinfonía de gilipolleces y puyas que suena exactamente a volver a casa.

—¡GARCIA!

Apenas me da tiempo a prepararme antes de que el manazas de Maine me estampe una palmada entre los omóplatos con fuerza

suficiente para recolocarme la columna. Con su metro noventa y cinco, el tipo es básicamente un árbol andante con ojos azules y expresión permanente de estar a punto de contarte que acaba de inventar la electricidad o de tirarse a una supermodelo.

—¿Qué hay, hermano? —brama, la cara pecosa partida por una sonrisa—. Apenas supe de ti en Navidad. Te mandé un montón de mensajes...

—No, me mandaste un montón de mensajes —diecisiete, para ser exactos— de todas las tías con las que te habías acostado —respondo sin inmutarme—. Yo estaba ocupado haciendo literalmente cualquier otra cosa.

—Estoy ampliando mi repertorio fotográfico —bufa Maine—. Algunos tenemos que currárnoslo para estar a la altura de tu reputación...

Pongo los ojos en blanco, porque otra vez se ha propagado el rumor de que soy una especie de leyenda sexual del campus, pero al final sonrío.

—Pregúntale a tu madre sobre mi reputación...

Antes de que pueda terminar el chiste, un grito de guerra suena desde el otro lado del vestuario. Tengo aproximadamente medio segundo para prepararme antes de que Rook se me lance encima, enganchándose el cuello con el brazo con el entusiasmo de un labrador que acaba de descubrir las pelotas de tenis.

—¡LIIIIINC! —me grita directamente al oído.

—Joder, Rook. Baja la voz —me quejo, zafándome de su llave de cabeza.

Nuestro portero novato tiene exactamente dos niveles de volumen: alto y pero-qué-cojones-eso-era-una-sirena-antiaérea. Hoy está en el extremo superior del espectro, prácticamente vibrando de energía.

—Perdón, perdón —dice—. Es que estoy deseando volver al hielo, ¿sabes?

—Claro —digo, echando un vistazo al resto de los chicos en el vestuario.

Están todos —bueno, casi todos. Cooper le está explicando algo a Schmidt. Kellerman venda su palo con la concentración de alguien

desactivando una bomba. Martínez está despatarrado en el banco, ya con las espinilleras puestas, tecleando en el móvil con la velocidad e intensidad de alguien intentando evitar un lanzamiento nuclear.

Pero algo no cuadra.

La energía es distinta.

No es solo que falte Declan —su enorme presencia va a ser difícil de reemplazar— sino más bien como si el vestuario estuviera conteniendo la respiración. La temporada va por la mitad, estamos en tercer lugar, y el tobillo de nuestro capitán tiene más tornillos que hueso. Nadie lo dice en voz alta, pero todos estamos pensando lo mismo.

¿Cómo cojones hacemos que esto funcione?

Les hago un gesto a los chicos, respondiendo a sus saludos mientras me dirijo a mi casillero. El camino se hace más largo de lo que debería. El espacio junto al mío es el de Mike. Y lo ha sido desde novatos, cuando acabamos uno al lado del otro por casualidad.

Cuatro años con esta misma rutina, y hoy simplemente se siente mal.

El casillero de Mike nunca está ordenado. Es el chiste recurrente: el capitán del equipo no encuentra el suspensorio la mayoría de los días. Su espacio suele ser una zona catastrófica de envoltorios de barras de proteínas, calcetines sueltos sin pareja, cordones de patines enredados como si los hubiera atacado un gato, y su palo siempre a punto de caerse y abrirle la cabeza a alguien.

¿Pero hoy?

Su espacio parece la foto de un catálogo de equipamiento. Todo está doblado con precisión militar. Sus patines descansan encima, con las cuchillas extraídas y meticulosamente limpiadas, y su colección de palos, normalmente un montón caótico, está alineada en la esquina. Sin ropa sucia, sin botellas de agua a medias...

—¿Cuándo le ha hecho un Marie Kondo a su casillero? —le pregunto a Maine, que se está cambiando cerca.

Maine echa un vistazo, el tiempo justo para registrar la anomalía, y se encoge de hombros.

—Ni idea. Ni me había fijado.

Aunque Mike va a ser redshirt el resto de su último año con planes de volver la temporada que viene, seguirá siendo parte fundamental del equipo como capitán. Entonces, ¿por qué ha dejado su casillero como si hubiera terminado la temporada, y por qué no está aquí hoy?

Antes de que pueda seguir dándole vueltas al casillero antinaturalmente limpio de Mike, la puerta que conecta el vestuario con el despacho del entrenador se abre de golpe, y la cabeza del entrenador Barrett asoma, el cuello grueso forcejeando contra el cuello de la camisa como un bulldog intentando escapar de su correa.

—¡Cinco minutos para el hielo! —ladra. Su mirada barre la sala y aterriza en Rook, que en ese momento está ejecutando lo que parece una danza interpretativa sobre sus ligues de Navidad—. Y, por el amor de Dios, Fitzgerald, cierre el pico a menos que quiera correr los cuatro fáciles después del entrenamiento.

Los «cuatro fáciles» son el último instrumento de tortura del entrenador: un brutal circuito de cuatro millas alrededor del campus que «descubrió» durante las vacaciones. La ruta incluye la cuesta empinada detrás del edificio de ciencias, que es prácticamente vertical, y el sendero embarrado por el bosque donde los estudiantes se tuercen tobillos con frecuencia. No tienen nada de fáciles.

Rook cierra la boca de inmediato y le hace un pulgar arriba al entrenador.

—Sabia decisión —gruñe el entrenador antes de que su cabeza desaparezca y la puerta se cierre de un portazo.

—Juro que me oye respirar desde el otro lado del campus —murmura Rook.

Resoplo.

—Un sordo te oiría respirar desde el otro lado del campus.

Cruzo las puertas dobles hacia la pista y el familiar mordisco del aire frío me llena los pulmones. A pesar del peso que siento en el pecho por Mike, algo se afloja en mí al ver el hielo: liso, blanco, esperando. Vamos saliendo a la superficie, los patines cortando el hielo fresco, y el entrenador nos hace señas hacia el centro del hielo.

—Acérquense —grita, su voz resonando en el espacio cavernoso—. Esto es importante, antes de que empecemos...

El equipo forma un círculo disperso a su alrededor; los chicos intercambian miradas nerviosas y alguna que otra puesta de ojos en blanco. A estas alturas, estoy convencido de que el entrenador va a anunciar algo sobre Mike, porque no aparece por ningún lado, y la espera es insoportable mientras los palos descansan sobre los patines y las respiraciones se condensan en el aire gélido.

—Como todos saben —empieza el entrenador—, la lesión de Altman significa que no va a poder jugar el resto del año. —Su voz es pragmática, pero hay un trasfondo de decepción que todos sentimos—. He confirmado que será redshirt el resto de la temporada y volverá el año que viene para una temporada completa de último año.

Hay un par de sonrisas y un grito de alegría, porque eso le da una oportunidad a Mike.

—Seguirá asistiendo a partidos y entrenamientos cuando su calendario de rehabilitación se lo permita —continúa el entrenador—. Su objetivo, además de recuperarse y mantener su fuerza, será darnos apoyo desde el banquillo. Tiene una experiencia invaluable que no nos podemos permitir perder, pero también necesitamos liderazgo sobre el hielo.

Se me cae el estómago cuando la mirada del entrenador aterriza en mí.

—Garcia, el cuerpo técnico y yo, junto con Altman, hemos decidido nombrarle cocapitán para el resto de la temporada.

El anuncio golpea a los chicos como una onda expansiva.

—¡VAMOS, HOSTIA! —grita Rook, dando un puñetazo al aire con fuerza suficiente para casi caerse.

Maine me envuelve en un abrazo con un brazo que casi me parte las costillas.

—Totalmente merecido —le anuncia al equipo, como si yo no estuviera ahí al lado.

El equipo estalla en un coro de golpes de palo contra el hielo —nuestra versión de los aplausos— y de repente estoy rodeado de compañeros dándome palmadas en la espalda, chocando puños y

felicitándome. Schmidt hasta intenta un choque de manos complicado y luego pone cara de herido cuando no consigo completarlo.

—Ya lo practicaremos, Capi —dice, mortalmente serio.

Pero mientras mi cuerpo hace lo que toca —asentir, sonreír, chocar puños—, mi mente se ha quedado enganchada en un detalle: el casillero de Mike. El casillero impoluto y vaciado que ahora tiene todo el sentido del mundo. Él lo sabía antes que nadie, incluso antes que yo.

¿Me recomendó él? ¿O el entrenador me eligió sin contar con él?

El peso de la «C» se me asienta en los hombros: invisible, pero pesado. No es solo una letra; son expectativas, responsabilidades, presión. Es una declaración de que el entrenador confía en mí y de que el equipo me seguirá. Y no puedo evitar pensar que mi madre se va a volver loca de alegría, si es que no se ha enterado ya de alguna forma.

Pero es más que eso.

Debería sentirse como un honor, no como una carga. Sin embargo, debajo de todo está el miedo persistente de que no estoy preparado: ni para la responsabilidad, ni para las expectativas, ni para las inevitables comparaciones con Mike.

Pero preparado o no, aquí llega.

tres

EM

NO SÉ por qué la gente piensa que jugar al billar es divertido. Básicamente es geometría con palos, y el código de vestimenta es peor.

Pero aquí estoy, en O'Neil's un sábado por la noche, encaramada en un taburete alto, viendo a Linc dominar la mesa de billar por completo. Había pasado veinte minutos debatiéndome sobre si venir o no, hasta que Lea prácticamente me arrastró fuera de la habitación.

Había jugado, con toda la razón, la carta de «Llevas semanas diciéndome que quieres salir y esta es tu oportunidad...».

Así que me puse unos vaqueros y un top bonito, me planté una sonrisa en la cara y acepté salir. Pero no le había contado la verdadera razón de mi indecisión: la posibilidad de encontrarme con Lincoln Garcia, conocido de la clase de estadística, estrella de hockey, famoso ligón del campus y protagonista de al menos cuarenta y siete sueños altamente inapropiados.

Pero lo que empezó como un crush discreto es ahora una obsesión descontrolada.

Y es que, desde que decidí empezar a salir con gente, no he tenido suerte. No sé si estoy siendo demasiado exigente, pero poca gente me ha interesado lo suficiente como para deslizarse a la derecha, y los pocos que encontré fueron vetados por Louis por

diversas razones. Y, en el fondo, sé que hay una muy buena razón para mi entusiasmo tibio.

Ninguno de esos chicos está tan bueno como Linc ahora mismo.

Aunque él apenas sabe que existo.

Intento desesperadamente no mirarlo mientras se inclina sobre la mesa para apuntar un tiro, al menos hasta que la camiseta se le sube lo justo para dejar ver unos abdominales tensos. Atraen mi mirada como un agujero negro, la visión me seca la boca, y en ese preciso momento me doy cuenta de que venir esta noche ha sido un gran error.

Madre mía.

Le doy un buen trago a mi sidra y casi me atraganto cuando Linc me mira a los ojos a mitad de trago. Su ceja derecha se arquea mientras mete la bola sin siquiera mirar. La comisura de su boca se eleva en una media sonrisa que no debería afectarme tanto, pero mi cuerpo aparentemente no recibió el aviso.

—Presumido —murmuro, pero la música es demasiado alta para que me oiga.

—¿Qué has dicho? —grita Lea por encima de la música, acercándose desde mi izquierda.

—¡Nada! —le grito—. Solo estaba admirando la, eh, decoración.

Lea me lanza una mirada que dice que no se lo cree, pero por suerte no insiste.

Vuelvo a lo que mejor se me da cuando estoy nerviosa: observar detalles. Como la forma en que se mueve la garganta de Linc cuando le da un trago a su cerveza después de terminar su tiro. Cómo sube y baja su nuez. El leve brillo de sudor en su cuello que me hace preguntarme a qué sabría su piel si yo...

—¿Em? ¿Estás con nosotros?

Parpadeo rápidamente, el calor subiéndome por el cuello al darme cuenta de que Declan me está mirando.

Y también Maine, Linc —ay, Dios— y Lea.

—Perdona, ¿qué? —Mi voz sale más aguda de lo que pretendía.

—Te he preguntado si vas a coger otra clase de mates este semestre —repite Dec.

Linc asiente.

—Mencionaste que te gustaban, ¿no?

¿Se acordaba de eso?

Hice ese comentario una vez —UNA— mientras recogíamos después del examen final el semestre pasado. Un comentario al vuelo sobre cómo las matemáticas me parecían relajantes porque tienen respuestas correctas claras, a diferencia de mis asignaturas de educación, donde casi todo es subjetivo.

—Ah, eh, sí. —Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja—. Conceptos y Estructuras Matemáticas. Es un requisito de mi carrera de educación, ya que voy a dar clases en primaria.

—¿Con la profesora Chen? —pregunta Linc, cogiendo su cerveza.

Asiento, todavía sorprendida de que un jugador de hockey esté manteniendo esta conversación.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—La cursé en segundo año. —Se apoya contra la mesa de billar, y se me recuerda lo alto que es—. Las lecturas previas de esa clase son brutales.

Frunzo el ceño. Reviso mi correo de Pine Barren con devoción religiosa, rayando en lo obsesivo, algo imprescindible cuando haces malabares con dos carreras. De repente, la cabeza me empieza a dar vueltas al darme cuenta de que podría haberme perdido las lecturas previas de una asignatura entera, con las clases empezando mañana.

—¿Lista de lecturas? ¿Para mates? —Saco el móvil—. Lo he revisado esta mañana y no había nada.

—A lo mejor se fue a spam. —Linc se termina la cerveza de un trago y deja la botella vacía en una mesa cercana—. Necesito otra copa. Ven a la barra conmigo y te busco la mía de cuando la cursé.

Mi cerebro hace cortocircuito.

¿Está...?

No... ¿verdad?

Seguramente solo quiere ayudarme a aclarar lo de las lecturas.

—Claro —digo, intentando sonar natural mientras me bajo del taburete.

Lea me mira. Su expresión pasa de sorpresa a preocupación a algo que parece telepatía de pánico. Articula «¿estás bien?» con los

ojos muy abiertos. Lea conoce mi historial amoroso —o más bien, mi falta de historial— y nunca me ha visto irme a ningún sitio con un chico.

Respondo con lo que espero sea un encogimiento de hombros tranquilizador y me giro hacia Linc, que me hace un gesto para que vaya delante. Obedezco, hiperconsciente de lo cerca que está detrás de mí. El bar está abarrotado, obligándonos a abrírnos paso entre grupos de gente. Alguien me empuja y tropiezo un poco.

Entonces la mano de Linc me agarra del codo y me estabiliza.

—Cuidado —dice, con la boca cerca de mi oído—. No querría que te cayeras... a mis pies.

Alerta máxima en O'Neil's, me grita la cabeza. ESTÁ. LIGANDO. TOTALMENTE.

Me giro para mirarlo y está sonriendo abiertamente.

—Eso ha sido horrible —digo, pero yo también estoy sonriendo, aunque mi mente va a mil por hora.

—Pero te ha hecho sonreír —se encoge de hombros, y llama al camarero con una facilidad asombrosa—. Otra cerveza y... —Me mira interrogante.

—Sidra, por favor.

El camarero asiente y se aleja a preparar nuestras bebidas.

—Bueno, esta lista de lecturas —retomo el tema, sacando el móvil otra vez y comprobando dos-tres-cuatro veces que no tengo ningún correo de la profesora Chen—. No lo encuentro...

—A ver. —Linc se acerca más, su hombro rozando el mío. Huele increíble: a cedro y algo especiado—. La cosa es que... no existe.

Parpadeo.

—¿Qué?

—No hay lista de lecturas. —Su sonrisa se vuelve traviesa—. Solo quería tenerte a solas un momento.

Mientras mi corazón ejecuta una rutina acrobática digna de clasificación olímpica y mi cerebro emite un sonido parecido a AAAAAAAH, lo único que me sale es:

—Oh.

El camarero vuelve con nuestras bebidas, salvándome de tener que decir nada más. Le doy un buen trago a la sidra, con la

esperanza de que el alcohol arranque mi cerebro o lo calle; no estoy muy segura. Linc parece un poco decepcionado con mi reacción, porque me dedica una media sonrisa y se gira para volver a la mesa.

—¿Por qué? —pregunto al fin, con todo mi cuerpo deseando que se quede—. ¿Por qué querías estar a solas conmigo?

Los ojos verdes de Linc estudian mi cara con intensidad.

—Porque llevo queriendo hablar contigo desde que te vi entrar esta noche, y no se me ocurría mejor excusa.

—Podrías haber dicho simplemente «oye, Em, ¿hablamos?» —señalo.

—¿Habrías dicho que sí?

Buena pregunta. ¿Lo habría hecho? Probablemente no. Instinto de supervivencia y esas cosas.

—Quizás —digo sin comprometerme.

—¿Ves? Así ha sido más eficaz. —Le da un trago a su cerveza—. Eres guapísima, inteligente, y tienes los labios más besables que he visto en mi vida. El paquete completo, la verdad, aunque no estoy seguro de que la cantidad de mates que estudias sea del todo sana...

Mi cerebro erupciona como un volcán de feria de ciencias: pensamientos burbujeando y desbordándose por todas partes. ¿Lincoln Garcia —estrella de hockey de Pine Barren, rompecorazones del campus— acaba de decirme que tengo labios besables? Un momento, ¿acaba de llamarme guapísima y decir que tengo labios besables?

—Sabes —empiezo, las palabras saliendo más rápido de lo que mi cerebro puede filtrar—, técnicamente son dos piropos basados en el físico si contamos lo de los labios por separado, que probablemente deberíamos, ya que eso es más una subcategoría especializada de rasgos faciales que una valoración general de atractivo...

Mientras sigo parlotando, soy vagamente consciente de que su sonrisa se ensancha, pero no puedo parar.

—...lo cual es bonito, evidentemente, pero resulta un poco desequilibrado considerando todas mis muchas cualidades no físicas que son igual o más dignas de atención. Por ejemplo, ¿sabías que

puedo doblar una sábana ajustable perfectamente, o que soy una de las pocas...

Y entonces me está besando.

Sus labios se presionan contra los míos, cálidos y firmes, y todo mi sistema nervioso hace cortocircuito. Me quedo congelada, mi cerebro luchando por procesar el hecho de que Lincoln Garcia me está besando. En O'Neil's. A la vista de una mesa llena de nuestros amigos más cercanos y a la vista de todo el mundo.

Dios-mío-qué-está-pasando-esto-no-estaba-en-el-plan...

Pero cuando su lengua se desliza por mi labio inferior, suave pero insistente, algo dentro de mí se derrite. De repente, cualquier pensamiento sobre aplicaciones de citas desaparece, y me descongelo; mis manos suben hasta sus hombros mientras me inclino hacia él, hacia el beso, hacia la locura que sea esto, porque madre mía, esto es maravilloso.

El beso se profundiza y me pierdo en él, flotando en un mar de sensaciones. Sabe a cerveza, a menta, y a algo que solo puede ser él, que me hace querer llevar a cabo extensos experimentos de cata. Todo el torbellino me hace olvidar que estamos en un bar abarrotado hasta que alguien grita con entusiasmo detrás de mí.

—¡BIIIIIEEN! ¡Así se hace, Linc!

Abro los ojos de golpe y veo a uno de los jugadores de hockey — un chico alto con el pelo castaño claro rapado— aplaudiendo con demasiado entusiasmo. Me guiña un ojo, y no tengo ni idea de cómo responder a eso. ¿Le devuelvo el guiño? ¿Le doy las gracias? ¿Finjo que no lo he visto?

—Joder, Rook —murmura Linc entre dientes.

Ah. Así que ese es Rook. El portero con problemas de control de volumen que mencionó Lea.

Linc se aparta, con cara de avergonzado mientras se rasca la nuca.

—Perdona por eso.

—¿Por besarme o por Rook? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma de lo firme que suena mi voz, teniendo en cuenta que mi corazón está ejecutando una danza interpretativa.

—Rook —dice rápido—. Definitivamente por Rook. La parte del, eh, beso fue... —Se queda callado y luego sonrío abiertamente—. Sí, de eso no me arrepiento nada.

Me río, sintiéndome mareada y aturdida y completamente aterrorizada de la mejor manera posible. Mis labios todavía hormiguean, y puedo sentir mi pulso en sitios que no sabía que tenían pulso. Un vistazo rápido a la mesa me confirma que Lea, Declan y Maine están haciendo grandes esfuerzos por no mirarnos fijamente (y fracasando).

—¿Quieres volver a la mesa? —pregunta.

Debería decir que sí. Sería lo sensato. Volver con nuestros amigos, donde es seguro, donde no tendré la tentación de treparme a este hombre como a un árbol. Pero no quiero ser sensata. Por una vez, quiero volverme un poco loca. Porque aunque voy a un millón por hora, es con él, y mejor que fotos de penes...

—¿Y si salimos fuera? —pregunto impulsivamente.

Los ojos de Linc se oscurecen y una sonrisa se extiende por su cara.

—Sin duda —dice.

Me toma de la mano —su palma deliciosamente cálida y ligeramente callosa contra la mía— y me guía hacia la salida. Mi cerebro, que aparentemente ha hecho cortocircuito con el beso, se reinicia lo justo para hacerme darme cuenta de que debería decirle a Lea adónde voy.

Al pasar por nuestra mesa, cruzo la mirada con Lea. Levanta las dos cejas y articula en silencio «¡Tú sí que sabes!» con un entusiasmo que daría envidia a una animadora. Siento que las mejillas me arden lo suficiente como para activar alarmas de incendio, pero también hay un cosquilleo de emoción recorriéndome las venas.

El aire fresco de la noche me golpea la piel al salir, un alivio bienvenido después de la sofocante atmósfera del bar. La calle está llena de estudiantes yendo de fiesta en fiesta, pero Linc me guía hacia un lateral del edificio, lejos de la multitud y las farolas.

Nos refugiamos en un pequeño hueco donde la fachada de ladrillo se encuentra con el edificio de al lado; no es exactamente

privado, pero lo bastante en sombra como para no estar a la vista de todos. Y entre la mayor intimidad y la temperatura más baja, todo entre nosotros se siente más cargado.

—¿Estás bien aquí? —pregunta, con la voz más grave ahora, entrelazando sus dedos con los míos.

Asiento, sin fiarme de mi voz. Mi corazón late tan fuerte que estoy convencida de que puede oírlo por encima del bajo amortiguado que sale de O'Neil's. De hecho, es increíble que los vecinos del bar no se quejen del ruido, teniendo en cuenta que hay música en vivo todas las noches y...

—Llevo un tiempo queriendo hacer esto —dice Linc, frenando la carrera de mi cerebro, y me atrae hacia él hasta que estamos casi pecho contra pecho—. Desde el final de estadística.

—¿Cuando tuve un colapso mental por la pregunta diecisiete? —pregunto, mi capacidad de formar frases regresando milagrosamente.

Se ríe en voz baja.

—Estabas adorable, toda alterada y con el pelo saliéndose de la coleta.

—Dios mío, ¿te acuerdas de mi crisis académica? —Finjo estar escandalizada—. Qué vergüenza.

—Me acuerdo de todo sobre ti, Em —dice, y la sinceridad en su voz me da un vuelco en el estómago—. Me gusta tenerte así.

Antes de que pueda sobreanalizar esa frase (que es lo que mi cerebro se MUERE por hacer), me acuna la mejilla con su mano libre y se inclina, presionando sus labios contra los míos en un beso tan suave que apenas está ahí. Es tentativo, exploratorio, como si me estuviera dando la oportunidad de apartarme.

Pero apartarme es lo último que tengo en mente.

Cuando empieza a retirarse, algo dentro de mí se rebela. He pasado años evitando momentos como este, dejando que mis recuerdos y mis miedos ganen, y estoy harta. Envalentonada por la sidra y el deseo acumulado, me pongo de puntillas, deslizo la mano por su nuca y atraigo su boca hacia la mía.

Esta vez, no hay nada de tentativo.

Linc emite un sonido de sorpresa contra mis labios que rápidamente se transforma en un murmullo de aprobación cuando abro los labios, invitándolo a profundizar. Sus manos se deslizan a mi cintura, atrayéndome contra él hasta que mi pecho queda pegado al suyo. El calor de su cuerpo se filtra a través de mi top, y mis pezones se endurecen en anticipación.

Cuando su lengua se desliza contra la mía, un sonido suave escapa de mi garganta —mitad suspiro, mitad gemido. Sus manos trazan la curva de mi espalda, las yemas de los dedos presionando ligeramente mientras bajan hasta mis caderas. Cada caricia deja un rastro de calor que se acumula en la parte baja de mi abdomen, una pulsación que se instala entre mis muslos.

Me acuna la mejilla de nuevo, inclinándome la cabeza ligeramente para profundizar aún más el beso. Estoy sin aliento, mareada de deseo, con las manos deslizándose bajo el borde de su camiseta para sentir la piel cálida de su espalda. Sus músculos se mueven bajo mis dedos mientras me presiona suavemente contra la pared de ladrillo.

Cuando por fin nos separamos, los dos respiramos con dificultad. Sus ojos se han oscurecido, las pupilas dilatadas, y hay algo casi reverente en la forma en que me mira.

—Estás llena de sorpresas, Amélie —murmura, pronunciando mi nombre completo de una forma que lo hace sonar como una caricia.

Estoy demasiado atrapada en las sensaciones para formular una respuesta ingeniosa. Lo único en lo que puedo pensar es en cuánto quiero su boca de vuelta sobre la mía, en lo perfectamente que encajan nuestros cuerpos, en que la pared detrás de mí es lo único que me mantiene en pie.

—¿Quieres que entremos? —pregunta, apartándome un mechón de pelo de la cara.

—¿En tu boca? —susurro.

—Me refería al bar. —Se ríe.

—La verdad es que no —admito.

—¿Adónde, entonces?

La pregunta es directa, pero su tono es suave, dándome espacio para echarme atrás. Pero, a diferencia de antes, cuando dudé sobre

hablar con él en el bar, esta vez mi respuesta no me sorprende. He pasado demasiado tiempo escondiéndome de lo que quiero, y ahora mismo, quiero a Linc.

—¿Tu casa? —digo simplemente.

Asiente y me tiende la mano.

Y la acepto.

Mientras empezamos a caminar, saco el móvil del bolsillo con la mano libre y le escribo rápidamente a Lea:

Me voy a casa de Linc. No me esperes despierta.

Su respuesta llega al instante:

OK, ¡pero solo haz lo que te haga sentir cómoda! ❤️

Sonrío por la preocupación de mi amiga, pero no contesto. Sé que Lea quiere lo mejor para mí, y también sé que Louis me va a matar por no haberle dejado evaluar a Linc. Pero, alzando la mirada hacia Linc, su expresión una mezcla de deseo y algo más suave, me da igual.

Mientras caminamos de la mano por la calle lateral poco iluminada que lleva hacia las viviendas fuera del campus, no puedo evitar preguntarme si esto es un error. No porque no quiera esto — Dios sabe que sí— sino porque querer algo no significa necesariamente que estés preparada para ello.

Pero entonces Linc me aprieta la mano y me dedica esa media sonrisa que provoca cosas absurdas en mis entrañas, y aparto las dudas. Por una vez en mi vida, no voy a pensar demasiado. No voy a dejar que el miedo decida por mí. Esta noche, elijo lo que quiero.

Y ahora mismo, lo que quiero es Lincoln García.

cuatro

LINC

METO la llave en la cerradura y me detengo un segundo, haciendo un inventario mental del estado del departamento. La última vez que traje a una chica fue hace dos semanas: una estudiante de bioquímica cuyo nombre empezaba por M. ¿Melissa? ¿Melanie? El hecho de que no me acuerde probablemente dice algo poco halagador sobre mí.

Pero Em es diferente.

Sé su nombre. Lo sé desde que corrigió a nuestro profesor de estadística el semestre pasado y le hizo recalculer entero el problema de varianza muestral que había resuelto mal. Lo hizo con total naturalidad, sin un ápice de petulancia, solo confianza en su competencia.

Y, desde que la conozco a ella y su nombre, la he querido en mi cama.

Empujo la puerta, y de pronto caigo en que Mike puede estar en casa. No es que traer a una chica sea técnicamente un problema; lo he hecho muchas veces desde que me mudé con él. Pero el humor de Mike últimamente ha sido tan radiante como una pista de hielo en febrero, y no quiero que su nube de pesimismo arruine lo que sea que está pasando aquí.

Mis ojos van directos al cuenco de las llaves en la mesita de la entrada. Sin llaves. Recorro con la mirada el suelo donde Mike suele

quitarse las zapatillas a patadas después de entrenar. Sin zapatillas. El alivio me invade porque, al parecer, el bajón con patas ha decidido salir de casa esta noche.

Llevo a Em de la mano al interior, encendiendo la luz con la otra.

—Hogar, dulce mejora de residencia.

—Bonito sitio —dice, mirando alrededor—. Desde luego, le gana a compartir baño con otras diez personas.

—Por lo menos Hughes Hall tiene baños contruidos antes de 1930... —Sonríó—. Mi antigua casa de la fraternidad... no tenía esa suerte...

Se ríe al pasar por delante de mí, y capto una ráfaga de su aroma —vainilla— que me hace la boca agua. Cierro la puerta, soltándole la mano solo el tiempo justo para echar el cerrojo, y enseguida la atraigo hacia mí, con suavidad pero con insistencia.

—Hueles increíble —le digo, apoyándola suavemente contra la pared.

Se sonroja, lo cual es fascinante teniendo en cuenta adónde iba su mano hace cinco minutos detrás de O'Neil's. Pero acepto esta contradicción encantado: la chica tímida con fuego por dentro. Inclino la cabeza y le pego los labios al lado del cuello, justo debajo de la oreja. Ella ladea la cabeza, dándome mejor acceso.

—¿Esto está bien? —murmuro contra su piel.

—Mm-hmm —responde, el sonido vibrando contra mis labios.

Voy dejando besos a lo largo de su cuello, saboreando la suavidad de su piel, el pulso acelerado que noto bajo mis labios. Cuando llego a la base de su garganta y succiono suavemente, suelta el suspiro más bonito que he oído en mi vida —mitad jadeo, mitad gemido— que me manda la sangre hacia el sur tan rápido que me mareo.

Mis manos encuentran su cintura, los dedos hundiéndose ligeramente en la tela de su camiseta. Al acercarla más y pegarme a ella, responde a cada caricia, a cada beso, su respiración cada vez más entrecortada con cada segundo que pasa. Es embriagador.

—Mike no está en casa —murmuro contra su clavícula.

—¿Eso es... relevante ahora mismo? —Está sin aliento, la voz más aguda de lo normal.

Me río contra su piel.

—Significa que no tenemos que preocuparnos por hacer ruido.

—Oh. —La sílaba le sale como un chillido.

Me aparto un poco para mirarle la cara, intentando descifrar su reacción. Tiene las mejillas encendidas, los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos. Parece excitada y aterrorizada a partes iguales. Es adorable —y preocupante—, y por mucho que no quiera parar, freno un momento.

—Oye —digo, suavizando la voz—. Podemos simplemente hablar o ir despacio, si quieres. No hay presión.

Por un momento parece confundida, pero luego sonrío.

—No, quiero... esto. —Hace un gesto vago entre los dos—. Es solo que... hace mucho que no...

Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Podemos ir todo lo despacio que quieras.

Se muerde el labio, lo cual es tan sexy que debería ser ilegal.

—Despacio está bien.

—¿Quieres ver mi habitación? —pregunto, de pronto deseando tenerla en mi espacio, rodeada de mis cosas y no de las de Mike.

Em se ríe bajito, todavía con ese aire tímido, aunque sus manos están apoyadas en mi pecho.

—Sutil... ¿Por qué no me preguntas si quiero copiar tus deberes?

—Para que lo sepas, mis deberes son de primera —digo con cara de póker—. La crítica los ha calificado de «moderadamente competentes» y «no los peores que han visto».

Se ríe, y el sonido me hace algo en el pecho: lo siento más ligero y más apretado al mismo tiempo.

—Tú primero, García —dice.

Le tomo la mano otra vez y la guío por el pasillo corto hasta mi habitación. Soy hiperconsciente de que viene detrás de mí, siento su presencia como un peso físico. Me pican las manos por volver a tocarla, por comprobar si la piel de su espalda es tan suave como la de su cuello, por descubrir qué otros sonidos puedo arrancarle.

Pero me detengo en la puerta.

El umbral.

Porque quiero que lo cruce ella primero.

Me hago a un lado, y ella entra en mi habitación.

Pero de pronto soy consciente de la cama sin hacer y del cesto de ropa sucia rebosando de equipo de hockey que probablemente tiene bacterias tan evolucionadas que podrían ir solas hasta la lavadora a estas alturas. Mucho más consciente de lo que suelo estar en mis rollos de siempre, donde es más bien una situación de «este soy yo, lo tomas o lo dejas»...

Em no parece darse cuenta, o al menos es lo bastante educada como para no comentar nada.

Le tomo la mano y la guío hasta la cama. Se sienta en el borde, y tengo que pararme un momento solo para mirarla. El pelo oscuro le cae en ondas suaves alrededor de la cara, los ojos abiertos y expectantes, los labios hinchados de nuestros besos. Verla en mi cama hace que algo primitivo en mi pecho ruja de satisfacción.

—Quedas bien ahí —digo, con la voz más ronca de lo que pretendía, mientras algo en el fondo de mi mente me informa de que esto se siente como algo más que un rollo cualquiera.

Sonríe, mirándome desde debajo de sus pestañas.

—¿Dónde exactamente? ¿En tu habitación? ¿En tu cama? ¿En tu vida?

—En las tres. —Me acerco a ella y me siento a su lado en el colchón—. Pero sobre todo en mi cama.

Su sonrisa flaquea un poco, y me pregunto si he dicho demasiado. Pero antes de que pueda darle muchas vueltas, me inclino y la beso otra vez, suave al principio y luego con una urgencia creciente a medida que ella responde. La voy reclinando hasta que queda tumbada con la cabeza sobre mi almohada, el pelo abriéndose en un halo oscuro contra la tela azul marino.

Me estiro a su lado, apoyado en un codo, mientras mi otra mano le acaricia el estómago, donde se le ha subido la camiseta. Su piel está caliente, casi ardiendo, bajo mis dedos. Cuando me muevo para apoyar medio cuerpo encima de ella, noto el calor que irradia de entre sus piernas, y mi cerebro sufre un cortocircuito.

La idea de deslizar la mano hasta allí, de sentir lo mojada que está, de observarle la cara mientras le meto un dedo... es casi abrumador. Y necesito hasta el último gramo de fuerza de voluntad

que tengo para evitar que mi cuerpo tome el mando y trate de devorarla lo más rápido posible.

Pero prometí ir despacio.

Así que, en cambio, dejo que mi mano suba por debajo de su camiseta, recorriendo el contorno de sus costillas hasta llegar al encaje de su sostén. Paso el dedo por el borde, notando el contraste entre la tela delicada y su piel suave. Cuando le paso el pulgar por el centro del sostén, jadea y se arquea ligeramente hacia mi mano.

—¿Esto está bien? —pregunto, observándole la cara con atención.

—Sí —susurra—. Muy bien.

Continúo mi exploración, rodeándole el pezón a través del encaje, viendo fascinado cómo se le acelera la respiración. Cuando aprieto un poco más, suelta un sonido pequeño y desesperado que me va directo a la entrepierna. Pero, otra vez, toda mi fuerza de voluntad me dice que vaya con calma... que vaya despacio... que no lo arruine...

—Quiero quitarte esto —digo, tirando suavemente de su camiseta—. ¿Puedo?

Asiente, ya llevando las manos al dobladillo. Entre los dos se la sacamos por la cabeza, y entonces está ahí tumbada en un sostén de encaje azul pálido que le hace maravillas al escote. Recorro el borde de la copa donde se encuentra con su piel, casi con reverencia.

—Eres preciosa —le digo, con cada sílaba en serio.

Se le sonrojan las mejillas, pero no aparta la mirada. En cambio, levanta la mano para pasarme los dedos por el pelo y tirar de mí hacia otro beso. Le devoro la boca mientras mi mano sigue masajeándole el pecho por encima del sostén. El pezón está duro contra mi palma.

—Em —murmuro contra su piel—. ¿Puedo probarte? ¿Aquí? —Le paso el pulgar por el pezón otra vez para dejar claro a qué me refiero.

Parece aturdida un momento, como si le costara procesar la pregunta. De hecho, por primera vez se me ocurre que es como masa entre mis manos, totalmente moldeable. Eso me hace tener el

doble de cuidado de no asumir nada con ella, ni hacer nada que pueda arruinar esto.

Pero, en respuesta a mi pregunta, vuelve esa sonrisa tímida, acompañada de un pequeño mordisco en su labio inferior que me vuelve loco. Asiente, un movimiento pequeño y vacilante. Se nota que se esfuerza mucho por no soltar un millón de palabras, tensa y emocionada al mismo tiempo.

—Necesito palabras —digo con suavidad, intentando que se relaje—. Necesito oírte decirlo.

—Sí —susurra, y luego sonrío y se aclara la garganta—. Sí, me gustaría.

Después de mirarla a los ojos un segundo y no ver más que deseo, llevo las manos a su espalda para desabrocharle el sostén, con los dedos sorprendentemente firmes a pesar de la anticipación que me recorre. Cuando el cierre se suelta, le deslizo los tirantes por los brazos, revelando sus pechos ante mi mirada por primera vez.

Son perfectos: no grandes, pero tampoco demasiado pequeños, con pezones rosados que se endurecen aún más cuando les da el aire frío. O quizá es mi mirada ardiente. En cualquier caso, es lo más erótico que he visto en mucho tiempo. Y no hay nada en este mundo que desee más ahora mismo que hacer con ellos lo que me plazca.

Bajo la cabeza y me llevo un pezón a la boca, succionando suavemente al principio, y luego con un poco más de presión cuando ella gime. Sus manos vuelven a encontrar mi pelo, sujetándome contra ella mientras rodeo la punta sensible con la lengua. Subo la mano para abarcarle el otro pecho, apretándolo mientras ruedo el pezón entre mis dedos.

—Dios mío —jadea, con las caderas moviéndose inquietas debajo de mí.

Cambio al otro pecho, dándole la misma atención mientras mi mano se encarga del primero, manteniendo el pezón tenso y húmedo de mi boca. Todo su cuerpo responde a mi tacto: pequeños escalofríos, gemidos suaves, el modo en que sus caderas parecen buscar fricción contra algo, lo que sea.

Saber que soy yo quien la hace sentir así, que responde de esta manera a mi tacto, me provoca una oleada de posesividad que no esperaba. Quiero hacerla sentir bien. Quiero ser yo quien le enseñe lo que es el placer.

Llevo meses ardiendo por ella.

Pero ahora quiero hacerla arder a ella.

Vuelvo a subir para besarla en la boca, pegando mi cuerpo con más firmeza al suyo. Incluso a través de nuestros vaqueros, noto su calor, y sé que ella nota lo duro que estoy. Y, como si fuera una señal, sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta, recorriendo los músculos de mi espalda, y gimo al sentir el contacto.

Quiero sentir sus manos en todas partes.

Se calienta más a cada segundo, su cuerpo prácticamente irradiando contra el mío. Sus muslos se mueven debajo de mí, buscando fricción que estoy más que dispuesto a darle. Presiono las caderas hacia abajo, dejando que sienta exactamente lo que me está provocando, y ella suelta un gemido suave que casi destroza mi autocontrol.

He estado con muchas mujeres, pero hay algo diferente con Em: la forma en que responde como si todo fuera nuevo y emocionante. Como si le estuviera dando algo que nunca ha tenido. El pensamiento me hace querer ir aún más despacio, saborear cada reacción, catalogar cada sonido que hace cuando la toco en el punto justo.

Mis dedos descienden por su estómago, notando cómo se le estremecen los músculos bajo mi tacto. Recorro la cinturilla de sus vaqueros, observándole la cara con atención en busca de cualquier señal de duda. Pero tiene los ojos entrecerrados, los labios entreabiertos, la respiración rápida y superficial.

—¿Puedo desabrochártelos? —pregunto, enganchando un dedo justo por dentro de la cinturilla.

Y así, sin más, todo cambia.

El cuerpo entero de Em se pone rígido. Abre los ojos de golpe, ya no nublados de deseo sino afilados con algo que se parece inquietantemente al miedo. Su mano me agarra la muñeca, deteniendo mi movimiento.

—¿Em? —Me aparto un poco, la confusión reemplazando la excitación—. ¿Qué pasa?

No contesta. En cambio, niega con la cabeza frenéticamente, empujándose por los hombros hasta que me quito de encima. Se incorpora a toda prisa, coge su camiseta y se la mete por la cabeza sin molestarse en ponerse el sostén.

—Te-tengo que irme —balbucea, sin mirarme a los ojos mientras se baja la camiseta—. Tengo una clase temprano mañana. Necesito volver a mi residencia.

¿Clase temprano? Mañana es domingo.

—Oye, para —digo, extendiendo la mano hacia ella pero sin llegar a tocarla—. ¿Qué ha pasado? ¿He hecho algo mal?

—No, no eres tú, es que... —Se levanta de golpe—. De verdad, tengo que irme. Se me ha olvidado una... cosa que tengo que hacer.

Está mintiendo. Eso es obvio. Pero ¿por qué? Todo iba genial —mejor que genial— y en cuestión de dos segundos se ha cerrado por completo. La sigo fuera de la habitación, con la cabeza a mil intentando entender qué coño acaba de pasar.

—No hay problema con que quieras parar, pero al menos déjame acompañarte a casa —digo—. Es tarde, y la parada del autobús nocturno no tiene farolas.

—Estaré bien. —Ya se está metiendo los pies en los zapatos sin molestarse en atarse los cordones—. Yo... cojo autobuses en la oscuridad todo el rato... de hecho, es bastante relajante...

Su balbuceo no me tranquiliza en absoluto. De hecho, me dan más ganas de insistir, pero algo en su postura —la forma en que se abraza a sí misma, los brazos cruzados protectoramente sobre el vientre— me dice que necesita espacio más que compañía.

—Em, por favor, háblame. —Odio lo frustrado que sueno, pero no puedo evitarlo—. Si he cruzado algún límite...

—No lo has hecho —me corta, por fin mirándome—. Solo es que... no puedo con esto ahora mismo. Lo siento, ¿vale?

Antes de que pueda responder, ya está abriendo la puerta de un tirón y prácticamente saliendo a correr por el pasillo. Me quedo congelado un segundo, completamente pillado por sorpresa. Para

cuando mi cerebro reacciona y salgo corriendo detrás de ella, lo único que veo son las puertas del ascensor cerrándose, llevándosela.

Me quedo mirando las puertas cerradas, totalmente desconcertado.

—¿Qué cojones ha sido eso? —susurro.

Hace un minuto se derretía en mis brazos, y al siguiente no se podía ir lo bastante rápido. No tiene sentido. Creía que teníamos química —de esa que te hace olvidar todo lo demás—, pero está claro que me equivocaba, o que malinterpreté la situación por completo.

Pasándome una mano por el pelo, vuelvo al departamento, sintiéndome vacío y confundido. La expresión de su cara no era solo vergüenza, ni arrepentimiento, ni un cambio de opinión. Era miedo. Y eso me preocupa mucho más que quedarme con el calentón más doloroso del mundo.

Me apoyo contra la puerta, repasando la noche en mi cabeza una y otra vez. Todo iba absolutamente perfecto hasta que le pregunté por los vaqueros. ¿Fue demasiado lejos, demasiado rápido? Pero estaba respondiendo con tanto entusiasmo a todo lo demás que pensé...

Sacudo la cabeza. Está claro que me equivoqué. Pero eso no explica la forma en que se quedó paralizada como si le hubiera dado una descarga eléctrica. Como si de pronto me hubiera convertido en otra persona —alguien que le daba miedo— y necesitara salir corriendo como si yo fuera el asesino de una película cutre de terror.

El sonido de la puerta de la escalera abriéndose me saca de mis pensamientos. Aparece Mike, con el pelo oscuro pegado a la frente por el sudor, cojeando del tobillo lesionado a cada paso. Parece que acaba de pelear doce asaltos contra una cinta de correr y ha perdido.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto, todavía apoyado en la puerta de nuestro departamento.

Hace una mueca, quitando el peso del tobillo malo.

—Salí a correr.

—¿Con el tobillo jodido?

—Fisioterapia —murmura, limpiándose el sudor de la frente—. Órdenes del médico.

La expresión de mi cara debe decirlo todo, porque Mike deja caer los hombros.

—Vale. Quería probarlo. —Se encoge de hombros, fijándose en mi pelo revuelto y la frustración que debo tener escrita en la cara—. ¿Y tú qué? Tienes una pinta horrible.

—Gracias. Me estás subiendo mucho la moral. —Suspiro—. Creo que acabo de cargarme mi reputación como el Don Juan del campus.

—¿Qué, se te ha olvidado cómo funciona la polla? —pregunta Mike, con los labios torciéndose en lo más parecido al humor que le he visto en semanas.

—Peor —bufo—. Una chica acaba de salir huyendo de aquí como si le hubiera propuesto matar cachorros por diversión.

—Espera, ¿había alguien aquí de verdad? Pensaba que estabas... —Hace un gesto vago hacia mi entrepierna.

—No, Em Dubois estaba aquí. Y todo iba genial hasta que... de repente... dejó de ir.

—¿Em? —Mike frunce el ceño—. ¿La compañera de cuarto de Lea?

—Sí.

—Vaya. —Me lanza una mirada rara—. No sabía que estaban juntos.

—No lo estamos —digo rápido. Demasiado rápido—. O sea, nosotros solo...

¿Qué estábamos haciendo exactamente? ¿Enrollándonos? ¿Empezando algo? No tengo ni idea, y ahora probablemente nunca lo sabré. Pero, por un momento, se sintió como algo. Normalmente, si un rollo se pone raro o una chica no está interesada, paso página. Sin rencores. Pero esto se siente diferente. Siento que he perdido algo más que mi reputación tan duramente ganada.

La idea de encogerme de hombros y olvidarme de Em me molesta.

cinco

EM

EL BILLETE de diez dólares desaparece en el bolsillo de mi delantal, uniéndose a los demás que he recaudado durante el servicio del almuerzo. Una oleada de satisfacción me recorre mientras calculo el total mentalmente: más de ciento cincuenta dólares en propinas en un turno de cuatro horas. Nada mal. Mejor que un domingo cualquiera.

—Venga, chica. —Harold se materializa a mi lado, su uniforme perpetuamente arrugado estirado sobre la barriga—. Tu turno terminó hace media hora.

Me limpio las manos en el delantal y señalo las mesas doce y catorce.

—Pero ya empecé a preparar las bebidas de esas dos mesas, y el turno fuerte de la cena empieza pronto...

Las cejas tupidas de Harold se fusionan en una sola oruga peluda sobre sus ojos.

—¿Qué es esto? ¿Te ofreces para un turno doble? Normalmente sales disparada de aquí.

—Solo pensé que...

—No. —Se mete un trapo en el bolsillo trasero—. Rachel entra a las cuatro. Todo cubierto.

—Pero...

—Nada de peros. —Planta las manos en las caderas—. Vete a casa. Descansa. ¿No empiezas clases mañana?

Sí empiezo clases mañana. A las nueve de la mañana, de hecho. Y tengo la desesperada esperanza de que Linc no esté en ninguna de ellas. Porque, si está, tendría que sentarme ahí, fingiendo que no salí corriendo de su departamento como si estuviera en llamas y fingiendo que no se me acelera el corazón cada vez que pienso en cómo se sentían sus labios contra mi piel.

—Puedo manejar el trabajo y las clases —insisto—. Rachel puede encargarse de la reserva de veinte, y yo me quedo en las trincheras.

Harold entrecierra los ojos, estudiándome con la perspicacia de alguien que lleva treinta años manejando camareros.

—No puedes esconderte de tu vida aquí, chica.

Se me cae la mandíbula. Para ser un hombre cuya idea de movimiento audaz es echarle sal y pimienta a la comida, Harold puede ser muy perceptivo.

—Solo necesito el dinero —miento.

—Ajá. —Ni siquiera finge creerme—. Escóndete en otro lado. O, mejor aún, enfrenta a quien sea o lo que sea. Pero lárgate de aquí.

Suspiro, reconociendo la derrota. Me desato el delantal y voy a la parte de atrás a recoger mis cosas, arrastrando los pies todo el camino. Las llaves del coche se sienten extrañamente pesadas en mi mano cuando salgo al frío de enero. El letrero de neón del restaurante proyecta un resplandor rosado sobre el estacionamiento, iluminando mi viejo Honda Civic.

Me deslizo en el asiento del conductor y me quedo ahí sentada, sin girar la llave. Volver a la residencia significa potencialmente encontrarme con Lea, y no estoy lista para sus preguntas. El recuerdo de su cara cuando me fui de O'Neil's con Linc me cruza la mente: cejas levantadas, labios fruncidos en un silencioso «vaya, vaya, vaya».

Seguro va a querer detalles, y yo ni siquiera puedo procesarlos todavía.

Apoyo la frente contra el volante y gimo. Hice el ridículo total. Un minuto estaba encima de él —y él encima de mí, más al punto— y al

siguiente estaba corriendo hacia el ascensor como si me persiguiera un maníaco con una motosierra. Debe pensar que estoy loca.

El teléfono me vibra en el bolsillo. Es un mensaje de Lea:

¿Sigues en el restaurante?

Respondo rápido:

Acabo de terminar. Voy para allá.

La respuesta llega enseguida:

Genial, Dec y yo estamos en la biblioteca. No volvemos hasta tarde.

Aliviada, respondo con fingida naturalidad:

¡OK!

Entonces me sorprende con otro mensaje:

¡Todavía necesito que me cuentes el chisme de lo que pasó con Linc! ¡Dec se hace el tonto!

Guardo el teléfono sin responder. Quiere respuestas, pero que esté fuera significa que no habrá interrogatorio, al menos no todavía.

La ironía de evitar a Lea no se me escapa. El semestre pasado, fui su porrista y su paño de lágrimas permanente mientras resolvía las cosas con Declan. Escuché cada recuento lacrimógeno, ofrecí sabios consejos a las tres de la madrugada y proporcioné litros y litros de sidra de canela.

Pero eso era diferente. Esa era la vida amorosa de Lea, no la mía.

—Solo un pequeño doble rasero —murmuro a mi reflejo en el retrovisor—. Totalmente razonable.

El asunto es que he sido deliberadamente vaga cada vez que Lea me ha preguntado sobre posibles intereses románticos, o pasados. Antes preguntaba todo el tiempo, pero mis respuestas siempre eran alguna versión de «meh» o «no me interesa» o «¿viste los zapatos de ese tipo?».

Al final, dejó de preguntar.

Y menos mal, porque hay una historia que no quiero compartir.

Pero entonces me vio seguir a Linc afuera.

Y ahora quiere saber todo.

¿Pero qué le puedo decir siquiera? ¿Que salí corriendo del chico más guapo del campus porque me tocó los vaqueros? ¿Que soy una chica de veintiún años que entró en pánico ante la perspectiva de pasar de segunda base? ¿Que decidí meterme en la piscina de los chicos después de mucho tiempo en la orilla y apenas logré pasar de los tobillos?

Pero todo eso es algo de lo que no necesito ocuparme ahora mismo, así que arranco el coche, salgo del estacionamiento y manejo de vuelta al campus: quince minutos de solo yo y mis pensamientos, que son aproximadamente catorce minutos con cincuenta y nueve segundos de más en este momento.

Madre mía, soy un desastre.

Es que... besar a Linc fue un error. Un error candente, eléctrico, que me rizó los dedos de los pies, que he repetido en mi cabeza aproximadamente ocho millones de veces desde que salí huyendo de su departamento, pero un error al fin y al cabo. Mi crush me gustaba más cuando era solo eso: un crush.

Un pequeño brinco del corazón al verlo, junto con la completa ausencia de presión por actuar según esos sentimientos. Era seguro. Sin complicaciones. Y ahora es un desastre.

Porque una vez que me besó, se acabó el juego. Sus labios se sentían demasiado bien contra los míos, sus manos demasiado perfectas sobre mi cuerpo. Para cuando su compañero de equipo nos gritó, ni siquiera me dio vergüenza: estaba demasiado concentrada en acercarme más a Linc, hasta que recordé por qué mantenía esa distancia con los chicos.

La cara burlona de Derek me cruza la mente, sus palabras de hace cuatro años todavía tan afiladas como el vidrio. Cierro los ojos con fuerza, empujo el recuerdo lejos. Es historia antigua. Ya no tengo diecisiete, y Linc no es Derek.

Pero aun así salí corriendo.

Porque la verdad es que no sé cómo hacer esto. Cómo dejar que alguien me toque sin entrar en pánico, cómo ser vulnerable sin esperar lo peor. Y ahora probablemente arruiné cualquier oportunidad de descubrir si Linc podía ser diferente.

Todo porque entré en pánico en cuanto las cosas se calentaron un poco.

Mientras entro al estacionamiento frente a mi residencia, recuesto la cabeza contra el reposacabezas y cierro los ojos, intentando ser razonable y dejar entrar algo de luz en la oscuridad dentro de mi cabeza. O sea, la noche no fue un desastre total. Para empezar, pedirle a Linc que saliéramos fue probablemente la movida más atrevida que he hecho en mi vida.

Nunca he sido tímida para decir lo que pienso en otras áreas de mi vida —una vez le dije a mi profesora de danza que su coreografía parecía diseñada por un niño de kínder en pleno ataque de convulsiones— pero con los hombres... bueno... no tanto. Sin embargo, algo de Linc me había dado valentía, por un rato, al menos.

Tamborileo los dedos en el volante, un hábito nervioso que nunca he logrado superar. Tap-tap-tap. Tap-tap-tap.

Algo me había hecho agarrarle la mano, jalarlo afuera, besarlo como si supiera lo que estaba haciendo. Por un breve y glorioso momento, había canalizado la confianza que tengo en todos los demás aspectos de mi vida hacia algo romántico. Honestamente, eso es progreso, incluso con el final patético.

Abro los ojos y me quedo mirando el techo del coche.

—Un paso adelante —me susurro—. Un pasito a pasito.

Pero eso es todo lo que puede ser. Con Linc, en todo caso. Su reputación lo precede: todo el mundo sabe que se ha acostado con la mitad de la población femenina del campus, y hay grupos de WhatsApp con acceso solo por invitación dedicados a sus proezas sexuales, y no va a perder más tiempo con la reina del pánico.

Operamos en universos diferentes.

Y, honestamente, tendré suerte si no anda contando chismes sobre mí.

Pero, a diferencia de con Derek, al menos esta vez serían ciertos.

Lo cual es una lástima, porque definitivamente hubo química entre nosotros. Si no hubiera entrado en pánico, quién sabe adónde habría llegado la noche. Pero entré en pánico, y ahora estoy sentada

en mi coche teniendo una conversación conmigo misma como una lunática.

Lo peor es que sé que mi bloqueo no tiene que ver con salir con alguien en sí. Puedo hablar con chicos perfectamente. Hasta puedo coquetear con ellos, más o menos. Es la parte física la que me manda al modo pánico. En el momento en que las cosas pasan de lo casual a lo íntimo, mi cerebro se desconecta de mi cuerpo y toda mi confianza cuidadosamente construida se desmorona.

Pero ¿cómo se supone que me acostumbre a la intimidad física si solo estoy con desconocidos? Esa es la paradoja. Para superar mi miedo, necesito práctica. Para tener práctica, necesito superar mi miedo. Es el escenario del huevo y la gallina más frustrante del mundo.

Y seamos honestas: ¿qué chico tiene la paciencia de esperar mientras yo resuelvo mis problemas? Especialmente un chico como Linc, que puede elegir entre un montón de chicas con experiencia y dispuestas. ¿Por qué perdería el tiempo con alguien que quizá nunca esté lista?

Me golpeo la cabeza suavemente contra el volante.

—Necesito un manual —refunfuño—. Citas para Dummies: edición trauma.

Por fin me arrastro fuera del coche y camino hacia mi residencia con pasos pesados. El campus está tranquilo esta noche; la mayoría de los estudiantes probablemente aferrándose a las últimas preciosas horas antes de que las clases se reanuden mañana. Unas cuantas personas se agrupan junto a la entrada de mi edificio, y paso entre ellas con una media sonrisa.

Estoy deseando una perezosa tarde de domingo a solas, poniéndome al día con la telerrealidad que puedo comentar con mi abuela y libre de cualquier pensamiento sobre chicos o Linc. Pero cuando empujo la puerta de nuestra habitación, descubro que mis planes han sido completamente saboteados.

—¡Ahí está! —canturrea Lea desde su puesto en el sofá, con las piernas cruzadas y unos pantalones deportivos al menos dos tallas más grandes que la suya, de Declan sin duda. Tiene el pelo recogido

en un moño despeinado en lo alto de la cabeza, y sostiene una taza de chocolate caliente en su...

Momento.

Lea.

Aquí.

El mensaje de la biblioteca era una trampa.

—Pensé que estabas estudiando —digo, inmediatamente recelosa de su aparente cambio de planes.

—Estoy estudiando. —Señala un libro de texto que claramente ha sido colocado como utilería. Ni siquiera está abierto en una página de verdad, solo el índice.

Antes de que pueda responder, la puerta del baño se abre y Declan emerge, todavía ajustándose el suéter. Sus ojos se encuentran con los míos, y una sonrisa cómplice se extiende por su cara. Me guiña un ojo que me da ganas de evaporarme en el acto, dado lo que pasó con su amigo la noche anterior.

—Bueno, probablemente debería irme —dice, acercándose a darle un beso en la frente a Lea—. Para que se pongan al día.

—No tienes que irte —digo rápidamente, dispuesta a soportar la presencia de Declan si eso significa posponer el inevitable interrogatorio de Lea.

—Ah, claro que sí. —Se ríe y se dirige a la puerta—. El rato entre mejores amigas es importante, especialmente cuando dicha mejor amiga se enrolló con el semental del campus.

La cara se me calienta a niveles nucleares.

—Yo no...

Pero ya se fue, la puerta cerrándose tras él con un clic.

La cara de Lea prácticamente vibra de emoción mientras deja su taza y da palmaditas en el espacio junto a ella en el sofá.

—¿Y bien?

Dejo mi bolsa junto a la puerta y me arrastro hasta allá, retrasando lo inevitable.

—¿Y bien qué?

—No te hagas la tonta conmigo, Em Dubois. Te fuiste de O'Neil's con Linc Garcia, luego desapareciste todo el día, incluyendo ignorar mis mensajes. Así que... —Se inclina hacia adelante, con los ojos

brillando—. Quiero todos los detalles sucios. ¿Es tan bueno en la cama como dicen?

Siento que mi cara —todo mi cuerpo— se desinfla por completo. Leyéndome el lenguaje corporal como si fuera un libro abierto, Lea se detiene de golpe, su entusiasmo desvaneciéndose al mirarme de verdad la cara. Su expresión cambia de cazadora de chismes emocionada a amiga preocupada al instante.

—¿Em? —pregunta, más suave ahora—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien? Me desplomo en su cama y me quedo mirando el techo.

—No pasó nada.

—¿Nada nada? ¿O algo nada de lo que no quieres hablar?

Suspiro, cubriéndome la cara con las manos.

—Más cerca de lo segundo.

—¿Él...? —Su voz adquiere un filo peligroso que solo le he escuchado unas pocas veces—. ¿Hizo algo que no querías?

—¡No! —Me incorporo rápido—. No, no fue así. Él fue... —Busco la palabra correcta—. Fue perfecto, la verdad.

La tensión abandona los hombros de Lea.

—¿Entonces qué pasó? Porque pareces como si alguien hubiera atropellado a tu cachorro, dado marcha atrás y lo hubiera atropellado de nuevo.

Me río a pesar de todo.

—Esa es una imagen espantosa.

—Deja de evadir —dice, dándome un empujoncito con el hombro.

—No fue lo peor —murmuro—. Fue... lindo. Hasta que dejó de serlo.

Espera, dándome espacio para continuar, pero cuando no lo hago, me pica las costillas.

—Es hora de que pruebes tu propia medicina, Em. Yo te he contado todo lo de Declan durante meses, incluyendo las partes que involucraban llanto con mocos literalmente saliéndome de la nariz, así que dime qué pasó.

Respiro hondo, armándome de valor.

—Fuimos a su departamento. Las cosas estaban... avanzando. Y entonces preguntó si podía desabrocharme los vaqueros, y entré en

pánico. O sea, ataque de pánico en toda regla. Lo empujé y salí corriendo tan rápido de ahí que me sorprende no haber roto la barrera del sonido, y entonces...

—Para, para, estás en modo turbo otra vez... —Lea sonríe y me pone una mano en la pierna, intentando calmarme—. Entonces... ¿por qué?

—Porque hubo un chico en la secundaria que enloqueció y destrozó mi reputación cuando le dije que no y no he estado con un chico desde entonces, ¿OK? —suelto de golpe.

—Eso es... Em, lo siento mucho —dice, envolviéndome en un abrazo—. ¿Y se lo dijiste?

Cierro los ojos, intentando calmar mi mente acelerada.

—No hubo tiempo para una conversación profunda entre mi ataque de pánico y mi sprint olímpico al ascensor.

Me agarra la mano y la aprieta.

—Em, probablemente piensa que él hizo algo mal.

—Lo sé. —Gimo y me dejo caer de nuevo en la cama—. Pero ¿qué se suponía que dijera? «¿Perdón, no eres tú, son mis problemas de intimidad de la secundaria?» ¿Qué tan patético es eso?

—Quizá no con esas palabras exactas —dice con cuidado, claramente consciente de que camina por un campo minado—. Pero algo.

Niego con la cabeza.

—Da igual. No es que vaya a haber una segunda oportunidad.

—No sabes eso.

—Créeme, lo sé. Chicos como Linc no pierden el tiempo con... —hago un gesto vago hacia mí misma— lo que sea que sea esto.

—Oye. —Me da un golpecito con su hombro—. Sé más amable contigo misma. Después de lo que pasó...

—No quiero hablar de eso, Lea. —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía—. Lo siento, pero no puedo.

—Nunca quieres —dice suavemente—. Pero quizá deberías. Con alguien. No tiene que ser conmigo.

Me quedo mirando mis manos, tirando de un padraastro hasta que sangra.

—Fue hace mucho tiempo.

—No tanto.

—Cuatro años.

—¿Y en esos cuatro años, con cuántos chicos has salido?

La pregunta queda flotando en el aire entre nosotras. Las dos sabemos la respuesta.

—No sé qué pasó en aquel entonces, Em, y no digo que necesites meterte en la cama con el siguiente chico que te mire —continúa Lea—. Pero quizá evitar las relaciones por completo no ha sido el mecanismo más sano que digamos, ¿no?

Siento algo resquebrajarse dentro de mí, como hielo rompiéndose en un lago congelado.

—Tuve una mala experiencia, ¿OK? A finales de la secundaria. Este chico, él... —Trago con dificultad—. No era quien yo pensaba. Y cuando yo no... cuando le dije que no... se aseguró de que todos pensaran que yo era el problema.

Es lo más que le he contado a alguien en la universidad sobre Derek.

Los ojos de Lea se suavizan con comprensión.

—Em, no tenía idea. ¿Estás segura de que estás lista para volver a intentarlo?

Me muerdo el labio inferior.

—Sí. No. ¿Quizá? No sé. —Me río sin humor—. Eso cubre más o menos todas las respuestas posibles, ¿no?

—No del todo. —Lea sonríe—. La respuesta honesta probablemente está en algún lugar del párrafo de pensamientos que te están corriendo por la cabeza ahora mismo.

Me conoce demasiado bien. Mi cerebro efectivamente está zumbando con mil respuestas diferentes, cada una peleando por salir primero.

—La verdad es que estoy orgullosa de mí misma por lo de anoche —admito finalmente—. O sea, no la parte de salir corriendo. Pero antes de eso, fui atrevida, Lea. Le pedí que saliéramos. Lo besé sin pensarlo demasiado. Por unos diez minutos gloriosos, me sentí... normal.

—Eso es un avance enorme.

—Pero mi inexperiencia... —Niego con la cabeza, frustrada—. Es como intentar escalar el Everest cuando todos los demás ya están en la cima haciendo un pícnic. Linc probablemente ha estado con docenas de chicas que sabían lo que hacían. Y yo aquí necesitando un manual de instrucciones para besar.

Lea se reacomoda en la cama, con expresión de cuidadosa consideración.

—Primero que nada, no necesitas un manual de instrucciones para besar. Los vi a ti y a Linc en O'Neil's, y créeme, lo que fuera que estabas haciendo estaba funcionando perfectamente. Así que esto es una victoria, no un fracaso.

Agarro una de sus almohadas y la abrazo contra mi pecho.

—No se siente así en este momento.

—Porque te estás enfocando en la parte equivocada. —Me quita la almohada con suavidad—. Enfócate en la parte donde diste un paso adelante, no en la que tropezaste.

—Lo hago, hasta cierto punto, aunque no lo creas... —Me encojo de hombros—. De hecho, he armado un plan para volver a salir con chicos.

Lea asiente, con los ojos pensativos.

—Conociéndote, probablemente está codificado por colores y laminado.

—No está laminado —protesto—. Está... en una hoja de cálculo. Se ríe.

—Por supuesto. Déjame adivinar: ¿organizado por probabilidad de éxito?

—No, la verdad. —Sonrío, de repente sintiéndome un poco mejor—. Había planeado empezar con las aplicaciones de citas, pero son... ugh. Después decidí lanzarme con Linc... pero ahora creo que necesito un enfoque nuevo: estar con alguien que entienda que quizá necesite ir despacio, y que no me presione ni se frustre.

—Suena razonable.

—Y definitivamente no un atleta.

Las cejas de Lea suben hasta la raíz del pelo.

—¿Qué tienen de malo los atletas?

—No tienen nada de malo —digo rápidamente, consciente de que su novio es uno—. Pero son como... dioses en el campus. Todo el mundo los quiere, todo el mundo los conoce, y tienen demasiada experiencia. Todo con ellos es de alto riesgo y muy, muy público.

—O sea que lo que quieres es un nerd sexy y amable.

Me río, sintiendo que parte de la tensión abandona mi cuerpo.

—Exacto. Un nerd sexy y amable al que no le importe si necesito ir despacio.

—No estoy segura de conocer muchos nerds sexy. Pero... —Se le iluminan los ojos—. Hay un par de fiestas este fin de semana. Vamos, exploremos el terreno, y te encontramos un nerd amable y no amenazante que piense que el cálculo es sexy y al que no le importe ir al ritmo que necesites.

La idea no es terrible. Y es mejor que quedarme sentada sintiéndome mal por mí misma.

—Bueno —suspiro.

Lea levanta la mano.

—Prometo ser la mejor compinche de ligue de todo Pine Barren. Siento una oleada de gratitud.

—Gracias, Lea.

seis

EM

EL AGOTAMIENTO se ha convertido oficialmente en mi personalidad.

Me desplomo en el sofá de mi habitación, todavía con el uniforme de profesora de baile: mallas negras, top corto negro y una sudadera recortada con un «MOVE IT» estampado en el pecho. Los pies me están matando después de ocho horas seguidas de demostrar plié y corregir la postura de seres humanos diminutos.

¿A quién se le ocurrió que dos trabajos era buena idea?

El control remoto pesa una barbaridad en mi mano mientras paso canales hasta dar con mi placer culpable: Love Match, un programa de telerrealidad en el que idiotas atractivos fingen enamorarse mientras los graban las veinticuatro horas del día. Mi abuela y yo solemos ver esta basura juntas, pero últimamente he estado «ocupada».

Y con ocupada quiero decir que me he dedicado a trabajar hasta que las funciones cerebrales superiores colapsan, dejando justo la capacidad mental necesaria para lavarme los dientes y desplomarme en la cama. Y, justo en ese momento, me llega un mensaje de mi abuela al teléfono, lo que refuerza mi convicción de que tiene micrófonos ocultos en mi habitación.

Lo abro:

¿Por qué Brett eligió a Tiffany? ¡Qué imbécil!

Suspiro. Mi abuela lleva todo el día enviándome spoilers a propósito como protesta porque no estoy viendo el programa con ella.

Le respondo:

Todavía no lo he visto. Acabo de llegar de la academia de baile.

Responde más rápido de lo que unas manos de anciana deberían poder teclear:

Trabajas demasiado.

Dejo el teléfono a un lado sin responder.

Tiene razón, por supuesto, pero no pienso admitirlo.

En la pantalla, Brett —el tipo vagamente guapo con abdominales de infarto y la personalidad de una tostada sin mantequilla— está efectivamente declarándole amor eterno a Tiffany, que llora lágrimas perfectas con regueros de rímel. Apenas puedo concentrarme en su espectáculo nauseabundo porque mi cerebro no deja de cortocircuitarse hacia otro romance.

Del que huí hace dos semanas como la cobarde absoluta que soy.

Lo he bautizado como el «Lincidente», un nombre demasiado mono y frívolo para algo que en realidad consume cada uno de mis pensamientos. Lea y yo hemos pasado los últimos catorce días con lo que hemos llamado con optimismo «Operación Nerd Sexy», que en realidad debería llamarse «Operación Fracaso Espectacular».

Se ha convertido en un chiste recurrente entre las dos, solo que no tiene gracia cuando intentas huir de los pensamientos sobre cierto jugador de hockey cuyos labios se sentían como...

No. Ahí no voy.

La puerta se abre de golpe y entra Lea con unos vaqueros rotos y un suéter blanco enorme. Sus rizos oscuros están recogidos en un moño desordenado que de alguna manera parece intencionalmente estiloso, y no el nido de ratas en que se convertiría el mío. Pauso el programa y me vuelvo hacia ella, sabiendo lo que viene.

—Uf —dice, observando mi cuerpo desparramado—. Pareces...

—Como digas «cansada» otra vez, te tiro el control remoto a la cabeza —le advierto.

—Iba a decir «cómoda»... pero sí que tienes ojeras.

—Son Prada, gracias por fijarte. —Sonrío con suficiencia—. Necesito el dinero.

—Y una mierda. —Lea se sienta en el borde del sofá y cruza los brazos—. Ni siquiera estás gastando dinero en citas, teniendo en cuenta que te niegas a invitar a Linc a salir otra vez y que la Operación Nerd Sexy tiene una tasa de éxito actual del menos doce por ciento. ¿Es inteligente trabajar tanto cuando las clases acaban de empezar?

—Encontramos a un chico...

—¿El que preguntó si el TDAH era contagioso? Sí, un partidazo.

Gimo y me tapo la cara con un cojín del sofá. La verdad es vergonzosamente simple: he estado esperando que, si me mantengo agotada las veinticuatro horas del día, no me quede espacio mental para pensar en Linc. No ha funcionado, como demuestra el hecho de que sigue apareciendo en mi cabeza en los momentos más inoportunos.

Lea suelta un suspiro exasperado y me pone una mano en el hombro.

—¿Sabes qué creo? —dice.

—¿Que la profesora Simmons espera que algún hijo de millonario le tire los tejos? Porque juro que la vi agacharse justo delante de Duncan Ives con una falda muy corta...

Sigue hablando, ignorando mi brillante maniobra evasiva.

—Tu estrategia de agotamiento está funcionando tan bien como tu estrategia de «salir con nerds». Sigues pensando en él.

Dejo de fingir.

—Han pasado dos semanas, Lea. ¿Por qué sigue en mi cabeza? Literalmente salí corriendo de su departamento como si estuviera en llamas.

—¿Quizá porque te gusta?

—No. —Niego con la cabeza—. Me gusta la idea de un chico majo, seguro y aburrido que no tenga un club de fans en toda la universidad dedicado a sus habilidades en la cama.

Mi teléfono suena otra vez con un mensaje de mi abuela:

¿Ya estás viendo? ¡Podrías aprender algo!

Gimo y le enseño el mensaje a Lea.

—Ves, hasta mi abuela está juzgando mi vida amorosa.

—Tu abuela es mi heroína —dice Lea con una sonrisa—. Seguiremos intentándolo, Em, pero ¿me prometes que vas a dejar de matarte a trabajar?

De pronto, el cojín del sofá me resulta infinitamente fascinante. La tela azul desgastada tiene una manchita de mostaza del día de la mudanza del primer semestre que nunca he podido quitar, a pesar de los nueve productos de limpieza distintos que he probado. Es realmente bastante intrigante si...

—Em. —Lea chasquea los dedos delante de mi cara, conociéndome lo suficiente como para saber que estoy evitando el tema—. Prométemelo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunto, ejecutando una pirueta conversacional digna del New York City Ballet—. Podrías ver Love Match...

Lea entrecierra los ojos, reconociendo claramente mi hábil cambio de tema, pero piadosamente lo deja pasar.

—Me encantaría, pero voy al partido de hockey con Declan.

Mis pensamientos van directos a Linc otra vez, y el estómago me hace una cosa rara.

—Ah, genial —es todo lo que logro decir.

—Mike lo está pasando mal —continúa—. De hecho lo ha admitido, lo que es básicamente apocalíptico en el mundo de Mike.

—Me suena —digo, devolviéndole el golpe, dado que ella es exactamente igual—. El escudo familiar de los Altman es una cara estoica con una sola lágrima, ¿no?

Se ríe.

—Básicamente. En fin, me pidió que fuera al partido. Voy a quedar con Declan allí, y luego vamos a pasar el rato. Deberías venir.

Asiento, intentando parecer solidaria mientras me pregunto si Linc estará ahí. Claro que estará. Los jugadores de hockey van en manada, como los lobos o las chicas de una hermandad camino al baño. Y medio equipo me vio besuqueándome con Linc antes de que huyera de él una hora después.

Lo que significa que no quiero verlo. Ni a ellos.

—Gracias, pero... —abro los brazos dramáticamente sobre el sofá—. Me he fusionado con este mueble. Nos hemos unido en un único organismo. Los científicos tendrían que clasificarme como una nueva especie: *Homo sapiens couchius*. No me voy a mover en aproximadamente seis horas.

—Ya. —Lea levanta una ceja—. Y esto no tiene nada que ver con cierto jugador de hockey que podría estar allí, ¿verdad?

—¿Quién? Yo no conozco a ningún jugador de hockey. ¿Hockey? ¿Es ese deporte del palo y la cosita negra redonda?

—No tienes remedio. —Coge las llaves del gancho junto a la puerta—. Escíbeme si cambias de opinión. El partido empieza a las siete.

—¡Que te diviertas viendo a hombres perseguir caucho congelado! —le grito mientras sale por la puerta, y casi puedo ver cómo pone los ojos en blanco a través de la nuca al cerrarla.

En cuanto se va, me lanzo a por el teléfono y abro la app de comida a domicilio. Es viernes por la noche, estoy sola y llevo dos semanas partiéndome el lomo —en clase, en el restaurante y en la academia de baile— intentando no pensar en Linc Garcia. Esto requiere comida reconfortante de la variedad más excesiva.

Dudo entre comida china y sushi, y luego le quito el silencio a la tele. Brett y Tiffany ahora están en una playa, besándose con demasiada lengua. Mi abuela tiene razón: podría aprender algo de este programa, principalmente qué no hacer si algún día quiero conservar mi dignidad.

Abro la conversación con mi abuela y respondo a su último mensaje:

Viéndolo ahora. Brett y Tiffany son asquerosos. Seguro que la está engañando con Jessica.

Su respuesta es inmediata:

¡Por fin! ¡Y sí lo está! ¡El episodio 6 tiene el escándalo del jacuzzi!

Sonrío, y la sensación es como un rayo de sol atravesando la nube que ha sido mi humor durante las últimas dos semanas. Mientras intento concentrarme en el programa, mi mente no deja de volver a Linc, de compararlo con Brett en la tele, una comparación que gana tan fácilmente que sería el ganador de Love Match seguro.

Es el tío del campus famoso por su química en la cama...
Seguramente tiene una chica diferente cada fin de semana...
Y ya se habrá olvidado de mí.
¿No?

Mi salida dramática probablemente solo fue una marca extraña en su marcador sexual.

Y sin embargo...

El teléfono vibra con otro mensaje, esta vez de Lea:

Solo para que lo sepas, Mike dice que Linc ha estado raro últimamente. Pensé que querrías saberlo.

Me quedo mirando el mensaje, preguntándome qué estará pasando en realidad. ¿Nuestro desastroso rollo le afectó de verdad? No. Tiene que haber algo más. Quizá está enfermo. O lesionado. O lidiando con problemas familiares. O...

La app de comida suena otra vez. Mi sushi llega en cinco minutos.

Dejo el teléfono a un lado, descartando la ridícula idea de que yo haya tenido algún impacto en la estrella de hockey del campus, el tío que se lleva mujeres a la cama por docenas. Tengo una cita con atún picante y telebasura.

Y me digo a mí misma que eso es mejor que cualquier chico.



Horas después, con el estómago agradablemente lleno de sushi pasable y el cerebro agradablemente derretido tras una docena de episodios de telebasura, me suena el teléfono. Es un mensaje, pero no me molesto en mirarlo. Seguramente es mi abuela, que se ha propuesto arruinarme todos los programas que sabe que pienso ponerme al día...

Pero entonces el teléfono vibra otra vez. Y otra vez. Y otra vez.
Por fin lo miro.

No es mi abuela. Es Lea:

911 911 911 ME HA VENIDO LA REGLA Y NO TENGO NADA

Me incorporo de golpe. Otro mensaje llega inmediatamente:

NECESITO TAMPONES EN LA PISTA DE HOCKEY YA

Luego:

iiiiIES UNA EMERGENCIA!!!!

Y por último:

POR FAVOR EM ME MUERO CREO QUE HE MANCHADO LOS
VAQUEROS

Tantas mayúsculas.

Tantos signos de exclamación.

Es como si su propio útero la tuviera secuestrada.

Le escribo:

Voy para allá con provisiones.

Su gratitud llega en forma de catorce emojis de corazón y una promesa de invitarme a café durante un mes. Miro con nostalgia mi programa pausado, mi sofá, todo mi plan de evitar el mundo — específicamente cualquier mundo que contenga un metro ochenta de jugador de hockey llamado Lincoln Garcia— y suspiro.

—Oh, qué crueles giros del destino —murmuro mientras me arranco del sofá.

Voy al baño y preparo un kit de emergencia menstrual: tampones, compresas, Advil; luego voy a sus cajones y saco ropa interior limpia y unos vaqueros. Todo va dentro de una bandolera, y menos de un minuto después estoy cruzando el campus como el hada madrina de la menstruación.

La pista de hockey aparece ante mí, y le escribo a Lea:

Aquí. ¿Dónde estás?

Su respuesta llega al instante:

Sección C, fila 12, asiento 5. NO ME PUEDO MOVER.

Respondo:

¿No puedes decírselo a Declan?

Respuesta:

NO. ROTUNDAMENTE NO.

Claro. Lo de «me muero de vergüenza por funciones corporales normales».

Entro en la pista y la ráfaga de aire frío me golpea como una bofetada. El pabellón está hasta arriba cuando empieza el segundo

periodo (ja, ironía), un mar de rojo y negro en todas direcciones. Por un instante me pregunto dónde está Linc...

No. Ahí no voy.

Concéntrate en la misión, Em.

La sección C no es difícil de encontrar, pero llegar a la fila doce resulta complicado. La gente ya está sentada, lo que significa que tengo que pasar entre un sinfín de rodillas y pies, murmurando disculpas que se traga la música que retumba por los altavoces y el ocasional golpe de un jugador chocando contra las bandas.

—Perdón... lo siento... solo necesito... gracias... perdón...

Me cuelo entre dos tíos que apuran vasos de plástico con cerveza, solo para descubrir que una fraternidad entera me bloquea el paso. Todos llevan sudaderas rojas a juego con letras griegas que no logro descifrar. Uno tiene la cara pintada mitad roja, mitad negra, y agarra un dedo de espuma gigante.

Y entonces alguien marca.

Todo el mundo se pone de pie de un salto y la cerveza de los de la fraternidad me llueve encima. La multitud ruge tan fuerte que mis tímpanos amenazan con buscar otro empleo, y casi me caigo hacia atrás, agarrándome al objeto sólido más cercano, que resulta ser el hombro de Cara Pintada.

—¡Perdón! —grito, pero no me oye por encima de la voz del locutor retumbando por los altavoces.

«¡QUÉ SLAPSHOT DEL NÚMERO DIECISIETE, LINCOLN GARCIA! ¡ESCUADRA SUPERIOR IZQUIERDA! ¡ESE ES EL PRIMER GOL DE LA NOCHE, SEÑORAS Y SEÑORES!»

Se me derrite el estómago de una forma extraña al oír su nombre. A pesar de mi buen juicio, me vuelvo hacia el hielo, donde un montón de jugadores de hockey se abalanzan sobre una figura que reconozco al instante, incluso con todo el equipamiento, el casco y la testosterona.

Linc.

Sonríe de oreja a oreja detrás de la visera, mientras sus compañeros le palmean la espalda y lo abrazan con abrazos que parecen más bien choques. Todo su cuerpo irradia alegría, y por un

momento —un breve y traicionero momento— recuerdo lo que se sentía ser la causa de esa sonrisa.

Entonces ocurre.

Gira la cabeza, recorriendo la grada con la mirada, y entonces — como si lo guiara algún chiste cósmico a mis expensas— sus ojos se posan directamente en mí. Incluso desde esta distancia, siento la intensidad de su mirada. Su sonrisa se ensancha y levanta la mano enguantada para saludarme.

A mí.

Delante de todo el mundo.

Mi cara se calienta hasta alcanzar aproximadamente la temperatura de la superficie solar. Me quedo paralizada, incapaz de devolverle el saludo, incapaz de hacer nada excepto quedarme ahí como un ciervo ante los faros, rodeada de miles de personas que sin duda se preguntan quién es la idiota que ha llamado la atención de Linc Garcia.

Entonces, para mi absoluto horror, Linc empieza a golpear el hielo con su palo de hockey. Toc-toc-toc. Sus compañeros se unen, sus palos creando una percusión rítmica que resuena por todo el pabellón. Toc-toc-toc-toc-toc. Y entonces —porque esta pesadilla aparentemente necesita ser aún más humillante— la grada empieza a golpear con los pies al mismo ritmo.

Toc-toc-toc-bum-bum-bum.

Todo el tiempo, sus ojos siguen clavados en los míos, con esa sonrisa todavía en su sitio.

Y entonces me señala, haciendo que todo el mundo en el pabellón me mire.

Quiero que el hielo se abra y me trague entera. En lugar de eso, me doy la vuelta tan rápido que casi me provocho un latigazo cervical, abriéndome paso entre los últimos espectadores hasta llegar a Lea, que está sentada rígidamente en su asiento, con las rodillas apretadas, pálida y angustiada.

—Gracias a Dios —susurra cuando me ve.

—Toma. —Le doy la bandolera—. Te traigo de todo.

Lea se aferra a la bandolera contra el pecho.

—Me has salvado la vida.

Echo un vistazo por encima del hombro. Linc ha vuelto a su posición, concentrado en el partido.

Uf.

Aliviada de volver a ser anónima, me centro en Lea.

—Baño, ya —digo.

Mientras asiente, la grada gime colectivamente cuando el equipo contrario casi marca. Nadie nos presta atención mientras ayudo a Lea a levantarse, colocándome estratégicamente detrás de ella a medida que avanzamos hacia el pasillo. Con suerte, si se le ha pasado algo, podemos solucionar la situación sin que nadie se entere jamás.

—Camina con naturalidad —sisea—. Pero date prisa también.

—Son instrucciones contradictorias —señalo, pero hago lo que puedo.

Mantengo el paso detrás de ella mientras vigilo su trasero en busca de cualquier evidencia visible de desastre, y llegamos al baño sin incidentes. Lea desaparece en un cubículo, aferrada a la bandolera con los nudillos blancos, mientras yo me apoyo en el lavabo y por fin exhalo.

—Entonces eso ha sido muy sexy... —dice Lea desde detrás de la puerta del cubículo.

No digo nada.

—Dec dice que tienen la tradición de hacer eso cuando les gusta una chica...

No, ahí no voy.

—Te juro que te estaba señalando a...

—No quiero saberlo —la corto.

—Vale, vale. —Se oye la cisterna y Lea sale—. Crisis resuelta.

Señalo con la cabeza sus vaqueros.

—¿Todo bien?

—Todo bien, gracias. —Se lava las manos—. Entonces, lo de Linc...

Pongo los ojos en blanco y suspiro.

—Dec dice que Linc nunca había hecho eso antes por ninguna chica...

Noto cómo mi expresión se cierra.

—Lea...

—¿Qué? Solo digo. Es objetivamente sexy. —Se seca las manos, mirándome de reojo—. ¿Vienes al departamento de Dec después del partido? Puede que Linc esté allí...

Niego con la cabeza.

—Gracias, pero tengo una montaña de telebasura esperándome.

—Telebasura antes que la vida real —Lea suspira dramáticamente—. Típico.

Me encojo de hombros y salimos del baño, y cometo el error de mirar hacia el hielo, donde los jugadores se preparan para un saque de centro. Linc está ahí, concentrado e intenso, completamente en su elemento. Por una fracción de segundo, me permito admirar lo elegante que se ve sobre el hielo.

Después me doy una bofetada mental.

—Que te diviertas —digo.

La mirada de Lea se demora en mí, claramente consciente de que estaba mirando a Linc.

—Gracias, Em.

Le doy un abrazo rápido y, mientras camino hacia la salida, resisto la tentación de mirar atrás hacia el hielo. El aire fresco del exterior sabe a libertad, y lleno los pulmones, dejando que la tensión se escurra de mis hombros. Mi residencia —con su gloriosamente estúpida televisión y su completa ausencia de jugadores de hockey guapos— me llama.

Esta noche, respondo a esa llamada con entusiasmo.

Justo cuando salgo del recinto, me suena el teléfono. Miro la pantalla y gimo, luego contesto.

—Hola, abuela —digo, apartando un poco el teléfono de mi oreja en previsión de su volumen.

—¡AMÉLIE! —truená—. ¡NO TE LO VAS A CREER! ¡TYLER PILLÓ A MADISON EN LA DUCHA!

—Abuela —me quejo—, literalmente pausé el episodio para ir a ayudar a Lea.

—¡OH! —Sigue sin ajustar el volumen—. ¡BUENO, DEBERÍAS SABER QUE TRISTAN...!

—¡No! —la interrumpo desesperada—. ¡No más spoilers! ¡Te lo suplico! ¡Y recuerda que no tienes que gritar al teléfono!

Se ríe, con esa risa cálida y familiar.

—Está bien, está bien. ¿Con qué necesitaba ayuda Lea?

Suspiro aliviada por el cambio de tema.

—Tuve que llevarle cosas para la regla a Lea al partido de hockey.

Suspira con nostalgia, como si la menstruación fuera algo que echa de menos.

—¿Al menos viste a algún chico de hockey guapo mientras estabas ahí?

Se me retuerce el estómago.

—Entré y salí.

—Hmm. —Hay una pausa, y prácticamente puedo oírla entrecerrar los ojos—. Suenas rara.

—¿Sí?

—Sí, como si estuvieras triste. Tenías el mismo tono hace unas semanas cuando Louis y tú volvieron de su paseo. ¿Qué pasa, ma petite?

Le doy una patada a una piedrecita en la acera.

—No pasa nada. Solo estoy cansada del trabajo de hoy.

—Trabajas demasiado. Se supone que la universidad es para divertirse. Cuando tenía tu edad, yo bailaba encima de las mesas en París.

—¿Eso fue antes o después de conocer al abuelo?

—Durante, con un cigarrillo en una mano y una copa de vino en la otra —dice con deleite malvado—. ¿Cómo crees que capté su atención?

Me río, imaginando a mi distinguida abuela en su juventud, escandalizando a las masas.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Y cuáles son tus planes para el resto de la noche?

—Más tele —digo.

Hace un ruido de desaprobación.

—Deberías estar por ahí. Ve a buscar problemas.

Después de que cuelga, me quedo inmóvil en la acera, repitiendo sus palabras.

Ve a buscar problemas.

He estado buscando desesperadamente un chico majo y respetable, uno que no espere que me meta en la cama con él inmediatamente, uno que tenga paciencia, que sea comprensivo, que vaya despacio. Pero a pesar de los filtros de Louis en las aplicaciones de citas y los valientes esfuerzos de Lea como mi compinche de ligue durante las últimas dos semanas, no he conseguido nada.

Ve a buscar problemas.

Pero luego está Linc.

Cómo me miró esta noche. Cómo me señaló entre toda la multitud. Cómo se sentían sus labios contra los míos. Pero incluso mientras la idea empieza a formarse en mi mente, niego con la cabeza, intentando sacudirme el recuerdo. No. Salí huyendo. Seguramente piensa que soy una completa chiflada. ¿Por qué iba a dedicarme un segundo pensamiento?

Y sin embargo...

Me saludó. Me señaló. Delante de todo el mundo.

El nudo en mi estómago cambia de ansiedad a algo más cálido, más intrigante. Quizá haya otro camino. Quizá, en lugar de buscar a algún chico majo al azar que me entienda y tenga paciencia conmigo, necesito a alguien con quien ya tenga química...

Alguien como Linc.

—Vale, problemas, acepto —digo—. Pero no esta noche...

siete

LINC

EL VESTUARIO HUELE MENOS a victoria y más a equipamiento sudado que dos docenas de tipos acaban de arrancarse del cuerpo, o sea, huele a culo puro. Y, mientras me quito la camiseta empapada y la añado a la montaña de ropa sucia destinada a Phil, nuestro utilero, lo único que quiero es una ducha.

—¡Dos goles para el cocapitán, nene! —La voz de Maine retumba por todo el vestuario mientras me da una palmada en el hombro con fuerza suficiente para dejar moretón—. ¡De eso estoy hablando!

—Un gol, una asistencia —lo corrijo, haciendo una mueca mientras roto el hombro. Tiene la fuerza de un oso grizzly y aproximadamente la misma conciencia social.

—Como si hubiera diferencia. —Desecha mi comentario con un gesto de la mano—. Ganamos por ti, hermano.

—En realidad, estoy bastante seguro de que ganamos por Rook. —Señalo con la cabeza hacia nuestro portero novato, que en este momento está ejecutando lo que parece ser un baile de celebración con movimientos de cadera y brazos excesivos frente a su casillero—. Veintisiete paradas.

—Veintiocho —grita Rook sin perder el ritmo de lo que sea que esté haciendo—. Estoy contando ese tiro que te rebotó en el culo en el segundo periodo, García.

—Mi culo no cuenta como parada. —Le lanzo un calcetín hecho bola—. Y si sigues bailando así, te vas a romper algo importante.

—¡Veintinueve! —Rook atrapa el calcetín y me lo devuelve con una puntería sorprendente—. A las chicas les encantan estos movimientos.

—Todavía no te hemos visto con una sola chica, imbécil —interviene Schmidt—. Así que primero tacha eso de la lista antes de hablar de chicas. En plural.

Me desconecto y agarro mi teléfono mientras los demás siguen lanzándole bromas a Rook. Es el ritual de pospartido que mantengo desde primer año. Primero, revisar mensajes. Segundo, ducha. Tercero, decidir si salgo a celebrar o me voy a casa a ponerle hielo a la parte del cuerpo que más me esté gritando.

La pantalla se ilumina con cinco notificaciones de texto.

En el fondo, espero que una sea de Em.

Pero no. Ninguna de Em.

¿Y qué esperaba después de la que monté? ¿Un mensaje de felicitación de la chica que me miró como si acabara de anunciar mi plan de asesinar cachorros delante de todo el pabellón?

Había parecido un momento cósmico: meter ese primer gol y después levantar la vista y verla ahí. Así que golpeé mi palo contra el hielo con ritmo, la tradición consagrada del hockey de Pine Barren cuando ves a una chica que te gusta.

Un gesto que he visto hacer a un montón de compañeros, pero que nunca había intentado yo.

Porque, sinceramente, nunca me ha hecho falta.

Todo el equipo y toda la grada se habían sumado... menos una persona. La persona de la que dependía todo el espectáculo. Porque, según la tradición, si la chica que es objeto de la escena también aplaude, es básicamente un «sí» a la pregunta obvia, y las bragas estarán en el suelo en menos de una hora.

Pero ella se había quedado ahí clavada, con cara de horror. Se le pusieron las mejillas escarlata antes de darse la vuelta para no mirar a la pista. La grada había soltado un «uuuuh» audible de decepción, y bien podría haber venido acompañado de la banda sonora de un rechazo de comedia romántica.

Así que ahora, además de todo, me siento como una mierda por haberla avergonzado.

Debería olvidarme de ella, porque claramente no le intereso. Pero la realidad es que Em no es un simple rollo que no funcionó. Había algo en ella, algo en la forma en que se reía, algo en esos pocos momentos increíbles antes de que todo se fuera al carajo.

Con un suspiro, vuelvo al teléfono y veo que todos los mensajes son de mi madre. Los abro y ahí están: mamá y papá, envueltos en sudaderas de los Devils aunque están en su sala a quinientos kilómetros, los dos levantando el pulgar hacia la cámara con entusiasmo.

El mensaje adjunto dice:

¡Victoria por dos goles! ¡Así se hace! ¡Según unas madres en Reddit, puede que haya habido un ojeador hoy!

Genial. Justo lo que necesito ahora: más presión.

Que no se me malinterprete. Me encanta que mis padres me apoyen, pero a veces su entusiasmo —o, siendo sincero, el de ella— se siente menos como apoyo y más como exigencia. O sea, ¿qué se supone que le diga?

Gracias, mamá. Como si no tuviera bastante presión con Mike deprimido todo el tiempo, haberme nombrado cocapitán y estar a cargo de un grupo de animales que perdieron a sus líderes de manada, y ser incapaz de dejar de pensar en esta chica que básicamente huyó de mí como si estuviera en llamas después de que nos enrollamos...

Sí, eso le caería genial.

En vez de eso, escribo:

Gracias. Los quiero.

Dejo el teléfono en el banco y miro a Mike. Está ahí sentado, con la mirada perdida en el suelo. No ha hablado con nadie desde que salimos del hielo, y en el banquillo tampoco dijo más de dos palabras. Ni cuando Rook hizo una parada espectacular en el tercer periodo, ni cuando yo anoté para ponernos por delante.

Simplemente... nada.

Esto no es Mike siendo su habitual yo serio. Esto es Mike metiéndose tan adentro de su propia cabeza que quizá nunca

encuentre la salida. Así que, a pesar de que no tengo muchas ganas de hablar con él, agarro una toalla y me acerco, cuidando de mantener la expresión neutra.

—Oye —digo, sin forzar la voz—. ¿Quieres ir a comer algo después de esto?

Mike levanta la mirada, sus ojos tardando un segundo de más en enfocarme, como si estuviera perdido en sus pensamientos. —No.

Una sílaba. Es como hablarle a una pared.

—Dale, dale. —Asiento como si esto fuera una conversación completamente normal—. Maine y yo seguramente vamos a O'Neil's, por si cambias de opinión.

—Paso.

Dos sílabas. Todo un avance.

Suspiro y dejo de fingir. —Mira, hermano...

—No empieces. —Mike me corta, con la voz lo bastante baja para que solo yo lo oiga—. No necesito tu lástima, Linc.

Lo miro un segundo más, luego me rindo y vuelvo a mi casillero para terminar de quitarme el equipo. Lo que sea que le pase a Mike no se va a resolver esta noche. Pero tarde o temprano, alguien va a tener que abordar su actitud, porque le está bajando la moral a todo el equipo.

Pero apenas me da tiempo a sentarme cuando la puerta del vestuario se abre de golpe y entra el entrenador Barrett a grandes zancadas, portapapeles bajo el brazo, expresión imposible de leer, lo cual no es ninguna novedad. El hombre tiene exactamente dos expresiones faciales: ligeramente molesto y extremadamente molesto.

—Buen partido esta noche —anuncia a la sala, y los chicos se callan al instante—. Son un equipo con talento, y los anularon. Rook, no estuvo mal con esas paradas en los mano a mano. García... —Su mirada se posa en mí—. A mi oficina antes de que se duche.

Y con eso, se da la vuelta y se va.

Genial.

Maine suelta un silbido bajo desde el casillero de al lado, con los ojos clavados en mí. —¿Qué hiciste?

—Existir, aparentemente. —Resoplo, intentando ignorar el nudo de miedo que se me forma en el estómago. Las invitaciones a la oficina del entrenador nunca son buenas noticias.

—A lo mejor te mandan a las ligas menores —ofrece Rook, siempre tan servicial—. Tengo entendido que la Silver Lake High School necesita un aguatero.

—Voy a pedir que te lleven conmigo —le sonrío con sorna—. Encajarías perfecto con los de catorce años.

Los chicos se ríen, pero noto que hay una persona que no esboza ni una sonrisa: Mike. Sigue sentado en su casillero, con cara larga. Así que, después de otro suspiro, emprendo el camino hacia la oficina del entrenador. Al pasar junto a Mike, considero decirle algo más, pero decido dejarlo para después.

Doy un golpe en la puerta entreabierta de la oficina.

—Pase, García. —El entrenador no levanta la vista de su portátil—. Cierre y siéntese.

Hago lo que me indica, cierro la puerta detrás de mí y me siento en la silla gastada frente a su escritorio. Las paredes de la oficina están empapeladas de horarios, libros de jugadas y frases motivacionales que probablemente venían gratis con una suscripción a Entrenadores que Odian la Alegría, edición mensual.

—Tenemos que hablar de Altman —dice el entrenador, mirándome por fin—. Y sospecho que lo sabe.

—¿Hay algún problema? —pregunto, intentando sonar neutral, como si no hubiera visto a Mike hundirse en un pozo de miseria durante meses.

—Dígamelo usted. —El entrenador se recuesta en su silla—. Pero por lo que yo veo, está más taciturno que un adolescente que acaba de descubrir la poesía.

—No está tan mal —digo automáticamente, aunque Mike literalmente ha dicho unas seis palabras esta noche.

—Sí lo está, y está afectando al equipo. —El entrenador me clava la mirada—. Esta noche se sentó en el banquillo con cara de que le hubieran matado al perro. Esto no puede seguir así.

Tiene razón. La actitud de Mike lleva semanas ensombreciendo el vestuario, pero esta noche tocó fondo. —¿Qué quiere que haga? —

pregunto finalmente.

—Hablar con él. —El bolígrafo del entrenador deja de golpetear—. Que se saque la cabeza del culo.

Casi me río. —Lo he intentado.

—Inténtelo más —dice—. Porque si no empieza a actuar como un capitán, cocapitán o como quiera llamarse, le voy a quitar el título.

La sugerencia me golpea como una bofetada. —No puede hacer eso.

—Puedo —dice el entrenador con calma—. Y lo haré si es necesario.

—Ya se siente como una mierda por lo de «co» —argumento, inclinándome hacia delante—. Quitárselo del todo lo destrozaría.

—A mí me parece que ya tocó fondo —replica el entrenador—. A lo mejor necesita algo que lo sacuda.

—O a lo mejor lo empuja por el precipicio. —Me paso la mano por el pelo rapado, con la frustración creciendo—. Solo... déjeme hablar con él cuando sea el momento adecuado.

El entrenador me estudia durante un largo instante, y prácticamente puedo ver cómo calcula detrás de esos ojos. Finalmente, asiente. —De acuerdo. Pero tiene que ser pronto, García. El equipo jugó bien esta noche, pero pude ver cómo su actitud los estaba afectando en el hielo.

—Me encargo —prometo, mientras una voz en mi cabeza me grita por asumir otra responsabilidad más.

—Bien. Es todo. —El entrenador vuelve a su portátil, dejando clara la despedida—. Por cierto, no estuvo mal esta noche. Ese segundo gol fue impresionante.

Por un momento, considero darle las gracias, pero el cumplido se siente vacío al lado del peso de lo que acaba de echarme encima. Así que simplemente asiento y salgo de la oficina, y soy de los últimos en llegar a las duchas para cuando por fin me he quitado toda la ropa empapada de sudor.

Me meto en la ducha y gruño de alivio cuando el agua caliente me golpea los hombros. Cierro los ojos y dejo que el vapor me envuelva, pero no puedo sacarme de la cabeza las palabras del

entrenador. Ni los mensajes de mi madre. Habla con Mike. Puede que haya habido un ojeador. Arregla al equipo. Llega a la NHL.

Mis hombros no solo cargan agua ahora mismo: están cargados con las expectativas de todos.

Nunca me ha molestado ser el tipo con el que la gente cuenta. De pequeño, yo era al que mis padres llamaban cuando necesitaban mover muebles o cuando había que convencer al gato del vecino de bajarse de un árbol. En el colegio, siempre era el líder de los trabajos en grupo porque yo me aseguraba de que las cosas se hicieran.

¿Pero esto? Ser responsable no solo de mi rendimiento sino también de la salud mental de un tipo que apenas habla ya. Que mi madre esté constantemente subiendo la apuesta en una temporada que ya de por sí es estresante, con mi futuro en la NHL en juego.

Es mucho.

Apoyo las palmas contra la pared de la ducha, con la cabeza agachada, viendo el agua dar vueltas por el desagüe. Si tuviera un poco de sentido común, le diría al entrenador que se ocupe él mismo de Mike, dado que es su trabajo y todo eso. Pero no lo haré. Porque necesito la recomendación del entrenador para los ojeadores y me siento en la obligación de ser un buen amigo para Mike.

Así que añadiré «arreglar a Mike» a mi creciente lista de responsabilidades, justo después de «ganar partidos», «impresionar a ojeadores», «mantener el promedio» y «averiguar por qué Em huyó de mí como si fuera contagioso».

El agua empieza a salir fría, y lo tomo como señal. La cierro y agarro la toalla, secándome rápido antes de volver al casillero. La mayoría de los chicos ya se han ido, aunque Maine sigue ahí, mirando su teléfono mientras espera.

Levanta la vista cuando me acerco. —¿Estás bien, hermano? ¿El entrenador no fue muy cabrón?

—No, el discurso motivacional de siempre. —La mentira sale fácil. No hace falta ir anunciando la situación—. Oye, sobre esta noche...

Maine sonríe. —O'Neil's nos está llamando. La primera ronda la pago yo, ya que básicamente eres la razón por la que ganamos esta noche.

Me paso la camiseta por la cabeza, sopesando la respuesta. Normalmente, me apuntaría de cabeza a birras de pospartido. Es tradición: ganamos, celebramos. Perdemos, bebemos para olvidar. De cualquier forma, casi siempre terminamos en el departamento de alguien o en O'Neil's, con Maine cantando karaoke y Rook intentando ligar con chicas que le quedan muy grandes.

Pero esta noche, la idea de meterme en un bar ruidoso, recibir felicitaciones de estudiantes medio borrachos y fingir que no estoy completamente agotado suena tan apetecible como patinar descalzo sobre cristales rotos. Así que, mientras termino de vestirme, tomo mi decisión.

—Creo que paso —digo, subiéndome la cremallera de la sudadera.

La cara de Maine se descompone como si le acabara de decir que cancelaron la Navidad. —¿En serio?

—Sí, estoy reventado. Ha sido una semana larga.

—Es viernes —señala Maine, como si quizá hubiera olvidado qué día es.

Me cuelgo la bolsa del hombro. —Tómate una por mí.

Una vez fuera, el aire frío me golpea en la cara, pero se agradece después del agobio del vestuario. El campus sigue vibrando con la energía de pospartido, estudiantes de rojo y negro dirigiéndose hacia distintas fiestas o hacia O'Neil's. Mantengo la cabeza baja, sin ganas de chocar puños ni palmas con estudiantes de segundo borrachos.

Mi departamento está a solo quince minutos caminando, pero al llegar al borde del campus, otro destino me llama. El letrero luminoso del 7-Eleven me hace señas desde el otro lado de la calle, y de repente me invade un antojo tan específico que me hace sonreír.

Un Slurpee.

Uno del tamaño de un niño pequeño.

Es un vicio que no me he dado desde que empezó el semestre, pero después de anotar el gol de la victoria y que me asignen la tarea de darle un discurso motivacional a Mike, creo que me lo he ganado.

La campanilla suena cuando empujo la puerta, y voy directo a la pared donde las máquinas de Slurpee se alzan en toda su gloria. Frambuesa azul es mi sabor desde los doce años, cuando mi madre y yo parábamos en la gasolinera más cercana a la pista donde estuviera jugando y los dos nos pedíamos un Big Gulp.

Pero esta noche, mirando la fila de sabores —frambuesa azul, cereza, Coca-Cola, una edición limitada verde que parece radioactiva—, dudo. Quizá sea hora de expandir horizontes. Vivir peligrosamente. Mezclar sabores como el rebelde que claramente soy.

Agarro el vaso más grande —fácilmente comparable a un cubo pequeño— y me quedo flotando entre sabores. ¿Qué es mejor? ¿Un enfoque por capas? ¿O tirar por la borda toda precaución con esa tontería de lima tropical?

Tan absorto estoy en esta decisión trascendental que no noto que alguien se acerca hasta que se le cae algo detrás de mí. Hay un murmullo de maldiciones seguido del crujir de plástico, y me giro, agachándome ya para ayudar.

Y me encuentro mirando directamente a los ojos abiertos de par en par de Em.

ocho

EM

CUANDO LAS PAPAS fritas que acabo de soltar golpean el suelo, decido que este definitivamente no es el tipo de líos que tenía planeado buscar: encontrarme con Lincoln Garcia a las 11:15 de la noche en un 7-Eleven, con mis pantalones deportivos más viejos y una camiseta manchada de la escuela de danza que ya ha conocido tiempos mejores.

Y sin embargo, aquí estamos.

Cuando se gira buscando el origen del ruido, me agacho más rápido de lo que me he movido en toda mi vida, clavando la mirada en la bolsa de papas fritas de sal y vinagre como si fuera el descubrimiento arqueológico más fascinante del siglo. Rezo con todas mis fuerzas para que no me reconozca, pero el mundo es demasiado cruel para eso.

—Deja, te ayudo. —Linc se agacha a mi lado.

—¡No! —protesto demasiado alto, y luego bajo la voz—. Quiero decir, ya lo tengo.

Mis dedos se cierran alrededor de la bolsa, pero me quedo congelada en posición, deseando desesperadamente que desaparezca. Podría quedarme aquí toda la noche si es necesario, contemplando los misterios de los aperitivos de papa procesada mientras hago todo lo posible por evitar el contacto visual con él.

—¿Estás planeando vivir aquí abajo? —Su voz lleva un toque de diversión—. Porque han fregado el suelo quizá dos veces desde el primer año.

Me arriesgo a mirarlo. Error. Sus ojos verdes me observan con una expresión mitad confundida, mitad divertida. Dios, ¿por qué me lo tenía que encontrar? Después de volver de ayudar a Lea, estuve tirada en mi sofá hasta que se me acabó todo lo que tenía para picar, que es claramente cuando el universo decidió que necesitaba otro encuentro incómodo.

Había decidido ir a buscar líos.

Pero no esta noche. Y no aquí. No así. Sin un plan.

¡Lo único que quería esta noche era algo de picar!

—Solo estoy muy comprometida con estas papas fritas —murmuro, poniéndome de pie por fin y apretando la bolsa contra mi pecho como un escudo.

—Se nota. —Se le escapa un amago de sonrisa—. Aunque no creo que valgan el nivel de compromiso que les estás dedicando.

Doy un paso atrás.

—Bueno, esto ha sido superdivertido, pero debería...

—Em. —Se interpone en mi ruta de escape—. No tienes que huir de mí.

—No estoy huyendo —protesto automáticamente—. Me estoy reubicando estratégicamente.

—Mira —dice en voz baja—, ni siquiera te miraré si eso ayuda.

Fiel a su palabra, desvía la atención hacia la máquina de Slurpee que tiene detrás y empieza a llenar su vaso. Con su mirada en otra parte, me permito observarlo bien. Su perfil es injustamente perfecto: mandíbula fuerte, nariz recta y esas pestañas estúpidamente largas que los chicos siempre parecen tener sin siquiera intentarlo.

Su pelo negro todavía está húmedo por lo que supongo fue una ducha después del partido, y un ligero rubor le persiste en los pómulos. Está guapo. Demasiado guapo. Pero hay un cansancio en su postura que no estaba esa noche en su departamento, un sutil encorvamiento en los hombros que habla de agotamiento.

Cuando termina de llenar su vaso —que genuinamente tiene el tamaño de un cubo pequeño—, me mira y me pilla observándolo. Me vuelvo rápidamente hacia la información nutricional de mi bolsa de papas fritas, fingiendo estar fascinada.

—Sabes que esas tienen suficiente sal como para preservar un cadáver, ¿no? —dice, señalando mis papas fritas con la cabeza.

—Dice el que se está bebiendo azúcar con colorante —replico, señalando su monstruosidad de frambuesa azul.

Sonríe, y odio cómo me da un vuelco el estómago.

—Ganamos esta noche. Me lo he ganado.

—Yo también. Trabajé un turno doble, rescaté a una amiga en apuros y lidié con que Malia cortara con Kent, que me chupó hasta la última lágrima salada...

Entrecierra los ojos.

—¿Qué?

—Por cierto, debería darte un puñetazo por el numerito del golpecito con el palo —digo, ignorando su pregunta—. Todo el pabellón me estaba mirando.

Algo cambia en su expresión: un aligeramiento, una relajación de una tensión que no había registrado del todo hasta que desapareció.

—Pero no estás realmente enfadada.

No es una pregunta, y me irrita que pueda leerme con tanta facilidad.

—Yo no he dicho eso.

—Tu cara sí. —Da un largo trago a su Slurpee—. Además, si de verdad estuvieras enfadada, no estarías hablando conmigo ahora mismo.

—Muy atrevido de tu parte asumir que te estoy hablando por elección. Esto podría ser simplemente una táctica de supervivencia en respuesta a haber quedado acorralada en el pasillo de los aperitivos.

Se ríe, un sonido que hace que mi traicionero pulso se acelere.

—Si te sirve de algo, siento haberte avergonzado, pero no me contestabas los mensajes, así que...

—Fue bastante tierno, la verdad —admito, y me arrepiento de inmediato cuando su sonrisa se ensancha—. De una forma

completamente humillante.

—Acepto tierno-pero-humillante. —Señala hacia el mostrador—. ¿Puedo comprarte tus papas fritas? Como ofrenda de paz.

—Vale —digo—. Pero esto no significa que te perdone por la humillación pública.

—Anotado.

Caminamos juntos hacia la caja, y soy agudamente consciente de lo cerca que está, lo suficiente como para oler su colonia mezclándose con el aroma del jabón. Es una distracción. Un minuto después, tras pagar, salimos juntos al frío aire nocturno.

Nos quedamos torpemente en la acera, el letrero de neón del 7-Eleven bañándolo todo en un extraño resplandor azul-rosado. Linc da otro largo trago a su Slurpee, y no puedo evitar recordar lo que sentí cuando presionó esos labios contra los míos hace dos semanas.

—Entonces —dice—, ¿vuelves a tu residencia?

—Sí. —Cambio el peso de un pie al otro—. Emocionantes planes de viernes por la noche: papas fritas de sal y vinagre y mensajearme con mi abuela sobre telerrealidad.

El silencio se estira entre nosotros, lleno de todo lo que no estamos diciendo. Linc pasa el Slurpee a la otra mano.

—Mira, Em... —dice al mismo tiempo que yo digo—: Debería irme ya...

Los dos nos reímos.

—Tú primero —digo.

—¿Puedo acompañarte a tu residencia? Me gustaría hablar sobre la otra noche.

Se me seca la boca. Esta es precisamente la conversación que llevo dos semanas temiendo y evitando. Y aunque tengo un plan audaz para ir a buscar líos con él, esperaba tener más tiempo para ordenarlo en mi cabeza y reunir el valor.

—No hay mucho de qué hablar —digo, apretando mis papas fritas con más fuerza—. Surgió algo y tuve que irme.

—¿Surgió algo? —repite Linc, con escepticismo evidente—. Mientras estábamos a mitad de... —Se interrumpe, haciendo un gesto vago entre nosotros.

—Sí. Una emergencia... de pez dorado. —Hago una mueca ante mi propia mentira absurda—. Muy urgente. Podría haber sido catastrófico.

—No tienes un pez dorado.

—Podría tener un pez dorado.

—¿Lo tienes?

—No —admito—. Era el pez dorado de mi compañera de cuarto.

—Lea tampoco tiene un pez dorado.

Suelto un suspiro exasperado.

—Vale, no hubo ninguna emergencia de pez dorado.

—Me lo imaginaba. —Linc da un paso más cerca, suavizando la voz—. Me ha preocupado haberte forzado a algo que no querías. Si te hice sentir incómoda...

—No —interrumpo, mortificada de que piense que él era el problema—. No hiciste nada mal.

—Entonces, ¿por qué saliste corriendo como si el lugar estuviera en llamas?

Fijo la mirada en la acera, armándome de valor. Tiene derecho a saber. Además, parece genuinamente preocupado, como si hubiera estado cargando con esta preocupación durante dos semanas. Y por lo poco que hemos interactuado hasta ahora en Pine Barren, sé que es un buen chico que no merece sufrir por mis mierdas.

—¿De verdad quieres la verdad? ¿La verdad incómoda y vergonzosa?

Asiente.

—Solo si quieres contármela.

—Yo... —trago con dificultad—. Nunca he hecho... eso. Nada de eso.

Frunce el ceño, y luego su expresión se aclara cuando comprende.

—Oh. No has...

—¿Tenido sexo? No. Ni de cerca. —Me obligo a mirarlo a los ojos—. Las cosas iban muy rápido, y cuando me pediste desabrocharme los vaqueros, simplemente... entré en pánico.

—Em, eso está totalmente bien. Podrías habérmelo dicho. Podríamos haber ido más despacio, o haber parado.

—Claro, porque eso es precisamente lo que un chico con tu reputación quiere oír: que la chica con la que está no tiene ni idea de lo que hace.

—Entonces, ¿sentiste que irte era tu única opción?

—Exacto.

Linc pasa los dedos por la condensación de su vaso de Slurpee.

—Ojalá me lo hubieras dicho. Lo habría entendido.

—Eso dices ahora, pero...

—Em, yo no soy ese tipo de chico. No te habría presionado ni te habría hecho sentir mal por eso.

La sinceridad en su voz hace que algo se me retuerza en el pecho. Nos quedamos en silencio un momento, los únicos sonidos los de los coches que pasan y el zumbido del letrero del 7-Eleven. En cierto modo, he encontrado los líos que mi abuela me dijo que fuera a buscar, en la forma de derramar mi vergüenza más profunda ante un casi desconocido.

—Así que ahora sabes mi oscuro secreto —digo finalmente—. Estoy casi al final del primer año y no he tenido sexo. Adelante, ríete.

—¿Por qué me iba a reír? —Parece genuinamente confundido—. Eso no es algo de lo que reírse.

—Porque la mayoría de la gente de nuestra edad ya lo ha hecho.

—No hay un calendario para estas cosas. —Hace una pausa, como considerando algo—. ¿Puedo preguntarte por qué? ¿Es algo religioso, o...?

—No, es... complicado. —No estoy lista para contarle lo de Derek y la secundaria—. Digamos que estaba esperando el momento adecuado. Y la persona. Y la situación.

—Eso es completamente justo —dice.

Después de una pausa contemplativa, Linc cambia de postura y da otro trago a su Slurpee.

—Escucha, sobre esa noche... yo tampoco estaba exactamente en mi mejor momento.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, algo sorprendida, porque Linc siempre parece feliz y como si lo tuviera todo controlado.

Mira fijamente su bebida, la expresión ensombreciéndosele.

—El entrenador acababa de decirme que era el nuevo cocapitán.

—¿Cocapitán? —Frunzo el ceño—. ¿Pero Mike no es el capitán?

—Técnicamente, ahora lo somos los dos. Se supone que yo soy el líder sobre el hielo, y él se encarga del liderazgo fuera. —Linc se ríe, pero sin rastro de humor—. Solo que últimamente está tan hundido que apenas habla con nadie: ni antes, ni durante, ni después de los partidos.

Empezamos a caminar, casi instintivamente, hacia mi residencia. La noche es fría pero despejada, las estrellas visibles incluso a través de las luces del campus. El aliento de Linc forma pequeñas nubes en el aire mientras habla. De algún modo, la conversación se siente más íntima que las caricias que compartimos en su habitación hace unas semanas, antes de que yo huyera.

—El entrenador me llevó a su despacho justo después del partido de esta noche —continúa—. Básicamente me dijo que arregle a Mike o le quitará el título de capitán por completo.

—Eso es mucha responsabilidad para cargártela a ti.

—Sí. —Linc pateo un guijarro en la acera—. Lo entiendo, de verdad. La lesión de Mike puede que haya destruido, o al menos retrasado, su futuro en el hockey. Pero...

—O sea, para que quede claro —digo—, tenías toda esa presión encima, ¿y luego una chica cualquiera se asustó y salió corriendo de tu departamento?

Eso le arranca una risa genuina.

—Dicho así, suena como una noche bastante de mierda.

—Para los dos.

Caminamos en silencio cómodo durante un minuto. El campus está tranquilo a esta hora, la mayoría de los estudiantes o de fiesta o metidos en sus residencias. Soy hiperconsciente de Linc a mi lado, nuestros brazos rozándose de vez en cuando mientras avanzamos por la acera.

—¿Puedo decirte algo sobre Mike? —pregunto finalmente.

—Claro.

—Solo porque alguien esté pasando por un momento difícil no le da excusa para desaparecer como amigo. Lo explica, pero no lo excusa.

Linc me mira con sorpresa.

—Eso es... bastante perspicaz.

—Tengo mis momentos. —Me encojo de hombros.

Llevamos más de quince minutos caminando, siguiendo los senderos serpenteantes del campus en lo que parece un paseo sin rumbo. No estoy del todo lista para que la conversación termine, lo cual es extraño teniendo en cuenta lo desesperadamente que quería evitar a Linc hace apenas treinta minutos.

—Esta es la mía —digo al acercarnos a Hughes Hall. El viejo edificio de ladrillo se eleva contra el cielo nocturno.

Me quedo al pie de las escaleras, la mano aferrada a la barandilla metálica y fría. Algo cambia en el aire entre nosotros, una corriente de posibilidad. Sus ojos encuentran los míos, y parece querer decir algo hasta que lo piensa mejor, y entonces decido yo antes de que mi cerebro pueda convencerme de lo contrario.

Busca líos.

Bueno, allá vamos.

Trago saliva, aunque tengo la boca seca como un desierto.

—¿Quieres subir? Lea se queda esta noche en el departamento de Declan.

Alza ligeramente una ceja, incluso mientras abre los ojos.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente, Em?

Lo directo de su pregunta me pilla desprevenida. Esperaba que simplemente dijera sí o no, quizá con un comentario coqueto. En vez de eso, me está haciendo aclarar mis intenciones, lo cual es comprensible dado mi ataque de pánico la última vez que lo intentamos, pero que encuentro a la vez frustrante y extrañamente cautivador.

—Te estoy pidiendo que subas. —Hago una pausa, invocando el valor de las palabras de mi abuela—. Para algo lento y sin complicaciones.

Su expresión cambia, la curiosidad mezclándose con algo más oscuro.

—¿Y qué sería eso?

—Estaba pensando... —vacilo un momento, y luego me lanzo—. Estaba pensando que podrías... entrenarme.

—¿Entrenarte? —Parece genuinamente confundido—. No sabía que te interesara el hockey, Em...

—Sobre sexo —suelto, e inmediatamente quiero fundirme con el cemento bajo mis pies—. He estado intentando encontrar a alguien con quien acostarme, pero no está yendo bien. Todos los que Lea y yo encontramos o quieren ir demasiado rápido, o son unos completos rastreros, o ya están en una relación. Y, bueno... parece que te gusto... así que...

Linc se queda perfectamente quieto, su rostro ilegible bajo la tenue luz de la farola. Mi confianza se evapora con cada milisegundo de silencio, reemplazada por un deseo ardiente de subir las escaleras corriendo y atrincherarme en mi cuarto los próximos cuatro años.

—Dios mío, ¿cómo puedo ser tan estúpida? —suelto, mi mente empezando a acelerarse—. Salí corriendo de tu casa, superhumillante, y ahora te he ofrecido algo menos tentador de lo que casi cualquier chica, y algunos chicos, del campus te ofrecerían a cualquier hora del día o la noche. Gracias por las papas fritas, Linc, y por el paseo.

Me giro y empiezo a subir las escaleras, la cara ardiéndome de vergüenza. Si pudiera chasquear los dedos y teletransportarme, me llevaría al instante a un monasterio en la Francia rural, o a algún rincón deshabitado del desierto australiano, o quizá al fondo del océano, o quizá...

—¿Quieres que te... enseñe a tener sexo? —pregunta finalmente Linc a mi espalda, un momento antes de que entre, con la voz cuidadosamente neutra.

—Dicho así, suena ridículo. —Me presiono los talones de las manos contra los ojos, sin atreverme a mirarlo—. Olvida que lo dije. Fue una idea terrible.

Estiro la mano para abrir la puerta de Hughes Hall, pero él ha caminado detrás de mí sin que me diera cuenta, y su mano me atrapa la muñeca, suave pero firme. Me quedo helada, incapaz de mirarlo, pero sin apartarme.

—Lo haré.

Las palabras quedan suspendidas en el aire nocturno entre nosotros, imposibles de ignorar. Lentamente, me giro para mirarlo, convencida de que he oído mal.

—¿Que harás qué? —digo.

—He dicho que lo haré. —Hay una intensidad en sus ojos ahora, una concentración que me corta la respiración—. Quiero hacerlo.

Cierro los ojos y se me escapa un diminuto iaaaah! de emoción y alivio antes de poder contenerme. Cuando los abro de nuevo, Linc está intentando no sonreír.

—Pero —dice, soltándose la muñeca y levantando tres dedos—, tengo condiciones.

—Por supuesto que sí. —Intento sonar casual, como si mi corazón no estuviera intentando salirse del pecho a golpes.

—Una: lo hacemos en tu casa, no en la mía. Necesitas sentirte cómoda para probar cosas nuevas.

Asiento.

—Tiene sentido.

—Dos: programamos nuestras... sesiones... en días sin partido. Necesito estar completamente presente para esto, no distraído por el hockey.

—Práctico. Lo respeto.

—Tres. —Su expresión se pone seria—. Ninguno de los dos puede enamorarse. Esto es un acuerdo estrictamente platónico, aunque nos atraigamos. No tengo espacio para una novia ahora mismo con todo lo demás que está pasando, y tú necesitas aprender y superar tus bloqueos, no enamorarte de mí.

Una punzada extraña me golpea el pecho con sus palabras, pero la trago.

—De acuerdo. Yo tampoco busco novio. Esto es puramente educativo.

—Educativo —repite, con una comisura de la boca elevándose—. ¿Así es como lo llaman los jóvenes hoy en día?

—Cállate —murmuro, sintiendo el calor subirme a las mejillas una vez más—. ¿Tenemos un trato o no?

—Tenemos un trato. —Extiende la mano formalmente, y yo se la estrecho, intentando ignorar la descarga eléctrica que me sube por

el brazo con su contacto.

—Entonces... ¿quieres empezar ahora? —pregunto, señalando la puerta de mi edificio con la cabeza.

Linc se acerca, lo suficiente como para que sienta el calor que irradia su cuerpo en el frío aire nocturno.

—No hay nada que prefiera hacer ahora mismo —dice, con la voz grave y primitiva de una forma que me licúa por dentro—. Estoy acelerado, eléctrico y, la verdad, calentísimo por ti.

Se me seca la boca con sus palabras.

—Pero —continúa—, quiero estar en el estado mental correcto para nuestra primera lección. Quiero planificarlo, que sea bueno para ti.

—¿Cuándo, entonces?

—Mañana tengo partido fuera, pero estoy libre el lunes por la noche. Dentro de tres días. ¿Te va bien?

Asiento, incapaz de formar palabras con su cara tan cerca de la mía. Por un momento salvaje, creo que va a besarme, pero en lugar de eso se inclina y me presiona los labios suavemente en la mejilla. Es honestamente lo más erótico y excitante que he experimentado en mi vida, y esta vez no quiero salir corriendo, lo que lo hace todo aún más frustrante.

—Buenas noches, Em —murmura contra mi piel antes de apartarse—. Te mando los detalles por mensaje.

—Linc... —susurro, sin aliento.

Pero ya está retrocediendo, todavía de cara a mí, con una pequeña sonrisa jugándole en los labios.

—Dulces sueños.

Me quedo congelada en las escaleras, viéndolo girarse y alejarse a zancadas en la oscuridad, la mejilla ardiendo donde sus labios me tocaron. Durante un segundo, mi mente está en calma: tranquila, en paz. Pero entonces se activa de nuevo, y un pensamiento traicionero me da vueltas en la cabeza, aunque había aceptado sus reglas.

¿Por qué me besó en la mejilla si no soy su novia?

—Y ENTONCES —te juro por Dios, Em— saca el teléfono y empieza a enseñarme fotos de su ex.

Le doy un mordisco a mi bagel mientras observo a Louis gesticular como loco al otro lado de nuestra mesa en Pine Barren Bagels. A las siete y media de la mañana, tenemos el local prácticamente para nosotros solos: las ventajas de ser madrugadores crónicos en un mar de universitarios que consideran el mediodía «el amanecer».

—¿Quizá no lo ha superado? —sugiero, lamiéndome el queso crema del pulgar.

—¿Tú crees? —La voz de Louis sube con sorpresa fingida—. Me extraña que el monólogo sobre cómo Adam era su alma gemela no me diera una pista.

Resoplo.

—Dime que no aguantaste mucho rato.

—Veintitrés minutos. Los cronometré. —Louis le da un mordisco agresivo a su bagel de pork roll, huevo y queso, una especialidad de Pine Barren que hará que las colas del fin de semana lleguen hasta la puerta en una hora más o menos—. A lo mejor debería seguir el ejemplo de McCaffrey.

—¿Quién?

—Está en mi equipo de fútbol, y por su culpa la mitad del equipo ha hecho una especie de voto de celibato este semestre. —Se limpia la comisura de la boca con la servilleta con una delicadeza sorprendente para alguien que hace un momento comía como un lobo rabioso—. Puede que el tío tenga razón.

Añado otro sobre de azúcar a mi café.

—Estás siendo ridículo.

Louis arquea una ceja.

—El celibato parece funcionarte bastante bien a ti.

La apertura perfecta. Estaba esperando esto.

—En realidad... —Remuevo mi café—. Ya no soy exactamente célibe.

Louis se queda paralizado a medio masticar, con el bagel a medio camino de la boca.

—Pero ninguno de...

—Las aplicaciones de citas fueron un desastre —explico—. Filtrabas demasiado agresivamente y no encontraste a nadie adecuado. Después de eso, los intentos de Lea y míos de encontrarme candidatos frikis aceptables fracasaron estrepitosamente. Así que volví a la carga con el único chico que sé que le gusto...

—¿Y entonces qué? —Louis se cruza de brazos—. ¿Te estás acostando con este tío?

—Bueno, técnicamente... —Mi voz se apaga, sabiendo que lo que estoy a punto de decir le va a impactar—. Me va a enseñar a tener sexo...

El café sale disparado por la mesa cuando Louis se atraganta y empieza a toser violentamente. Le doy palmadas en la espalda sin quitarle un ojo de encima a mi bagel para asegurarme de que queda libre de sus gérmenes, sobre todo porque quién sabe dónde ha estado su boca y con quién ha intercambiado fluidos corporales.

—¿Perdona? —consigue balbucear por fin—. ¿Acabas de decir que has contratado a un... entrenador sexual?

Asiento.

—Lincoln Garcia.

Los ojos de Louis se abren hasta un tamaño cómico.

—¿El tío del hockey? ¿El putón oficial del campus?

—Ese mismo.

—Non. Pas possible. —Louis cambia al francés, una costumbre desde la infancia para cuando una conversación requiere privacidad o contiene cotilleo—. Tu plaisantes.

—Je ne plaisante pas —respondo, también en francés—. Tenemos un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo? —De vuelta al inglés, con la voz baja.

—Me está enseñando. Sobre... ya sabes.

—Sexo —completa Louis, muy servicial, ya recuperado del atragantamiento.

—Baja la voz, Louis —siseo.

—Literalmente no hay nadie aquí. —Louis señala las mesas vacías a nuestro alrededor—. ¿O sea que los dos están... practicando? ¿Como ejercicios de hockey pero en horizontal?

Se me escapa una risa.

—No es así. Bueno, todavía no. Estamos empezando despacio.

Louis frunce el ceño.

—Estoy confundido. Cuando dijiste que querías empezar a salir con gente, pensé que te referías a... ya sabes... salir con gente. ¿Cómo te ayuda este acuerdo con Linc Garcia, precisamente, a volver al mundo de las citas? Es como pescar tiburones cuando lo único que quieres es echar el anzuelo...

Mi risa se apaga.

—Cuando hablé de mis preocupaciones, no me preocupaba salir con alguien en sí. Puedo hablar con chicos sin problema. Lo que me aterroriza es lo que viene después.

—La parte del sexo.

—Sí, Capitán Obvio. No quiero pasarme las citas preocupada por adónde pueden ir las cosas o cómo va a reaccionar un tío cuando se dé cuenta de que tengo cero experiencia.

La expresión de Louis se suaviza.

—Em, mírame.

De mala gana, le sostengo la mirada.

—Sabes que esto no es una carrera, Em. —Suspira—. Lo que quiero decir es que cualquiera que merezca la pena respetaría eso y

tendría paciencia.

—Es una bonita teoría, pero los dos sabemos que no siempre es tan sencillo. —Bajo la voz aún más—. Necesito experiencia, confianza. Y Linc es... —Dejo la frase en el aire.

—¿Guapo? —aporta Louis, con los labios curvándose—. ¿Capitán del equipo de hockey? ¿El tío con más muescas en el cabecero que goles en el hielo?

—Experimentado —corrijo, ignorando su pulla—. Y aceptó ir a mi ritmo.

Louis se recuesta, estudiándome con esa intensidad que siempre me hace sentir como si me estuviera escaneando el cerebro.

—Te gusta.

Abro la boca para negarlo y la vuelvo a cerrar. La verdad es más complicada de lo que quiero admitir. Hay algo en los ojos verdes de Linc y en la forma en que me escuchó cuando entré en pánico aquella noche, algo más allá de su reputación que me atrae. Pero admitirlo ante Louis solo reforzaría su argumento.

—El acuerdo es práctico —digo en su lugar—. Lo... demás es irrelevante.

—Ajá. ¿Tan práctico como ese rubor que te baja por el cuello?

Le lanzo una servilleta hecha bola.

Louis le da otro mordisco a su bagel, masticando pensativo.

—¿Y qué pasa cuando se metan los sentimientos? Porque se van a meter, Em. ¿Crees que puedes simplemente compartimentar esto?

—Establecimos reglas —digo, intentando sonar profesional—. Es un acuerdo mutuamente beneficioso con límites claramente definidos. Es educativo, no romántico.

Louis simplemente sorbe su café, dirigiéndome esa mirada —la que de alguna forma es compasiva y presumida a la vez, un superpoder que ha perfeccionado a lo largo de nuestros más de veinte años de amistad.

—Claro. Y seguro que tu «profesor» está perfectamente cualificado, dado que prácticamente está haciendo el doctorado en rollos de campus.

La verdad es que ya había sentido ese aleteo peligroso cuando Linc me escribió esta mañana. Reconocerlo ante Louis lo haría

demasiado real.

Apoyo la barbilla en la mano.

—Mira, por eso precisamente tiene sentido. El tío sabe lo que hace, ¿para qué voy a ir a tientas con un friki torpe?

—¿Porque el friki torpe podría preocuparse de verdad por ti como persona?

—A Linc le importo —protesto, inmediatamente irritada por lo defensiva que sueno.

Louis arquea una ceja.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Cuántas conversaciones has tenido con él, unas pocas?

—Tres —corrijo, y luego hago una mueca al darme cuenta de que eso no ayuda a mi caso—. Y salí corriendo a mitad de un rollo, lo cual habría hecho que la mayoría de los tíos pusieran pies en polvorosa, pero a él de verdad le preocuparon mis sentimientos.

—Qué noble —dice Louis con cara de póker—. Deberían darle una medalla.

Le lanzo una mirada asesina al otro lado de la mesa.

—Al menos podrías intentar ser comprensivo.

—Estoy siendo comprensivo. Estoy apoyando tu bienestar emocional señalándote los fallos enormes y flagrantes de este plan.

—Tu objeción queda registrada. —Despedazo mi bagel en trozos cada vez más pequeños.

Louis me escudriña, la luz de la mañana resaltando las diminutas arrugas de preocupación entre sus cejas.

—¿Lo has pensado bien? ¿De verdad?

—Sí. Hasta hice una hoja de cálculo.

Le tiemblan los labios a pesar de su obvia desaprobación.

—Por supuesto que sí.

—Mira —empiezo, inclinándome hacia delante—, agradezco tu preocupación. Pero esto es algo que necesito hacer por mí misma. No puedo seguir viviendo con miedo a la intimidad.

La expresión de Louis se suaviza ligeramente ante la mención de mi trauma de la secundaria.

—Solo me preocupa que acabes más herida que antes.

—Conozco los riesgos.

—Dice la chica que lloró tres días después de ver un documental sobre pingüinos.

—Eso fue diferente. Esos pingüinos tenían una historia de amor preciosa.

—¿Y estás tan segura de que aquí no hay ningún potencial para eso?

Suelto un suspiro exagerado.

—Es un crush, Louis. No amor. Los crushes son superficiales: se basan en la atracción y la fantasía, no en una conexión real.

—Si tú lo dices. —Louis no parece convencido—. Pero como alguien que conoce a Linc de verdad...

—Apenas —interrumpo.

—...me siento obligado a recordarte que a los tíos no les ponen apodos como «Bed Chem» por ser sensibles ni material para relaciones a largo plazo.

Retuerzo la servilleta entre los dedos.

—Estás asumiendo que quiero algo sensible y para largo plazo.

—¿No? ¿Algún día?

Se me hace un nudo incómodo en el estómago.

—Ahora mismo no —admito, lo cual no es del todo mentira—. Ahora mismo quiero superar este miedo. Quiero ser normal.

La mirada de Louis se afila.

—Eres normal, Em. Tomarte tu tiempo no te hace anormal.

—Tengo veintiún años y nunca he...

—¿Y qué? —Louis me corta—. Tu tiempo es tuyo.

Suspiro, de repente agotada de la conversación.

—¿Puedes simplemente confiar en que sé lo que hago?

Lo considera y luego suspira.

—Vale. Me retiro. Pero prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Si las cosas se complican —emocionalmente, me refiero— me lo contarás. No sufras sola si esto sale mal.

—No saldrá mal —insisto con más confianza de la que siento—. Pero sí, te lo prometo.

Louis asiente, aparentemente satisfecho, y cambia de tema a su último entrenamiento de fútbol. Dejo que la conversación se aleje

naturalmente de mi vida sexual —o la falta de ella— e intento ignorar la vocecita en mi cabeza que suena sospechosamente como Louis, susurrando dudas sobre mi capacidad de mantener los sentimientos fuera de esto.

Porque la verdad es que no estoy tan segura como finjo. Hay algo en Linc que me llena el estómago de mariposas de un modo que se siente peligroso, algo más allá de la atracción física que estoy dispuesta a admitir. Cuando me besó la mejilla la otra noche, despertó más emociones de las que había experimentado en años.

Intento racionalizarlo como simple emoción: la adrenalina de por fin enfrentarme a mis miedos. Cualquier cosa más profunda complicaría mi vida, ya de por sí caótica.

Además, este acuerdo es perfecto precisamente porque nos atraemos mutuamente. La chispa ya está ahí, lo que significa que la parte física debería ser agradable en vez de incómoda. Y como hemos establecido límites claros —nada de citas de verdad, nada de expectativas románticas— no hay presión para ser nada más de lo que somos: dos personas ayudándose mutuamente.

Él consigue sexo. Yo consigo educación sexual.

Limpio. Simple. Perfecto.

Mi teléfono vibra con un mensaje y sonrío cuando veo el nombre de Linc en la pantalla:

Lunes, 8 de la noche. Ponte algo cómodo. Yo llevo los Slurpees. No comas antes.

Leo el mensaje tres veces, el calor subiéndome por el cuello ante las implicaciones de «no comas antes». Cuando levanto la vista, Louis me observa con expresión cómplice.

—¿Es él? —dice.

Asiento, incapaz de ocultar mi sonrisa.

—¿Y cómo exactamente vas a mantener los sentimientos al margen cuando estás sonriendo como si te hubiera tocado la lotería por un mensaje de texto?

—Cállate —murmuro, guardando el teléfono.

La expresión de Louis se vuelve seria.

—Solo recuerda: sé cómo se ve en ti un corazón roto, y preferiría no volver a verlo.

Quiero responder con algo ingenioso y desdeñoso, pero la preocupación genuina en sus ojos me detiene. En cambio, simplemente me encojo de hombros, como solía hacer cuando mis padres me preguntaban si estaba «de verdad bien» después del desastre con Derek.

—Es solo sexo, Louis —digo en voz baja—. No una relación.

Louis niega con la cabeza y suspira.

—Por tu bien, espero que tengas razón.

Yo también lo espero. Pero cuando mi teléfono vibra con otro mensaje de Linc:

Tengo ganas de verte.

Mi pulso se acelera de una forma que se siente claramente relacionada con el corazón. Pero son solo nervios, me digo. Nada más.

¿Verdad?

diez

LINC

EL DISCO se me escapa del palo por tercera vez en veinte minutos.

—¡Por Dios, Garcia! —La voz atronadora del entrenador retumba por toda la pista—. ¡Mi madre habría atrapado ese pase, y la cremaron hace quince años!

Me muerdo la lengua y asiento.

Aunque lo que quiero decir es que no he dormido.

Mike decidió que las tres de la madrugada era el momento perfecto para poner la discografía completa de Metallica a todo volumen. Y, por si eso no bastara, dio un portazo a las seis al salir, asegurándose de que llegara al entrenamiento como un zombi. Pero las excusas no le valen al entrenador, y, francamente, a mí tampoco.

—¡Linc! ¡Tienes que bajar más el palo para anticipar el pase! —El consejo tan útil de Mike resuena desde el banquillo—. ¡Es lo más básico, hermano!

Patino hasta el otro extremo de la pista, poniendo toda la distancia posible entre los comentarios de Mike y yo. Claro, después de semanas de silencio hosco, elige precisamente hoy para convertirse en el John Madden del hockey y comentar cada uno de mis movimientos.

Maine se desliza hasta mi lado, en voz baja:

—Tienes una pinta de mierda.

—Gracias. Me siento aún peor de lo que aparento.

Maine está inusualmente apagado, porque Mike también se la ha tomado con él. Todo el mundo anda pisando huevos alrededor de Mike, pero no nos da tiempo a seguir hablando antes de que el entrenador toque el silbato.

—¡Cambio de línea! ¡Primera línea fuera, segunda dentro! —Su voz me taladra el cráneo—. Garcia, se queda en la pista, y más le vale que la práctica haga al maestro.

Genial. Turnos dobles cuando apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Nos colocamos para un ejercicio ofensivo estándar: nada complicado. Recibir el pase, sortear a dos defensas y tirar a puerta. He hecho este ejercicio unas cinco mil veces desde que tenía ocho años. Podría hacerlo dormido, lo cual es conveniente porque prácticamente ya lo estoy.

—¡Acuérdate de amagar a la izquierda antes de ir a la derecha! —grita Mike mientras me coloco—. ¡Te delatas demasiado!

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me sorprende no romperme los dientes. ¿Desde cuándo Mike —un defensa— tiene opiniones sobre mi estrategia ofensiva? Sobre todo cuando su consejo contradice directamente lo que el entrenador me indicó la semana pasada.

El disco viene hacia mí. Lo recibo limpio —por fin— y encaro a los defensas. Amago a la derecha, voy a la izquierda —lo contrario del brillante consejo de Mike— y los supero. Solo quedamos Rook en la portería y yo. Cambio al revés, apuntando lo que debería ser un tiro directo a la escuadra.

—¡El ángulo está mal! —La voz de Mike me atraviesa la concentración en el momento exacto en que suelto el tiro.

El disco sale desviado, falla la portería por completo y rebota contra el plexiglás con un golpe patético. Miro al entrenador justo cuando sus ojos se desvían hacia Mike y vuelven a mí, con un cálculo detrás que no logro descifrar. Me preparo para el castigo: vueltas, sprints o quizás las «cuatro facilitas» por el campus.

Pero, en vez de eso, el entrenador da tres pitidos, señalando el final del entrenamiento.

—A las duchas —dice—. Menos Garcia: mi despacho, cinco minutos.

El equipo va saliendo de la pista; algunos me palmean el hombro en señal de apoyo silencioso. Mike no me mira al pasar con su paso pesado, la muleta encajada bajo el brazo —se niega a usar las dos porque «le hacen parecer débil»— y el ceño fruncido.

En el vestuario, me tomo mi tiempo quitándome los patines, temiendo la conversación que me espera en el despacho del entrenador. Los chicos saben que estoy preocupado, porque me dejan tranquilo. ¿Me va a sentar en el banquillo? ¿Quitarme el puesto de cocapitán? ¿Decirme que espabile antes de que vengan los ojeadores al próximo partido?

Cinco minutos después, cuando llamo a su puerta, el entrenador ya está tras el escritorio, revisando las grabaciones del entrenamiento.

—Siéntese —dice sin levantar la vista.

Me dejo caer en la silla frente a él, resistiendo el impulso de revolverme como un crío enviado al despacho del director.

Suelta un largo suspiro.

—Le pedí que hablara con Altman. ¿Ya lo ha hecho?

—No. —La culpa me golpea de lleno, sumándose al agotamiento para un ataque combinado contra mi conciencia—. No he encontrado el momento adecuado.

Los ojos del entrenador se entrecierran.

—El momento adecuado fue cuando se lo pedí.

—Está pasando por mucho...

—Todos estamos pasando por algo. —El entrenador se inclina hacia delante—. ¿Cree que yo no? Mi mujer me dejó el mes pasado. Se llevó al perro. Al perro, Garcia. ¿Quién le quita el perro a un hombre?

Parpadeo, momentáneamente descolocado por esta revelación personal.

—Lo siento, Coach. No lo sabía.

—Porque yo no lo traigo a la pista. —Señala la pantalla con el dedo, donde ha puesto grabaciones antiguas de Mike—. Ese chico era el mejor defensa que he visto en veinte años entrenando a nivel

universitario. Un candidato seguro a la NHL. ¿Y ahora, después de una lesión, qué es? ¿Un calentabanquillo con mala actitud?

—Lo sé. —Y es verdad. El Mike de la pantalla —concentrado, decidido, vivo— se parece poco al cascarón amargado que ronda nuestro departamento.

—Hable con él antes del partido contra Colgate esta semana, porque lo quiero ayudándonos desde el banquillo esta temporada y de vuelta como capitán la próxima. —El tono del entrenador deja claro que no es una sugerencia—. Arregle lo que esté roto, o lo haré yo, y créame, ni usted ni Mike quieren que me encargue yo de esto.

—Sí, Coach.

—¿Y Garcia? —Su voz se suaviza, mínimamente—. Duerma algo.

Asiento, me levanto y vuelvo al vestuario, donde la mayoría ya se ha largado. El entrenamiento terminó antes de tiempo, pero nadie quiere quedarse cuando el entrenador está que muerde, así que en cuanto entré en su despacho se ducharon y se fueron.

No los culpo. Si no me hubieran colgado el título de cocapitán, habría salido de ahí más rápido que cualquiera de ellos. Pero ahora soy yo el que apenas se está quitando el equipo para ducharse cuando Mike se acerca. Lleva los mismos vaqueros y la sudadera del equipo que tenía en el banquillo, y sigue con la única muleta.

—Oye, ¿quieres ir a tomar un café? —dice, apoyándose en la pierna buena—. Abrieron un sitio nuevo cerca de los edificios de humanidades.

Lo miro un instante. No hemos pasado tiempo juntos por voluntad propia en semanas, salvo algún que otro momento de coincidir en el departamento. Antes de convertirse en Dr. Doom, quedábamos todo el rato, también con Dec y Maine, y lo echo de menos...

—A lo mejor la cafeína te ayuda con los reflejos. —La pulla viene acompañada de una sonrisa forzada que seguramente intenta pasar por juguetona.

Y así, sin más, cualquier interés que pudiera haber tenido en el café de la rama de olivo se evapora.

—No puedo —digo, sacándome la camiseta por la cabeza—. Tengo un montón de trabajo.

Mike aprieta la mandíbula.

—Otro día, entonces. —Se da la vuelta para irse, pero se detiene—. ¿El entrenador te habló del Colgate?

—Solo lo básico —digo, sin ver necesidad de mencionar que me han asignado arreglarle la actitud antes del partido.

—Vale —dice Mike, y se aleja cojeando. Un momento después, la puerta del vestuario se cierra tras él con un golpe sordo.

Me siento en el banco, agotado de repente hasta los huesos. Las paredes de este vestuario solían sentirse como un segundo hogar. Ahora se me cierran encima, asfixiándome bajo expectativas que nunca pedí. Se supone que tengo que cargar con el equipo, salvar a Mike, impresionar a los ojeadores... todo mientras mantengo un promedio de 3.0 para conservar la beca.

Maine aparece del rincón donde están las duchas, con una toalla enrollada a la cintura.

—¿Estás bien?

Rook lo sigue, ya vestido pero secándose el pelo con energía.

—Lleva toda la semana siendo un imbécil.

A mi pesar, suelto una risa.

—Aunque te lo mereces.

Rook sonríe.

—¿Y mi ego frágil?

—Que no sea algo personal —dice Maine, poniéndose los bóxers—. Ninguno de los dos. Está especialmente insoportable por el partido contra Colgate que se acerca.

—¿Por qué? Ni que Colgate fuera tan bueno este año —digo, confundido por el comentario de Maine.

Maine y Rook se miran.

—¿No lo sabes? —Las cejas de Maine se alzan—. Su padre está de año sabático allí.

—Espera, ¿qué? —Me enderezo—. ¿Su padre está en Nueva York?

—Sí, un puesto de profesor visitante o algo así. —Maine se pone los vaqueros—. Se suponía que iba a venir al partido, pero ahora...

Ahora Mike estará mirando desde el banquillo, sin jugar. Y su padre, célebre por ser imposible de impresionar y por montarle

como un jockey, presenciará su caída en desgracia o directamente no se molestará en aparecer.

—¿Cómo no sabía esto? —Las palabras salen más para mí que para ellos.

—¿No viven juntos? —pregunta Rook, sentándose para ponerse las zapatillas.

—Orbitamos el uno alrededor del otro —digo—. Como planetas. O como compañeros de piso que se odian.

—Suenas sano —suelta Maine, impasible.

—Llevamos siglos sin hablar. —Me encojo de hombros—. De nada real, al menos.

—No es solo contigo —ofrece Rook—. Casi no habla con ninguno de nosotros.

Maine termina de vestirse y se deja caer en el banco a mi lado.

—Mira, vamos a emborracharlo este fin de semana hasta que se abra de verdad.

—Suerte con eso. —Me levanto, echándome la mochila al hombro—. Yo me largo.

—¿Una cita caliente? —Las cejas de Maine se menean con picardía.

Mientras me encojo de hombros, una imagen de Em me cruza la mente: su ingenio, esos labios que piden un beso, la forma en que le brillan los ojos cuando se ríe. Técnicamente, no es una cita. Pero caliente, sin duda. Y mucho más tentador que seguir pisando huevos alrededor de Mike, aunque el entrenador ha dejado claro que me toca romper unos cuantos pronto.

—Mientras mojes —dice Rook—, a lo mejor estás menos insoportable en los entrenamientos.

—Mira quién habla, el que le dijo al entrenador que tenía «ansiedad de rendimiento» cuando le metieron cinco goles contra Princeton.

—¡Era una excusa médica válida! —protesta Rook.

—Tu polla no era la que paraba tiros —señala Maine.

—Que sepamos —añado, y los tres nos reímos por fin: el primer momento de verdadera calidez y camaradería que he sentido en todo el día.

Cuando me dirijo a las duchas, Maine me llama:

—Piensa en lo que te dije. Mike necesita a sus amigos ahora mismo, aunque se esté portando como un imbécil.

Asiento sin comprometerme y me voy a la ducha. Unos segundos después, el chorro de agua caliente me golpea la cara y me da un momento para pensar.

El entrenador quiere que arregle a Mike. Maine y los demás quieren que haga de niñera de Mike. Mi madre quiere que me concentre en el hockey. El equipo quiere que los lleve a la victoria.

¿Y yo qué quiero?

Ahora mismo, quiero desahogarme con alguien que no sabe ni le importa nada de todo este drama del hockey. Alguien que simplemente me ve como un tipo que quizás pueda ayudarla con su problema mientras yo me desahogo también. Alguien como Em.

Por primera vez en todo el día, una sonrisa genuina me asoma a los labios.

Los deberes pueden esperar.

Mis obligaciones de capitán pueden esperar.

Responder a los mensajes incesantes de mi madre puede esperar.

Los problemas de actitud de Mike pueden esperar.

Porque me voy al 7-Eleven por un Slurpee gigante. Después voy a echarme una siesta antes de mi sesión con Em esta noche, porque si hay un área de mi vida donde me niego a rendir por debajo de mis posibilidades, es enseñarle a Em Dubois todo lo que quiere saber sobre lo físico.

Esa es al menos una tarea que tengo verdaderas ganas de completar.

once

LINC

LLEGO a Hughes Hall y subo a la habitación de Em media hora antes, y es perfecto. Tengo la cabeza demasiado ocupada repasando lo que está a punto de pasar como para dedicar un solo pensamiento al hockey, al ultimátum del entrenador, a mi inminente enfrentamiento con Mike o a la presión constante de mi madre.

Las próximas horas son para ella y para mí. Algo fácil y sencillo, sin ataduras ni presión, solo ayudar a Em a sentirse cómoda con su sexualidad. Y el hecho de que probablemente voy a acabar desnudo con una mujer preciosa en el proceso tampoco está de más.

Conforme me acerco a su habitación, aprieto la carpeta con el plan de lecciones que he diseñado meticulosamente para las próximas semanas. Sí, un plan de lecciones. Para sexo. Y posiblemente la jugada más brillante de mi vida. Pero después de nuestro último encuentro, quería estar preparado. Tener estructura. Asegurarme de que se sienta segura.

Así que, tan preparado como voy a estarlo, llamo a la puerta.

—¡Llegas pronto! —Em abre la puerta de golpe, con el pelo suelto sobre los hombros, vestida con leggings y una sudadera enorme de Pine Barrens.

—Sí, perdona por...

—No, no, está bien. Llevo lista una hora. No es que «lista» haya supuesto mucho esfuerzo, teniendo en cuenta que me dijiste que me

vistiera cómoda. Me cambié varias veces, pero al final me decidí por esto, así que espero que esté bien. —Se sonroja al instante—. No es que haya estado aquí sentada esperando ni nada. Estaba haciendo... cosas.

—Claro. Cosas. —Bajo la mirada a la carpeta que llevo en la mano, sintiéndome ridículo de repente—. Yo... he traído algo.

Se hace a un lado para dejarme pasar, mirando la carpeta de reojo.

—¿Deberes? ¿Ahora esto es una cita de estudio?

—Más o menos. —La sigo adentro, observando la habitación. Es pequeña pero acogedora, y la convivencia con Lea salta a la vista por los proyectos de arte repartidos por todas partes.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta Em, ya de camino a la cocina—. Tengo agua, sidra de canela, cajitas de jugo —cortesía de Lea, que al parecer sigue creyéndose que está en tercero de primaria—, o cerveza, pero es una IPA hipster que sabe a agujas de pino y decepción.

—Agua está bien.

Agarra dos vasos; tiene las manos ocupadas, pero no deja de lanzar miradas a la carpeta que he dejado sobre la encimera. Casi puedo oír el zumbido de su curiosidad. Por el poco tiempo que he pasado con esta chica, está claro que su mente funciona a un millón de revoluciones por minuto, y su cuerpo no le va muy a la zaga.

Es un ritmo que estoy deseando aprender.

—Entonces... —me desliza un vaso— ¿vas a contarme qué hay en la carpeta misteriosa, o tengo que adivinarlo? ¿La declaración de la renta? ¿Tu solicitud para Hogwarts?

Tomo aire y la abro.

—Es un plan de lecciones.

Arquea las cejas.

—¿Un qué?

—Un plan de lecciones. Para, ya sabes, esto. Lo nuestro. —Deslizo los papeles hacia ella—. Lo que vamos a cubrir. Semana a semana.

Em toma la primera página y abre mucho los ojos mientras la recorre.

—Has hecho un... —pasa a la segunda página— ¿un temario?
¿Para esto?

—Tenía algo de tiempo después del entrenamiento —digo, intentando sonar casual—. Pensé que podría ayudar tener estructura.

—Esto es... —hojea el resto de las páginas— extremadamente friki.

—¿Gracias?

—No, es que... —Levanta la vista, conteniendo una sonrisa—. Has programado sesiones de preliminares. Con viñetas y... ¿esto son objetivos de aprendizaje semanales?

Siento el calor subiéndome por el cuello.

—Me tomo muy en serio tu educación sexual, Em. Necesitaba que lo supieras.

—Aprecio la atención al detalle —me sonrío y vuelve a leer—. ¿De verdad vamos a...?

—¿Qué? —pregunto, cuando se detiene.

—Eh... —se pone roja como un tomate. Es decir, de ese rojo que no sale nunca cuando te mancha la ropa. Un rojo que me hace preguntarme si se está ahogando.

—¿Qué? —repito, con más firmeza—. ¿Estás bien?

—Mmm... es solo que... ¿estoy emocionada ante la idea de probar algunas de estas cosas contigo? —dice—. ¿Y muerta de vergüenza pensando que se me podría dar fatal?

—Por eso vamos despacio. Construimos una lección sobre la otra. —Extiendo la mano y le toco el brazo, y no se aparta; en cambio, me mira con una mezcla de atracción y pánico en los ojos—. Vas a estar segura en todo momento, y puedes pedirme que vaya más despacio o que pare cuando quieras, ¿vale?

—Confío en ti. —Sonríe, y es la cosa más cálida que he sentido en mi puñetera vida—. Entonces... ¿qué toca hoy, profesor García?

Me apoyo en la encimera.

—Básicamente lo que hicimos en mi casa. Besarnos. Sentirnos cómodos el uno con el otro. —Hago una pausa—. Solo que esta vez, sin ropa.

—Oh. —Su voz es apenas un hilo, y juguetea con el dobladillo de su sudadera—. Claro.

—No hace falta que...

—¡No! Quiero hacerlo. —Toma aire deliberadamente—. Entonces, ¿cómo... empezamos?

Dejo el vaso de agua.

—Como tú quieras. Podemos seguir hablando, o lanzarnos directamente, o...

—Estoy nerviosa —suelta de golpe—. Ya sé que es una tontería. La gente se desnuda con otra gente todo el tiempo. Todos los días. En todo el mundo. Tantísima gente desnuda.

Me acerco un paso y le tomo las manos con suavidad.

—Em. Respira.

Inspira bruscamente.

—Perdona. Cuando estoy nerviosa, mi boca simplemente...

—Puedo ir yo primero —ofrezco—. Quitarme la ropa primero, quiero decir. Si eso te ayuda.

Abre mucho los ojos.

—No estoy segura de que verte desnudo me ponga menos nerviosa.

—¿No?

—No. Tu cuerpo tiene esta... —agita la mano señalando mi pecho— cosa.

Noto cómo se me dibuja una sonrisa en la cara.

—¿Una cosa?

—Distrae mucho. —Pone los ojos en blanco—. Pero necesito acostumbrarme a desnudarme.

—Entonces vamos juntos —sugiero—. Al mismo tiempo.

Asiente, cuadrando los hombros como si se preparara para la batalla.

—Vale. Sí.

Nos quedamos ahí un momento.

—¿Deberíamos... ir al dormitorio? —pregunto.

—¡Claro! ¡Sí! ¡Por aquí! —Me guía por un pasillo corto hasta un dormitorio que es inconfundiblemente suyo: más libros, un escritorio cubierto de notas codificadas por colores y zapatillas de baile

colgando de ganchos en la pared—. A Lea y a mí nos cambiaron a una suite de la residencia este semestre, así que menos mal que ahora tenemos habitaciones separadas...

Corto su parloteo quitándome la camiseta por la cabeza. Sus ojos siguen el movimiento, pero cuando la tiro a un lado, ella no se ha movido.

—¿Juntos? —le recuerdo.

—Cierto. —Agarra el dobladillo de su sudadera y tira hacia arriba de un solo movimiento, dejando ver un sostén negro sencillo debajo.

Intento no quedarme mirando la curva de sus pechos y la piel suave de su estómago, pero soy humano. Y estoy tan embobado que no veo sus manos bajando hacia los leggings. Empieza a bajárselos, luego me mira y enarca una ceja al pillarme boquiabierto y sin desnudarme.

—¡Perdón! —digo, mientras me desabrocho los vaqueros, y entonces los dos nos bajamos los pantalones más o menos al mismo tiempo.

Y de pronto estamos a un metro de distancia en ropa interior, evaluándonos el uno al otro.

—Esto es raro, ¿no? —pregunta, retorciendo los dedos nerviosa—. O sea, normalmente hay música o algo. O está oscuro. O estás borracho.

—¿Quieres música? —sonríó—. Hago una imitación bastante decente de Full Monty si me lo pides con buenos modales...

—Me sorprende que eso no esté en el temario. —Sus ojos recorren mi pecho hasta los bóxers y luego se desvían como si le hubieran dado con una picana—. Tu turno.

Me encojo de hombros, engancho los pulgares en la cinturilla de los bóxers y me los bajo, saliendo de ellos como si no fuera nada del otro mundo. Para mí, no lo es. Pero para Em, es claramente un mundo nuevo. Abre mucho los ojos, y capto su inspiración rápida, y está mirando, sin duda.

—Tu turno —digo en voz baja.

Le tiemblan ligeramente los dedos cuando lleva las manos a la espalda para desabrocharse el sostén. Duda un instante y luego lo deja caer. Se me corta la respiración: sus pechos son perfectos,

pequeños y firmes, con pezones de un rosa oscuro que ya están duros de excitación y anticipación.

—Eres preciosa —digo, y lo digo en serio.

Suelta una risa nerviosa, luego se baja las bragas rápidamente y sale de ellas, quedándose desnuda frente a mí. Me tomo mi tiempo para mirarla: la curva de sus caderas, el pequeño triángulo de vello oscuro entre sus muslos, la piel de gallina extendiéndose por su piel.

—¿Tienes frío? —pregunto, al notar cómo le cubre los brazos y las piernas, y es posiblemente lo más adorable que he visto en mi vida.

—Sinceramente, no sé si es por la temperatura o por los nervios —admite, cruzándose de brazos.

—Lo has hecho genial. —Doy un paso hacia la cama—. Vamos debajo de las sábanas. Así entrarás en calor.

Una vez debajo de las sábanas, la piel de Em se desliza contra la mía, cálida e imposiblemente suave. El contraste de sus curvas suaves contra mis planos más duros me envía una oleada de calor por todo el cuerpo, directa a la entrepierna. Deseo a esta mujer —y quiero enseñarle a esta mujer—, pero está tensa, así que le doy un momento para aclimatarse.

—¿Puedo besarte, Em? —pregunto, apoyándome en un codo para mirarla, pero manteniendo un poco de distancia entre nosotros por si quiere echarse atrás.

Em asiente, claramente sin fiarse de sí misma para hablar, porque tiene los labios apretados. Me inclino hacia delante y la beso solo con los labios al principio, suave pero también insistente. Se derrite casi de inmediato, su boca abriéndose bajo la mía. El beso se profundiza de forma natural, y deslizo mi lengua contra la suya.

—¿Estás bien? —murmuro contra sus labios, sin querer romper el contacto, acariciando su costado con la mano libre.

—Mmm —ronronea en señal de acuerdo, con los dedos posándose tentativamente sobre mis hombros.

Me coloco con cuidado medio encima de ella, asegurándome de no aplastarla con mi peso. Nuestro beso se vuelve más intenso, y puedo sentir su corazón latiendo desbocado bajo las costillas. Cuando sus manos empiezan a moverse —vacilantes al principio,

luego con una confianza creciente—, dejo escapar un gemido suave contra su boca.

—Em —susurro, separándome justo lo suficiente para verle la cara—. ¿Puedo tocarte un poco más? Los costados, la espalda.

Me mira con esos ojos enormes, las pupilas dilatadas de deseo.

—Sí. Y... yo también puedo tocarte, ¿no?

—Joder, sí —respondo, quizá con demasiado entusiasmo, pero su sonrisa tímida me dice que le gusta mi impaciencia—. Tócame donde quieras.

Sus manos cálidas se deslizan tentativamente por mi pecho, y tengo que concentrarme para no reaccionar con demasiada intensidad. La sensación de sus dedos delicados explorando mi piel —recorriendo las líneas de mis músculos, siguiendo el camino de vello que baja por mi estómago— es casi abrumadora.

Me distraigo deslizando la palma por su costado, desde la curva de su cintura hasta la línea de su cadera, y de vuelta hacia arriba hasta rozar apenas el lateral de sus pechos. Es como tratar con un animal asustadizo, sin hacer movimientos bruscos que puedan espantarla.

—Tienes la piel tan suave —murmuro, presionando un beso en su cuello, mientras su olor me inunda los sentidos—. Hueles increíble.

—Es solo mi champú —dice con una risa nerviosa—. Nada del otro mundo ni nada.

—Créeme —digo, hundiendo la nariz en la curva de su cuello—, no es solo el champú.

Sigo besándole un camino por la garganta, y ella inclina la cabeza hacia atrás para darme mejor acceso. Su respiración se acelera, y siento la vibración de un leve gemido contra mis labios. Aunque sé que todavía no hemos ido más lejos de lo que fuimos en mi departamento, parece que esta vez está muchísimo más cómoda y dispuesta.

—¿Puedo tocarte los pechos? —pregunto, levantando la cabeza para mirarla a los ojos.

Duda solo un segundo antes de asentir.

—Sí.

Despacio, dándole tiempo para cambiar de opinión y frenar si quiere, subo la mano desde su cintura. Cuando mi palma le cubre el pecho con firmeza, los dos suspiramos. Su peso encaja perfectamente en mi mano, el pezón endureciéndose contra mi palma.

—¿Cómo te gusta que te toquen? —pregunto, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Algunas mujeres prefieren caricias suaves con el pulgar sobre el pezón... —Lo demuestro con un roce ligero como una pluma que la hace jadear—. A otras les gusta un poco más de presión, incluso pellizcos.

—La primera —susurra, cerrando los ojos—. La suave.

Trazo círculos alrededor de su pezón derecho con el pulgar, aplicando la presión justa para hacerla retorcerse. El sonido que hace —un gemido entrecortado que se le queda atrapado en la garganta— es posiblemente el ruido más sexy que he oído en mi vida, y siento cómo crece mi excitación al ver su reacción.

—¿Así? —pregunto.

—Sí —respira—. Dios, sí.

Sus manos se vuelven más atrevidas, bajando de mi pecho a mi estómago, sus dedos recorriendo la V de músculo que desaparece bajo las sábanas. Me acomodo contra ella, dejando que sienta lo duro que estoy sin presionarla para que haga nada al respecto.

—Tu cuerpo es... —se queda sin palabras, negando ligeramente con la cabeza mientras sus manos exploran mis hombros, mis brazos, mi espalda—. Sabía que estarías en forma, pero esto es absurdo.

Me río por lo bajo.

—Años de hockey.

—Cada entrenamiento madrugador ha valido la pena —dice con una convicción sorprendente—. Aunque no soy yo la que tiene que levantarse y hacer todas esas... cosas... de deporte.

Sonrí contra su piel mientras presiono los labios en su clavícula.

—Me alegra que te guste el material didáctico.

—Desde luego. —Sus manos suben por mi espalda, las uñas arañando suavemente, enviándome escalofríos por la columna—. Aunque todavía estoy un poco intimidada.

—No lo estés. —Traslado mi atención a su pecho izquierdo, dándole el mismo tratamiento que al derecho—. Solo estamos aprendiendo el uno del otro.

Su espalda se arquea ligeramente, presionando el pecho con más firmeza contra mi mano. Su reacción es embriagadora: cada pequeño jadeo y temblor alimenta mi deseo. Quiero memorizar exactamente cómo responde a cada caricia, qué le corta la respiración, qué causa ese pequeño fruncimiento entre sus cejas.

—Puedes usar la boca —dice de pronto, sorprendiéndonos a los dos. Abre mucho los ojos y el rubor se le extiende por las mejillas—. O sea, en mis... ya sabes.

No puedo evitar la sonrisa que se me dibuja en la cara.

—¿En tus pechos?

Asiente, pareciendo avergonzada y excitada a partes iguales.

—Sí —dice.

—Me encantaría —digo, deslizándome por su cuerpo hasta que mi boca queda suspendida sobre su pezón. Levanto la mirada, encontrando sus ojos—. Dime si algo no se siente bien, ¿vale?

—Vale.

Mientras bajo la boca lentamente hacia su pecho, los ojos de Em se cierran, su cabeza hundiéndose en la almohada.

—Mírame —digo en voz baja, sorprendiéndome a mí mismo con la orden. Se me escapa sin más.

Abre los ojos de golpe y se encuentra con los míos. El rubor de sus mejillas se intensifica hasta un escarlata precioso que le baja por el cuello hasta el pecho. Algo cambia en el aire entre nosotros, algo eléctrico y urgente. Pero, después de un segundo, asiente, y vuelvo a lo mío.

Le sostengo la mirada mientras tomo su pezón en mi boca, observando cómo se le dilatan las pupilas de deseo. Sus labios se separan en un jadeo silencioso. Esta conexión —mirarnos el uno al otro mientras la saboreo— resulta inesperadamente íntima. Más íntima de lo que había planeado para nuestra primera sesión.

Mi lengua traza círculos alrededor de su pezón, y sus caderas se mueven inquietas debajo de mí. Sin romper el contacto visual, deslizo mi muslo entre sus piernas, dándole algo contra lo que

presionar. El sonido suave y necesitado que emite me envía una oleada de calor por todo el cuerpo.

—Eso es —murmuro contra su piel—. Solo siente.

Responde de inmediato, su cuerpo buscando fricción instintivamente contra mi muslo. Está caliente ahí —ardiendo, en realidad— y puedo sentir la humedad de su excitación contra mi piel. Sus dedos se clavan en mis hombros mientras se mece contra mí, sus movimientos tentativos al principio, luego más seguros.

—¿Esto está bien? —susurra, con la voz tensa de placer e incertidumbre.

—Más que bien —le aseguro—. Lo estás haciendo genial.

Tomo su pezón entre mis labios otra vez, esta vez pasando la lengua por la punta sensible. Sus caderas se sacuden contra mi muslo en respuesta. Mis manos bajan para agarrarle las caderas, que encajan perfectamente en mis palmas, como si estuvieran hechas a medida para mis manos.

Me cuesta cada vez más concentrarme en ir despacio. Cada gemido suave, cada balanceo de sus caderas contra mi muslo, me acerca más al límite de mi control. Pero esto no va de mí: va de que Em se sienta segura, cómoda, excitada y lista para dar cada paso antes de darlo.

—Gracias —susurra, estirando la mano para acariciarme la mejilla—. Por ser paciente. Por el temario. —Una sonrisa le tira de los labios—. Por hacer que me sienta segura.

En lugar de responder, le beso el pezón otra vez, despacio y a conciencia. Su cuerpo se funde contra el mío, y puedo sentir cómo se relaja en la sensación, cómo se desvanecen los nervios de antes. Sus brazos me rodean el cuello, atrayéndome más cerca mientras nuestras piernas se enredan bajo las sábanas.

Nos quedamos así, intercambiando besos, nuestras manos explorando con una confianza creciente. Mantengo las mías por encima de su cintura, respetando los límites que ha marcado, aunque mi cuerpo me pida más. Pero eso no impide que ella se frote contra mi muslo como si lo necesitara.

Es extraño lo rápido que me he vuelto adicto a su sabor, a la sensación de su piel contra la mía. Lo que empezó como un simple

acuerdo ahora se siente como algo a lo que podría dedicarme felizmente durante días: simplemente aprender los contornos de su cuerpo, los sonidos que hace cuando encuentro un punto sensible.

Es entonces cuando la puerta del dormitorio se abre de golpe.

doce

EM

—¡DIOS MÍO! —La voz de Lea atraviesa la habitación como una sirena.

Presa del pánico reflejo, me incorporo de golpe, lo que tiene la consecuencia inesperada de estampar los dientes de Linc directamente contra mi pezón. Chillo, agarrándome el pecho mientras un dolor agudo se me extiende por todo el seno.

—¡Mierda, lo siento mucho! —exclama Lea desde la puerta, llevándose la mano a los ojos—. ¡No sabía...! ¡Pensé que...! ¡La puerta se cierra!

La puerta se cierra de un portazo que seguramente alerta a toda la planta de nuestra situación. Me dejo caer contra la almohada, el dolor en guerra con la vergüenza mientras me ahueco el seno lastimado. Mi pobre pezón late bajo mi palma como si estuviera desarrollando su propio latido.

—Dios mío, Em. Lo siento muchísimo. —El rostro de Linc es una máscara de preocupación horrorizada mientras se inclina sobre mí—. ¿Estás bien? ¿Necesitas una curita? ¿Estás sangrando? Esto literalmente nunca me había pasado. Nunca le he mordido a nadie el... o sea, no sin querer...

Me asomo debajo de mi mano para evaluar los daños.

—No creo que esté sangrando.

Me aparta la mano con cuidado y hace una mueca.

—Está... definitivamente rojo. Lo siento muchísimo.

—No es tu culpa —murmuro—. Échale la culpa a mis reflejos de lucha o huida.

No parece convencido.

—Mierda, y estaba yendo tan bien...

El horror de que Lea haya entrado empieza a calarme.

—¿Lo vio todo?

—¿Creo que no? —dice Linc, pero le sube el tono al final como si fuera una pregunta.

—Las sábanas tapaban la mayoría de las... partes —digo—. ¿No?

Su encogimiento de hombros me dice que no está convencido.

Suelto un quejido y me tapo los ojos con el brazo libre. El latido en mi pezón va cediendo a un dolor sordo.

—Bueno, creo que esto se puede archivar en la categoría de «mata pasiones».

—¿Debería...? —Linc hace un gesto vago hacia mi pecho, como si se estuviera preguntando si debería curarlo con un beso, lo cual sería tierno si no fuera también ligeramente aterrador.

—Ni se te ocurra —digo, riéndome a medias a pesar de mí misma—. Tu boca ya ha hecho suficiente daño por esta noche.

Se le juntan las cejas.

—Me siento fatal.

Se ve tan genuinamente arrepentido que no puedo evitar sonreír.

—Estoy bien. De verdad. Solo... sorprendida. Y posiblemente traumatizada. Pero físicamente bien. Creo que mejor lo dejamos aquí por esta noche, y necesito tener una conversación muy directa con Lea sobre el concepto de tocar la puerta.

—Sí. —Linc se pasa la mano por el pelo corto, adorablemente aturdido—. Debería irme.

La realidad de nuestra situación nos cae encima cuando ambos nos damos cuenta de que necesitamos vestirnos, lo cual de repente se siente incómodo de una manera que estar desnudos juntos no se sintió hace apenas unos minutos.

—Yo, eh, me doy la vuelta —ofrece Linc, ya moviéndose para darme la espalda.

—Gracias —murmuro, sorprendida por su pudor.

Cuando me da la espalda, yo hago lo mismo, saliendo de la cama para recoger mi ropa del suelo. Entonces lo absurdo me golpea: los dos estamos desnudos, acabamos de pasear la lengua por todo el cuerpo del otro, ¿y ahora nos da vergüenza?

No tiene sentido, pero de algún modo lo agradezco.

Hay algo extrañamente íntimo en ver a alguien volverse a poner la ropa, como ver un truco de magia al revés. El misterio y la atracción desapareciendo bajo algodón y vaquero.

O quizás es solo que no quiero ver cómo se cubre ese cuerpo increíble: un recordatorio visual de lo que no vamos a terminar esta noche.

Me pongo las bragas, luego los leggings, sintiendo el fantasma de su tacto persistiendo en mi piel. Mi cuerpo aún vibra de deseo insatisfecho, pero hay algo más: una calidez reconfortante que se asentó sobre mí mientras estábamos juntos.

A pesar del final desastroso, me sentí segura con él. Cómoda.

—¿Ya? —pregunta Linc, todavía de espaldas.

—Sí —digo, pasándome la sudadera por la cabeza—. ¿Tú?

—Sí. —Se da la vuelta, completamente vestido, con el pelo ligeramente revuelto.

Un silencio incómodo cae entre nosotros mientras nos quedamos ahí de pie, sin que ninguno de los dos sepa bien qué decir después de una transición tan abrupta de la intimidad a... lo que sea esta sensación.

—Bueno —digo por fin—, esto fue sin duda educativo.

Se le curvan los labios en una sonrisa.

—No es exactamente así como planeaba que terminara la primera lección.

—Hasta los gritos y la mordida, fue bastante increíble.

Se le suaviza la mirada y me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Sí?

—Sí. —Asiento, sintiendo cómo el rubor me trepa por las mejillas—. Me sentí... bien. Segura.

—Me alegro. —Sonríe.

Se acerca a la puerta y se detiene con la mano en la perilla.

—Déjame revisar si no hay moros en la costa —susurra, abriéndola apenas una rendija y asomando la cabeza.

Me quedo unos pasos detrás de él, retorciendo el dobladillo de mi sudadera entre las manos. Toda la situación parece una mala película adolescente, con la interrupción de la compañera de cuarto y ahora la huida furtiva. Solo que en vez de escondernos de los padres, me escondo de mi mejor amiga, que ya lo vio todo.

—Vía libre —anuncia Linc en un susurro teatral que definitivamente es más fuerte de lo necesario. Sale al pasillo y me hace un gesto para que lo siga.

—¡LOS ESTOY ESCUCHANDO! —La voz de Lea resuena desde algún lugar de la residencia, haciendo que los dos demos un salto.

Los ojos de Linc se abren cómicamente.

—Adiós al sigilo —murmura. Y luego más fuerte—: ¡Adiós, Lea!

—¡ADIÓS! —llega la respuesta, aunque detecto un hilo de risa debajo de la indignación.

Se me escapa una risita mortificada.

—Este es el momento más vergonzoso de mi vida. Y eso incluye la vez que vomité encima de mi crush de secundaria.

Linc pone cara de compasión.

—Supongo que esa relación no funcionó, ¿verdad?

—Sorprendentemente, no. —Me apoyo en el marco de la puerta, sin querer de pronto que se vaya a pesar del desastre que acabamos de vivir—. Entonces... eh...

—La próxima vez —dice, bajando la voz—, ¿quizás deberíamos hacer esto en mi departamento? Mike casi nunca está en casa últimamente, y él sí sabe tocar la puerta.

El alivio me invade. Todavía quiere que haya una próxima vez.

—Inteligente —coincido—. Y yo hablaré con Lea sobre lo de tocar la puerta. Y quizás también sobre no traumatizar a mi entrenador sexual con apariciones inesperadas.

Sonríe ampliamente.

—¿Entrenador sexual? ¿Ese es mi título oficial ahora?

—¿Preferirías «Especialista en Optimización de Orgasmos»? ¿«Director de Estudios Íntimos»? —Me doy golpecitos en el mentón, pensativa—. Podría hacerte tarjetas de presentación.

—Me quedo con Linc. —Se ríe y luego echa un vistazo hacia la puerta de entrada—. Debería irme.

—Sí. Claro.

Nos quedamos ahí un momento, atrapados en ese espacio extraño entre la intimidad y la formalidad. No sé cuál es el protocolo aquí. Un abrazo se siente demasiado íntimo después de lo que acabamos de hacer, pero un apretón de manos sería ridículo considerando que tenía la boca en mi pecho hace cinco minutos.

Linc resuelve el dilema inclinándose para darme un beso suave en la mejilla.

—Lo hiciste muy bien hoy —murmura.

El simple halago hace que algo cálido florezca en mi pecho. Le sonrío radiante, sintiéndome desproporcionadamente contenta.

—Gracias.

—Escríbeme —dice mientras retrocede hacia la puerta de entrada.

—Lo haré.

Después de que Linc se va, me quedo un momento en el pasillo, tocándome el punto en la mejilla donde estuvieron sus labios. Luego cuadro los hombros y me dirijo a la cocina, donde sé que Lea me está esperando. Efectivamente, está apoyada contra la encimera, con los brazos cruzados, mirándome con los ojos muy abiertos.

Abre y cierra la boca dos veces antes de hablar por fin.

—Entonces —dice, alargando la palabra.

—Te lo iba a contar —digo rápidamente—. Es que... pasó todo bastante rápido.

—¡Ya lo creo! —Lea levanta las cejas—. Un minuto estás jurando que te mantendrás lejos de los deportistas, y al siguiente tienes a uno en tu cama.

—No es lo que parece.

Me lanza una mirada inexpresiva.

—Em, vi su cara entre tus...

—OK, es exactamente lo que parece —la interrumpo, con el calor subiéndome a la cara—. ¡Pero hay contexto!

La expresión de Lea cambia del asombro a algo más cercano al dolor.

—¿Han estado saliendo todo este tiempo? ¿Por qué no me dijiste?

—¿Qué? ¡No! —Me apoyo en la encimera frente a ella—. Dios, no. ¡No es así!

—¿Entonces qué es? Porque desde donde yo estaba parada, que desafortunadamente era la puerta de tu cuarto, se veía bastante íntimo.

Suspiro y me deslizo hasta sentarme en el suelo de la cocina, con la espalda contra la alacena. Después de un momento, Lea se une a mí, con los hombros tocándose mientras nos sentamos lado a lado en la posición bastante extraña.

—Es complicado —digo, subiendo las rodillas al pecho—. O quizás en realidad es súper simple, no sé. No estamos saliendo. Él me está... ayudando.

—¿Ayudando? —repite Lea—. ¿Con qué, con la tarea de anatomía?

Resoplo a pesar de mí misma.

—No, me está... enseñando. Sobre cosas de sexo. Como un entrenador.

—Un entrenador sexual. —Lo dice sin ninguna inflexión, como si estuviera tratando de procesar el concepto.

—¡Exacto! —Asiento con entusiasmo—. Él tiene experiencia, y yo no. Nos encontramos después del partido de hockey la otra noche, y hablamos, y le pregunté si me ayudaría a sentirme más cómoda con... todo eso. Para poder volver a salir con gente sin que me dieran ataques de pánico cada vez que un chico me tocara...

Los ojos de Lea se abren de par en par.

—¿Le pediste a Lincoln García que fuera tu entrenador sexual? ¿Así sin más?

—No fue exactamente tan fluido. Hubo mucho balbuceo de por medio. Y algo de pánico. Y luego más balbuceo. Pero sí, básicamente.

—Y dijo que sí.

—Obviamente. —Señalo hacia el cuarto—. Después establecimos algunas reglas básicas. Todo es muy... clínico.

Eso es mentira. No hubo nada clínico en cómo se sintió su lengua contra mi pezón ni en cómo mi piel se incendió en cada lugar que me tocó. Ni en el hecho de que, diez minutos después de que se fue, siga empapada entre los muslos y anhelando el alivio.

Lea me lanza una mirada escéptica.

—Clínico.

—OK, no clínico, pero estructurado. Hasta hizo un plan de lecciones. —Hago una mueca al darme cuenta de cómo suena—. Dios, eso sonó mal. No es raro. Bueno, quizás sí es raro. ¿Pero es un raro bueno?

—No sé si esto es la estrategia de ligue más creativa que he oído en mi vida. —Sacude la cabeza—. ¿Por qué no me contaste?

La culpa se me retuerce en el estómago.

—¡Te lo iba a contar! Pero me preocupaba que me juzgaras. O sea, me estoy acostando con exactamente el tipo de chico que juré que iba a evitar.

—Em. —La voz de Lea se suaviza—. Yo nunca te juzgaría. Mientras la estés pasando bien y te estés cuidando, eso es lo que importa.

—Lo sé. Perdón. Es que... —hago una pausa, buscando las palabras correctas—. No estaba segura de que fuera a funcionar, así que no quería tentar a la suerte hablando de ello.

Asiente lentamente.

—Te entiendo. Pero ¿no te preocupa enamorarte? O sea, aunque empiece como algo solo físico, se puede complicar.

Me río, pero me sale demasiado aguda.

—Louis dijo lo mismo. Pero no, no me preocupa. Lo que tenemos es totalmente casual. Linc dejó muy claro que no tiene espacio para una novia ahora mismo con todo lo que tiene encima, y yo solo estoy intentando sentirme cómoda con... ya sabes.

—¿Hablaron de si él puede estar con otras personas durante este... acuerdo?

La pregunta me golpea como un balde de agua fría.

—No exactamente, no. Eso no lo cubrimos.

—¿Y no te molestaría? ¿Que estuviera acostándose con otras chicas mientras está contigo?

—No —digo, demasiado rápido—. ¿Por qué me iba a molestar? No es que sea mi novio ni nada.

Lea me lanza una mirada, una mirada que dice que no me cree ni por un segundo.

—¿Qué? —exijo—. Lo digo en serio.

—Claro que sí —dice, dándome palmaditas en la rodilla.

Creo que lo digo en serio. Pero ¿realmente lo hago?

Una vocecita pequeña y traidora en mi cabeza se pregunta si de verdad estaría bien viendo a Linc con alguien más. La idea me provoca una punzada inesperada en el pecho.

No. Aparto el sentimiento. Estamos hablando de Linc. Linc con su reputación y su experiencia y su desfile de chicas dispuestas. No es un chico de una sola mujer. Eso lo dejó absolutamente claro.

Está haciendo esto como un favor para mí, y como un desahogo para él: una válvula de escape de toda la presión que tiene con el equipo de hockey. Es mutuamente beneficioso. Nada más.

Es mi entrenador, no mi novio.

—Me alegro por ti —dice Lea, interrumpiendo mis pensamientos—. De verdad. Solo... ten cuidado, ¿sí? No solo físicamente, sino emocionalmente también.

—Lo tendré —prometo, decidiendo no examinar demasiado de cerca por qué eso se siente como una mentira—. Y perdón por no haberte contado.

Me da un golpecito con el hombro.

—Sí, bueno, la próxima vez dame un aviso antes de que entre en tu cuarto. Esa fue una imagen para la que no estaba preparada.

—Confía en mí, yo tampoco estaba preparada. —Me froto el pezón aún adolorido por encima de la sudadera—. Lección de vida.

Lea se estremece.

—Dios, ¿te mordió?

—¡No a propósito! Yo salté y... —hago un chasquido con los dientes—. Fue una colisión desafortunada.

Estalla en carcajadas, y me uno a ella, y la tensión entre nosotras se disuelve.

—Entonces —dice cuando nos recuperamos—, en una escala del uno al alucinante, ¿cómo es?

—No llegamos tan lejos, gracias a ti —le recuerdo, pero entonces una sonrisa se me abre paso en la cara—. Pero con base en los datos preliminares: la fama está completamente justificada.

—Vaya —dice con admiración—. Los jugadores de hockey, ¿eh?

—Los jugadores de hockey —coincido, tratando de ignorar la sensación en el pecho cuando pienso en volver a verlo. Es solo entusiasmo, me digo. No sentimientos.

Definitivamente no sentimientos.

trece

LINC

MI CUCHILLO corta la cebolla con precisión ensayada mientras caigo en el ritmo familiar de la receta de Arroz con Pollo de mi abuela. El aroma punzante me quema los ojos, pero agradezco la distracción. Lo que sea con tal de apartar mi mente del zumbido constante de anticipación que me recorre las venas desde hace días.

Tres días desde la primera «lección» con Em, y no para de reproducirse en mi cabeza como un carrete de las mejores jugadas: su sonrisa tímida cuando le presenté mi plan de lecciones, el jadeo suave cuando le besé la clavícula, la forma en que su espalda se arqueó cuando le besé el pezón, y su gritito cuando le mordí—

El cuchillo resbala y casi me corta un dedo.

Mierda. Concéntrate, Garcia.

Paso las cebollas a un bol y sigo con los pimientos, cuya carne firme ofrece más resistencia que las cebollas. Los movimientos familiares me anclan, conectándome con docenas de tardes de domingo en la cocina de mi abuela en Virginia, sus manos pacientes guiando las mías.

«Un buen plato alimenta algo más que el cuerpo», decía en su acento musical, haciendo que picar pimientos sonara de algún modo profundo.

Pero ahora mismo, mi atención está en cualquier parte menos en estas verduras. No para de deslizarse al departamento de Em, o al

próximo partido contra Colgate, y de vez en cuando al hecho de que tengo que mantener esa conversación con Mike esta noche.

Y esa conversación es la razón por la que estoy cocinando.

Maine y Dec vienen de camino, habiendo aceptado ser mis animales de apoyo para la conversación, o mis refuerzos si Mike decide tirar un puñetazo. Maine había sugerido pizza en su departamento —territorio neutral para lo que podría ser una conversación difícil con Mike—, pero yo propuse cocinar aquí.

Echo los pimientos con las cebollas y empiezo con el ajo, aplastando cada diente con el plano de la hoja antes de picarlo en trozos diminutos. Por eso cocino. Es metódico. Predecible. No como el hockey, donde mil variables pueden arruinar la jugada perfecta. No como ser cocapitán de un amigo que se está yendo en espiral.

La mesa está puesta, la arrocera enchufada, y el pollo marinándose en una mezcla de especias que calculé a ojo de memoria. Mi abuela se horrorizaría —cree en las medidas exactas—, pero lo he preparado tantas veces que confío en mi instinto.

Confianza.

Como la que Em está depositando en mí.

Y la que yo intento depositar en Mike al sincerarme con él, pese a todo.

Estoy tan metido en mi cabeza que el repentino CLAN de metal contra metal casi me hace rebanarme un dedo.

—¡Eh, Garcia! —Declan está en la puerta, sonriendo como un idiota mientras Maine golpea una olla como si estuviera llamando a cenar en un campamento de vaqueros.

—Joder —murmuro, soltando el cuchillo, aliviado de no estar decorando la cocina con un chorro de sangre—. Algo de aviso, ¿no?

—Lo hicimos. —Maine deja la olla—. Te llamamos tres veces. Estabas en tu mundo.

Antes de que pueda responder, unos pasos apresurados retumban por el pasillo. Mike aparece en la puerta, la cara contraída de irritación, el pelo de punta como si lo hubieran electrocutado. Lleva pantalones deportivos y una camiseta de Pine Barren Hockey que parece que no se ha lavado en una semana.

—¿Qué mierda? —exige—. Estaba meditando.

Nos quedamos congelados. El silencio se alarga un segundo de más.

—¿Estabas qué? —pregunta Maine por fin.

La expresión de Mike se endurece.

—Meditando. Es una cosa en la que te sientas y...

—Sé lo que es la meditación —interrumpe Maine—. ¿Desde cuándo haces eso?

—Desde que mi fisioterapeuta sugirió que podría ayudarme con el dolor. —El tono de Mike nos desafía a comentar—. Y ustedes, imbéciles, acaban de arruinarlo.

Declan, que jamás ha conocido una tensión que no pueda desactivar, se apoya contra la encimera.

—Lo siguiente será que nos digas que te gusta la kombucha.

—Que te jodan —murmura Mike, aunque le falta veneno. Se pasa una mano por la cara—. Era mi primera vez intentándolo, y ahora tengo que empezar de nuevo.

—¿Te ayudó? —pregunto, con curiosidad genuina—. ¿Con el dolor?

Mike se encoge de hombros, evitando mi mirada.

—No sé. No llegué lo suficientemente lejos para saberlo. —Echa un vistazo a la tabla de cortar—. ¿Qué estás haciendo?

—Arroz con Pollo. —Me encojo de hombros, aunque mentalmente me preparo para que encuentre algo que criticar—. La receta de mi abuela.

—Mejor que pizza —dice Maine, olisqueando con aprecio el pollo marinándose—. Aunque sigo sin estar convencido de que algo supere el pan de ajo de Domino's.

—Eso es porque tus papilas gustativas se atrofiaron de tantos discos en la cara —responde Declan, y se vuelve hacia Mike—. Olvídate de la meditación. Después de unas cuantas rondas de Mario Kart, vas a encontrar otro tipo de estado de flujo. Ese en el que nos maldices a todos por lanzarte el caparazón azul.

Mike no sonríe, pero algo de tensión se afloja en sus hombros.

—Da igual. Voy a buscar una cerveza.

Mientras va hacia el refrigerador, intercambio miradas con Maine y Declan. Esto va mejor de lo esperado. Mike se está comunicando,

al menos, aunque todavía tiene todo el encanto de una serpiente de cascabel. El hecho de que no se haya encerrado en su habitación ya es una gran victoria...

Quizá esta noche no sea un desastre total.

Termino con el ajo, lo echo al bol con las demás verduras. Agarro lo siguiente y empiezo a cortarlo; las semillas y el jugo se derraman por la tabla de cortar, y me descubro pensando en cómo se abrieron los labios de Em bajo los míos, suaves y dóciles.

—Estás sonriéndole a un tomate —observa Maine—. Eso es raro, incluso para ti.

—Solo pensaba en la comida —miento.

—Tu cara de pensar en comida es diferente a tu cara de pensar en una chica.

—No tengo una cara de pensar en una chica —protesto.

Mike le quita la tapa a su cerveza.

—Sin duda la tienes. Se te pone cara de bobo.

—Gracias. Muy halagador.

Maine se vuelve hacia Mike.

—¿Mario Kart?

—Me apunto —dice Mike, sorprendiéndome con su entusiasmo—. Pido Bowser.

—Eres un estereotipo andante —se ríe Maine.

—¿Líder grande e intrépido? —bufa Mike.

—Defensa grande y gruñón eligiendo al personaje grande y gruñón —dice Maine.

Escondo mi sonrisa mientras se van discutiendo hacia la sala y encienden el juego. Es la primera vez que veo a Mike tan animado en semanas. Quizá he estado dándole demasiadas vueltas a la conversación sobre la capitanía, y quizá lo único que necesitaba era un rato normal con amigos.

—¿En qué te ayudo? —ofrece Declan, quedándose mientras los otros desaparecen por el pasillo.

Miro a Declan, de pronto consciente de los paralelismos. El semestre pasado, estábamos en esta misma cocina, preparando la cena mientras Mike y Maine se distraían en otro lado. Esa fue la noche en que Declan me habló por primera vez de lo que sentía por

Lea —antes de que nadie más lo supiera, y antes incluso de que él se lo hubiera admitido del todo.

—El arroz está en la alacena —le digo, señalando con la barbilla—. La taza medidora está al lado del fregadero. Dos tazas, enjuágalo tres veces.

Declan asiente. Mientras mide el arroz, sigue hablando.

—Entonces —dice con tono casual—, ¿cómo te sientes con lo de Colgate?

—Mejor —admito, y hago una pausa, el cuchillo suspendido sobre las hierbas—. Aunque sigo sin tener ganas de la conversación de esta noche.

—¿Con Mike?

—Sí. —Me encojo de hombros—. Por ahora parece... marginalmente menos homicida, pero quién sabe cuánto durará.

Declan abre el grifo y enjuaga el arroz.

—Creo que está intentándolo, a su manera. Lo de la meditación me sorprendió.

—A mí también. Aunque su versión probablemente incluye visualizar cómo aplasta a sus enemigos.

Eso me gana una risa.

—Probablemente.

El silencio se extiende entre nosotros, cómodo pero con peso. Declan echa el arroz en la arrocera, mide el agua y pulsa el botón de inicio antes de volverse hacia mí.

—Oye, ¿puedo preguntarte algo? —dice, apoyándose en la encimera.

Asiento, evitando el contacto visual mientras pico cilantro, porque algo en su tono me pone en alerta.

—Adelante —digo.

—¿Me guardas rencor? ¿Por dejar el equipo? —Hace una pausa—. O sea, con la lesión de Mike y todo... te dejó mucho peso sobre los hombros.

Dejo el cuchillo con cuidado, dándome tiempo para formular una respuesta. La respuesta honesta es complicada: una parte de mí sí le guardó rencor al principio, pero ahora —después de cargar con

toda esta presión del entrenador, y la situación con Mike, y la atención constante de mi mamá— más o menos lo entiendo.

—No —digo por fin, encontrando su mirada—. O sea, sí, ha sido más difícil de lo que esperaba, con Mike y todo, pero tomaste la decisión correcta para ti. Estás enamorado de Lea y de tu arte, y los dos sabemos que ese es el futuro que quieres, no discos y patines.

Sus hombros se relajan un poco.

—Gracias. Me he sentido culpable por eso.

—Pues deja de sentirte así. Eres más feliz ahora, ¿no?

—Sí —dice, con una pequeña sonrisa asomándole en los labios—.

Lo soy.

—Entonces fue la decisión correcta. —Retomo el cuchillo y sigo picando—. Además, tampoco es que hayas desaparecido. Sigues por aquí.

—Cierto. —Declan baja la voz—. Entonces... ¿tienes un plan para hablar con Mike esta noche?

—Más o menos. —Paso el cilantro a un bol pequeño—. Voy a contarle lo que dijo el entrenador, pero me preocupa echarle demasiado encima de golpe, ¿sabes? No es solo lo de la capitanía, es su actitud en general, la forma en que ha estado tratando al equipo.

—La ley del hielo —asiente Declan.

—Sí, y cuando habla, es para criticar. Los novatos andan de puntillas a su alrededor. Lo entiendo: está sufriendo, física y mentalmente, pero...

—Pero está afectando al equipo —termina Declan.

—Exacto. —Empiezo a juntar los ingredientes—. No quiero que sienta que nos estamos poniendo todos en su contra, pero esto no puede seguir así.

Desde la sala llegan más gritos, seguidos de una risa maniática que solo puede ser Maine celebrando una victoria.

—Entonces —dice Declan con aire casual, cambiando claramente de tema—, me enteré de que tú y Em han estado pasando tiempo juntos.

Mis manos se paralizan.

—¿Quién te dijo eso?

Declan intenta (y fracasa por completo en) parecer inocente.

—Puede que Lea haya mencionado algo.

Me concentro con esmero en mezclar las verduras, sin mirarlo a los ojos.

—Nos besamos en O'Neil's y luego nos encontramos después de un partido. No es gran cosa.

—Ajá. —Su tono es desesperante, como si le siguiera el juego a un niño que jura que no se comió las galletas a pesar de tener la cara llena de migajas.

Lo miro de golpe.

—¿Qué?

—Nada —dice Declan, levantando las palmas—. Solo... se nota que se gustan.

El cuchillo se detiene a medio corte.

—¿Eso dijo Lea?

—No hizo falta que lo dijera. —Declan se encoge de hombros—. He visto cómo se miran. Pero ya veremos cómo va. —Sonríe con malicia—. No es como si se hubieran acostado ni nada...

El calor me sube por el cuello. Sé que lo dice en broma, pero la verdad técnica de algún modo lo empeora. No nos hemos acostado, pero definitivamente hemos hecho... otras cosas.

—La comida está casi lista —digo, esquivando la conversación por completo—. ¿Les avisas?

Declan parece divertido pero piadosamente retrocede.

—Claro que sí.

Cuando desaparece hacia la sala, suelto un largo suspiro. Lo último que necesito ahora es que todos se metan en mis asuntos con Em. Lo que tenemos es... complicado. Y nuevo. Y privado. Y tan jodidamente bueno que me asusta un poco.

Sacudo la cabeza, reenfocándome en la cena. El pollo chisporrotea cuando lo paso a la sartén, y el aroma del ajo y las especias llena la cocina. Echo las verduras después, dándole una vuelta a todo.

—¡HICISTE TRAMPA, CABRÓN! —La voz de Mike atraviesa el departamento como un disparo.

Me giro de golpe y veo a Mike clavando un dedo acusador en la pantalla, donde todavía se muestran los resultados de Mario Kart. El personaje de Maine ocupa triunfante el primer puesto, el Bowser de Mike en segundo.

—No hice trampa —dice Maine—. Tú tomaste la línea interior en Rainbow Road. Error de novato.

—Usaste un atajo que no forma parte de la pista oficial —insiste Mike, la cara tiñéndosele de un rojo alarmante.

—Está en el juego —dice Maine, sonando enloquecedoramente razonable—. Si Nintendo lo puso ahí, es legal, imbécil.

—Es una mierda —gruñe Mike, tirando el control al sofá con tanta fuerza que rebota y cae al suelo con estrépito—. Eres un tramposo.

Maine alza una ceja.

—Hermano, relájate. Es solo un juego.

Error. Puedo ver el momento exacto en que el autocontrol de Mike se quiebra. Doy un paso fuera de la cocina.

—Oigan, chicos, yo...

Mike me ignora y sigue a toda máquina.

—Puede que para ti sea solo un juego, pero esto es todo lo que tengo ahora mismo.

Maine frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Mike se ríe, pero es un sonido hueco.

—Me siento en el banquillo todos los días viéndolos a ustedes jugar nuestra última temporada mientras mi tobillo sigue igual de jodido.

—Pensé que tu rehabilitación iba bien —dice Declan en voz baja—. La última vez que hablamos, dijiste...

—Me lastimé el ligamento levantando pesas el otro día —interrumpe Mike—. Mi fisioterapeuta dice que me faltan al menos unas semanas más de terapia antes de poder volver al hielo aunque sea para la actividad más básica. —La voz se le quiebra ligeramente en las últimas palabras, y se da la vuelta, la mandíbula apretada—. Estoy de vuelta donde empecé.

Maine mira la comida, luego de vuelta a Mike.

—Olvidemos esto y comamos, ¿sí? La comida se va a enfriar.

Mike lo ignora. Sus ojos arden con una intensidad febril que me hace un nudo en el estómago.

—No lo entienden. Ninguno de ustedes lo entiende.

—Mike... —empiezo.

—No —me corta—. Te vi juzgándome cuando estaba entrenando el otro día. Crees que me estoy pasando.

Dudo, dividido entre la honestidad y la diplomacia.

—Creo que quizá podrías tener más cuidado con los entrenamientos, sí.

—No sabes cómo es —dice Mike, la voz de pronto en carne viva—. Entrenar es lo único que puedo controlar, la única forma en que me siento bien.

—¿Lesionándote de nuevo? —No puedo evitar la frustración en mi voz, aunque me arrepiento al instante de haberlo dicho.

—¡Al menos siento algo! —grita Mike—. ¿Qué quieren que haga? ¿Que finja que no me estoy muriendo por dentro viendo cómo se me escapa todo por lo que trabajé?

La cocina queda en silencio excepto por el suave burbujeo de la comida. Miro a Mike, viéndolo de verdad por primera vez en semanas: las ojeras, la forma en que su camiseta de Pine Barren le cuelga un poco más suelta que antes, la desesperación en su expresión.

Esto no es solo sobre hockey. Es sobre identidad. Sobre propósito.

Lo entiendo mejor de lo que quiero admitir.

—Nadie te está pidiendo que finjas —digo en voz baja—. Pero destruir tu cuerpo tampoco es la respuesta.

—¿Entonces cuál es? —exige Mike.

Es la apertura perfecta.

—Creo —digo, midiendo mis palabras— que tenemos que hablar de lo que pasó en el entrenamiento el otro día.

Los ojos de Mike se entrecierran.

—¿Qué pasó con eso?

—Me estuviste presionando bastante fuerte —digo, manteniendo la voz equilibrada—. Cada tiro que hacía, tenías algo que decir al

respeto. Y no de manera constructiva.

—Te estaba dando indicaciones —dice Mike, a la defensiva—. Estabas fallando tiros fáciles.

—Se sentía más como que estabas descargando tu rabia conmigo.

Sus fosas nasales se ensanchan.

—No estaba enojado.

—¿En serio?

—Mira —dice Mike, dejando la cerveza con más fuerza de la necesaria—, estar en el banquillo me da una perspectiva diferente. Puedo ver cosas que ustedes no ven cuando están en medio del juego, cosas que el entrenador no menciona por la razón que sea.

—Se está divorciando —digo, apoyándome contra la encimera, midiendo mis palabras—. Pero buscarles defectos a los compañeros no es el trabajo de un capitán, Mike.

—¿Qué?

—El trabajo de un capitán no es hundir al equipo —digo, rogando desesperadamente que lo entienda—. Es levantarlo, liderarlo.

La risa de Mike es cortante y amarga.

—¿Y tú qué sabrás de ser capitán, Garcia?

La sala queda en silencio.

—Soy tu cocapitán, ¿recuerdas? —digo en voz baja.

—Claro. —Mike escupe la palabra—. Un título que tienes porque yo no estoy en el hielo.

Sus palabras aterrizan como una bofetada, pero me obligo a mantener la calma.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí —dice Mike, las palabras precisas y cortantes—. Seamos realistas: te has pasado los últimos tres años siendo mediocre, y ahora que tienes la «C» en el pecho te sientes el gran tipo. Pero ser cocapitán no es lo que va a meterte en la NHL, Linc.

Sus palabras se clavan tan cerca de mis propias inseguridades que por un momento no puedo hablar. Es como si me hubiera metido la mano en la cabeza y arrancado mis miedos más profundos: no llegar a la liga y decepcionar a mi mamá, que ha puesto toda su identidad en que me seleccionen en el draft.

—Hermano —interviene Maine, soltando el tenedor con estrépito—. ¿Pero qué mierda? Eso está completamente jodido.

Pero Mike y yo ignoramos a Maine mientras clavo la mirada en él, una docena de respuestas compitiendo en mi cabeza. Pero ninguna de las sensatas —decirle que nunca pedí esta responsabilidad, que echo de menos a mi amigo, que entiendo su dolor— puede con la rabia blanca que me recorre.

De hecho, necesito todo mi autocontrol para no lanzarle una olla o meterle un puñetazo.

—La comida está lista —digo sin emoción, separándome de la encimera—. Sírvanse.

—Linc... —empieza Maine, pero ya voy hacia la puerta.

—Necesito aire —digo, agarrando mi chaqueta del gancho.

No miro atrás al salir al pasillo, cerrando la puerta tras de mí. Si me quedo, podría hacer algo de lo que me arrepienta. Como pegarle a Mike. O peor, decirle hasta qué punto lo que acaba de decir es un eco de lo que mi propio cerebro me repite desde los doce años.

Que tengo talento pero no suficiente empuje. Que soy bueno, pero no lo suficiente.

catorce

LINC

CONDUZCO mi Dodge Charger de dos décadas sin rumbo fijo, tomando giros al azar y pasando cada semáforo en ámbar como si fueran desafíos personales. Tengo los nudillos blancos contra el volante mientras las palabras de Mike se repiten en bucle en mi cabeza.

Te has pasado los últimos tres años siendo mediocre.

La radio suena con algo pop y animado que contrasta por completo con la tormenta que se está gestando dentro de mí. Cambio de emisora hasta encontrar algo con guitarras chirriantes y batería atronadora, mucho más acorde con mi estado de ánimo.

Solo tienes el título porque yo no estoy en el hielo.

Llevo casi una hora conduciendo, dejando que la memoria muscular pilote el coche mientras mi cerebro derrapa como un novato sobre hielo malo. Toda la presión que creía estar sintiendo —mamá, la situación con Mike, la cocapitanía— no es nada comparada con la montaña de mierda que Mike acaba de echarme encima.

—Puto imbécil —murmuro, y no es la primera vez.

Un rato después, cuando la rabia empieza a remitir, por fin presto atención a lo que me rodea. Con una pequeña sacudida, me doy cuenta de que he acabado en Trenton. No es exactamente un lugar pintoresco, pero es mejor que mi departamento, donde Mike probablemente sigue rumiando.

Mi estómago ruge y me doy cuenta de que no he cenado. Y para un tío que quema el doble de calorías que el universitario medio, eso no es sostenible. Mañana tengo doble entrenamiento, así que, a pesar de la rabia, sé que necesito combustible o voy a meter la pata.

Y eso solo le daría a Mike más munición.

El reloj del salpicadero marca las 9:37 p. m., así que todavía debería haber algo abierto. Sigo conduciendo hasta encontrar comida rápida, y pronto doy con un centro comercial pequeño. La mayoría de los negocios están cerrados, pero dos siguen abiertos: un restaurante chino para llevar con un letrero de neón parpadeante y un estudio de danza con las luces encendidas.

Entro en el estacionamiento casi vacío, ya planeando mi pedido, cuando algo me llama la atención. O más bien, alguien.

Em.

Y está preciosa.

Está de pie en el centro del estudio, visible a través de los grandes ventanales. Lleva el pelo recogido en un moño tirante y va vestida de negro: leggings ajustados que dejan poco a la imaginación y un top corto.

Apago el motor pero dejo las llaves en el contacto; de repente, la comida ha pasado a un segundo plano. Sé que debería irme, que no hay razón para quedarme aquí sentado como un acosador observándola por la ventana sin que ella lo sepa, pero antes de que pueda arrancar de nuevo, Em empieza a moverse.

Y joder.

He visto cuerpos en movimiento toda mi vida. El hockey es fluidez y potencia, hacer que maniobras imposibles parezcan fáciles, y los jugadores de hockey son de los atletas más fluidos del planeta. Pero esto... esto es otra cosa completamente distinta.

Em baila con una precisión que me corta la respiración. Cada movimiento fluye hacia el siguiente, su cuerpo contando una historia que no acabo de entender pero de la que no puedo apartar la mirada. Gira, se arquea hacia atrás hasta que su cabeza casi toca sus pies, y luego se incorpora con una brusquedad que me provoca un escalofrío de empatía en la columna.

Estoy tan absorto que cuando alguien golpea de repente mi ventanilla, casi me salgo de mi propia piel y suelto un sonido vergonzosamente parecido a un grito.

Un hombre asiático mayor me mira desde fuera, su rostro parcialmente iluminado por la farola lejana. Sostiene una bolsa de papel blanca y me hace un gesto para que baje la ventanilla. Con el corazón todavía martilleándome el pecho, pulso el botón, y el aire frío irrumpe mientras el cristal baja.

—Últimos donuts —dice el hombre, empujando la bolsa hacia mí—. Cerramos pronto. ¿Quieres?

Mi cerebro tarda un momento en procesar que es del restaurante chino y me está ofreciendo donuts fritos, no acusándome de merodear ni de acechar. Y, por un instante, me pregunto si el universo me está mandando una señal de que debería seguir mirando a Em, porque mi problema de comida acaba de resolverse solo.

—Eh, gracias —balbuceo.

Me da los donuts y luego entrecierra los ojos al pillarme mirando a Em.

—¿La conoces? —pregunta, de repente suspicaz.

—Sí, solo estoy... —¿Solo qué? ¿Solo observando como un acosador a una chica bailar cuando cree que nadie la ve?— ... esperando a que mi novia termine.

Se encoge de hombros, y parece que he pasado su examen.

—OK, bien, bien. Ella buena chica. Buenas propinas. Buenas noches.

Mientras regresa arrastrando los pies hacia su restaurante, echo un vistazo al estudio y me quedo helado. Em está junto a la ventana, mirándome directamente. Por un segundo, considero arrancar el coche y salir de aquí quemando rueda como si huyera de la escena de un crimen. Pero ella saluda con la mano y luego levanta un dedo en el gesto universal de «espera un minuto».

Mierda.

Pillado.

Ahora tengo que quedarme.

La observo moverse por el estudio con determinación, apagando las luces una a una hasta que solo queda una lámpara pequeña encendida en lo que parece una oficina al fondo. Coge una bolsa de deporte, cierra la puerta con llave y cruza trotando el estacionamiento en el aire frío de la noche.

Se me acelera el pulso cuando abre la puerta del copiloto y se desliza dentro, trayendo consigo un aroma a vainilla y sudor que me pone la mente a mil. De cerca, esos leggings negros se ciñen a cada curva, y el top corto deja al descubierto un tramo de clavícula donde quiero hundir los labios, incluso mientras ella tiembla ligeramente.

—¿Tienes frío? —pregunto, ya estirándome hacia el asiento trasero donde tiré mi sudadera del equipo antes.

—Un poco —admite—. Se me olvidó cuánto baja la temperatura en Trenton cuando se pone el sol.

Paso la sudadera gruesa de algodón por encima del asiento.

—Toma.

Se le abren un poco más los ojos.

—Ay, Linc, no tienes que...

—Solo cógela, Em. —Se la ofrezco. Está un poco desteñida, con «PBU HOCKEY» estampado en el pecho—. No es nada.

Una pequeña sonrisa le asoma en los labios mientras la coge, sus dedos rozando los míos. El contacto, por breve que sea, me manda una chispa brazo arriba. Se la pone, y le queda enorme en su cuerpo menudo: las mangas le cuelgan bien pasadas las manos, el bajo le cae a medio muslo. Parece imposiblemente pequeña y adorable con ella puesta.

—Gracias, está calentita —murmura, con la voz amortiguada mientras se ajusta la capucha—. ¿Y qué te trae hasta Trenton?

—Pues... —El recuerdo de las palabras de Mike vuelve a asomar, pero lo empujo hacia abajo—. Necesitaba despejarme. Conduje un rato sin rumbo y acabé aquí.

Se abrocha el cinturón —lo cual parece extrañamente formal dado que ni siquiera he metido una marcha, pero es perfecto conociendo cómo funciona su cabeza— y se gira hacia mí. Tiene la cara sonrojada del baile, con algunos mechones escapándose del moño para enmarcarle el rostro.

—Algo va mal —dice, con voz suave pero directa—. ¿Quieres hablar de ello?

Estoy a punto de quitarle importancia con alguna respuesta genérica cuando la miro bien. No hay expectativa en su expresión, ni exigencia, solo curiosidad abierta y algo que podría ser preocupación. Y de repente, me descubro queriendo contárselo todo.

Pero no lo hago.

Porque lo único que no quiero contaminar con el resto de la mierda que pasa en mi vida es... lo que sea que es esto... con Em.

—No me apetece mucho hablar de ello —digo, sin dejar de mirarle la cara—. Son movidas del equipo de hockey.

—Ah, o sea que te cabreaste y te fuiste a dar una vuelta. —Em asiente, con comprensión en la mirada—. Cuando me cabreo, yo bailo. O cuando estoy estresada. O triste. O contenta. Básicamente, cualquier emoción demasiado grande para contenerla. Es como si tuviera que estar moviéndome para que mi cerebro pueda procesar las cosas, ¿sabes?

—Tiene sentido —digo, observando su perfil en la penumbra—. Yo suelo patinar o correr, pero no me dio tiempo a cambiarme...

—Estabas en casa cocinando, ¿no? —dice—. Hueles de muerte, y, eh, acabo de darme cuenta de lo raro que suena eso, pero lo digo de una forma completamente no sexual... aunque cómo hueles en ese sentido también me gusta... o al menos me gustó en nuestra primera lección, porque no es que yo vaya por ahí olisqueando a la...

—Em. —Alargo la mano y le cojo suavemente una de las que estaba agitando—. Respira, ¿vale?

Inhala bruscamente, como si se hubiera olvidado de que respirar era necesario. Su mano es pequeña en la mía, delicada pero fuerte, y se siente bien.

—Perdona —dice—. Me emociono con el baile. Y cuando me emociono, hablo rápido. Y cuando hablo rápido, se me olvida respirar. Y cuando se me olvida respirar...

—Em. —Esta vez le aprieto la mano, y ella suelta una risita—. Respirar, ¿recuerdas?

—Cierto. Respirar. —Lo demuestra con una inhalación y una exhalación exageradas que me arrancan una sonrisa—. ¿Mejor?

—Mucho. —No le suelto la mano—. En realidad estaba viéndote bailar por la ventana. Eres... increíble.

Las mejillas de Em se sonrojan aún más y baja la mirada hacia sus manos, ahora prácticamente ocultas por las largas mangas de mi sudadera.

—Gracias. Suelo ensayar sola. Es más fácil probar cosas nuevas cuando nadie te mira.

—Perdona por invadir tu intimidad, entonces.

—No lo hiciste. —Sonríe de medio lado—. Bueno, quizá un poco, pero no pasa nada. Mejor tú que los chicos de secundaria que a veces se quedan mirando por el cristal y ponen caras estúpidas...

—Te prometo que no estaba poniendo caras estúpidas.

—No, solo mirabas con la boca abierta.

Noto el calor subiéndome a las mejillas.

—¿De verdad?

—Puede que un poco. —La sonrisa que se extiende por su cara es burlona, y de nuevo me golpea lo guapa que es; no solo físicamente, sino cómo se le ilumina toda la cara cuando algo le divierte—. Pero en tu caso no importa, porque me hizo sentir bien.

—La coreografía que estabas haciendo... —digo, con curiosidad genuina—, había partes que parecían casi... ¿errores? Pero intencionados.

Em parece sorprendida por la observación, abriendo ligeramente los ojos.

—Tienes buen ojo.

—El hockey. —Me encojo de hombros—. Todo consiste en leer el movimiento.

Se recoloca en el asiento, y me fijo en cómo tira de las mangas de la sudadera, estirándolas para cubrirse las manos; algo que hace cuando está nerviosa o insegura.

—Esa coreografía en realidad está inspirada en los niños a los que doy clase —explica, con la voz más suave.

—¿Sí?

Asiente.

—Cometen unos errores preciosos cuando bailan: tropiezan o pierden el equilibrio, pero luego simplemente lo incorporan al siguiente movimiento como si estuviera planeado desde el principio. Así que empecé a trabajar en esta pieza donde la mitad de los movimientos parecen fallos, pero juntos crean algo... no sé. Algo bonito a partir de la imperfección, supongo. —Sacude ligeramente la cabeza—. Suenan pretencioso, ¿no?

Me conmueve el cariño en su voz cuando habla de sus alumnos.

—Para nada —digo—. Suenan perfecto.

Nuestras miradas se encuentran un momento, y el aire entre nosotros se carga. Me aclaro la garganta.

—¿Cuánto tiempo llevas bailando?

La pregunta parece relajarla. Em se recuesta en el asiento, poniéndose más cómoda.

—Desde los cinco años. Mamá quería que hiciera ballet, pero era malísima: demasiado impaciente, no aguantaba quieta lo suficiente.

—Se ríe—. Así que probé básicamente todos los estilos: jazz, claqué, contemporáneo, hasta danza del vientre por un tiempo.

—¿Danza del vientre? —Mi mente conjura una imagen que me seca la boca y amenaza con llevarme bastante más allá de las lecciones que tengo planeadas con ella.

—No fue mi momento más brillante —dice Em con una sonrisa—. Pero la danza moderna fue la única que realmente caló. Se sentía... libre. Como si pudiera crear mis propias reglas.

Asiento, entendiendo exactamente lo que quiere decir.

—Así es como el hockey se siente para mí a veces. Todo el mundo piensa que es solo fuerza bruta, pero hay un momento en el que estás sobre el hielo y todo simplemente... fluye. Dejas de pensar y solo te mueves.

—¡Sí! Eso es exactamente. —Su entusiasmo le ilumina toda la cara, y me descubro queriendo saberlo todo sobre ella—. Me ha ayudado a superar momentos difíciles.

La luz de sus ojos se atenúa ligeramente y se gira a mirar por la ventanilla. Se me encoge el estómago al intuir que he tocado un nervio. Sin saber si es mejor hablar o callarme, decido esperar,

porque parece que está pensando. El silencio se extiende entre nosotros hasta que suspira.

—El chico del que te hablé, el de la secundaria. Derek —dice, con la voz convertida en un susurro—. Era el hijo del alcalde. Popular, encantador... hasta que estábamos a solas.

Algo frío se me instala en las tripas.

—No tienes que contarme nada con lo que no te sientas cómoda, Em...

—Quiero hacerlo —dice, mientras sus dedos juegan con el borde de la manga de la sudadera—. Salimos durante casi todo el penúltimo año, y él no paraba de presionarme para que me acostara con él. Yo no estaba preparada, pero no aceptaba un no por respuesta.

La observo con atención, listo para cambiar de tema si parece demasiado incómoda, pero toma aire y continúa.

—Fue una de esas cosas de adolescentes que pasó de cero a obsesión total en más o menos un mes. —Su sonrisa es triste—. Nos enrollábamos siempre que podíamos, pero cuando él quería ir más allá, de la cintura para abajo, yo siempre me echaba atrás.

Hace una pausa, y le doy un apretón suave en la mano, que ella devuelve antes de continuar.

—No estaba preparada, y las primeras veces pareció entenderlo. Pero la cuarta vez... —Traga con dificultad—. Insistió más, dijo que nos uniría. Cedí, sobre todo porque no quería que se enfadara conmigo.

Se me tensan las entrañas. He oído versiones de esta historia antes, de amigas, y ya odio hacia dónde va.

—Dolió —dice en voz baja—. No usó lubricante, y su dedo... dolió. Cuando se lo dije, me dijo que solo teníamos que seguir intentándolo. —Sacude la cabeza—. Estaba dividida. Me gustaba mucho, pero no estaba preparada. Pensé que si de verdad le gustaba, esperaría.

Se me tensa la mandíbula.

—Pero no lo hizo.

—No. —La voz de Em tiene ahora una frialdad hueca—. Me llamó frígida de mierda, rompió conmigo, y luego, porque aparentemente

eso no era suficiente, le dijo a toda la secundaria que era una guarra que le había pegado una ETS.

—Joder —exhalo—. Menudo hijo de puta.

—Pueblo pequeño —dice con un encogimiento de hombros que claramente pretende parecer casual, pero no lo es—. Llegó a oídos de mis padres, y cuando les conté lo que pasó, se pusieron furiosos; no conmigo, sino con Derek. Fueron al director, pero...

—Déjame adivinar —digo, con la rabia creciendo en el pecho—. El director se puso de su lado.

—Dijo que el hijo del alcalde nunca haría algo así. Así que no pasó nada, y yo dejé de importarme. Mis notas se hundieron, dejé el baile. Mis padres decidieron mandarme al colegio privado de mi primo Louis en Nueva York.

Le aprieto la mano otra vez, deseando poder retroceder en el tiempo y partirle los dientes a ese tal Derek.

—¿Así que te fuiste a vivir con Louis?

—Sí, con él y su madre. —Aparece una sonrisa pequeña y genuina—. Ayudó. Empecé a encontrarme a mí misma otra vez. Pero cuando llegó el momento de las solicitudes para la universidad, simplemente... no pude. Les supliqué a mis padres que me dejaran tomarme un año libre. Al principio dudaron, pero Louis, su madre y mi abuela abogaron por mí, y accedieron.

—Tu año sabático —digo, encajando las piezas—. Fue entonces cuando empezaste a dar clases de baile.

—Sí. Conseguí un trabajo en un estudio de danza y otro en un restaurante —se encoge de hombros—. Me mantuvo ocupada mientras me aclaraba.

No se me escapa el peso de lo que está compartiendo conmigo. Esto no es solo una historia: es su confianza. Lo cual me hace de repente consciente de lo absolutamente raro que es que estemos teniendo esta conversación tan personal en un estacionamiento a oscuras frente a un restaurante chino.

Estoy dividido entre distintas emociones mientras proceso la historia de Em. Rabia contra ese cabrón de Derek, al que me gustaría presentarle la cara a mi palo de hockey. Admiración por Em. Gratitud de que confíe en mí lo suficiente para contármelo. Y un

proteccionismo raro y feroz que no tengo ningún derecho a sentir por alguien que no es realmente mía.

—No sé qué decir, Em —admito finalmente—, salvo que creo que eres muy valiente.

Em levanta las cejas.

—¿Valiente? ¿Por asustarme y salir huyendo de ti esa noche? ¿O por evitar salir con nadie durante años?

—No —digo—. Por decidir enfrentarte a esto en vez de dejar que te defina. Por pedirle ayuda a alguien que apenas conocías.

Una sonrisa lenta se extiende por su cara.

—No diría que apenas te conocía.

—Tuvimos una clase de estadística juntos —señalo—. Y hablamos, ¿qué, dos veces?

—Cinco, y compartimos un correo electrónico —me corrige, porque, cómo no, sabe exactamente cuántos encuentros hemos tenido—. He tenido un buen presentimiento contigo desde entonces. Cuando ayudaste a aquel novato que no paraba de liarse con las distribuciones de probabilidad.

—¿Te acuerdas de eso? —Estoy genuinamente sorprendido. Eso fue hace meses, y apenas me había dado cuenta de que ella estuviera mirando.

—Fuiste paciente —dice con sencillez—. Y no le hiciste sentir estúpido. Eso me importa, tanto en general como en lo que respecta a nuestro... acuerdo. Así que, combinado con tu reputación en el campus, eras la elección obvia, aunque he tenido que reprimir ciertos... sentimientos.

De repente, el coche se siente muy pequeño, muy íntimo. La bolsa de donuts del restaurante chino descansa olvidada en mi regazo. Em me mira con esos ojos enormes, y me descubro inclinándome ligeramente hacia ella, atraído por alguna fuerza invisible. Sus labios se entreabren, y por un momento, creo que voy a besarla...

Que se jodan los límites.

Justo cuando estoy a punto de cerrar la distancia entre nosotros, un pitido agudo corta el momento. Em se sobresalta, se echa atrás y

baja la mirada hacia su reloj. Murmura algo que no logro oír, luego toca la pantalla, frunciendo el ceño con preocupación.

—Mierda —dice—. He perdido una llamada de Louis. Qué raro, no suele llamar tan tarde a no ser que pase algo.

Así, sin más, la burbuja de intimidad que habíamos creado revienta. Em se aparta más, creando espacio entre nosotros, y yo maldigo ese reloj en silencio con todos los insultos que conozco.

—Debería llamarle —dice, ya buscando el teléfono a tientas—. Seguramente no es nada, pero ya sabes cómo es con la familia...

—Sí, claro —digo, intentando que no se me note la decepción—. La familia es lo primero.

Em asiente, distraída, y luego me mira con una sonrisa pequeña.

—Seguimos en pie para nuestra lección en unos días, ¿no? ¿El miércoles?

—Sin duda —consigo decir, aunque mi mente sigue repitiendo lo cerca que estuvieron sus labios de los míos hace un momento. Me aclaro la garganta—. ¿A la misma hora? ¿A las siete?

—A las siete me va bien. —Recoge su bolsa y agarra el tirador de la puerta. Empieza a quitarse la sudadera—. Toma, deja que te la devuelva...

—Quédatala —digo, quizá demasiado rápido—. Hace... eh, frío fuera. Y te queda bien. —Esto último se me escapa antes de poder frenarlo.

Em se detiene, con la mano en la manga. Un rubor suave le tiñe las mejillas.

—Ah. Pues, gracias, Linc. ¿Seguro?

—Sí, tranquila. —Intento encogerme de hombros con naturalidad—. Las reparten como caramelos a los del equipo de hockey. Tengo de sobra.

—Vale. —Sonríe, una sonrisa genuina y demoledora que me da un vuelco en el estómago—. Gracias otra vez. Nos vemos entonces.

—Claro, sí. —Me descubro asintiendo con demasiado entusiasmo—. ¿Quieres que espere hasta que llegues a tu coche?

La sonrisa suave que me dedica me oprime algo en el pecho.

—Gracias, sería un detalle.

Después de que salga, todavía con mi sudadera puesta, la observo caminar hasta su pequeño utilitario azul, iluminada de forma intermitente por las luces de seguridad parpadeantes del estacionamiento. Mira hacia atrás una vez, levanta la mano en un pequeño saludo antes de meterse en el asiento del conductor. Y, cuando sus pilotos traseros desaparecen al doblar la esquina, me quedo inmóvil.

Casi la beso.

Quería besarla.

Y a juzgar por cómo se inclinaba hacia mí, ella también quería.

El pensamiento me provoca una mezcla confusa de emociones: deseo, frustración, y algo que se parece incómodamente a la culpa. Establecimos límites claros para nuestro acuerdo. La regla número tres: nada de sentimientos. Esto se supone que es educativo, no emocional, y ella está superando un trauma.

Pero mientras arranco el motor y salgo del estacionamiento, tengo la sensación de que ya hemos cruzado una línea invisible. Las reglas que establecimos empiezan a parecer menos límites y más obstáculos: barreras arbitrarias contra algo que se siente cada vez más natural.

¿Es solo que me dejé llevar por un momento de vulnerabilidad? Em compartió algo profundamente personal conmigo justo después de mi propia sobrecarga emocional, y quizá mi cerebro está confundiendo intimidad con atracción. ¿O es algo más?

Pongo el coche en marcha y tomo la carretera de vuelta al campus, con los pensamientos revolviéndose. Lo que sea que esté pasando entre Em y yo se está volviendo más complicado de lo que nuestro sencillo acuerdo sugería. La verdad es que disfruto estando con ella, hablando con ella, conociéndola, con lección o sin ella.

Y eso me da un miedo de cojones.

Porque con todo lo demás en mi vida tambaleándose al borde del desastre —el resentimiento de Mike, las expectativas del entrenador, los sueños de mamá (¡presión!) de que juegue en la NHL—, lo último que necesito es complicar lo único que se suponía que iba a ser sencillo.

Pero mientras conduzco a través de la noche, de vuelta a un departamento donde mi antiguo mejor amigo probablemente aún me odia, me descubro contando los días hasta nuestra siguiente lección. Si no es por otra cosa, al menos la situación con Em es algo que disfruto y que espero con ganas.

Y a pesar de todo, no me arrepiento.

LLEVO veinte minutos aferrada al volante con fuerza de muerte, y los dedos me han pasado del hormigueo a los calambres en toda regla. La parte racional de mi cerebro sabe que debería aflojar antes de fusionarme permanentemente con el vinilo, pero la parte emocional parece incapaz de captar el mensaje.

—Se lo contaste. Le contaste todo. —Mi voz suena extraña en el silencio del coche, tensa y al borde del pánico—. Se suponía que era sin ataduras, sin sentimientos, y tú vas y le cuentas...

La carretera se extiende ante mí, las farolas iluminando tramos de asfalto a intervalos rítmicos. He hecho este trayecto entre Trenton y el campus incontables veces, normalmente con la mente ocupada en coreografías o planes de clase. Esta noche, mis pensamientos son un huracán, con Derek y Linc peleándose por el protagonismo.

Un camión toca el claxon al pasar zumbando a mi lado, y me doy cuenta de que he ido reduciendo la velocidad inconscientemente hasta ir a paso de tortuga. Piso el acelerador y me obligo a concentrarme en conducir como un ser humano funcional. Pero eso es más fácil decirlo que hacerlo cuando acabas de vomitarle tu trauma más profundo a Linc.

Lo raro no es ni siquiera que se lo haya contado; es que no me arrepiento. El alivio que me recorre se siente como la primera bocanada de aire después de pasar demasiado tiempo bajo el agua.

Y fue igual de alucinante su reacción: la forma en que se le tensó la mandíbula, cómo se le oscurecieron los ojos.

No de lástima —no habría soportado la lástima—, sino de rabia protectora, cruda.

Como si quisiera salir a cazar a Derek él mismo.

—¿Y por qué eso te hace sentir cosquillas? —le pregunto a mi retrovisor, como si pudiera tener respuestas—. Algo no funciona bien en tu cabeza, Dubois.

El recuerdo de inclinarme hacia él en su coche me golpea de nuevo: esa atracción magnética, la forma en que su mirada bajó a mis labios. Casi nos besamos. Y no un beso de lección, sino uno de verdad, uno en clara violación de la regla número tres. Pero las reglas empiezan a sentirse arbitrarias, como los límites de velocidad en una autopista vacía a las tres de la mañana.

Peligrosos de ignorar, pero tentadores de todos modos.

Aparco en el estacionamiento casi vacío frente a mi residencia y apago el motor, pero no me muevo. La adrenalina posconfesión se está disipando, dejándome agotada pero extrañamente en paz. Porque compartí mi historia sin sentir que me arrancaba el pecho en el proceso.

—Quizá eso es crecer —susurro, apoyando la frente contra el volante—. O quizá es solo Linc.

Hay algo en él que me hace sentir lo bastante segura para ser vulnerable. No solo segura físicamente —conozco a muchos tíos capaces de protegerme en un callejón oscuro—, sino emocionalmente segura. Escucha como si cada palabra importara, incluso cuando me lanzo a hablar sin parar sobre baile o la última obsesión de mi abuela con la telerrealidad.

Y la forma en que me miró esta noche, con esa preocupación tan genuina cuando le conté mi historia... me hizo preguntarme qué más podría compartir con él. Qué más podría entender.

Con un suspiro, parte agotamiento y parte anhelo, salgo del coche y subo las escaleras hasta mi habitación en la residencia: el ascensor averiado otra vez. Estoy agotada, así que para cuando llego a nuestra puerta, mis piernas molidas del baile están gritando y mi cerebro está completamente agotado por su maratón emocional.

Lo único que quiero es estamparme de cara en la cama y dormir unas catorce horas. Pero cuando abro la puerta, encuentro a Lea sentada a nuestra diminuta mesa de cocina, acunando una taza entre las palmas. Lleva el pelo recogido en un moño deshecho y una de las viejas camisetas de hockey de Declan: su uniforme de consuelo.

—Ey —digo, dejando caer mi bolsa de baile—. Me sorprende que estés en casa...

Levanta la vista, con una expresión inusualmente sombría.

—Sí.

Me quito los zapatos y me acerco a la mesa, dejándome caer en la silla frente a ella. Algo no va bien. En el tiempo que llevo conociéndola, he descubierto que esta versión de Lea, la quieta y callada, activa todas mis alarmas internas.

—Desembucha —digo, estirándome para apretarle el brazo—. ¿Qué pasa?

Da un largo trago de té antes de responder.

—Declan tiene ataques de pánico.

La declaración me pilla desprevenida.

—¿Y?

—Pues... que llevamos meses saliendo y acabo de enterarme. — Se queda mirando su taza como si contuviera mensajes cifrados—. Anoche se despertó boqueando sin aire después de una pesadilla, y pensé que se estaba ahogando o algo así. Al final me dijo la verdad, que los tiene desde segundo año.

—Eso es... mucho —digo, sin saber qué más ofrecer—. ¿Tú estás bien?

—Sí, solo lo estoy procesando. —Me mira ahora, los ojos turbios—. ¿No te parece raro cómo crees que conoces a alguien —de verdad lo conoces— y de repente descubres que hay toda una parte de esa persona que no tenías ni idea de que existía? ¿Y entonces te preguntas qué más habrá?

La pregunta me golpea incómodamente cerca, considerando lo que acabo de compartir con Linc.

—Sí, es raro. ¿Te dijo por qué no te lo contó antes?

—Dijo que le daba vergüenza y que pensaba que yo lo vería de otra forma si me lo contaba. —Lea recorre el borde de su taza con el dedo—. Pero se supone que ya habíamos pasado de eso. Yo le he enseñado todo, todas mis partes raras y desordenadas, y pensaba que él había hecho lo mismo, ¿sabes?

Mientras me preparo una taza de té de menta, considero mi propia situación con Linc. Nos conocemos desde hace muy poco, y aun así ya le he compartido una de mis heridas más profundas. Se siente al revés: compartir un trauma antes siquiera de habernos besado de verdad.

Y no es solo en una dirección. Aunque Linc dijo que no quería hablar de ello esta noche, sé que le está costando adaptarse a ser cocapitán, y que vive con la presión constante de las expectativas de su madre y la... situación de Mike.

Y no puedo evitar comparar.

—No sé —digo, volviendo a la mesa—. A veces lo grande es más difícil de compartir que todos los pequeños detalles.

—Eso mismo dijo él. —Lea suspira—. Dijo que tenía miedo de que yo pensara que estaba roto o algo así. Lo cual es ridículo: todos estamos un poco rotos.

El sentimiento queda flotando entre nosotras. Pienso en Linc y me pregunto qué otros pedazos rotos cargará consigo. Recuerdo la tensión en su voz cuando habló de Mike y de su madre, y el peso de la responsabilidad aplastándolo.

—¿Tú crees...? —Lea duda—. ¿Tú crees que significa algo que ahora se sienta lo bastante cómodo para dejarme ver esta parte de él?

Le sonrío.

—Sí, creo que sí. Eso es confianza, Lea. De la de verdad. De la que da miedo.

Asiente despacio, procesándolo.

—En fin, basta de drama sentimental por mi parte. ¿Qué tal el trabajo esta noche?

Por una fracción de segundo, considero contarle lo de Linc, lo de compartir mi historia con Derek, lo de ese casi-beso que todavía me eriza la piel. Pero algo me detiene. Quizá es porque lo que pasó

entre nosotros se siente especial, casi sagrado. O quizá es que simplemente no estoy lista para analizarlo hasta la muerte.

—Lo de siempre —digo en cambio—. Sudé lo que peso y coreografié algo nuevo para las niñas.

—¿Algún berrinche de diva de las de siete años?

—Hoy no. —Me río—. Pero Sophia me informó muy seriamente de que su arabesque es mejor que el mío porque su pierna llega «hasta el espacio exterior».

Lea resopla.

—Bueno, no se puede discutir con esa lógica.

Charlamos un rato más sobre nada importante, pero parece animarla. Al final, los bostezos de Lea se vuelven contagiosos y las dos decidimos dar la noche por terminada. Cuando desaparece en su habitación, me quedo de pie en nuestra diminuta sala, sintiéndome de repente demasiado activada para dormir pese a mi agotamiento anterior.

El cuerpo me duele de dar clases seguidas, pero mi mente se niega a apagarse. Me arrastro hasta mi habitación, me quito la ropa de baile y —tras una ducha rápida— me pongo mis pantalones cortos favoritos para dormir y una camiseta enorme que dice Dance Like Nobody's Watching.

Me dejo caer en la cama y me quedo mirando el techo durante unos treinta segundos antes de que la inquietud me desborde. Con un quejido, me incorporo y alcanzo mi agenda de la mesilla de noche. Si no puedo dormir, al menos puedo ser productiva y organizar el día de mañana.

Mi agenda es una obra maestra de código de colores y precisión: cada asignatura en un tono diferente de marcador, las citas subrayadas dos veces, las fechas de entrega rodeadas en rojo. Es el andamiaje que sostiene mi cerebro caótico, la manifestación física del control que tan desesperadamente necesito.

Normalmente, organizarme el horario es terapéutico, como yoga mental, y me ayuda a conciliar el sueño. Pero esta noche mi bolígrafo flota sin rumbo sobre la página. Debería estar planificando el horario de estudio de mañana, pero en lugar de eso me descubro garabateando distraídamente en el margen.

Tardo un momento vergonzosamente largo en darme cuenta de que he escrito «Linc» en letra cursiva redondeada. Al lado, he dibujado un diminuto palo de hockey.

—Dios mío, ¿qué tienes, doce años? —murmuro, borrando frenéticamente la prueba de mi lapsus momentáneo a comportamiento de secundaria. La goma deja un fantasma borroso detrás, y me quedo mirándolo, sintiéndome ridícula y confundida y de algún modo eufórica, todo a la vez.

Esto no era lo que tenía que pasar. Nuestro acuerdo debía ser claro y simple: intimidad física con distancia emocional. Un intercambio de placer por educación. Pero en algún punto entre ese primer beso en O'Neil's y la confesión de esta noche en el coche, las cosas se han enredado.

Cierro mi agenda con más fuerza de la necesaria y la lanzo sobre el escritorio. No tiene sentido fingir que voy a hacer algo productivo esta noche.

Me meto bajo el edredón y me lo subo hasta la barbilla, pero el sueño se siente tan lejano como la Antártida. Mis pensamientos siguen volviendo a Linc: la calidez en sus ojos cuando hablé de baile, la rabia apenas contenida cuando mencioné a Derek, la sensación de su mano contra la mía.

—Es porque tiene fecha de caducidad —susurro a mi habitación oscura—. Por eso es más fácil compartir cosas con él.

La revelación encaja con una claridad sorprendente. Quizá es más fácil ser vulnerable con alguien cuando sabes que es temporal. Cuando no hay riesgo a largo plazo. Nuestro acuerdo tiene una fecha de fin incorporada: una línea de meta donde nos chocaremos los cinco, nos daremos las gracias y cada uno seguirá su camino.

Sin sentimientos complicados. Sin complicaciones. Sin potencial para otra situación como la de Derek.

Excepto que...

Excepto que mi cuerpo parece no haberse enterado. No puedo dejar de recordar cómo se le oscurecieron los ojos al mirarme. Cómo se le volvió la voz ronca y grave cuando dijo mi nombre. La presión firme de su mano en mi cintura durante nuestra lección. Lo segura que me sentí pese a mis nervios.

La piel se me calienta con el recuerdo, y aprieto los muslos contra la punzada repentina ahí abajo.

Cierro los ojos con fuerza, intentando desterrar las imágenes de Linc que siguen inundando mi mente, pero son persistentes. La forma en que sus labios se entreabrieron cuando le hablé sobre el baile. La línea firme de su mandíbula. Las venas de sus antebrazos cuando agarraba el volante.

Intentando sacármelo de la cabeza, me volteo boca abajo y hundo la cara en la almohada. Pero la nueva posición solo empeora las cosas, creando presión justo donde intento no sentir nada. Me volteo de nuevo con un gruñido frustrado.

Es solo atracción física. Nada más. Completamente normal cuando pasas tiempo con alguien tan objetivamente guapo como Linc. Si le sumas su amabilidad, la forma en que me escuchó esta noche, es una simple reacción biológica. Química, hormonas, lo que sea.

Me quedo mirando el techo, hiperconsciente de cada centímetro de mi piel, como si todas mis terminaciones nerviosas hubieran decidido hacer horas extra. El roce suave de mi camiseta contra mis pechos. El peso ligero del edredón sobre mis caderas. El palpar persistente entre mis piernas que se niega a ser ignorado.

—Vale —susurro a mi habitación vacía—. Estrictamente biología.

Deslizo la mano bajo la cinturilla de mis pantalones cortos, mordéndome el labio cuando mis dedos descubren que ya estoy vergonzosamente mojada. Cierro los ojos mientras empiezo a trazar círculos sobre mi clítoris, despacio al principio, luego con más presión.

En mi mente, estoy de vuelta en el coche de Linc, pero esta vez Louis no llama. Esta vez, cuando Linc se inclina hacia mí, sus labios encuentran los míos en un beso que no tiene nada que ver con nuestras lecciones: es hambriento, desesperado, real.

Se me corta la respiración mientras sigo trazando círculos con un dedo, y con la otra mano deslizo un dedo dentro de mí. Todo el tiempo imagino que es Linc quien me toca, los dedos de Linc abriéndome, la voz de Linc en mi oído.

La escena cambia en mi mente. Estamos en nuestra próxima lección, pero esta vez no hay límites, no hay vacilación. Me recuesta en mi cama, cubriéndome con su cuerpo con determinación. Sus labios trazan un camino por mi cuello, a lo largo de mi clavícula, adorándome.

«¿Esto está bien?», pregunta, siempre verificando, siempre asegurándose de que estoy cómoda.

«Sí», jadeo, tanto en mi fantasía como en la realidad, mis dedos moviéndose más rápido.

En mi mente, ya está dentro de mí, llenándome por completo. El leve ardor al abrirme alrededor de él, su peso presionándome contra el colchón, la expresión de asombro en sus ojos mientras se mueve: todo es tan vívido que juraría que es real.

«Em», susurra, «eres increíble».

Se me arquea la espalda sobre la cama mientras curvo el dedo dentro de mí, tocando el punto que me deshace instantáneamente. Mis movimientos se vuelven menos controlados, más frenéticos, mientras persigo la presión que se acumula.

«Déjate ir», me urge el Linc de fantasía. «Te tengo».

Un segundo después, el placer me golpea. Mi cuerpo pulsa alrededor de mis dedos mientras recorro el orgasmo, jadeando por aire. A medida que la bruma de placer se disipa, la realidad regresa con una claridad brutal.

—Bueno, eso fue inesperado —murmuro.

Inesperado y completamente contrario a nuestro acuerdo. La regla número tres —nada de sentimientos— empieza a parecer la más frágil de nuestras fronteras. Agarro una toallita desmaquillante y me limpio, intentando racionalizar lo que acaba de pasar.

No tiene que significar nada. Las fantasías son solo fantasías. Me atrae, eso es todo. No es que esté enamorada del tipo. Tenemos un acuerdo claro que nos beneficia a los dos y tiene un punto final definido.

¿Verdad?

dieciséis

LINC

SALGO de la pista con la sensación de que alguien me hubiera llenado las piernas de cemento. El entrenador Barrett insistió en hacer ejercicios extra —su castigo favorito por lo que llamó nuestro «rendimiento apático» contra Colgate anoche. Tres horas de suicidios sobre el hielo después, y no estoy seguro de poder llegar a mi departamento sin morirme en el camino.

Mis compañeros de equipo caminan arrastrando los pies a mi lado en distintos estados de agotamiento. Maine parece a punto de vomitar en el bote de basura más cercano, mientras que Rook —a pesar de ser nuestro portero y, por tanto, supuestamente exento de los peores ejercicios de acondicionamiento— parece listo para desplomarse de cara contra el pavimento.

—Eh —jadea Maine, dándome una palmada en el hombro—. Al menos estamos forjando carácter, ¿no?

—Carácter y ácido láctico —murmuro, cambiándome la bolsa de equipo al otro hombro—. Combinación perfecta.

—Qué lástima que no todos teníamos cita con el especialista —bufa Maine, una pulla evidente hacia Mike, que se había saltado el entrenamiento.

Cuando estoy a punto de responder, el teléfono me vibra en el bolsillo. Lo saco y veo la cara de mi madre en la pantalla —una selfie que se sacó con mi teléfono la Navidad pasada, con cuernos de reno

y mejillas pintadas de rojo—, así que les hago un gesto a los chicos y me separo de la procesión que se dirige al centro del campus.

Al contestar, la culpa me inunda de golpe. Llevo semanas sin llamarla. Entonces, con un suspiro, respondo.

—Hola, mamá —digo.

—¡Lincoln! ¡Mi estrella del hockey! —Su voz prácticamente estalla por el altavoz. Por más veces que le haya pedido que me llame Linc, insiste en usar mi nombre completo. Dice que no pasó nueve meses gestándome solo para abreviar el nombre que eligió.

—Perdona que no haya llamado...

—Ay, por favor —me corta con su exuberancia característica—. ¡Estás ocupado! ¡Es tu último año y ahora eres capitán!

Apenas contengo otro suspiro.

—Cocapitán, mamá.

Casi puedo oír cómo agita la mano con desdén.

—En la escuela donde trabajo están todos impresionadísimos. La señora Gutierrez —¿te acuerdas, la profesora de arte con los gatos de cerámica?— me paró en el pasillo solo para decirme lo increíble que es que mi hijo sea capitán.

—Cocapitán —repito, aunque sé que es inútil.

—¡Se lo he contado a absolutamente todos en el trabajo! ¡Y a todo mi club de lectura!

Esto es nuevo.

—¿Tu club de lectura?

—¡Sí! Todas van a ver tu partido contra Brown el próximo fin de semana.

Me incorporo de golpe, alerta de repente.

—¿Todas?

—¡Las doce! Vamos a hacer un día entero. Habrá comida, y cócteles, y les hice camisetas especiales con tu número.

La imagen de doce mujeres de mediana edad con camisetas de hockey personalizadas se materializa en mi mente. Ya puedo oírlas gritando mi nombre cada vez que toque el disco, y le doy gracias al de arriba por que no vayan a estar presentes en persona en el partido contra Brown.

—Mamá, ¿estás segura de que quieren pasar su sábado viendo hockey universitario? —pregunto, intentando mantener un tono neutro—. ¿No hacen vino y queso en sus reuniones y hablan de libros y esas cosas?

—¡Habrà vino y queso! —declara, como si eso lo resolviera todo—. Y no te preocupes por si les gusta o no —continúa—. ¡A mí me da igual si les gusta! ¡Eres mi niño y te voy a apoyar!

Suspiro internamente, pero no me atrevo a decir nada. Mi madre siempre ha sido mi mayor animadora —la que me llevaba a los entrenamientos de las seis de la mañana antes de irse a dar clases, la que aprendió de hockey sin haber tenido el más mínimo interés previo en los deportes, la que todavía tiene mi palo roto de hockey juvenil montado en la pared de la sala.

Pero a veces su entusiasmo se siente menos como apoyo y más como asfixia.

—¿Lincoln? ¿Sigues ahí?

—Sí, mamá. Aquí estoy. —Me froto los ojos—. Solo estoy cansado del entrenamiento.

—¡Ay! ¿Cómo estuvo el entrenamiento? ¿Trabajaste en eso que mencionó el ojeador? ¿Cómo era... tu carga por el lado izquierdo?

—¿Cómo es posible que sepas lo que el ojeador le dijo al entrenador? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Se ríe.

—¡El foro de las mamás de hockey, por supuesto! ¡El marido de alguien lo escuchó y lo publicó!

Por supuesto. El infame foro —la fuente principal de información de mi madre sobre mi vida en el hockey, ya que no puede estar físicamente en cada entrenamiento y cada partido. He aprendido a no hacer demasiadas preguntas sobre lo que se comparte ahí. Cuanto menos sepa, mejor para mi salud mental y la del equipo.

—En realidad, pasamos la mayor parte del entrenamiento haciendo ejercicios hasta que Maine vomitó —digo, eludiendo el tema—. El entrenador no estaba contento con el partido contra Colgate.

—Bueno, les irá mejor contra Brown. Lo sé.

Esto captura a la perfección la fe incondicional —casi ciegamente optimista— de mi madre en mí. Es reconfortante y aplastante a la vez. Debería estar agradecido. Joder, estoy agradecido, porque la mayoría de mis compañeros de equipo tienen padres que apenas saben en qué posición juegan. Pero a veces desearía que... bajara un poco la intensidad.

—La verdad —continúa, con la voz cambiando a modo conspiración—, el marido de Meredith —ya sabes, Meredith, la de los gemelos—, bueno, su prima trabaja en una agencia de representación deportiva, ¡y le dijeron que puede que haya varios ojeadores en tu partido contra Brown!

Se me encoge el estómago.

—Mamá...

—¡Ya sé, ya sé! ¡No hablar de los ojeadores! —Se ríe—. Pero solo digo que...

—Haré lo que pueda, mamá —murmuro, como si pudiera anotarme un hat trick así sin más.

—¡Siempre lo haces, cariño! Y...

Se oye un breve revuelo, y después la voz de mi padre sale por el teléfono.

—Eh, hijo. ¿Cómo va todo? —dice.

El alivio es instantáneo. Exhalo, sin haberme dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Hola, papá.

La voz de mi padre es la calma tras la tormenta verbal de mi madre —mesurada, tranquila, sin ninguna de sus inflexiones dramáticas. De fondo, puedo oírla protestando que no había terminado de hablar conmigo, pero a decir verdad agradezco el momento de respiro.

—Tu madre ha estado acaparando el teléfono, así que pensé en intervenir —dice—. ¿Cómo van las clases?

La simple pregunta —sobre algo que no sea hockey— hace que mis hombros se relajen por primera vez en esta conversación.

—Van bien. Kinesiología Avanzada me está dando una paliza, pero me gusta el desafío.

—Esa es tu especialización en medicina deportiva, ¿verdad? —Casi puedo visualizar la ceja alzada de mi padre—. ¿La que tiene énfasis en rehabilitación?

Se acuerda. Claro que sí.

Mi padre será más callado, pero escucha.

—Sí —digo—. Estamos estudiando protocolos de recuperación para lesiones graves de articulaciones y ligamentos. La verdad es que es bastante relevante para lo que está pasando Mike.

—¿Cómo está? ¿Sigue mal por estar fuera de juego?

—Se podría decir que sí —respondo—. Está... Bueno, es complicado.

—Las lesiones siempre lo son, física y mentalmente. —Mi padre hace una pausa—. Tu abuelo nunca volvió a ser el mismo después de que le fallara la espalda en la obra. No solo por el dolor, sino porque perdió su sentido de propósito. El trabajo lo era todo para él, y mantener a su familia era la misión de su vida.

Así se comunica George García: reflexivo, algo filosófico, y completamente desprovisto de consejos directos. Ofrece una perspectiva que da en el centro del blanco, pero deja las conclusiones en mis manos. Siempre ha sido así —confiando en que yo lo resuelva, aunque me lleve un tiempo— y se lo agradezco.

—Intento ser comprensivo —digo—. Pero es difícil cuando él está empeorando activamente las cosas para el equipo.

—Mmm —tararea mi padre sin comprometerse—. Hablando de equipos, tu madre mencionó que tienes un nuevo proyecto grupal en la clase de biomecánica.

Durante unos minutos preciosos, hablamos de cosas normales de último año de universidad. Nada de perspectivas en la NHL ni drama del equipo —solo clases, profesores, y esa cafetería rara del campus que de alguna manera quema los granos de café todas las mañanas y aun así sigue abierta.

De hecho, me descubro riéndome cuando mi padre describe su última aventura laboral: aparentemente, un envío de conservas donadas para su programa de comidas resultó ser enteramente de maíz en crema. Tres mil latas. Comida de sobra, pero de la peor clase.

—Tú ríete —dice—, pero a ver cómo te las ingenias para hacer recetas creativas con maíz en crema para doscientos niños hambrientos.

—¿Batidos de maíz en crema? —sugiero.

—No creas que no lo hemos considerado —resopla, y de fondo oigo la voz de mi madre subiendo de volumen, y después hay más revuelo.

—¡Tu padre es pésimo compartiendo! —La voz de mi madre vuelve—. En fin, debería dejarte ir. Sé que estás ocupado. ¡Solo acuérdate de estar pendiente de los trajeados!

Se refiere a los ojeadores. Otra vez con los ojeadores.

Suspiro, pero no tan fuerte como para que me oiga.

—Claro, mamá. Te quiero —digo.

—¡Nosotros también te queremos! —Hace un sonido exagerado de beso en el teléfono.

Después de colgar, me quedo mirando el teléfono, el agotamiento posándose sobre mí como un peso físico. Sus expectativas —junto con todo lo demás— se sienten como si me comprimieran el pecho. ¿Cómo es posible colgar una llamada con la persona que más te quiere en el mundo y sentirte completamente vacío?

Dejo caer el teléfono en mi bolsillo y reanudo mi caminata pesada hacia el departamento, con las piernas todavía ardiendo a cada paso. La conversación con mis padres me ha dejado más agotado que los suicidios de Barrett, aunque de una manera completamente diferente.

A veces creo que preferiría patinar hasta vomitar antes que navegar el campo de minas de las expectativas de mi madre.

Después de unos minutos caminando, dejando que el aire fresco de la noche enfríe mis músculos recalentados, mis pensamientos se desvían hacia Mike. Otro entrenamiento que se ha perdido, otra excusa que el entrenador fingió creerse. Entiendo que su tobillo sigue hecho un desastre, pero su actitud es un problema mayor a estas alturas.

Lo que empezó como un silencio gélido entre nosotros después de nuestra discusión ha evolucionado a una elaborada danza de evasión. Si estoy en la cocina, Mike de repente tiene asuntos

urgentes en su cuarto. Si estoy viendo la tele, él necesita estar literalmente en cualquier otro lugar. Nos hemos convertido en expertos en rastrear los movimientos del otro por el departamento, asegurándonos de que nuestros caminos se crucen lo menos posible.

Quedan dos meses de temporada, y no puedo ni hablar con mi cocapitán sin que la conversación degenera en mierda pasivo-agresiva. Lo único peor que un capitán lesionado es un capitán lesionado con problemas de actitud.

Llego a una bifurcación en el campus. A la izquierda está mi departamento, donde Mike probablemente está en su cuarto, enfurruñado. A la derecha está el 7-Eleven y un posible Slurpee, que de repente se siente como lo único bueno que podría pasar hoy. No es una elección difícil, así que giro a la derecha.

Mientras camino hacia mi dosis de azúcar, el teléfono me quema un agujero en el bolsillo, o al menos eso parece. Em ha estado viviendo en mi cabeza sin pagar alquiler desde nuestra conversación en el coche hace dos noches. Y, no por primera vez, me descubro sacando el teléfono, con el pulgar suspendido sobre su nombre.

¿Qué le diría siquiera?

Ey, sigo pensando en cuando me contaste tu trauma más personal. ¿Quieres que nos besemos?

Sí, eso caería de maravilla.

El recuerdo de ella en mi coche —cómo bajó la guardia, lo natural que se sintió hablar con ella, lo cerca que estuve de besarla — me cruza por la mente. Todavía me arrepiento de no haber cerrado esa distancia entre nosotros, a pesar de saber que lo habría complicado todo.

Pero nuestra próxima lección es en solo unos días. Si le escribo ahora, si la veo antes de eso... no estoy seguro de poder mantener los límites que establecimos. Cuanta más distancia haya entre nosotros, y cuanto más tiempo pase entre ese momento cargado y la próxima vez que la vea, más posibilidades tengo de ceñirme a nuestro acuerdo.

A regañadientes, guardo el teléfono sin escribirle.

Es la decisión correcta.

La única área de mi vida donde todavía tengo algo de control.

El azul y el blanco fluorescente del letrero del 7-Eleven me llaman como un faro de esperanza en mi por lo demás complicada existencia. Empujo la puerta, saludo al cajero con un gesto de cabeza mientras la campanilla suena sobre mí, y voy directo a la máquina de Slurpees.

La última vez que estuve aquí, me encontré con Em y ella propuso nuestro... acuerdo. Pero a menos que el universo tenga un sentido del humor retorcido, esta noche tendré que conformarme con llenar el vaso más grande de frambuesa azul. Entonces, cuando me dirijo a la caja, algo me llama la atención.

Las frituras que Em estaba comprando la otra noche, las que dijo que eran sus favoritas.

Dudo solo un momento antes de agarrarlas y añadirlas a mi compra. Las dejo en el mostrador, y el cajero marca la compra con el entusiasmo de alguien que preferiría estar literalmente en cualquier otro lugar, así que no me molesto en hacer conversación.

Saliendo de la tienda y caminando de vuelta a mi departamento, Slurpee en una mano y frituras de maíz en la otra, me doy cuenta de que me he puesto en una situación ridícula. Le compré frituras a una mujer a la que definitivamente no le voy a escribir esta noche ni en la que estoy pensando en absoluto.

Bien jugado, García.

Considero tirarlas al bote de basura más cercano, pero parece un desperdicio. Podría comérmelas yo, pero no soy muy de frituras saladas. Podría dejárselas a Mike como una especie de ofrenda de paz, pero conociendo nuestra dinámica actual, probablemente asumiría que están envenenadas.

—Esto es estúpido —murmuro, deteniéndome en medio de la acera.

Un estudiante que pasa me lanza una mirada curiosa, y me doy cuenta de que estoy parado sin moverme, teniendo una crisis existencial por una bolsa de frituras. Mi vida ha alcanzado oficialmente un nuevo nivel de patetismo. Empiezo a caminar otra vez, pero el teléfono me vibra en el bolsillo. Lo saco, y veo que es un mensaje de Em.

No puedo dejar de pensar en nuestra conversación de la otra noche. Gracias por escuchar. Deseando que llegue nuestra próxima lección. :)

Y así, sin más, cada resolución que tomé de mantener la distancia hasta nuestra próxima lección se evapora. Mi pulgar se queda suspendido sobre el teclado mientras debato qué decir. ¿Algo casual? ¿Algo coqueto? ¿Algo que reconozca el peso de lo que compartió sin hacerla sentir incómoda?

Antes de que pueda darle más vueltas, escribo:

Yo tampoco puedo dejar de pensar en eso, ni en ti.

Le doy a enviar antes de poder convencerme de lo contrario, y luego entro en pánico de inmediato.

¿Demasiado? ¿Poco? ¿En qué demonios estaba pensando?

El teléfono me vuelve a vibrar casi de inmediato:

Lea ha prometido tocar la puerta la próxima vez.

El alivio me invade, seguido de una carcajada que sobresalta a otro estudiante que pasa. Estoy sonriendo como un idiota mirando el teléfono en medio del campus, con un Slurpee que se derrite a toda velocidad y una bolsa de frituras que compré para la mujer que acaba de escribirme.

Quizá sí tengo control sobre algo en mi vida, después de todo.

Solo que no es lo que esperaba.

SUELTO un quejido dramático al desplomarme en el sofá, con la sensación de que alguien me ha reemplazado los músculos de las piernas por espaguetis pasados de cocción. Dar clases de danza seguidas a niños hiperactivos de primaria tiene la habilidad de hacer que hasta la persona más enérgica —que normalmente soy yo— se sienta como si le hubiera pasado un camión por encima.

—Televisión, sálvame —murmuro, tanteando en busca del control remoto y presionando el botón de encendido con la poca fuerza que me queda.

La pantalla cobra vida y muestra mi película francesa favorita, que empecé a ver la noche anterior. Me sorprende un poco que Lea no haya puesto otra cosa en su lugar, pero últimamente pasa más tiempo en el departamento de Dec que en nuestra residencia, así que tampoco debería extrañarme tanto.

La película es un romance indie francés, con su iluminación melancólica, cantidades generosas de desnudos y personajes que fuman cigarrillos mientras miran al vacío con expresión profunda.

Pero justo cuando le doy a reproducir, alguien toca a la puerta.

—¡Ya voy! —grito, asumiendo que es Ping o Marnie que viene a saludar o a pedir algo prestado, y me levanto del sofá para ir a abrir.

Abro la puerta y se me corta la voz. No es Ping ni Marnie. Ni Lea. Es Linc. Y sus ojos verdes, normalmente brillantes, se ven opacos, y

sus hombros tienen una caída derrotada que nunca le había visto. A pesar de todo, el pulso se me acelera al instante con solo verlo.

—Eh... ¿hola? —digo, convirtiendo el saludo en una pregunta.

Me dedica una sonrisa que no le llega a los ojos. —¿Es mal momento? Puedo ir...

—¡No! ¡Está bien! —lo interrumpo—. Es que no te esperaba hasta mañana.

—Ya, sé que nuestra lección es mañana, pero necesitaba una cara amiga. —Linc se pasa la mano por el pelo, dejándoselo levantado en mechones adorables—. Estaba en mi departamento, pero estar cerca de Mike ahora mismo es un infierno, y esta noche quiero evitar todo lo que tenga que ver con hockey, así que pensé...

—¿Qué? —digo, más suave de lo que pretendía.

—¿Podría quedarme un par de horas?

—Claro —digo, dejándolo pasar y cerrando la puerta—. Ponte cómodo.

Linc parece como si alguien le hubiera recargado las pilas, porque suelta un suspiro de alivio satisfecho, deja su mochila en el suelo y se desploma en el sofá. Su rodilla sube y baja sin parar, sus dedos tamborilean contra el muslo: un nivel de inquietud que hasta yo, la reina del TDAH, encuentro impresionante.

—¿Estás bien? —pregunto, sentándome a su lado pero dejando suficiente espacio para que no nos toquemos—. Pareces... no bien.

—Estoy bien —dice automáticamente, y luego sus hombros caen aún más—. En realidad, no, no estoy bien, pero no quiero soltarte toda mi basura encima.

—Bueno, para eso están los amigos —digo, y luego me doy una patada mental porque no somos exactamente solo amigos, ¿verdad?

Somos algo en esa zona gris indefinida entre amigos con derecho y... otra cosa... en la que me estoy esforzando mucho por no pensar.

—¿Qué tal tu turno doble? —pregunta, claramente cambiando de tema.

Decido dejarlo pasar y me lanzo a contarle la historia de cómo una niña de cinco años se autoproclamó la «Reina de la Danza» y se negó a seguir cualquier coreografía que no fuera «suficientemente real». —Así que ahí estaba yo, intentando enseñarles un ocho

simple, y la reina Sophia giraba en círculos gritándoles «movimientos de plebeya» a los otros niños.

Linc se ríe, un sonido genuino que le ilumina los ojos por un momento. —¿Qué hiciste?

—Ascendí a todos a rango de nobleza y renombré la rutina como «La Danza de la Corte». De repente mi coreografía era aceptable para Su Majestad.

—Bien jugado —dice con una sonrisa, pero luego se queda callado otra vez, mirando la tele donde mi película francesa sigue en pausa.

El silencio se extiende entre nosotros, denso e incómodo. Jugueteo con un hilo suelto de mis leggings, intentando pensar en algo que decir. Es raro verlo así; normalmente es tan seguro, tan dueño de sí mismo, y esta versión derrotada de Linc me produce un dolor en el pecho.

—Okey —digo por fin—. ¿Me vas a contar qué te pasa de verdad?

Exhala despacio, sus hombros anchos subiendo y bajando. —Mike y yo nos peleamos la noche que te vi en Trenton y seguimos sin hablarnos. —Sus manos se cierran en puños sobre los muslos—. Y el entrenador sigue presionándome para que haga que Mike dé la cara como líder, lo cual es imposible cuando ni siquiera me dirige la palabra.

Asiento, sin interrumpir.

—Va a haber ojeadores en el partido contra Brown, y mi mamá me está bombardeando el celular, mandándome enlaces a artículos sobre qué buscan los ojeadores, mensajes recordándome que coma proteína... —Sacude la cabeza—. Y apenas estoy durmiendo, así que mi juego está mal, lo que significa que el entrenador me presiona todavía más...

—Es mucho —digo suavemente, retomando la conversación cuando se queda callado.

—Sí. —Su voz es apenas un susurro.

Me muerdo el labio, sin saber muy bien cómo lidiar con tanta mierda junta, así que señalo la tele. —¿Quieres ver el resto conmigo? —digo—. A veces descubro que cuando estoy agobiada lo

mejor es simplemente relajarse y desconectar, y tiene subtítulos en inglés, que está bien, ya que tú no hablas francés.

—Bueno.

Le doy a reproducir, y la película retoma con una escena de los protagonistas sentados en un café parisino, teniendo una conversación intensa sobre el amor y la pérdida mientras suena un acordeón suave de fondo. Es lo más francés que se pueda imaginar.

—¿Qué está pasando? —pregunta Linc, con la voz más normal ahora.

—Ella le está diciendo que no puede estar con él porque está comprometida con su hermano, pero claramente está enamorada de él, y el hermano es más o menos un idiota que la engañó con su mejor amiga, pero ella se siente obligada a quedarse por una promesa que le hizo a su madre moribunda.

—Ah, la clásica situación de «estoy comprometida con tu hermano pero secretamente enamorada de ti mientras mi mejor amiga se acuesta con mi prometido» —dice Linc con sequedad.

Resoplo. —Le pasa a cualquiera.

Sonríe. —¿Verdad que sí?

Miramos unos minutos más hasta que llegamos a mi escena favorita: donde la heroína finalmente decide seguir a su corazón, abandonando al imbécil infiel que casualmente es rico para irse con el hermano directo y totalmente fiel. Me enderezo en el sofá, mi agotamiento temporalmente olvidado.

—Esta es la mejor parte —anuncio. Mientras la protagonista recita su apasionado monólogo, yo recito con ella en francés perfecto, con gestos dramáticos incluidos: —Je ne peux plus vivre sans toi. Mon cœur t'appartient, pour toujours. Tu es mon destin, mon âme sœur, ma raison de vivre.

Pero mientras lo digo, no estoy segura de si se lo estoy diciendo a Linc o a la película.

Linc me mira fijamente, con la boca entreabierta. —¿Qué acabas de decir?

—No puedo vivir sin ti. Mi corazón te pertenece, para siempre. Eres mi destino, mi alma gemela, mi razón de vivir. —Me encojo de hombros—. Es súper cursi.

—Eso fue... —hace una pausa, sus ojos verdes suavizándose al encontrarse con los míos—. Eso fue muy tierno. Sexy.

Se me calientan las mejillas con el cumplido. —Gracias. ¡Acepto «sexy» como cumplido cualquier día de la semana!

—Gracias por dejarme invadir tu noche de película —dice en voz baja.

—Cuando quieras —respondo, diciéndolo más en serio de lo que probablemente debería.

Nos vamos acercando en el sofá, sin llegar exactamente a acurrucarnos pero lo bastante cerca como para que sienta el calor que irradia su cuerpo. La película sigue, pero mi cerebro abandona por completo cualquier intento de seguir la trama. Soy dolorosamente consciente de lo cerca que estamos, de lo fácil que sería estirar la mano y tomar la suya...

—Esto es básicamente una cita —dice Linc de repente, con los ojos todavía en la pantalla.

Me pongo rígida, todo mi cuerpo tensándose como si alguien me hubiera vertido agua helada por la espalda. ¿Cita? Pero dijimos que nada de sentimientos, ¿no? Esto no puede ser una cita... ¿o sí? Habíamos acordado que eran solo lecciones de sexo —básicamente solo acostarnos—, entonces ¿cómo puede esto...?

Linc lo nota de inmediato y pone su mano cálida sobre la mía. —Era broma, tranquiliza esa cabeza —dice rápidamente—. Aunque las citas de película son mis favoritas.

Me obligo a relajarme. —Según mi experiencia muy limitada, las citas de película son literalmente las peores.

—¿Qué? ¡No puede ser!

—Sí puede —replico, agradecida por el cambio a territorio más ligero—. No puedes hablar durante la película, entonces ¿cómo se supone que vayas a conocer a la persona?

—Por eso las citas de película no son para el principio de una relación —explica Linc con el aire de alguien compartiendo una sabiduría profunda—. Son para cuando ya conoces a la persona. Son solo una excusa para enrollarse en un lugar oscuro que, si eliges bien la película, suele estar vacío.

El calor me sube a la cara, y de repente me intereso muchísimo en un hilo suelto de mi... espera, no, no es mi sudadera. Es la sudadera de Linc. La que me prestó esa noche en su coche cuando tenía frío, y que... nunca devolví.

La que me doy cuenta de que me he puesto mucho desde aquella noche.

Ay, Dios.

Estoy literalmente aquí sentada usando su ropa como si fuéramos pareja o algo así. ¿Pensará que es raro? ¿Debería devolvérsela? Pero huele tan bien, y es lo más suave que tengo y...

—Te queda bien —dice, como si me leyera la mente.

—Gracias —murmuro—. Hoy necesitaba algo extra de confort.

—¿Día difícil?

Dudo, debatiendo cuánto compartir. Me bajó la regla esta mañana, y aunque normalmente no es terrible, hoy trajo cólicos que se sentían como demonios diminutos apuñalándome el útero con tridentes.

Me asalta un recuerdo de la secundaria, de la cara de asco de Derek cuando mencioné que tenía la regla. Estábamos besándonos en el parque y él había deslizado su mano bajo mi camiseta hacia mi estómago.

Cuando hice una mueca y le expliqué por qué, habrías jurado que le acababa de decir que tenía la peste. De hecho se limpió la mano en los vaqueros antes de murmurar algo sobre «problemas de chicas» y dejarme ahí.

Pero Linc no es Derek. Definitivamente ha estado con suficientes mujeres como para haberse topado con la regla antes. Diablos, si de verdad es el semental del campus, hay bastantes posibilidades de que se haya acostado con alguna durante su periodo. ¿No?

—Estoy con la regla —suelto de golpe, y al instante quiero que me trague la tierra.

Linc ni pestañea. —Ah. ¿Necesitas algo? ¿Almohadilla térmica? ¿Ibuprofeno? —Hace una pausa, y luego añade con total seriedad—: ¿Helado?

El nudo en mi pecho se afloja. —Estoy bien surtida —digo, genuinamente conmovida por su reacción—. Aunque ojalá hubiera

agarrado unas papas fritas. Siempre se me antojan cosas saladas.

La comisura de su boca se curva en una media sonrisa mientras estira la mano hacia su mochila y saca una bolsa familiar. —¿Como estas?

Son exactamente las papas que estaba comprando en el 7-Eleven la noche que nos encontramos. —Te acordaste —digo, completamente atónita.

—Claro que sí. —Me pasa la bolsa—. Las compré mientras hablábamos por mensaje antes... y acabo de darme cuenta de lo raro que suena eso.

Tomo las papas, nuestros dedos rozándose de una forma que me envía un cosquilleo por el brazo a pesar de lo absolutamente nada sexy del intercambio. —Eso es... muy dulce.

—No le digas a nadie —dice guiñándome un ojo—. Tengo una reputación que mantener.

Me río, abriendo la bolsa. —Tu secreto está a salvo conmigo.

Nos acomodamos otra vez para ver la película, comiendo papas mientras el melodrama francés se despliega en la pantalla. La protagonista ahora está llorando bajo la lluvia —cómo no— mientras su amante corre tras ella por las calles de París. Es todo muy dramático y cliché, pero de alguna manera sigue cautivando.

Le lanzo una mirada furtiva a Linc, esperando encontrarlo o enganchado con la película o completamente ido. En cambio, tiene el ceño fruncido, como si estuviera pensando en algo, y al mismo tiempo sus ojos están distantes, claramente sin registrar ni un solo fotograma de la película.

—Oye —le doy un codazo suave—. ¿No te gusta la película?

—¿Qué? —Parpadea, volviendo al presente—. No, está bien.

—Es que pareces... distraído.

—Perdón —dice, moviéndose un poco en el sofá—. Solo estaba pensando.

—¿Sobre Mike o hockey? —pregunto, sintiendo ya una punzada de empatía. Después de todo lo que acaba de contarme, no lo culparía si no pudiera relajar la mente.

Conozco esa sensación.

—No —dice, y me lanza una mirada indescifrable—. En realidad, estaba pensando en... otra cosa.

—Si es por mi regla, te prometo que no es contagiosa —bromeo, intentando aligerar el ambiente.

Sus labios se curvan en una sonrisa, pero hay algo ardiente en su mirada que me derrite. —No me dio asco, por si eso te preocupa.

—Ah, bien —digo, aliviada.

Entonces sonrío. —De hecho, esta es la oportunidad perfecta para una lección.

Mi corazón de pronto late con fuerza contra las costillas. —¿Una lección? —Mi voz sale vergonzosamente aguda—. ¿Qué tipo de lección?

Se inclina más cerca, acercando su boca a mi oído. —Una lección sobre hacerlo durante tu periodo, para que estés preparada y conozcas tus opciones.

La calidez de su aliento envía una cascada de escalofríos por mi cuello, y me quedo paralizada, sin saber cómo responder. ¿Está sugiriendo...?

—Si tú quieres, yo también —murmura, y el timbre grave de su voz vibra a través de mí como una línea de bajo.

Las palabras me fallan por completo, así que solo asiento, un movimiento rápido y brusco que probablemente me hace parecer uno de esos muñecos cabezones de tablero.

Eso es todo el estímulo que necesita. En un movimiento fluido, se acerca a mí y sus labios capturan los míos en un beso que quema cualquier rastro de incomodidad. Sus manos me agarran las caderas, deslizándose sobre su regazo hasta que lo estoy montando a horcajadas, y la posición envía una descarga de placer por mi centro a pesar de la delgada barrera de nuestra ropa.

—¿Esto está bien? —pregunta contra mis labios.

—Muy bien —respiro, enredando mis dedos en su pelo.

Sus besos son seguros pero no exigentes, dejando que yo marque el ritmo mientras nuestras bocas se mueven juntas. Cuando su lengua roza la línea de mis labios, me abro para él con ganas, soltando un pequeño gemido cuando el beso se profundiza.

El calor se acumula de manera constante en mi vientre mientras las manos de Linc recorren desde mis caderas hasta mi cintura, y luego más arriba, con los pulgares rozando la parte baja de mis pechos. Incluso a través del sostén y su sudadera, el contacto hace que mis pezones se endurezcan.

—Linc... —susurro, de pronto hiperconsciente—. Seguro huelo a sudor por el baile...

Se ríe. —Paso la mitad de mis horas de vigilia en un vestuario con varias docenas de tipos que huelen mucho peor en su mejor día de lo que tú podrías oler en tu peor día...

—Bueno...

—¿Puedo? —pregunta, con los dedos jugando con el borde de la sudadera.

—Sí —susurro, levantando los brazos para ayudarlo.

Me la saca por la cabeza, dejándome solo con mi sostén deportivo negro y los leggings. Sus ojos se oscurecen mientras me recorren, y la admiración cruda en su mirada me hace sentir hermosa de una forma que no me he sentido en años.

—Eres preciosa —dice, con la voz ronca. Sus manos suben por mi caja torácica, acariciando los costados de mis pechos a través del sostén, y me arqueo hacia su contacto.

Me besa de nuevo, más profundamente esta vez, y me froto contra él instintivamente. A través de nuestra ropa, puedo sentir cómo se endurece debajo de mí, y la sensación envía un pulso cálido entre mis piernas.

A medida que mi nerviosismo inicial por tener la regla se desvanece, el deseo toma el control. Sus labios dejan los míos para trazar un camino ardiente por mi garganta. Cuando llega al hueco de la base, succiona suavemente, y jadeo ante la intensidad repentina.

—¿Se siente bien? —murmura contra mi piel.

—Sí —respiro, inclinando la cabeza para darle mejor acceso.

Sus manos suben por mi espalda hasta el broche del sostén deportivo. —¿Puedo?

Asiento, y con una destreza que habla de su experiencia, lo desabrocha en un solo movimiento. Mientras aparta la tela, el aire

fresco golpea mi piel expuesta y mis pezones se endurecen todavía más.

Cuando su boca se cierra sobre un pezón, grito suavemente, aferrando mis manos a su pelo. Succiona suavemente, luego con más firmeza al oír mi reacción, mientras su pulgar traza círculos sobre el otro pezón con la presión justa para hacerme retorcer.

Me froto contra él otra vez, buscando fricción donde más la necesito. Él responde deslizándose las manos a mis caderas, guiándome en un movimiento lento y rítmico que me tiene jadeando en segundos.

—Linc —jadeo—, se siente tan bien, pero...

Se detiene de inmediato, mirándome con preocupación. —¿Qué pasa?

—No pasa nada —lo tranquilizo rápidamente—. Solo... el periodo... ¿recuerdas?

—Sí. —Se encoge de hombros—. ¿Tienes un tampón puesto?

Asiento, aliviada por su tono pragmático.

—Entonces no hay de qué preocuparse. —Me aparta un mechón de pelo de la cara—. ¿Está bien si te toco? Solo por fuera. Puedes dejarte las bragas.

La consideración en su voz hace que mi corazón aletee de una manera que no tiene nada que ver con la atracción física. —Sí —susurro—. Por favor.

Su mano baja por mi estómago y se desliza dentro de la cintura de mis leggings. Se detiene cuando llega al borde de mis bragas, mirándome una vez más.

—¿Seguimos bien? —pregunta.

—Seguimos bien —confirmo, con la voz temblorosa de anticipación.

Sus dedos se deslizan bajo la tela, y cuando hacen contacto con mi clítoris, jadeo. Su contacto es eléctrico. Empieza con círculos suaves, observando mi cara con atención como si catalogara cada reacción.

—¿Qué tal así? —pregunta, ajustando la presión ligeramente.

—Perfecto —respiro, mis caderas moviéndose al ritmo de sus dedos.

Aumenta el ritmo gradualmente, encontrando una cadencia que me hace aferrarme a sus hombros. Su otra mano se mueve a mi pecho, rodando el pezón entre sus dedos. Las sensaciones dobles son abrumadoras, y siento cómo voy acumulándome.

—Me encanta verte así —murmura, con la voz espesa de excitación.

Sus palabras me empujan aún más cerca del borde, y cuando se incorpora para capturar mi boca en otro beso, gimo contra sus labios. Sus dedos se mueven más rápido, más insistentes, y de repente estoy ahí: temblando y gritando mientras el placer me arrasa.

—Eso es —me alienta, ralentizando sus movimientos pero sin detenerse, prolongando las olas de mi orgasmo hasta que me desplomo contra él, sin aliento y sin huesos.

Durante un largo momento, simplemente apoyo mi frente contra la suya, intentando recuperar el aliento. Su excitación sigue siendo evidente debajo de mí, y cuando me muevo un poco, suelta un pequeño gemido.

—¿Quieres que yo... —me quedo callada, sin estar del todo segura de lo que estoy ofreciendo pero sabiendo que quiero corresponder de alguna manera.

—No tienes que hacerlo —dice de inmediato—. Hacerte sentir bien es suficiente para mí.

—Pero quiero hacerlo —insisto, sorprendiéndome a mí misma con mi atrevimiento—. Quiero mirarte.

Sus ojos se oscurecen con mis palabras. —¿Sí?

—Sí.

—Okey —sonríe.

Me quita con suavidad de su regazo y me sienta a su lado en el sofá, luego se desabotona los vaqueros. Mi corazón se acelera cuando se saca la erección, ya duro e impresionante. Se envuelve con la mano y luego me mira.

—¿Esto está bien? —pregunta.

Asiento, hipnotizada por la imagen. —Más que bien.

Mientras se acaricia, sus ojos nunca dejan los míos, y la intimidad del momento me roba el aliento. Es crudo, real. Siento una extraña

oleada de poder al saber que soy yo en quien está pensando, la que le hace respirar entrecortado.

—Em —gime, aumentando el ritmo—. Eres tan jodidamente sexy.

Me inclino hacia delante y lo beso, tragándome sus gemidos mientras sus movimientos se vuelven más urgentes. Sus muslos se tensan bajo mi mano, y sé que está a punto de explotar.

—Voy a... —empieza...

... y, sin pensarlo, me deslizo hacia abajo para colocarme entre sus piernas.

Lo tomo en mi boca solo un segundo antes de que se corra, pero cuando levanto la mirada hacia su cara, puedo ver sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa y el placer. Un momento después, gime, y explota en mi boca.

Es un extraño desafío, querer atraparlo todo en mi boca y tragármelo entero. Es salado y no particularmente agradable, pero el placer atónito en su cara hace que valga completamente la pena.

—Putá madre —exhala mientras me incorporo, limpiándome la boca con el dorso de la mano—. Eso fue... sorpresivo.

—¿Sorpresivo bueno o sorpresivo malo? —pregunto, de pronto cohibida, esperando no haber arruinado las cosas con él.

—Definitivamente bueno. —Me atrae hacia un beso perezoso, aparentemente sin preocuparse por saborearse a sí mismo en mis labios—. Pero pensé que el sexo oral no era hasta la lección cinco.

—Considéralo crédito extra —respondo, haciéndolo reír.

Me rodea con un brazo y me acerca, y trato de no pensar en lo bien que se siente estar en sus brazos así. Lo cómodo. Lo natural. Esto es solo un acuerdo, me recuerdo con firmeza. No es real.

Pero mientras estamos ahí sentados, su latido constante contra mi espalda, su calor envolviéndome, me resulta cada vez más difícil creerme mi propia mentira.

dieciocho

LINC

EL PÚBLICO ruge cuando salimos a la pista para el calentamiento. Brown siempre ha sido un rival, y esta noche las gradas están tan llenas que apenas distingo una franja de los asientos azules desgastados bajo el mar de carmesí y negro. Es como si todo el campus estuviera aquí.

Excepto Mike.

Recorro con la mirada el banquillo donde debería estar, esperando una aparición de último momento, pero ese espacio sigue llamativamente vacío, como una acusación con equipo de hockey. Apenas lo he visto y no le he dirigido la palabra desde nuestra discusión, pero faltar a un partido... imbécil.

El entrenador se acerca a mí.

—¿Su cocapitán ha decidido quedarse fuera esta vez?

—Eso parece —digo, sin mirarlo a los ojos.

—La charla con él salió bien, entonces. —Su tono me dice que ya sabe la respuesta.

Me trago un suspiro.

—Lo intenté.

—Inténtelo con más ganas. —Sopla el silbato, indicando al equipo que se reúna.

El comentario escuece, sobre todo viniendo de alguien que lleva mentalmente desconectado desde su ruptura. Durante el último mes

más o menos, el entusiasmo del entrenador por su trabajo oscila entre hacer la declaración de la renta y ver secarse la pintura, y eso me está echando mucha presión encima.

—Muy bien —dice, con la voz apenas por encima del tono de conversación—. La defensa de Brown ha sido sólida esta temporada, pero tienen la costumbre de replegarse demasiado. Muevan el disco. Abran líneas de tiro. Y mantengamos todo cerrado cuando lo tengan ellos. Y García, esta noche voy a necesitar más de usted.

Asiento, pero cuando el grupo se dispersa, lucho por contener el resentimiento. Su discurso fue tan inspirador como una cerveza sin gas, y está claro que cumple por cumplir. Pero eso hace que el peso de las expectativas sobre mis hombros sea aún mayor, porque ahora todos saben que me está señalando a mí.

Joder, ¿por qué no, verdad?

Con Declan fuera, Mike ausente y el entrenador sonámbulo durante toda la temporada, estoy cargando con este equipo solo. Maine sirve para echarse unas risas, pero no es exactamente material de líder, y aparte de él está Rook —un portero bastante bueno, pero novato y un payaso total— y el resto es puro relleno.

Mi mirada sube hacia las gradas, enfocándose exactamente en lo que no quiero ver: un hombre con traje gris oscuro y un bloc de notas, sentado justo donde mi mamá dijo que estaría el ojeador. Tiene esa cara impasible de ojeador de hockey mientras observa el partido y de vez en cuando anota algo.

Genial. El momento perfecto para mi crisis interna y el acto de desaparición de Mike.

La sirena pone fin al calentamiento, y la sección de estudiantes estalla cuando nos colocamos para el saque de centro. El disco cae, y enseguida sé que algo va mal. Las piernas me pesan, mi sentido del tiempo está desajustado, y mis instintos de siempre parecen haberse tomado la noche libre junto con Mike.

Mi primer pase no se acerca ni de lejos a Maine, deslizándose hasta un defensor de Brown que inicia un contraataque. Retrocedo a toda prisa a posición defensiva, pero no lo bastante rápido. El delantero de Brown —un tipo con un bigote ridículo y un manejo del

palo irritantemente perfecto— me regatea como si yo llevara patines de cemento.

Tiro. Gol.

Así de fácil, con un minuto jugado, vamos perdiendo 1-0.

El siguiente turno es aún peor. Recibo el disco en el punto, intento trabajarlo a lo largo de la banda, pero canto mi pase de forma tan obvia que un pingüino ciego lo habría interceptado. El extremo de Brown lo roba, me gana por fuera, y de repente va solo hacia Rook.

Tiro. Gol. 2-0.

—¿Qué coño ha sido eso, García? —La voz del entrenador por fin muestra algo de emoción: decepción envuelta en irritación.

No tengo respuesta, así que finjo no oírlo ni notar las miradas de reojo de mis compañeros. Y, de repente, las palabras de Mike de la otra noche se repiten en mi cabeza: «Seamos sinceros: te has pasado los últimos tres años siendo mediocre, Linc».

Sin querer, miro al ojeador en las gradas, que garabatea algo en su cuaderno. Me encantaría saber qué escribe, pero en el fondo lo sé. Porque al final del primer periodo, vamos perdiendo 2-0, y acabo de jugar veinte minutos de hockey que avergonzarían a un suplente de liga de bar.

El descanso es un tipo especial de infierno. El entrenador nos suelta un discurso sin alma que básicamente se reduce a «jueguen mejor», mientras los chicos evitan mirarme a los ojos. Me siento en mi sitio, mirando mis patines como si pudieran explicarme por qué mis habilidades de hockey aparentemente fueron secuestradas de la noche a la mañana.

Y no ayuda que el casillero vacío de Mike esté justo ahí, un recordatorio constante de cómo he fracasado como cocapitán. No solo no he conseguido traerlo de vuelta al redil, sino que lo he alejado por completo, y los demás también están claramente nerviosos, buscándome con la mirada para encontrar respuestas y sin hallar ninguna.

Pero antes de que podamos encontrar solución alguna, la sirena suena para el segundo periodo, y salimos en fila de vuelta a la pista.

El segundo periodo empieza igual de mal que el primero. Mis pases siguen fallando, como si intentara enhebrar agujas con guantes de horno. Y, como depredadores, los jugadores de Brown huelen mi vacilación y la explotan, presionándome cada vez que el disco llega a mí.

A mitad del periodo, Maine consigue robarle el disco a un delantero de Brown y me lo lanza hacia delante. Por un momento glorioso, siento que todo encaja de nuevo. La pista se abre, y tengo un carril despejado por el lado derecho.

Entonces el defensa estrella de Brown, Reynolds, aparece en mi visión periférica. Casi dos metros de arrogancia y una mala leche capaz de espantar a una serpiente de cascabel. Mike ya se había enfrentado a él la temporada pasada y salió perdiendo, y Mike es muchísimo más grande que yo, por decirlo suavemente.

Pero lo que pasa a continuación se desarrolla a cámara lenta.

Maine, siguiendo la jugada, patina a toda velocidad hacia la trampa. Reynolds me abandona, gira, y le clava el hombro directamente en el pecho a Maine, mandándolo contra las bandas con un crujido que revuelve el estómago. El sonido retumba por el pabellón, silenciando al público un instante antes de que los gritos de indignación estallen entre nuestros aficionados.

Aunque mi tiro a portería lo para el portero de Brown, Maine se desploma sobre el hielo, y aun desde varios metros, puedo ver que le cuesta respirar. Me olvido del disco, patino hacia él de inmediato, la rabia creciendo mientras Reynolds merodea cerca. El árbitro pita, señalando penalización, pero eso no me basta.

—¿Estás bien? —le pregunto a Maine, que se está incorporando con la cara retorcida de dolor.

—Sí —resopla, agarrándose las costillas—. Solo me he quedado sin aire.

Reynolds bufa.

—Quizá si tu capitán no fuera tan cagón...

Me quedo helado, las palabras golpeando justo donde estoy más en carne viva.

—¿Qué acabas de decir? —Me giro lentamente para encararlo.

Reynolds sonríe con suficiencia, el protector bucal haciendo que sus palabras suenen algo arrastradas.

—He dicho que tu programa es patético. Primero tu delantero estrella se larga a jugar con pincelitos, y luego tu capitán de verdad no aguanta ni una pupita. —Finge secarse las lágrimas—. Y ahora te tienen a ti fingiendo que lideras un equipo.

Algo se rompe dentro de mí, un chasquido casi audible, como hielo fino cediendo.

Y, antes de darme cuenta de lo que hago, mis guantes caen al hielo con un golpe suave.

Esto es una estupidez. Esto es una puta estupidez.

Pero no puedo detenerme.

Lanzo un puñetazo. Va cargado con toda la frustración por Mike, por el entrenador, por las expectativas de mi mamá, por ese ojeador viendo mi peor partido de la temporada. Le da a Reynolds en la barbilla, justo donde el casco casi no protege, pero fue como pegarle a una estatua de piedra.

Reynolds sonríe, tirando los guantes con ganas.

—Ya era hora de que alguien de tu equipo enseñara un par de huevos.

El primer puñetazo llega más rápido de lo que espero, dándome en el pómulo. El dolor me estalla por toda la cara, y aunque mi mente vuelve a gritarme que esto es una idea estúpida, la adrenalina lo amortigua de inmediato. Le devuelvo un golpe al estómago y luego le agarro la camiseta para estabilizarme.

La pista se convierte en un carrusel giratorio mientras forcejamos, lanzando puñetazos torpes entre intentos de mantener el equilibrio. Pelear sobre patines no se parece en nada a pelear en suelo firme: es más cuestión de palanca y de no caerte de culo que de técnica de golpeo.

Le encajo un gancho de derecha sólido en la mandíbula que me envía vibraciones brazo arriba. La cabeza se le va hacia atrás, pero se recupera rápido, embistiendo hacia delante y clavándome el puño directamente en la boca. Saboreo cobre de inmediato, y siento sangre caliente fluyendo sobre la lengua.

Los árbitros nos rodean ahora, esperando el momento adecuado para intervenir. Y cuando Reynolds me mete otro golpe en las costillas que me hace jadear, temo que voy a caerme, pero consigo desequilibrarlo, haciendo que trastabilie. Mientras intenta recuperar la posición, le conecto un uppercut que le echa la cabeza hacia atrás.

Y lo manda al hielo.

Por fin los jueces de línea intervienen, separándonos mientras el público ruge con aprobación sanguinaria. La sección de estudiantes está de pie, coreando algo que no distingo a través del zumbido en mis oídos. Escupo un buche de sangre sobre el hielo, solo ahora consciente del latido en mi labio.

—¿Ha valido la pena? —pregunta Maine mientras me escoltan al banquillo de penalización.

Miro a Reynolds, al que se llevan con la nariz sangrando y sin rastro de la sonrisa.

—Sin ninguna duda —digo con los labios hinchados.

Mientras me acomodo en el banquillo de penalización, recorro la multitud con la mirada por reflejo. El ojeador sigue ahí, escribiendo furiosamente en su cuaderno. Genial. O me acabo de cargar mis opciones por completo, o le ha impresionado mi disposición a defender a un compañero. Quién coño sabe, y a estas alturas, no estoy seguro de que me importe.

Pero entonces noto otra cosa.

Em.

Está sentada en medio de la sección de estudiantes, junto a Lea y Declan, con mi camiseta puesta, mi número claramente visible incluso desde esta distancia. Y parece preocupadísima, su mirada fija en mí incluso mientras el partido continúa y la multitud se olvida del gladiador que acaba de ganarse cuatro minutos en el banquillo.

Una sensación extraña se extiende por mi pecho, cálida y eléctrica a la vez. Es como si alguien hubiera encendido una luz en una habitación que no sabía que estaba a oscuras. Está aquí. Viéndome jugar. Llevando mi número. Y, como siguiendo un guion, levanta la mano con el pulgar arriba, un gesto tan ñoño y dulce que no puedo evitar devolvérselo.

Y mi labio partido me escuece al sonreír.

Ella me consume los pensamientos durante los siguientes cuatro minutos, aunque sigo advirtiéndome que lo que tenemos es una amistad y un acuerdo, nada más. Pero cuando el reloj de la penalización llega a cero, apenas me doy cuenta, y solo cuando el entrenador me grita salgo del trance y vuelvo a la pista.

Cuando vuelvo al hielo, de nuevo busco la cara de Em entre la multitud. Está inclinada hacia delante en su asiento, totalmente concentrada en el partido —en mí—, y algo de eso me estabiliza. Es como encontrar tierra firme después de estar perdido en el mar. Y mi cuerpo, que se sentía de plomo hace apenas unos minutos, de repente recuerda cómo moverse.

El disco cae, y esta vez es como si mi cerebro fuera tres pasos por delante de la jugada. Anticipo el movimiento del centro de Brown antes de que lo haga, cortándole la línea de pase y obligándolo a despejar el disco hacia nuestra zona. Lo persigo, sintiéndome más ligero con cada zancada.

Recibo el pase de Maine en nuestra línea azul y acelero por la banda, viendo el juego de otra manera ahora. Los defensores de Brown, que me habían estado leyendo como un libro infantil, de repente parecen perdidos, anticipando jugadas que ya no hago. Detecto un hueco y lo atravieso, creando espacio donde no debería haberlo.

Tiro. Sirena. Gol.

2-1.

Mientras el público estalla, Maine me da un golpe en la espalda cuando patinamos hacia el banquillo.

—¿Dónde coño estaba esto en el primer periodo? —dice.

Me encojo de hombros, incapaz de explicar la transformación ni yo mismo. Mi mirada vuelve a las gradas, donde Em está ahora de pie, saltando con Lea. No conoce las complejidades del hockey —joder, probablemente no conoce ni la mayoría de las reglas—, pero celebra como si acabáramos de ganar el campeonato nacional.

El siguiente turno continúa donde lo dejó el anterior. Mis pases conectan con precisión quirúrgica. Mi patinaje se siente sin esfuerzo. No solo estoy jugando hockey, estoy dictando el ritmo y el flujo del

partido en vez de reaccionar a él, y minutos después estamos de vuelta en la zona de Brown.

Gano una pugna por el disco en la banda, giro para escapar de mi defensor, y me encuentro con hielo abierto. Toda la estructura defensiva de Brown parece haberse derrumbado, dejándome más espacio del que he tenido en todo el partido. Y entonces lo veo.

Reynolds.

Sus ojos se encuentran con los míos a través de la pista, y acelero directamente hacia él, el disco bailando en mi palo como si estuviera imantado. Mi labio partido palpita con cada respiración, recordándome lo que este tipo le hizo a Maine, y lo que dijo de mi equipo y de Mike.

El recuerdo alimenta mi concentración en vez de distraerla.

A tres metros de Reynolds, cargo el peso a la izquierda, vendiendo la finta con los hombros y los ojos. Muerde, comprometiendo todo el cuerpo para cortar un carril que no tengo ninguna intención de tomar. En el último momento posible, llevo el disco a la derecha, los filos de mis cuchillas clavándose en el hielo al cambiar de dirección.

Reynolds se lanza desesperado, su palo agitándose en el aire mientras lo rebaso.

Ahora solo somos el portero y yo.

El tiempo se ralentiza. Puedo ver cómo el portero desplaza el peso, anticipando un tiro al lado del palo. En cambio, llevo el disco al revés y lo levanto por encima de su guante extendido hacia la esquina lejana de la red.

2-2.

El pabellón explota de ruido. Mis compañeros se me echan encima, gritando cosas que no descifro entre el rugido en mis oídos y la cacofonía de celebración. Levanto los brazos, más de alivio que de triunfo.

El tercer periodo es mío.

No hay otra forma de describirlo. Mi cuerpo se siente eléctrico, como si cada célula vibrara en la frecuencia exacta. Jugadas que parecían imposibles en el primer periodo ahora parecen inevitables. El disco se pega a mi palo como si estuviera imantado, y el tiempo

se ralentiza lo suficiente para ver oportunidades antes de que se materialicen.

El entrenador podrá estar desconectado, pero sigue siendo lo bastante astuto para reconocer cuándo un jugador está en racha. Me dobla el tiempo en pista, sacándome cada dos turnos. Jadeo entre jugadas, pero de alguna manera mis piernas siguen empujando, mis pulmones siguen llenándose, mi mente se mantiene tres pasos por delante.

—Cuando estás en racha, estás en racha —dice Maine durante una pausa breve en el banquillo—. Lo que sea que esa pelea te aflojó en la cabeza, déjalo ahí.

Con doce minutos restantes en el tercero, marco otra vez, completando mi primer hat trick desde segundo año. La pista se transforma en un mar de gorros y gorras volando. Brown intenta reaccionar, pero han perdido el filo: les hemos robado tanto el impulso como la confianza.

El resto del periodo se convierte en una exhibición defensiva. Cerramos nuestra zona, bloqueando tiros, despejando rebotes y frustrando a sus delanteros. Cada uno de nuestros jugadores parece haber encontrado su mejor versión, y asfixiamos el ataque de Brown por completo.

Cuando suena la sirena final, lo hemos conseguido.

Mis compañeros se me echan encima en el centro del hielo, gritando felicitaciones y golpeándome la espalda con fuerza suficiente para dejar moretones. Sonrío a pesar del labio hinchado, mis ojos buscando automáticamente en las gradas. Tardo un rato en encontrar lo que busco entre la masa celebrando de aficionados de Pine Barren, pero entonces veo a Em.

Sigue de pie, aplaudiendo y sonriéndome.

Cuando nuestras miradas se cruzan, su sonrisa se amplía, una expresión íntima que de algún modo parece destinada solo a mí a pesar de los miles de personas que la rodean. Así que, tras un segundo, levanto el palo ligeramente como saludo y ella me devuelve otro pulgar arriba, y es como si fuéramos las únicas dos personas en el pabellón.

El hechizo se rompe cuando Rook me da un codazo en las costillas.

—Hermano, menudo labio que llevas. Parece que de verdad sabes pelear.

—Gracias. Es exactamente la pinta que buscaba.

El vestuario vibra de energía. Los chicos gritan unos por encima de otros, reviviendo cada gol, cada golpe, cada parada. Me bombardean con choques de puños y felicitaciones mientras me quito el equipo, mi cuerpo registrando por fin toda la paliza que ha recibido. La cara me palpita, las costillas me duelen, y las piernas están agotadas.

Pero es un agotamiento del bueno.

Maine se acerca.

—Vaya remontada. —Se frota las costillas con una mueca—. Ha valido la pena que me aplastaran, supongo.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado un camión. El médico dice que no hay nada roto, solo magullado. —Sonríe—. Un precio pequeño por verte dejar a Reynolds en ridículo.

—¿Te refieres a la pelea o al gol? —resoplo, sabiendo la respuesta.

—Hermano, el gol... —Se ríe, luego se sienta a mi lado en un silencio cómodo antes de volver a hablar—. Entonces... ¿qué pasa con Em y tú?

Finjo ignorancia.

—¿Em?

—No me vengas con esas. —Maine se ríe—. No parabas de lanzarle miraditas en las gradas. Pensaba que solo te habías enrollado con ella aquella noche en O'Neil's, pero ¿hay algo más?

—Solo es una amiga —digo demasiado rápido.

—Ya. —Su tono deja claro que no me cree ni por un segundo—. Porque yo tengo montones de «simples amigas» que mágicamente me convierten en un dios del hockey.

Siento el calor subiéndome por el cuello.

—No es así.

—Claro que no. —Me da una palmada en el hombro—. Nos vemos mañana en el entrenamiento temprano, galán.

No discuto. ¿Qué diría? ¿Que sí, Em lleva mi camiseta, pero solo porque tenemos un acuerdo en el que le enseño sobre sexo a cambio de... qué exactamente? ¿El placer de su compañía? ¿La forma en que se le iluminan los ojos cuando se ríe de uno de mis chistes? ¿La sensación en mi pecho cuando está cerca?

Joder.

Suspiro. Esto se está complicando, y complicado es exactamente lo que no necesito ahora mismo. No con ojeadores mirando. No con el equipo dependiendo de mí. No con Mike desaparecido y el entrenador sonámbulo durante la temporada. Em se supone que es algo simple. Conveniente. Educativo. Nada más.

Pero a pesar de todo, no puedo negar que verla en esas gradas encendió un fuego en mí.

Mi teléfono vibra en mi casillero, interrumpiendo mis pensamientos. Probablemente mi mamá, llamando para diseccionar cada segundo del partido y decirme lo que el ojeador podría haber pensado. Pero cuando lo saco, me sorprende ver un mensaje de la última persona que esperaba.

Mike: Buen partido.

Me quedo mirando la pantalla, sin saber cómo responder. Es el primer contacto que hemos tenido desde nuestra pelea, y aunque no es exactamente una disculpa, es... algo. Una pequeña grieta en el hielo entre nosotros. Y sigo mirando el mensaje cuando llega otro.

Em: Tu labio hinchado te queda bastante bien. Muy chic.

Una sonrisa se me extiende por la cara pese al escozor. Empiezo a escribirle una respuesta a ella, dejando el mensaje de Mike para después. Lo que sea que está pasando con Em, no estoy listo para ponerle nombre. Pero por primera vez en semanas, la presión no se siente tan aplastante, al menos no cuando ella está mirando.

Porque a veces necesitas que te partan la cara para ver lo que tienes justo delante.

ESTOY de pie frente a la puerta del departamento de la abuela Penelope, en teoría con un libro prestado en las manos —El segundo sexo, de Simone de Beauvoir—, pero en realidad estoy aquí porque mi cerebro parece haber pasado por una licuadora en modo «puré de jugador de hockey».

Tres respiraciones superficiales, y llamo a la puerta.

La puerta se abre casi de inmediato, revelando a mi abuela con las manos enharinadas y una sonrisa cómplice que me hace arrepentirme al instante de haber venido. Esa sonrisa significa que ya puede ver a través de cualquier excusa endeble que haya inventado.

—¡Amélie! —exclama, con la voz llena de alegría mientras me envuelve en un abrazo—. Qué sorpresa tan maravillosa.

—Te traje tu libro —digo, ofreciéndole el gastado libro de bolsillo como un tratado de paz.

—Bien sûr —responde, tomándolo y lanzándolo sin más sobre una torre ya precaria de material de lectura—. Pero no es por eso que estás aquí.

¿Cómo puede siempre atravesar mis pretextos tan cuidadosamente contruidos?

Es como visión de rayos X emocional.

—¿Pasaba por el barrio? —intento.

Una ceja perfectamente arqueada se alza con incredulidad.

—¿Un domingo por la tarde? ¿Cuando deberías estar bebiendo, o pegada al teléfono, o durmiendo, o estudiando, o haciendo cualquier otra cosa que hagan los jóvenes hoy en día para evitar sus sentimientos? —Se hace a un lado—. Pasa. Estoy haciendo madeleines.

Entro, y el departamento huele de maravilla: mantequilla caliente, limón fresco y ese confort inconfundible de la repostería que siempre me recuerda a los fines de semana de la infancia en esta cocina mientras mamá trabajaba en su tienda. Estos aromas son mi ancla emocional, el equivalente olfativo de una manta con peso.

La sigo hasta la cocina, pequeña pero impecablemente organizada, donde un bol de masa amarillo pálido descansa junto a moldes con forma de concha. Suena música clásica —probablemente Debussy, su favorito habitual de los domingos por la tarde— desde un altavoz cercano.

—Termina de mezclar —me ordena, entregándome una cuchara de madera—. Tus manos necesitan algo que hacer mientras tu boca me cuenta qué te pasa.

Tomo la cuchara y empiezo a revolver, observando la masa girar hipnóticamente.

—No me pasa nada.

—Mon petit chou, tienes cara de mujer con problemas de hombres. —Saca una botella de riesling del refrigerador y sirve dos copas generosas—. ¿Vino?

—Apenas son las dos —protesto sin convicción.

—En París ya es de noche, chérie. —Empuja una copa hacia mí—. Bebe. Y luego cuéntame sobre el chico que te tiene así.

¿Por dónde empiezo?

Me quedo mirando el bol de masa, observándola girar hipnóticamente mientras mi mente vuela al partido de hockey. A ese momento de terror que sentí cuando Linc se metió en una pelea, y al momento eléctrico en que sus ojos me encontraron al otro lado de la pista, su mirada tan intensa que me erizó la piel.

—Ma petite, vas a batir esa masa hasta la extinción. —La voz divertida de la abuela Penelope interrumpe mi ensimismamiento. Da un sorbo delicado a su vino, sus ojos oscuros brillando con picardía por encima del borde de la copa—. Y todavía no me has contado sobre el novio que te tiene mezclando con tanto... entusiasmo.

Dejo de revolver, el calor trepándose por el cuello.

—No es mi... o sea, no somos... —Las palabras se me deshacen en la lengua mientras intento explicar qué somos Linc y yo. ¿Amigos con derecho? ¿Compañeros de educación sexual? ¿Dos personas que accidentalmente prendieron fuego a una pista de hielo con una sola mirada?

—Ah. —Asiente con sabiduría, como si mi balbuceo incoherente le hubiera revelado todo, mientras mete las madeleines en el horno—. Así que es complicado.

—No es nada complicado —protesto, pero hasta yo puedo oír la mentira en mi voz—. Tenemos un... acuerdo.

Una ceja perfectamente esculpida se alza.

—¿Un arrangement? ¿Así le dicen ahora?

—iGrandmère! —Me río, y luego doy un sorbo de vino.

—¿Qué? —Da un sorbo delicado a su copa, completamente imperturbable—. Tengo setenta y cinco años, no estoy muerta. Sé lo que hacen los jóvenes.

Doy un trago de vino para armarme de valor y le explico nuestro acuerdo: cómo nos conocimos en la clase de estadística, nuestro encuentro en su departamento, mi huida precipitada y, finalmente, nuestro pacto de que él me enseñara... bueno, todo. La abuela escucha sin interrumpir, su expresión alternando entre la diversión y el interés genuino.

Cuando termino, asiente lentamente.

—Entonces, este chico, es tu... ¿cómo dicen los americanos? ¿Tutor sexual?

Casi me ahogo con el vino otra vez.

—Por favor, por favor, no vuelvas a decir esas dos palabras juntas.

Descarta mi vergüenza con un gesto de la muñeca.

—Ay, ma chérie, eres más americana que francesa, me temo. Y eso significa que tienes pudor americano con el placer. Es agotador. —Rellena nuestras copas sin preguntar—. Entonces, ¿por qué fuiste a su partido con su camiseta?

Se me cae la mandíbula.

—¿Cómo supi...?

Sonríe con suficiencia.

—Tu madre vio una foto y lo mencionó.

—Yo... es que... —tartamudeo, y finalmente me rindo—. Está bien. Sí. Llevé su camiseta.

—Mmm-hmm. —El sonido contiene varios párrafos de juicio—. Entonces lo has reclamado públicamente pero en privado finges que es solo educativo.

Suelto un suspiro que podría alimentar un pequeño parque eólico.

—No es así. Solo fui a apoyarlo. Lo está pasando mal.

—¿Y pensaste que llevar su número ayudaría? —Sonríe con complicidad—. Los franceses llaman a esto avoir le béguin. Un crush.

—No tengo un crush —protesto, aunque mis mejillas me traicionan al encenderse—. Solo somos...

—¿Cogiendo? —ofrece amablemente.

Doy otro trago largo de vino.

—Ni siquiera estamos haciendo eso. Todavía no. Estamos... yendo despacio.

Su risa es musical y completamente libre de juicio.

—¿Despacio? ¿Eso es lo que tu generación considera despacio? Para mi madre, despacio significaba años de cartas y paseos vigilados por el jardín, seguidos de la pompa y ceremonia de una boda, solo para descubrir que tu pareja era terrible en la cama...

Se me abre la boca.

—¡Abuela!

—Por suerte, las cosas cambian. Cuando yo tenía tu edad en Francia, tuve muchos... ¿cómo se dice?... tutores. —Los ojos de Penelope adquieren una mirada distante, sus dedos trazando distraídamente el borde de la copa—. Antes de conocer a tu abuelo,

viví con bastante libertad. Era el París de los setenta, chérie. El mundo entero estaba cambiando.

No puedo evitar inclinarme hacia delante, fascinada a pesar de mí misma.

—Pero entonces conociste al abuelo y sentaste cabeza, ¿no?

Algo destella en sus ojos: diversión, picardía y un destello de rebeldía que de pronto reconozco en mí misma.

—Tu abuelo y yo nos amamos profundamente, pero no éramos carceleros de los deseos del otro. Así que, de vez en cuando, teníamos otros amantes. Con pleno conocimiento y consentimiento, por supuesto.

En lugar de la reacción escandalizada que seguro espera, me descubro inclinándome hacia delante, completamente fascinada. La mujer sentada frente a mí —con su elegante bob francés y el lápiz labial perfectamente aplicado— de repente parece una desconocida con secretos que nunca imaginé.

La abuela Penelope sonríe, un brillo travieso en los ojos.

—Tu abuelo y yo teníamos lo que los jóvenes de hoy llamarían una «relación abierta».

—¿Pero cómo funcionaba eso? —pregunto, genuinamente curiosa—. ¿No se morían de celos?

—A veces —admite con un pequeño encogimiento de hombros—. Somos humanos, al fin y al cabo. Pero los celos son como la fiebre: te dicen que algo anda mal, pero no son la enfermedad en sí. —Hace girar su vino pensativamente—. El problema nunca era que él deseara a otra persona o que yo lo hiciera. El problema venía si mentíamos al respecto.

—¿Entonces simplemente... se contaban todo?

—No cada detalle, ma chérie. Eso habría sido tedioso. —Se ríe, el sonido ligero y musical—. Pero sí, éramos honestos sobre nuestros deseos. Cada... acuerdo se negociaba. Cada límite, explícito. Y amé a tu abuelo más con cada día que pasó, durante cuarenta y siete años, hasta nuestro último día.

Incluso mientras se queda en silencio, tiempo que puedo ver necesita para recomponerse y ordenar sus emociones, mi mente se

dispara con esta nueva perspectiva, tan diferente de todo lo que me enseñaron a creer sobre las relaciones.

—Pero ¿qué hay del compromiso? ¿Qué hay de...?

—Los americanos —dice con un gesto desdeñoso— piensan que amar significa poseer. Los franceses entienden que amar significa libertad dentro de la honestidad.

El temporizador del horno suena, salvándome de tener que formular una respuesta. Mientras la abuela saca las madeleines con cuidado, su dulce aroma llenando la cocina, me descubro cuestionando todo lo que creía saber sobre las relaciones.

—Perfectas —declara, examinando los pequeños pastelitos en forma de concha—. Vamos a llevarlas al balcón. Hace demasiado lindo para quedarnos adentro.

La ayudo a acomodar las madeleines en un plato y migramos a su pequeño balcón con vista a un patio donde el sol de la tarde se filtra entre los árboles. Rellena nuestras copas sin preguntar si quiero más, y esta vez no protesto.

—Bueno —dice, acomodándose en su silla con la gracia de una mujer mucho más joven—, cuéntame más sobre ese jugador de hockey tuyo.

—No es mío —digo automáticamente, y luego muerdo una madeleine para evitar elaborar. Está tibia, mantecosa y perfecta—. Aunque, cuando se metió en una pelea, pensé que el corazón se me iba a parar. Fue como si me hubieran pegado un puñetazo a mí en el estómago.

—¿Sí? —me alienta suavemente—. ¿Y?

—Después, cuando levantó la vista y me vio en las gradas... —Me quedo callada, recordando la intensidad de ese momento—. Se sintió más íntimo que cuando realmente hemos sido... íntimos. —Mis mejillas se calientan con la confesión—. Como si estuviéramos solos en el pabellón.

La abuela Penelope me estudia en silencio, su expresión suavizándose.

—¿Y esto te asusta?

—Me aterroriza —la corrijo, sorprendida por mi propia honestidad. El vino definitivamente me está soltando la lengua—.

Acordamos específicamente que nada de sentimientos. Se suponía que era un acuerdo casual para ayudarme a superar mis... bloqueos... y ganar más confianza.

No dice nada.

Doy otro trago largo de vino, coraje para lo que estoy a punto de confesar.

—Pero creo que me estoy enamorando de él. Y no tengo idea de qué hacer al respecto.

—¿Por qué tienes que «hacer» algo? —pregunta, inclinando la cabeza.

—¡Porque teníamos un acuerdo! Fue muy claro: no tiene espacio en su vida para una novia en este momento.

—Eres humana —corrige con suavidad—. Y los acuerdos, como las reglas, están hechos para reconsiderarse cuando las circunstancias cambian.

Niego con la cabeza, sintiendo la presión familiar de la ansiedad creciendo en mi pecho.

—No puedo decirle cómo me siento. ¿Y si termina nuestro acuerdo? Prefiero tener esto —lo que sea que sea— a no tener nada. Porque, además de todo, sus lecciones están funcionando, y me siento mucho más segura con los hombres, y con el sexo, de lo que me sentía antes.

—El corazón quiere lo que quiere, Amélie. —Me aprieta la mano—. El acuerdo en sí no es el problema. La deshonestidad sí lo es. Contigo misma, con él.

—¿Entonces qué hago? —pregunto, sintiéndome completamente perdida.

—Depende —dice con una pequeña sonrisa—. ¿Quieres el consejo americano o el consejo francés?

A pesar de todo, me descubro devolviéndole la sonrisa.

—¿De verdad hay diferencia?

—Absolument. La americana te diría que tengas «la charla» —dice, haciendo comillas en el aire—. Sentarse, definir la relación. Práctico y directo.

—¿Y el consejo francés?

Su sonrisa se vuelve enigmática.

—Muestra, no cuentes. Deja que tus acciones hablen. Sedúcelo, no solo su cuerpo, sino su mente, su corazón. Haz que te desee más que al aire.

—Eso suena manipulador —señalo.

—Para nada. Es darle espacio para descubrir sus propios sentimientos en vez de forzar una confrontación. —Se golpea pensativamente un dedo contra el mentón—. Aunque supongo que el enfoque verdaderamente francés sería tomar otro amante y darle celos, pero eso me parece innecesariamente dramático incluso a mí.

Me río a pesar de todo.

—Creo que paso de esa estrategia.

Da un mordisco delicado a una madeleine, saboreándola con los ojos cerrados un momento. Cuando los abre de nuevo, están llenos de una ternura que no veo a menudo.

—Tu abuelo y yo peleábamos como gatos a veces. —Se ríe entre dientes—. Pero nunca me arrepentí de nuestro acuerdo. Nunca me arrepentí de nuestra honestidad.

—¿En serio? ¿Ni una sola vez? —El escepticismo en mi voz probablemente podría untar mantequilla en otra tanda de madeleines.

—Solo me arrepentí de las veces en que tuve demasiado miedo de decir mi verdad —dice con firmeza—. Hubo momentos, al principio, en que me guardé las cosas, pensando que sería más fácil. Pero los secretos... pesan, mon chou, y pesan más cuanto más tiempo los cargas.

Miro fijamente mi copa, observando la luz atrapada en el líquido pálido.

—Va a ser tan difícil decírselo —admito en voz baja—. Y me arriesgo a alejarlo.

—La verdad rara vez es conveniente, Amélie. —Da otro sorbo de vino—. Por eso es valiosa.

Nos quedamos en un silencio cómodo, viendo las sombras alargarse por el patio mientras la tarde se extiende. Las madeleines desaparecen una a una, suaves y mantecosas en mi lengua. La botella de vino se va vaciando poco a poco, y sospecho que soy yo la que está haciendo la mayor parte del trabajo.

—¿Sabes? —dice la abuela finalmente—. Cuando tu abuelo y yo decidimos venir a Estados Unidos, todo el mundo decía que eso iba a destruir nuestro matrimonio. Que nunca sobreviviríamos la distancia de nuestras familias, el choque cultural, la barrera del idioma. —Sonríe con el recuerdo—. Pero nosotros teníamos algo que la mayoría de las parejas no.

—Honestidad radical —completo.

—Exactement. Sobrevivimos porque nunca fingimos el uno con el otro. Ni con las cosas difíciles, ni con las hermosas. —Sonríe—. Pero la deshonestidad —especialmente contigo misma— casi siempre garantiza la infelicidad, en mi experiencia.

El peso de sus palabras se asienta a mi alrededor como una manta: incómoda al principio, luego calentándose gradualmente hasta convertirse en algo que se parece a la claridad. No necesito definir lo que Linc y yo tenemos según la plantilla de nadie más. Lo que importa es ser honesta: primero conmigo misma y, eventualmente, con él.

Mi teléfono vibra en el bolsillo y lo saco para encontrar un mensaje de Linc:

¿Seguimos en pie para mañana? ¿En tu casa a las 7? Mike tiene gente, así que la mía no va...

Me quedo mirando la pantalla, el pulso acelerándose. Es solo un mensaje simple, del mismo tipo que hemos intercambiado docenas de veces desde que empezamos nuestro acuerdo. Pero de algún modo se siente diferente ahora. Porque yo soy diferente. Porque por fin estoy empezando a aceptar lo que quiero, a pesar del riesgo.

—Debería irme —digo, guardando el teléfono sin responder todavía—. Tengo turno en el restaurante en una hora.

La abuela asiente, levantándose conmigo.

—Llévate unas madeleines para el camino. Y para ese jugador de hockey tuyo; los hombres siempre piensan mejor con el estómago lleno.

Me río mientras envuelve un pequeño paquete en papel de hornear y me lo pone en las manos.

—No estoy segura de que hayamos llegado a la etapa de «comer repostería casera» todavía.

—Entonces cómetelas todas tú, o con otra persona —dice encogiéndose de hombros—. Más placer para ti.

La abrazo fuerte, respirando el aroma de Chanel N.º 5 y mantequilla y limón. Me invade una oleada repentina de aprecio por esta mujer que desafió las convenciones mucho antes de que fuera aceptable, que construyó una vida según sus propias reglas y que me ha sostenido desde el minuto en que nací.

—Merci, Grandmère —susurro contra su mejilla.

—De rien, ma chérie. —Se aparta para mirarme, su mirada seria a pesar de la sonrisa—. Recuerda, la vida es demasiado corta para el mal sexo y los corazones deshonestos.

Me río todo el camino hasta la puerta, donde me detengo con la mano en el picaporte.

—Te llamo esta semana.

—Espero un informe completo —me grita—. De repente, tu vida es mucho más interesante que Love Match...

Afuera, por fin saco el teléfono para responder el mensaje de Linc. Mi pulgar se queda suspendido sobre el teclado mientras considero qué decir. Finalmente, escribo:

Nos vemos a las 7. Ten algo para picar y... quizás alguna que otra sorpresa...

Le doy a enviar, y luego miro el edificio de mi abuela con una sonrisa cariñosa. Algunas lecciones de la vida no se encuentran en ningún temario, y siento que acabo de recibir una clase magistral en honestidad de una mujer que jamás ha seguido las reglas de nadie más.

Mientras camino hacia mi coche, me siento más ligera de algún modo, como si nombrar mis sentimientos —aunque solo fuera para mí misma y para mi abuela— hubiera liberado parte de su peso. No sé exactamente qué va a pasar mañana por la noche, pero sé una cosa con certeza: se acabó el fingir que esto es puramente educativo.

Y puede que Linc también esté listo para aprender algo nuevo.

HE CAMBIADO las sábanas dos veces en la última hora.

El primer juego —punto jersey color burdeos— daba demasiado la impresión de que estaba intentando crear algún tipo de ambiente de burdel. El segundo —algodón blanco impoluto— transmitía una seria energía de hospital. Al final me he quedado con mis fiables sábanas azul marino, que con suerte comunican un "soy una persona normal que duerme en una cama normal".

Concéntrate, Amélie.

Enderezo un libro de texto en mi escritorio por decimocuarta vez. Mi habitación nunca ha estado tan limpia. Hasta las juntas del baño brillan, cortesía de un cepillo de dientes viejo y mi ansiedad de las tres de la madrugada, cuando mi cerebro decidió que fregar era menos estresante que quedarme en la cama imaginando todas las formas en que esta noche podría salir mal.

O bien.

Sin duda mal.

¿Quizá bien?

Miro el móvil: 18:52. Linc estará aquí en ocho minutos, a no ser que llegue antes, lo cual es simultáneamente exasperante y adorable. Ocho minutos para angustiarme, buscar pelusas perdidas y comprobar mi reflejo en el espejo una última vez por trigésima vez.

Desde mi conversación con mi abuela, siento que esta noche tiene mucho más peso que antes. Bajo la influencia del vino, unas galletas deliciosas y setenta y cinco años de experiencia, por fin admití lo que siento. Ahora he decidido que no voy a esconderme de ello, al menos en mi cabeza.

No es que esté planeando confesar dramáticamente mis sentimientos en cuanto cruce la puerta. Eso violaría aproximadamente siete normas sociales distintas —por no hablar de la regla número tres— y posiblemente provocaría mi combustión espontánea.

Pero no puedo esconderme de lo que siento.

Así que mi plan es... ¿tantear el terreno? ¿Buscar señales de que quizá él siente algo más allá de nuestro acuerdo educativo? Una mirada que se alarga, quizá. Un roce que dura más de lo estrictamente necesario. El tipo de pruebas que se sostendrían ante el tribunal de «ay Dios mío, ¿le gusto?».

Por supuesto, existe la posibilidad muy real de que esté proyectando. De que me haya inventado toda una narrativa romántica en mi cabeza mientras él piensa en jugadas de hockey y batidos de proteínas, y cree que lo nuestro no es más que un polvo casual y agradable.

Y si me equivoco. Ay, Dios.

¿Y si él no siente lo mismo?

¿Y si termina nuestro acuerdo?

Mi mente no ha parado de machacarme con cada resultado posible.

Así que toca dar pasos pequeños.

Si percibo que hay algo, puedo ir a por ello.

Y si no, mantenemos las cosas estrictamente en el terreno de las lecciones.

El reflejo que me devuelve la mirada en el espejo casi se cree que eso sea posible.

He dedicado una cantidad vergonzosa de tiempo a mi aspecto. Mi maquillaje es «natural» —solo cuarenta y cinco minutos—. Mi pelo está suelto en ondas que han tardado una hora en parecer

despeinadas sin esfuerzo. Llevo mi ropa interior buena —un conjunto francés a juego—

El golpe en la puerta detiene mi cerebro un segundo y luego lo reinicia, disparando mi pulso a velocidad de colibrí. Bueno, es la hora de la verdad. Espero tres segundos —una pausa perfectamente calculada para parecer casual— antes de caminar hasta la puerta y abrirla.

Y ahí está, con el descaro absoluto de estar ahí plantado con esa pinta.

Linc lleva unos vaqueros oscuros que se ajustan a sus muslos de una forma que debería ser ilegal y una camiseta verde sencilla que se ciñe a su pecho justo como yo quiero hacerlo. Lleva los lados del pelo recién rapados y tiene un pequeño corte cerca de la mandíbula donde debió de cortarse afeitándose.

—Hey —dice, y esa sola sílaba hace que mi estómago ejecute algo parecido a una pirueta, pero con menos gracia y más caos.

—Hey tú —respondo, y acto seguido me encojo por dentro, haciéndome a un lado para dejarlo pasar—. Pasa.

Entra en mi habitación con una soltura que me impresiona y me irrita a partes iguales. ¿Por qué puede estar tan tranquilo mientras yo redacto y vuelvo a redactar mentalmente cada palabra antes de que salga de mi boca, y luego deseo tener un editor y un corrector de pruebas...?

—Tu cuarto se ve diferente —dice, recorriendo la habitación con la mirada.

—¿Diferente cómo?

—Más limpio. —Una sonrisa le tira de los labios—. Espera, ¿has puesto los libros por orden alfabético?

—No —miento—. También están organizados por tema, tamaño y color.

Su mirada se detiene en las madeleines dispuestas en un plato sobre mi escritorio.

—¿Tú horneaste eso?

—Mi abuela. Insistió en que trajera para compartir.

Linc coge una, la examina y le da un mordisco. Su expresión pasa inmediatamente de la curiosidad a lo que solo puede

describirse como éxtasis culinario, y antes de que me dé cuenta ya va por la segunda.

—Joder, están buenísimas —dice.

—Díselo a mi abuela —me río—. Te adoptaría en el acto.

—Me dejaría. —Termina la madeleine, sacudiéndose las migas de los dedos—. Entonces...

—Entonces... —repito.

De repente hace mucho calor aquí.

—¿Qué tal tu semana? —pregunto, desesperada por retrasar la lección de esta noche.

—Bien. Mucho entrenamiento. —Me sigue hasta mi dormitorio y se sienta en el borde de la cama; las sábanas azul marino pasan aparentemente cualquier prueba que estuviese aplicando consciente o inconscientemente—. Coach nos está apretando fuerte desde la victoria contra Brown.

—Estuviste muy bien. —Intento sonar casual, como si simplemente pasara por allí y decidiera quedarme dos horas viéndolo jugar.

Sus ojos buscan los míos.

—Gracias por ir. Fue... bonito ver una cara amiga entre el público.

¿Solo una cara amiga?

Reprimo una punzada de decepción.

¿Qué esperaba?

¿Vi que llevabas mi camiseta y me di cuenta de que estamos destinados a estar juntos?

—Puede que vaya a otro partido —ofrezco—. Si no te importa.

—Me gustaría —dice, estudiándome con una intensidad que me eriza la piel.

Un silencio incómodo se extiende entre nosotros, lleno de todo lo que quiero decir y no puedo. Me poso en la silla del escritorio, jugueteando nerviosa con el borde de mi manga. Esto se siente cien veces más cargado e incómodo que nuestras primeras lecciones, y rezo para que mis sentimientos no hagan descarrilar todo.

—Bueno, sobre esta noche... —dice por fin.

Mi estómago ejecuta otra de sus rutinas acrobáticas.

—¿Sí?

—Estaba pensando que podríamos probar algo un poco diferente —dice.

—¿Diferente cómo? —Mi voz sale más aguda de lo pretendido.

—Pensé que podríamos enseñarnos lo que nos gusta cuando estamos solos.

—¿Te refieres a... masturbación? —La palabra sale torpe de mi boca.

Asiente.

—Es la mejor forma de aprender lo que le gusta a alguien: ver cómo se toca. Además, es un nivel de intimidad que construye confianza.

Dios mío. Dios mío. ¿Quiere que me toque delante de él?

¿Mientras él mira?

DIOS MÍO.

—¿Es algo con lo que te sentirías cómoda? —pregunta cuando no respondo de inmediato—. Y no te preocupes, no es una actuación. Es cuestión de confianza y aprendizaje. Si en algún momento quieres parar, paramos. Esto solo funciona si estás cómoda.

La sinceridad en sus ojos me provoca un dolor en el pecho. Sería mucho más fácil si fuera simplemente un deportista arrogante buscando añadir otra conquista a su lista. En vez de eso, es... esto. Considerado. Paciente. Atento. Y sé sin la menor sombra de duda que me estoy enamorando de él.

—Vale —digo, apretándole la mano—. Confío en ti.

Da una palmadita en el espacio a su lado en la cama.

—Ven, siéntate conmigo.

Obedezco, aunque «obedecer» suena demasiado pasivo, y no hay nada pasivo en la forma en que mi cuerpo prácticamente se lanza hacia él. De pronto soy hiperconsciente del hundimiento del colchón al sentarme, del calor que irradia su cuerpo y de su olor, que me da ganas de olisquearlo como un sabueso.

—Yo voy primero —ofrece, con voz amable—. Así ves que no hay de qué ponerse nerviosa.

Intento una sonrisa agradecida que probablemente se parece más a la cara de alguien experimentando una angustia mental leve.

—Gracias.

Con una soltura casual —¿cómo hace que todo parezca tan fácil?
— Linc se quita la camiseta por la cabeza, y yo me distraigo momentáneamente con la contracción de sus abdominales. Me gustaría pensar que he superado la fase en que ver su torso desnudo me hace olvidar el idioma español, pero por lo visto no.

—¿Te gusta lo que ves? —me provoca, pillándome mirando.

—Objetivamente hablando, tienes un físico bien cuidado — respondo, apuntando a Observadora Científica Imparcial pero consiguiendo Académica Sedienta.

Se ríe, poniéndose de pie para quitarse los vaqueros.

—Espérate.

La última vez que estuvimos así, estaba demasiado nerviosa para mirarlo de verdad. Ahora bebo cada detalle como una mujer que lleva años vagando por el desierto del celibato, lo cual, técnicamente, es el caso. Sus muslos son musculosos por el hockey, su estómago tenso, y entonces se baja los bóxers...

Oh. Guau.

¿Era así de... grande... la última vez?

¿Cómo es posible que no memorizara cada centímetro (y hay bastantes)?

—Estás mirando otra vez —dice, con la voz ronca, mientras se acomoda de nuevo en la cama.

—Es enorme —suelto, antes de que el departamento de control de calidad de mi cerebro pueda intervenir.

Se le escapa una risa sorprendida.

—Gracias por el subidón de ego.

—No necesitas ningún subidón.

Me coge la mano.

—Cuando tengamos sexo, estarás más que preparada para mí.

La promesa en su voz envía un pulso de calor entre mis piernas. Hace unas semanas, la idea del sexo me habría tenido hiperventilando en una bolsa de papel. Ahora me encuentro... ¿deseándolo?

Linc se recuesta contra mis almohadas, con las piernas estiradas cómodamente. Se agarra con soltura experta, y yo miro, hipnotizada, mientras empieza a acariciarse lentamente.

—Cuando estoy solo —explica, la voz bajando a ese registro áspero que me hace temblar por dentro—, no soy ni de lejos tan suave.

Trago saliva, con la boca seca.

—¿No?

—No. Pero lo más importante es la presión. —Lo demuestra con un giro de la mano de la base a la punta.

Mi pulso se acelera mientras continúa bombeando su miembro, el pulgar pasando de vez en cuando por la cabeza para recoger la humedad que se acumula allí. La imagen es hipnótica: su mano firme trabajándose con la seguridad de alguien que sabe exactamente lo que le gusta.

Lo observo, cautivada por el ritmo de sus movimientos, la contracción de los músculos de su antebrazo, la forma en que sus abdominales se tensan ligeramente con cada movimiento. Hay algo profundamente íntimo en observar a alguien tocarse, como si te dejaran entrar en un secreto que normalmente se guarda tras puertas cerradas.

Pero esta lección se siente diferente después de las revelaciones de mi abuela. Antes, podía mantener la ilusión de que esto era puramente educativo, un intercambio clínico de información. Ahora lo reconozco por lo que realmente es: una intimidad que requiere confianza, vulnerabilidad y una conexión que trasciende lo físico.

Esto ya no es solo instrucción.

Me pregunto si puede ver el cambio en mí, si mis ojos delatan las emociones que intento ocultar bajo la fachada de nuestro acuerdo.

—Tu turno —dice, haciendo una pausa misericordiosa en su demostración antes de que yo explote—. Solo si te sientes cómoda, claro.

Dudo. Este progreso tiene un sabor agri dulce ahora. Me estoy curando del daño de Derek, volviendo a sentirme cómoda con la intimidad, pero al mismo tiempo las palabras de mi abuela resuenan: la honestidad es libertad. Y sin embargo sigo atrapada en el silencio, dispuesta a admitir lo que siento ante mí misma, pero no ante él.

—Podemos parar —ofrece Linc, malinterpretando mi vacilación—. No hay ninguna presión, Em.

—No, quiero hacerlo —digo, y me sorprende descubrir que lo digo en serio—. Es solo que... nunca he hecho esto delante de nadie.

Su sonrisa es tierna.

—Me honra ser el primero.

Esa sonrisa —la que le arruga las comisuras de los ojos y lo hace parecer más suave, menos estrella del hockey universitario y más alguien a quien podría importarle de verdad más allá de este acuerdo— casi acaba conmigo. Es el tipo de sonrisa que me hace querer confesarlo todo.

Me estoy enamorando de ti.

Esto ya no es solo sexo para mí.

Pienso en ti constantemente.

En lugar de eso, respiro hondo y me quito la camiseta por la cabeza.

Después el sostén.

Luego los vaqueros.

Considero brevemente quedarme con las bragas puestas, pero sinceramente, ¿para qué? Si voy a desnudar mi alma —metafóricamente—, más vale que desnude todo lo demás. Así que me escurro fuera de las bragas en un movimiento rápido antes de perder el valor.

Los ojos de Linc se oscurecen al recorrer mi cuerpo desnudo, y hay algo embriagador en el hambre que veo en ellos. Me hace sentir poderosa. Deseada. Valiosa.

—Bueno —digo, intentando sonar casual a pesar de estar completamente desnuda—, esta soy yo, lo tomas o lo dejas.

Linc parece no captar mi doble sentido, pero alarga la mano para deslizar un dedo a lo largo de mi brazo, dejando la piel de gallina a su paso.

—Perfecta.

Respiro hondo.

—Vale, eh, cuando me toco, yo... —¿Por qué es tan difícil de decir? He tenido su lengua entre mis piernas, por el amor de Dios.

—Tómate tu tiempo —dice con suavidad—. O simplemente enséñamelo.

Bien. Simplemente enseñárselo. Puedo hacer eso.

Lentamente me recuesto contra las almohadas, reproduciendo su posición de antes. Con movimientos deliberados, deslizo la mano entre mis piernas, abriéndome con dos dedos antes de tocar mi clítoris con suavidad, muy suavemente.

—Necesito casi nada de presión —explico, con la respiración ya entrecortándose un poco.

Lo demuestro, apenas rozando el sensible nudo de nervios con la yema del dedo, moviéndome en círculos diminutos que envían chispas de placer a través de mí. Es extraño cómo puedo olvidar la incomodidad cuando me concentro en las sensaciones.

—Eso es muy distinto de mí —observa Linc, mirando—. Yo necesito mucha presión.

—Ya me di cuenta —digo, continuando mis movimientos suaves—. Somos opuestos en eso.

El contraste me parece una metáfora perfecta de toda nuestra situación. Yo voy de puntillas alrededor de mis sentimientos por él con el toque más ligero posible, con miedo de aplicar demasiada presión, mientras que él... bueno, él es directo y firme, manteniendo las cosas bien dentro de los límites de nuestro acuerdo.

¿O no?

Estudio su cara mientras me observa tocarme. Está el deseo obvio —las pupilas dilatadas, los labios ligeramente separados—, pero ¿hay algo más? ¿Una suavidad alrededor de sus ojos, quizá? ¿Una ternura en la forma en que me mira que va más allá de la mera atracción física?

¿O solo estoy viendo lo que quiero ver?

—¿Puedo intentarlo? —pregunta, con la voz ronca.

Mi pulso se dispara.

—Sí.

Retiro mi mano, temblando ligeramente cuando su pulgar se mueve hacia mi clítoris, y aunque claramente intenta ser suave, la presión es demasiada. Me tensó, pero no digo nada. Su cara es pura concentración, tan serio y enfocado en hacerme sentir bien que no puedo criticar su técnica.

Pero Linc se da cuenta.

—¿Qué pasa? —pregunta, deteniendo la mano de inmediato—. ¿Demasiado?

—Un poco —admito, mordiéndome el labio.

—Dime —dice—. Dime siempre lo que necesitas...

Te necesito a ti, pienso, pero no lo digo.

Continúa:

—...porque de eso se trata. Quiero hacerte sentir bien...

¡Misión cumplida!

—...y cualquier chico con quien merezca la pena salir querría lo mismo.

Salir.

Ahí está esa palabra otra vez.

No «acuerdo» ni «lección», sino «salir». Mi corazón se aferra a este desliz, una migaja de evidencia que añadir a mi colección creciente. ¿Significa algo, o me estoy agarrando a un clavo ardiendo? La abuela Penelope me diría que hable con la verdad, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

En lugar de eso, tomo su mano y la guío, mostrándole exactamente cómo me gusta que me toquen.

—Así —susurro—. Apenas rozando. Y si pudieras acariciar también por aquí... —Le guío los dedos para que se deslicen a lo largo de mi sexo mientras su pulgar continúa con sus círculos imperceptibles.

La diferencia es inmediata.

El placer florece dentro de mí y no puedo contener un gemido suave. Sus dedos se mueven con una precisión perfecta, siguiendo mis indicaciones. Se siente increíble, y me descubro arqueándome hacia su contacto. Hay algo en la forma en que me toca —con tanto cuidado y atención— que me da ganas de rendirme por completo.

—Sí —suspiro—. Eso es... es perfecto.

Y lo es. Sus dedos encuentran un ritmo que me hace jadear, la tensión acumulándose dentro de mí como un resorte que se enrosca cada vez más. Cierro los ojos, perdida en la sensación, sin ser consciente de nada más que los puntos donde su piel toca la mía y el fuego que está avivando dentro de mí.

—Mírame —ordena con suavidad—. Quiero verte.

Me obligo a abrir los ojos, encontrando su mirada. La conexión es eléctrica e íntima. Y en este momento siento como si pudiera ver a través de mí, más allá de todas mis defensas, hasta el centro de quien soy.

El placer estalla de repente, recorriéndome en olas que me dejan sin aliento y temblando. Grito, mi cuerpo arqueándose sobre la cama, mis manos aferrándose a las sábanas.

Linc me observa con una expresión de asombro y satisfacción, sus dedos continuando sus movimientos suaves hasta que los últimos temblores se desvanecen. Y cuando vuelvo en mí, lo encuentro mirándome con una sonrisa que me hace doler el pecho.

—Ha sido precioso —dice, apartándome un mechón de pelo de la cara con dedos tiernos.

Me cuesta encontrar palabras, el cerebro aún borroso de placer.

—Ha sido... guau.

Se ríe, un sonido grave y cálido que me envuelve como una manta.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado.

Después, mis defensas están completamente abajo. Mi cuerpo se siente como mantequilla derretida: tibio, blando, un poco salado por el esfuerzo. La confesión me late justo en la garganta, casi dolorosa en su necesidad de ser dicha.

Creo que me estoy enamorando de ti.

Las palabras se forman en mi mente con una claridad estremecedora, listas para saltar de mi lengua antes de que pueda aplicar ningún tipo de filtro. Por suerte, un instante antes de soltarlo, se me ocurre algo más que necesita decirse primero.

—¿Debería... eh, hacerte correr a ti también? —pregunto, señalando hacia su erección aún muy evidente.

Algo cambia en su expresión. Una tensión sutil alrededor de sus ojos, un ligero apagón de esa sonrisa brillante. Desaparece tan rápido que casi creo haberlo imaginado.

—Podemos trabajar en eso la próxima vez —dice, con la voz extrañamente formal mientras balancea las piernas fuera de la cama—. Esta noche era para que aprendieras lo que te gusta.

—Ah. —La sola sílaba queda suspendida, incómoda, entre nosotros—. ¿Seguro? Porque de verdad me gustaría...

—Seguro. —Me corta con una rotundidad que me hunde el estómago—. Además, mañana tengo entrenamiento temprano.

Lo observo, desconcertada, mientras recoge su ropa y se viste con eficiencia. Sin demoras, sin bromas, sin nada de la picardía que suele caracterizar nuestro tiempo juntos. Sus movimientos son precisos, casi mecánicos.

—¿Está todo bien? —me atrevo a preguntar, subiéndome la sábana para cubrirme.

Asiente, pero no me mira del todo a los ojos.

—Sí, solo cansado.

No le creo, pero tampoco puedo cantarle las cuarenta sin parecer que me importa demasiado. Que me importa, pero se supone que eso no es parte de nuestro trato, y aunque estoy siendo honesta conmigo misma, no estoy lista para ser honesta con él.

Sobre todo ahora que está a punto de marcharse.

Linc ya está completamente vestido, llaves en mano.

—Te escribo para lo de la próxima lección, ¿vale?

—Vale. —Consigo sonreír, aunque la sonrisa se siente frágil en mi cara—. Gracias por esta noche. Ha sido... educativo.

Se detiene en mi puerta, dudando como si fuera a decir algo más. Durante un instante que me para el corazón, creo que va a volver, a explicar lo que acaba de pasar. En vez de eso, solo asiente, y luego se ha ido.

¿Qué narices acaba de pasar?

Hace diez minutos me miraba como si fuera la octava maravilla del mundo. Ahora prácticamente sale corriendo como si hubiera desarrollado de repente una enfermedad contagiosa.

Me hago un ovillo de costado, encogiéndome lo más posible, y repaso la noche entera buscando el momento en que todo se torció. ¿Fue algo que dije? ¿Algo que hice? ¿No fui lo bastante receptiva? ¿Demasiado receptiva?

Quizá la realidad de mí —desnuda, vulnerable, abierta a él y completamente desprotegida— fue decepcionante comparada con lo que se hubiera construido en su cabeza. O quizá...

Ay, Dios.

¿Y si se dio cuenta? ¿Y si vio en mi cara exactamente lo que estaba sintiendo? ¿Y si mis ojos delataron cada emoción complicada arremolinándose dentro de mí, no solo deseo, sino cariño, apego, sentimientos?

Está claro que es un chico que juega según las reglas.

Y la regla número tres es «nada de sentimientos».

veintiuno

LINC

PRÁCTICAMENTE VOY CORRIENDO de la residencia de Em. O, para ser más exacto, camino a un ritmo extremadamente rápido que bordea el trote mientras intento aparentar ser alguien que definitivamente no está huyendo de una situación, como estar desnudo en la cama con una chica buenísima que se muere por complacerme...

El corazón me martillea contra las costillas mientras pongo más distancia entre mí y lo que acaba de pasar en su habitación. La imagen de ella —cara sonrojada, labios entreabiertos, ojos clavados en los míos mientras se corría— se me ha grabado en las retinas. Cada vez que parpadeo, ahí está.

Joder.

El aire nocturno es lo bastante cortante como para morder, una pequeña bendición mientras me enfría la piel recalentada. Ni siquiera agarré mi chaqueta cuando salí disparado de su cuarto como si estuviera en llamas. Y podría haberlo estado, con lo caliente que se pusieron las cosas, pero sé que si me hubiera quedado un segundo más se habría convertido en un infierno.

¿Qué demonios me pasa?

Fui a enseñarle sobre el autoplacer. Educativo. Sencillo. El tipo de cosa que debería ser capaz de manejar sin cruzar ninguna línea. Y sin embargo aquí estoy, alejándome a toda prisa antes de hacer lo

que realmente quería: atraerla hacia mí después de que se corriera, besarla hasta dejarla sin sentido, envolverla con mi cuerpo y follármela hasta perder el sentido.

¿Qué fue del entrenador sexual relajado y sin ataduras... eso?

Corto por la explanada, con la cabeza agachada por si me cruzo con alguien del equipo. Lo último que necesito es explicar por qué parezco haber visto un fantasma. Pero, como mínimo, el frío cortante está haciendo maravillas con mi erección furiosa, aunque mentalmente me esté dando una paliza por enamorarme de ella.

Porque eso es lo que está pasando, ¿no?

Me estoy enamorando de Em.

Y a juzgar por cómo me miró esta noche, con tanta confianza y algo más profundo que me cagó de miedo, estoy casi seguro de que ella también está desarrollando sentimientos. Y eso es exactamente lo que prometimos de forma explícita que no iba a pasar.

Estaba tan jodidamente seguro de que podríamos mantener esa línea. Como un idiota. Como un completo puto imbécil que pensó que podía pasar tiempo con alguien tan sincera y genuina como Em y no sentir nada. Pero ese es el chiste, ¿no?

No puedo enamorarme de ella.

No tengo espacio para una novia.

No con todo lo demás que me pesa encima.

Hockey. Clases. La mierda con mamá. La mierda con el equipo. La mierda con Mike.

Apuntarme a más carga emocional sería como estar al borde de un precipicio y dar un paso más. Y por eso sé que, por mucho que quiera que Em sepa lo que siento, admitirlo va a mandar todo en espiral.

Y tampoco quiero hacerle daño. Su inexperiencia significa que su primera relación real inevitablemente va a importarle más, y me aterra el daño que podría causar si esto va más allá de nuestro acuerdo original. Porque yo no soy el tipo con el que debería tener su primera relación de verdad.

Soy el putón oficial del campus por algo.

Llego a mi edificio y subo los escalones arrastrando los pies, todavía repitiendo toda la escena con Em. Yo mirándola tocarse. Ella

mirándome a mí. La forma en que arqueó la espalda cuando se corrió. El jadeo sorprendido que escapó de sus labios. Su mano buscándome...

Dios, eso va a alimentar mis sueños durante semanas.

Empezando en unos cinco minutos, cuando me encierre en mi cuarto y libere algo de tensión... por decirlo de alguna forma... y —no por primera vez en las últimas semanas— me alegro de que Mike no esté en casa. Apenas lo he visto, ni aquí ni en hockey, en una semana, y me viene de perlas.

Porque a pesar de su críptico mensaje de «buen partido» después del encuentro, ha sido un imbécil.

Cuando llego arriba de todo, estoy tan absorto en la repetición mental de la noche con Em que apenas registro la voz que llama mi nombre hasta que prácticamente me la gritan al oído.

—¿En serio, Linc? Tercera vez, hermano.

Levanto la cabeza de golpe y me encuentro a Mike en las escaleras detrás de mí, mirándome con una mezcla de diversión y preocupación. Por un segundo, creo que estoy alucinando. No lo he visto en días ni he hablado con él en semanas, ¿y aquí está?

¿Hablándome como si no hubiera pasado nada?

—¿Dónde demonios te habías metido? —le suelto, con la voz más cortante de lo que pretendía—. Te has saltado tres entrenamientos y un partido, hermano. Aunque estés enfadado conmigo, el resto de los chicos se merece mucho más que un capitán que desaparece sin ninguna maldita razón...

Mike tiene la decencia de parecer culpable. Cambia el peso de un pie a otro, con una mueca leve al apoyar el tobillo malo. Pero hay algo distinto en él. La nube perpetua de amargura que lo ha rodeado durante meses parece haberse disipado.

—Cocapitán... —Sonríe, pero la sonrisa se esfuma cuando su broma cae en saco roto, y se frota la nuca—. Sí, lo sé. Lo siento. He estado en casa de Dec.

—¿Una semana?

—Necesitaba aclararme —dice, pareciendo más él mismo de lo que ha parecido en meses—. Y no podía hacerlo estando cerca de ti.

Eso duele más de lo que me gustaría admitir.

—¿Por qué no?

Mike exhala despacio, echando un vistazo al hueco de la escalera.

—¿Podemos hablar dentro? Prefiero no tener esta conversación donde cualquier novato imbécil pueda escucharnos.

Asiento y sigo subiendo hasta nuestra puerta, sacando las llaves del bolsillo. Una vez dentro, Mike va directo al refrigerador, agarra dos cervezas y me ofrece una. La acepto, sorprendido por esta rama de olivo. Lo que sea que pasó en el departamento de Dec parece haberlo vuelto humano otra vez.

—He tenido celos —dice sin rodeos, quitándole la chapa a su cerveza—. Desde la operación.

—¿Por qué? —resoplo—. Eres Mike puto Altman, el capitán del equipo y el que tiene más posibilidades de llegar a la NHL de todos nosotros...

—Sí, claro, menuda promesa estoy hecho —bufa, señalándose el tobillo—. Te he visto vivir el último año que yo tenía planeado para mí mientras mis opciones en la NHL se van por el desagüe. Sé que tendré otra oportunidad el año que viene, pero una lesión más y... sí. Es una mierda, lo sé.

—¿Por eso has sido tan imbécil? —pregunto, sin molestarme en suavizar la acusación.

—Básicamente. —Le da un trago largo a su cerveza—. Sentía cómo se iba acumulando dentro de mí hasta que explotó. Primero me callé. Luego empecé a criticarte cada pequeña cosa que hacías en los entrenamientos. Y por eso fui un completo imbécil contigo hace unas semanas. —Me mira directamente a los ojos por primera vez en lo que parece una eternidad—. Lo siento, hermano.

—Podrías haberme hablado sin más —me encojo de hombros.

—Tienes bastante encima, y habrías intentado ayudar cargando con toda mi mierda, lo que me habría cabreado aún más. —Le da otro trago largo a la cerveza—. Tenía que alejarme de ti y del equipo, y Dec fue el antídoto perfecto para el veneno en que me había convertido, ahora que ya está fuera...

—Te dijo algo, ¿no?

—Me dijo que si el hockey era realmente mi sueño, tenía que dejar de castigar a mi cuerpo por haberse lesionado, y dejar de pagarlo con los demás también. —Los labios de Mike esbozan algo parecido a una sonrisa—. Y Lea metió baza también, llamándome «imbécil inmaduro». Dijo que volviera a ser un jugador de equipo y hablara de mis sentimientos.

—Duro.

—La verdad suele serlo. —Se encoge de hombros.

Mientras lo dice, no puedo evitar pensar en los paralelismos —raros, pero ahí están— con mi situación con Em, donde yo intento huir de mis sentimientos y estoy bastante seguro de que ella se calla los suyos. Pero antes de que pueda darle muchas vueltas, Mike se queda callado, esperando claramente a que dicte el veredicto.

Y solo hay una opción.

Estoy harto de la tensión, de ir con pies de plomo y de echar de menos a mi amigo.

—Está bien —digo, dejándome caer en el sofá—. Te perdono.

Mike parpadea, visiblemente desconcertado.

—¿Ya está? ¿Sin sermón? ¿Sin hacerme suplicar?

—Parece que ya te has torturado bastante sin mi ayuda. —Le doy un trago a mi cerveza—. Además, echo de menos tener a mi amigo y compañero de piso por aquí.

Mike se hunde a mi lado, aliviado.

—Estoy viendo a alguien... un terapeuta, quiero decir. Y hablé con el entrenador...

—¿Y te contestó? —Niego con la cabeza—. Está desconectado, hermano.

—Me derivó a los fisios, pero creen que, con el enfoque adecuado, podría empezar con entrenamientos suaves en un par de semanas.

—Eso está bien —digo, sonriendo—. El equipo te necesita, aunque solo sea liderando desde el banquillo.

—Bueno —dice Mike tras un momento, con un tono más ligero—, ¿qué te tenía tan metido en tu cabeza en las escaleras que no podías oírme llamarte?

Durante un segundo, considero desviar el tema, pero lo que sale de mi boca me sorprende incluso a mí.

—Estoy jodido, hermano —digo.

Las cejas de Mike se disparan.

—¿Con el hockey? Puedo ayudarte con...

—No, me refiero a... —Exhalo, dándome cuenta de que estoy desesperado por hablar con alguien—. Hay una chica.

Mike se inclina hacia delante, cerveza olvidada.

—Un momento. ¿Lincoln Garcia tiene problemas con una chica? ¿El tipo cuyo número de teléfono se pasa de mano en mano como moneda de cambio?

—Eso es exagerar —murmuro, aunque no se equivoca del todo—. Y sí, estoy teniendo... problemas.

—¿Quién es?

Dudo medio segundo.

—Em. La compañera de cuarto de Lea.

Un destello de reconocimiento le cruza la cara a Mike.

—Joder, hermano, esa chica está buenísima.

—Ya...

—¿Y cuál es el problema? ¿Te rechazó?

Suelto una risa que suena más a tos estrangulada.

—No exactamente.

Y entonces, como una presa que revienta, todo sale de mí.

Nuestro encuentro en el 7-Eleven. El acuerdo. Las lecciones. La noche en mi casa cuando ella salió corriendo. El partido. Su pasado con el imbécil de Derek. Lo asustada que está. Cómo le he estado enseñando sobre la intimidad, supuestamente sin apego emocional.

Una vez que empiezo a hablar, no puedo parar.

—La cosa es —admito, mirando fijamente mi cerveza— que creo que ya me gustaba antes de hacer este trato. Y puede que sea mutuo. Y ahora, cada hora que pasamos juntos hace que sea más difícil fingir que no, aunque me comprometí a ayudarla.

—O sea que te gusta —dice Mike simplemente—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que acordamos que nada de sentimientos. —Resisto el impulso de aplastar la lata de cerveza.

—Las reglas están para romperse. —Se encoge de hombros—. Sobre todo las estúpidas.

—No es estúpida —protesto—. Ella necesitaba algo lento y sin complicaciones para ayudarla a superar su trauma. Y yo no puedo con una relación ahora mismo.

—¿Por qué no?

Hago un gesto vago señalando todo a mi alrededor.

—Mira mi vida, hermano. Estoy haciendo malabares con ser capitán...

—Cocapitán —me corrige con una sonrisa burlona.

—...mantener mi promedio, lidiar con las gilipolleces del entrenador, gestionar las gilipolleces de mamá, ¿y ahora se supone que debo ser el novio de alguien?

—¿De alguien? —repite Mike, escéptico—. Por cómo hablas de ella, no suena a simplemente «alguien».

Tiene razón, y los dos lo sabemos. Em es... especial. Diferente de cualquier otro rollo que haya tenido. La forma en que me mira a veces —como si viera algo que nadie más ha notado— me provoca un dolor en el pecho, e incluso más allá del sexo (iy ni siquiera hemos follado todavía!) me descubro queriendo pasar el rato con ella.

—La otra noche —continúo— me presenté en su casa simplemente porque la echaba de menos. No por una lección, not por nada específico. Solo quería verle la cara.

—Eso suena peligrosamente cerca del comportamiento de un novio —observa Mike, y luego alarga la mano para ponerme la palma en la frente—. Sí, tienes fiebre por ella...

Le aparto la mano de un manotazo y suspiro.

—Lo sé, y me cago de miedo. Y esta noche, durante nuestra lección, lo vi en sus ojos. Ella también se está enamorando de mí.

—¿Y eso es... malo?

—¡Sí! O sea, ino! O sea... —Me paso la mano por la cara—. No puedo ser su primera relación real. La cagaría y ella acabaría más herida de lo que ya está.

—Vas a ser la primera persona con la que se acueste —señala Mike sin rodeos—. Eso ya es bastante importante.

El peso de esa responsabilidad lleva flotando sobre mí desde que empezó nuestro acuerdo.

—Lo sé. Es otra razón por la que le he dado tantas vueltas a todo. Si nos acostamos, me da miedo no poder mantener los límites. Que esté metido demasiado hondo.

—Eso ha sonado fatal... —Mike se ríe, y por primera vez en meses, siento que mi amigo ha vuelto.

—Imbécil. —Sonrío.

—En serio, desde donde yo lo veo, ya estás metido hasta el cuello —dice Mike—. Solo que finges que no.

Apuro lo que queda de mi cerveza.

—Necesito mantenerme firme con nuestro acuerdo —digo con convicción—. Mantener las cosas dentro del marco del acuerdo. Es lo mejor para los dos.

—Mira, hermano —dice Mike, de repente serio—. Soy la última persona que debería dar consejos de relaciones. O sea, me he pasado los últimos meses siendo un completo imbécil con todos los que me importan, y nunca he tenido una novia más de seis semanas, pero necesitas aprender de lo que me ha pasado y hablar con Em.

—¿Qué, decirle que estoy rompiendo nuestras reglas porque estoy desarrollando sentimientos? —Pongo los ojos en blanco—. Eso va a ir fenomenal.

—Honestidad, ¿no? —Mike se levanta y se estira—. ¿Y si ella siente lo mismo? ¿Y si no? Díselo y lo averiguáis.

La idea me envía un aleteo de esperanza que aplasto rápidamente.

—Aunque así fuera, sigo sin ver cómo podría funcionar.

—No todo necesita un plan perfecto a cinco años, aunque a mí me costó demasiado aprenderlo. —Mike se estira—. Me voy a dormir, pero para que lo sepas, creo que le estás dando demasiadas vueltas. Y eso viene del rey de las vueltas.

—Buenas noches, hermano. —Suspiro—. ¿Mike?

—¿Sí?

—Gracias... —Sonrío—. Por el consejo, y por volver de la Isla de los Imbéciles.

Me enseña el dedo, y cuando Mike desaparece en su habitación, me quedo solo con mis pensamientos. Como mínimo, nuestra conversación ha asentado algo dentro de mí. Con Mike comportándose como un ser humano otra vez, al menos por ahora, una de las grandes presiones se levanta de mis hombros.

Pero a medida que una fuente de estrés disminuye, mi confusión respecto a Em solo se intensifica.

Me digo que estoy haciendo lo correcto al mantener los límites, protegiendo a ambos de un dolor inevitable. Pero incluso mientras me reafirmo mentalmente en nuestro acuerdo original, una parte de mí sabe que ya he cruzado líneas que no se pueden descruzar.

La cara que puso cuando le dije que tenía que irme temprano — el destello de dolor en sus ojos— me va a perseguir esta noche.

He pasado años haciendo que las mujeres se sientan especiales en la cama. Pero quizá ese ha sido el problema desde el principio. Me he acostumbrado tanto a ser el tipo que hace que las mujeres se sientan bien por una noche que no puedo imaginarme siendo el tipo que hace que una mujer se sienta querida durante más tiempo.

Pero con Em...

Niego con la cabeza, apartando esos pensamientos.

Es mejor así.

Más seguro.

Al menos eso es lo que no paro de decirme.

veintidós

LINC

EL DISCO se desliza perfecto hasta mi palo. Una décima de segundo de pausa —lo justo para atraer al defensa— y entonces giro las muñecas y se lo envió a Maine, que baja a toda velocidad por la izquierda dejando a su rival mordiendo el polvo a mitad de pista.

El momento perfecto.

El público ruge cuando Maine la clava por la escuadra. Quedan setenta y ocho segundos del periodo y vamos ganando por dos. El marcador parpadea 3-1 y los chicos se amontonan sobre Maine como si acabara de ganarnos la Copa Stanley en vez de marcar contra Dartmouth en un partido de temporada regular.

Mientras patinamos de vuelta al centro del hielo, capto el gesto de aprobación de Mike desde el banquillo. Tenerlo de vuelta como capitán —con una actitud nueva— ha cambiado toda la dinámica del equipo. Para bien, obviamente. Es increíble lo que pasa cuando tu liderazgo no consiste exclusivamente en silencios hoscos y resentimiento a duras penas disimulado.

El entrenador Barrett señala un cambio de línea y me deslizo agradecido hacia el banquillo con los pulmones ardiendo. Esta noche he estado más afilado que en toda la temporada. Mis pases conectan, mis tiros van a puerta y mi posicionamiento defensivo ha sido de manual.

—Asistencia de puta madre —dice Rook, disfrutando de un momento raro en el banquillo mientras el entrenador hace debutar a un portero nuevo.

—Paradón el de antes —respondo, refiriéndome a la parada de guante absurda que hizo hace cinco minutos y que puso en pie a todo el pabellón.

Mientras trago agua, el teléfono me vibra debajo de mi sitio en el banquillo. Técnicamente no nos dejan tener teléfonos en el banquillo, pero el entrenador hace la vista gorda con los de último año. Normalmente lo ignoraría hasta después del partido, pero estamos a segundos del final del periodo, así que le echo un vistazo rápido.

Es mi madre:

¡Dos ojeadores en las gradas esta noche! Lo leí en el sub-Reddit de Hockey Prospects. Uno de Detroit, otro de Seattle. ¡¡¡Enséñales lo que puede hacer mi niño!!!

—Joder —murmuro, metiéndome el teléfono de vuelta en el bolsillo.

—¿Qué pasa? —pregunta Maine, deslizándose a mi lado.

—Nada. —Fuerzo una sonrisa—. Mi madre con su discurso motivacional de siempre.

Lo que no digo:

Gracias, mamá, porque justo lo que necesitaba era más presión en una noche en la que ya estoy jugando a un nivel bestial y temiendo la inevitable confrontación postpartido con la chica por la que intento no caer.

Momento perfecto. De verdad.

Suena la sirena, señalando el final del primer periodo. Entramos en fila al vestuario, donde el entrenador nos da su versión de un discurso motivacional, que consiste en enumerar todas las formas en que todavía podríamos cagarla reconociendo de vez en cuando que «no estamos dando vergüenza del todo» esta noche.

Apenas registro el discurso. Algo sobre mantener la presión, no dejar que Dartmouth vuelva al partido y —en un giro impactante de los acontecimientos— elogiar el gol de Maine. Que el entrenador use

la palabra «decente» es prácticamente una ovación de pie para sus estándares.

Mis pensamientos siguen volviendo al hecho de que en unas horas estaré en la fiesta de Declan, en la misma habitación que Em. Lea le mandó un mensaje a Mike antes, pidiéndole que me avisara de que iba a traer a Em. Y, después de cancelar nuestra última lección con la excusa más patética del mundo, se me ha acabado la pista de aterrizaje de las tácticas de evasión.

Algo tiene que ceder esta noche. Nuestro acuerdo no puede seguir en este limbo extraño donde estoy demasiado acojonado por lo que siento como para enfrentarme a ella, pero demasiado enganchado para cortar oficialmente. Y, a juzgar por la mirada en sus ojos cuando se corrió conmigo, creo que ella quiere...

—¡García!

Me sobresalto, de repente consciente de que el entrenador lleva un rato hablándome.

—¿Sí, Coach?

—¿Ha oído una sola palabra de lo que he dicho? —Su ceño habitual se acentúa.

—Lo siento, Coach. No volverá a pasar.

El segundo periodo se acerca demasiado rápido. Me ajusto los patines, me coloco el equipo e intento concentrarme en el partido en lugar de en todo lo demás que me da vueltas en la cabeza. El mensaje de mi madre me tiene cabreado. Sé que cree que está ayudando, pero lo único que consigue es que sea hiperconsciente de cada movimiento, y del público.

Maine me da una palmada en la espalda mientras volvemos al hielo.

—¡Vamos, joder!

Asiento, intentando igualar su entusiasmo, pero por dentro soy un desastre.

Los ojeadores en las gradas.

La perspectiva de ver a Em esta noche.

La rabia con mi madre.

La presión se siente como si me comprimiera el pecho, haciendo cada respiración más corta que la anterior. Mike dijo que le estaba

dando demasiadas vueltas, pero ¿cuándo exactamente se supone que voy a encontrar tiempo para procesar lo que siento cuando tengo las expectativas de todo el mundo aplastándome?

Salimos en fila de vuelta al hielo, y el sonido familiar de las cuchillas cortando la superficie me trae una calma momentánea. Esto, al menos, lo entiendo. La física del hielo, la goma y la velocidad. Las trayectorias y patrones predecibles. Pero cuando suena la sirena para que volvamos a posición, levanto la vista hacia las gradas y me quedo paralizado.

Em está ahí.

Se está sentando junto a Lea, con cara de agotada. Me doy cuenta de que debe haber venido directa de su turno, y algo dentro de mí se ablanda. No tenía que venir. No después de trabajar. No después de que la haya estado evitando. Y sin embargo aquí está, y en el momento en que me ve, me saluda con un pequeño gesto.

Inesperadamente, mi ansiedad se calma en vez de dispararse. Algo en verla —saber que hizo el esfuerzo a pesar de todo— me ancla de una forma que no puedo explicar. Y mientras levanto la mano en respuesta, siento que puedo respirar de nuevo por primera vez en días.

Cuando el disco cae para el segundo periodo, estoy completamente concentrado. En mi primer turno, intercepto un pase, esquivo a un defensa y lanzo un tiro que falla por centímetros. En mi segundo turno, le dejo a Maine otra oportunidad de gol que el portero de Dartmouth para de milagro.

Y, mientras salgo del hielo para tomar aire, miro hacia las gradas y veo a Em observándome con atención, y algo encaja a la perfección. Sin gritar como una loca como Lea, simplemente presente. Atenta. Ahí, por mí, a pesar de todo. Y me hace sentir imparable. Me saluda con la mano y le devuelvo el gesto.

Cuando planto el culo en el banquillo, respiro con fuerza, y Maine también está reventado. Hemos estado imponiendo el ritmo, manteniendo a la defensa de Dartmouth en apuros, y está funcionando de maravilla. Cojo la botella de agua y le doy un trago largo, sintiendo el líquido frío aliviarme la garganta reseca.

Cuando por fin recupera el aliento y deja de tragar agua, Maine me da un codazo con una sonrisa de comemierda extendiéndose por su cara.

—Así que...

—¿Qué? —resoplo, sabiendo que diga lo que diga a continuación, me va a putear. Porque conozco ese tono y esa sonrisa.

—Veo que tu novia ha llegado. —Maine mantiene un tono casual, lanzando una mirada hacia las gradas donde Em y Lea están sentadas—. Qué bonito que venga a apoyar a su hombre.

—No es mi novia —suelto automáticamente, y la negación sale disparada con una actitud defensiva que delata mucho más de lo que pretendía.

Las cejas de Maine se levantan, su expresión un claro ya, seguro, amigo que elijo ignorar. Me estudia la cara un momento y luego se echa a reír.

—Joder, García. Solo te estaba vacilando, pero ahora creo que de verdad hay algo con lo que vacilar. El putón oficial del campus purificado...

—Y una mierda —murmuro.

—Ajá. —La voz de Maine destila escepticismo—. Por eso te has puesto rojo como una virgen en el baile de graduación. —Se limpia el sudor de la frente con una toalla y le da otro trago al agua—. Y también por eso le lanzas miraditas cada vez que sales al hielo.

—No le estoy lanzando miraditas —protesto, pero hasta yo puedo oír la debilidad en mi negación—. Y hermano, estoy literalmente patinando, marcando y armando jugadas. ¿Cuándo exactamente se supone que encuentro tiempo para esas miraditas mientras juego ahí fuera, genio?

—Cada. Maldito. Turno —dice Maine, puntuando cada palabra con un golpe de su botella de agua en mi dirección—. Pasas patinando por delante del banquillo y miras arriba para ver si está ahí. No estaba, hasta el último turno, pero aun así mirabas. Como un reloj. Como si alguien lo hubiera programado en tu circuito de hockey. Y entonces la viste y...

—Cállate —digo, antes de que pueda terminar.

Se ríe, pero lo deja.

Para cambiar de tema, saco el teléfono y se lo meto en la cara, con la pantalla por delante.

—Mira esto en vez de inventarte mierdas sobre mi vida amorosa.

Sus ojos recorren el mensaje de mi madre, con una media sonrisa asomando en las comisuras.

—Ojeadores, ¿eh? Tu madre tiene una red de inteligencia mejor que la CIA. —Me devuelve el teléfono con un encogimiento de hombros—. ¿Y qué más da? Estamos jugando a lo nuestro, nos están viendo en nuestro mejor momento.

Fácil decirlo para él. Sus padres no le han mencionado la NHL ni una sola vez, ni siquiera cuando lo aceptaron en nuestro programa, uno de los más prestigiosos del noreste del país. Mientras que mis padres empezaron a planificar mi carrera profesional antes de que supiera patinar hacia atrás.

—Solo desearía que parara con las actualizaciones constantes —murmuro.

—¿Es por eso que has estado raro últimamente? —pregunta Maine.

—No estoy raro.

—Claro, y yo no soy increíblemente guapo. —Sonríe—. Hablando de raros, ¿te has fijado en Mike? Está siendo capitán otra vez de verdad. ¿Hablaste con él?

Asiento y sigo la mirada de Maine hasta el otro extremo del banquillo. Mike le está señalando algo a Rook, que absorbe la atención como un cachorro al que alaban por no mearse en la alfombra.

—Sí, mira a Rook —digo—. El chico está radiante, probablemente porque nadie le ha dicho nunca nada amable.

—Nadie debería, o no se callará nunca. —Maine se ríe—. Pero en serio, sea lo que sea que le dijiste a Mike, funcionó. Ha vuelto.

Me encojo de hombros, sin querer entrar en los detalles de nuestra conversación.

—Hablamos. Tenía sus razones para ser un capullo.

—Pues menos mal, joder. Ya estaba cansado de ser el único que sabía lo que hacía por aquí. —La mirada de Maine vuelve a las

gradas—. Ah, por cierto, Dec ha escrito. Está montando la fiesta. Dice que Lea viene seguro después del partido.

Se me encoge el estómago.

—Genial.

—Y va a traer a Em.

La forma en que lo dice —casual pero con una corriente subterránea de diversión— me dice que está observando mi reacción. Mantengo la cara lo más neutra posible, lo cual probablemente significa que parezco estreñado, y los segundos de silencio que pasan antes de que responda seguramente lo delatan todo.

—Eso está... bien —consigo decir.

Maine se echa a reír tan fuerte que un par de chicos miran hacia nosotros, e incluso el entrenador lanza una mirada confusa desde el otro extremo del banquillo.

—¡Dios, tu cara!

—Que te jodan —murmuro, lo que solo hace que se ría más fuerte.

—¿Qué pasa entre ustedes dos? Nunca te he visto así de pillado con nadie. —Entrecierra los ojos—. Espera, ¿te gusta de verdad? ¿En serio?

Por un momento, considero quitármelo de encima con una broma, pero estoy demasiado agotado para seguir fingiendo. Y quizá hablar con alguien menos involucrado que Mike me ayude. De un tirón rápido y en voz baja, le explico nuestro acuerdo: enseñarle a Em sobre sexo para que se sienta cómoda antes de que empiece a salir con gente otra vez.

Según las palabras salen de mi boca, suenan absurdas, como si estuviera describiendo el argumento de una película mala en vez de mi vida. Escucharlo expuesto así, en crudo, me hace darme cuenta de lo ridículo que fue todo el montaje desde el principio. Las piruetas mentales que hice para convencerme de que esto era solo un acuerdo informal... es de risa.

La expresión de Maine pasa de divertida a incrédula.

—O sea, que no están saliendo, pero te estás acostando con ella para enseñarle sobre sexo.

—Baja la voz, imbécil —digo entre dientes, mirando alrededor para asegurarme de que el entrenador no está escuchando—. Ese era el acuerdo.

—El acuerdo —repite Maine, impasible—. Claro. ¿Y cómo te está yendo con eso, Profesor García?

Hago una mueca.

—Es... complicado.

—En realidad no —dice Maine, dándole otro trago al agua—. Se te ha encendido la cara como un árbol de Navidad cuando la has visto en las gradas. Le has estado sonriendo todo el partido. Tu «alumna» viene a verte jugar y de repente patinas como si alguien te hubiera echado anabolizantes en la botella de agua.

—También estuvo en el último partido —murmuro, que posiblemente es la peor defensa que podría haber ofrecido.

—Sí, y también te transformaste en Super Saiyan en ese —dice Maine—. Mira, me da igual qué etiqueta le pongas, pero no te engañes a ti mismo.

Me quedo mirando el hielo, observando a nuestros compañeros peleando contra las bandas. Maine tiene razón, y los dos lo sabemos. Pero oírse lo decir de forma tan directa me aprieta el nudo del pecho. He tenido los mismos pensamientos dándome vueltas en la cabeza durante semanas, pero que alguien más los verbalice los hace imposibles de ignorar.

—Mira, hermano —dice Maine, bajando un poco el tono—, somos amigos desde primer año, y te he visto con más mujeres de las que puedo contar. Ni una vez —ni una puta vez— te he visto mirar a alguien como la miras a ella.

Me paso la mano por la cara.

—Lo sé. Y me cago de miedo.

—¿Por qué? —Maine parece confundido—. La mayoría de la gente consideraría eso algo bueno.

—Porque —empiezo, y luego paro, intentando encontrar las palabras adecuadas para transmitir el desastre que es mi cabeza—. Lo complica todo. Tengo al equipo, ojeadores mirando, la presión constante de mi madre con la NHL, la universidad... No tengo sitio para toda esta... mierda emocional.

—Mierda emocional —repite Maine con una sonrisa—. Muy maduro.

—Que te jodan.

—Nah, creo que me voy a quedar aquí sentado rascando la herida porque es jodidamente gracioso verte retorcerte. —Se recuesta un poco—. Has tenido tiempo de sobra para rollos casuales todos estos años. Así que no creo que el problema sea el tiempo ni las complicaciones. Creo que estás asustado.

—¿De qué?

—De lo mucho que te gusta de verdad. —Se encoge de hombros—. Es solo una teoría.

—No lo sé —admito.

—Pues será mejor que lo averigües —dice—. Porque va a estar en la fiesta, y tienes cara de tío a punto de que le dé un infarto.

Mierda.

Maine tiene razón.

Sea lo que sea esto entre nosotros, ya ha sobrepasado con creces los límites que pusimos. Y esta noche, de una forma u otra, las cosas tienen que cambiar, porque no puedo seguir fingiendo que esto es solo un acuerdo informal. La verdad es que me estoy enamorando de Em, y no tengo ni puta idea de qué voy a hacer al respecto.

Y eso me da mucho más miedo que los ojos de los ojeadores sobre mí.

ME APOYO contra la pared fuera del vestuario del equipo de hockey, intentando no parecer que estoy acechando a los jugadores sudorosos y medio desnudos que hay dentro. Aunque, siendo honesta, no me molestaría que un jugador en particular saliera en ese estado justo ahora.

—Solo cinco minutos —había prometido Lea antes de desaparecer en lo que imagino es una cueva con olor a testosterona llena de bolsas de equipo y duchas compartidas—. Entro un momento a felicitar a Mike y nos vamos a casa a prepararnos para la fiesta.

Eso fue hace doce minutos. He contado cada segundo porque mi teléfono se murió a mitad del tercer periodo, dejándome sin más entretenimiento que la pintura descascarada de la pared de enfrente. Trazo un patrón que se parece vagamente a Abraham Lincoln si entrecierras los ojos y tienes mucha imaginación.

Estoy agotada después de un turno en el restaurante ayer, clase doble de danza esta mañana, y luego correr para llegar al partido a tiempo —cosa en la que fracasé estrepitosamente, dejándome caer en mi asiento junto a Lea durante el segundo periodo justo a tiempo para ver la increíble transformación de Linc en un tornado humano literal.

Y sin embargo, a pesar del cansancio que me llega hasta los huesos, me siento extrañamente... vibrante.

Es como si me hubiera tomado tres expresos, pero la cafeína hubiera esquivado mi cerebro y se hubiera ido directa al corazón, que no ha dejado de latir desbocado desde que Linc me vio en las gradas y me levantó el pulgar. El que hizo que Lea me diera un codazo tan fuerte que probablemente tendré un moretón mañana.

—¿Viste eso? —me había susurrado—. Te miró directamente a ti.

Me hice la indiferente. —Seguro estaba mirando a alguien detrás de mí.

Pero sabía que no era así. Hubo algo eléctrico en ese momento, algo que pasó entre nosotros cuando nuestras miradas se encontraron, algo que me erizó la piel y me apretó el pecho con una mezcla extraña de orgullo y anhelo.

Es aterrador lo rápido que me estoy enamorando de él.

Esto no era parte de nuestro acuerdo.

Esto no tenía que pasar.

Y sin embargo...

Una ráfaga de risas femeninas interrumpe mi espiral de pensamientos. Tres chicas pasan caminando, todas con sudaderas de Pine Barren University y vaqueros tan ajustados que deben necesitar herramientas especiales para quitárselos. Reconozco a una de ellas de una de mis clases: Kimberly, o posiblemente Kylie, no estoy segura.

—Dios, ¿vieron a Linc esta noche? —dice una de ellas con un suspiro dramático—. Les juro que casi me vengo en mi asiento.

Siento que se me encienden las mejillas aunque mis oídos se afinan involuntariamente.

—Es literalmente perfecto —dice otra, echándose el largo pelo rubio sobre el hombro—. O sea, ¿alguna vez han oído a alguien decir algo malo de él? ¿Alguna vez?

—Un unicornio —declara la tercera—. Guapo, inteligente, bueno en la cama y encima simpático. Una criatura mítica.

—Me contaron que es, o sea, súper atento —añade Kimberly/Kylie, todavía audible mientras se alejan por el pasillo—. Jessica, la de mi clase de Psicología, se acostó con él...

Cuando se pierden de oído, algo caliente e incómodo se me instala en el estómago. Nunca había sentido este sabor particular de emoción: como si me hubiera tragado un puercoespín y sus púas se estuvieran expandiendo lentamente hacia afuera, pinchándome las entrañas. Me toma un momento identificarlo.

Celos.

—¿Em?

Doy un salto tan violento que casi le doy un cabezazo a Lea, que de alguna manera se ha materializado frente a mí mientras yo estaba ocupada teniendo una crisis existencial por unas chicas que no conozco hablando de las proezas sexuales de Linc, debatiéndome entre apuñalarlas por pisar mi territorio o seguir negándome a reconocer que lo hubiera reclamado como mío.

—¡Dios, Lea! —Me llevo una mano al pecho—. ¡Haz algo de ruido la próxima vez! ¡Ponte un cascabel! ¡Algo!

Alza una ceja. —Te llamé tres veces. ¿En qué planeta estabas?

—Perdona, es que estaba... —Me quedo sin palabras, sin saber cómo explicar el tornado de pensamientos en mi cabeza.

Lea me estudia un momento, inclinando la cabeza ligeramente de esa forma que siempre me recuerda a un pájaro curioso. —¿Qué te pasa?

—Nada —digo automáticamente, y luego suspiro. No tiene sentido ocultarle nada a Lea—. Acabo de escuchar a unas chicas hablando de Linc.

—¿Y?

—Y aparentemente es un «unicornio» —hago comillas con los dedos— porque es guapo, gracioso, inteligente y encima amable con las mujeres con las que se acuesta.

A Lea le tiemblan los labios. —¿Esto es... una novedad para ti?

—No —admito, despegándome de la pared y dirigiéndome a la salida—. Pero escucharlas hablar de él así me hizo sentir... rara.

—¿Rara cómo?

—Rara como que quería ponerles el pie para que se tropezaran —murmuro, evitando su mirada—. O quizá derramarles algo «accidentalmente» en su pelo perfecto.

Lea alza tanto las cejas que casi le desaparecen en el nacimiento del pelo. —Em Dubois, ¿estás celosa?

—¡No! —protesto, pero me rindo de inmediato bajo su mirada cómplice—. ¿Quizá? No sé. Es una tontería.

—No es ninguna tontería —dice Lea, enlazando su brazo con el mío mientras nos dirigimos a la salida—. Pero sí es interesante.

No digo nada mientras salimos al aire fresco de la noche, un alivio bienvenido después del pasillo sofocante del pabellón. Aspiro una bocanada profunda, agradecida de que Lea me haya sacado del picado de mi cerebro hacia el abismo de la incertidumbre, pero sin muchas ganas de escucharla diseccionar mis contradicciones ahora mismo.

—Entonces —dice Lea en cuanto nos alejamos de la multitud de aficionados afuera del pabellón—. Estabas celosa de unas desconocidas hablando de las habilidades de Linc en la cama.

Gimo. —¿Podemos simplemente fingir que nunca dije eso?

—Absolutamente no —dice Lea alegremente—. Es lo más entretenido que me ha pasado en todo el día.

—¿Y ver a tu hermano capitanear un equipo de hockey de nivel campeonato hacia la victoria?

—Bah. —Agita la mano libre con desdén—. He visto a Mike jugar hockey desde que éramos niños, y está en el banquillo, no en el hielo. Pero nunca te había visto ponerte celosa por un chico. Esto es territorio sin precedentes, y después de mi tormento emocional el semestre pasado, creo que te mereces algo de terapia.

Me ajusto la chaqueta mientras una ráfaga de viento corta a través de la explanada. —Creo que me estoy enamorando de él, Lea.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotras, más reales ahora que las he dicho en voz alta. Lea no responde de inmediato, y cuando la miro de reojo la encuentro asintiendo despacio, con una pequeña sonrisa asomándole en los labios. Como si hubiera estado esperando a que dijera esas palabras.

—Bueno —dice finalmente—. No puedo decir que me sorprenda.

—¿No?

—Em, te pusiste su camiseta para ir a un partido. Eso es básicamente una propuesta de matrimonio.

—¡La camiseta fue idea tuya! —protesto.

—Y no podías esperar para ponértela —contraataca.

No puedo discutir eso. Prácticamente le había arrebatado la camiseta de las manos, y el peso sobre mis hombros se había sentido extrañamente significativo, como si me estuviera envolviendo en un pedazo de él.

—Además —continúa Lea—, la forma en que lo miras... no es exactamente sutil.

—¿Tan obvio, eh?

—Solo para alguien que te conoce tan bien como yo. —Se detiene en un cruce, esperando a que cambie el semáforo—. Entonces, ¿qué vas a hacer?

Me quedo mirando la señal peatonal parpadeante. —No tengo idea.

No responde de inmediato, así que mientras cruzamos la calle suspiro y le cuento lo que pasó la otra noche: cómo Linc apareció en nuestra puerta sin avisar, con cara de estrés y vulnerable. Cómo vimos una película juntos, y luego una cosa llevó a la otra...

—Espera —interrumpe Lea con los ojos bien abiertos—. ¿Vino a nuestro departamento? ¿Así nada más?

—Dijo que las cosas estaban tensas con Mike.

—Eso no explica por qué vino a ti específicamente. —Me lanza una mirada—. Podría haber ido al departamento de Dec o de Maine o literalmente a cualquier otro lado.

No lo había considerado. —Supongo... pero probablemente es solo porque sé escuchar.

Lea bufa. —Claro. Seguramente apareció en nuestro departamento de noche para hablar.

—¡Sí hablamos!

—¿Antes o después de que te pusiera las manos encima?

Se me calientan las mejillas. —Antes. Y durante. Y... —Hago una pausa—. En fin, el caso es que se fue justo después. O sea, prácticamente salió corriendo.

—¿Qué, sin acurrucarse? —Lea suena genuinamente sorprendida.

—Nada. Cero. —Pateo una piedrita por la acera—. Un minuto estaba... ya sabes... y al siguiente se había ido. Dijo que tenía entrenamiento temprano.

—¿Un sábado por la noche?

—Exacto. —Suspiro, encorvándome un poco—. ¿Y si soy la única que se está enamorando, Lea? ¿Y si para él sigue siendo solo un acuerdo? ¿Un rollo conveniente?

—Em, los chicos no aparecen en tu puerta cuando están teniendo un mal día si solo quieren un rollo conveniente. —Lea deja de caminar y se gira para mirarme de frente—. Te mandan un mensaje a las dos de la mañana preguntando si estás «despierta». No van a tu casa a ver películas y hablar de sus problemas.

No lo había pensado así.

—Y no nos olvidemos de cómo te miraba durante el partido —continúa—. Como si fueras la única persona en todo el pabellón. Hasta Mike se dio cuenta.

—¿Mike se dio cuenta? —chillo—. Dios mío, esto es un desastre.

—Llámallo como quieras —dice Lea, poniendo los ojos en blanco—. Pero creo que los dos están en sintonía sin darse cuenta. O quizá los dos tienen miedo de admitirlo.

Hemos llegado a nuestro edificio, y me detengo frente a la puerta, considerando las palabras de Lea. Incluso la posibilidad hace que mi mente se dispare a un millón de kilómetros por hora, pero sigo volviendo a las mismas dos preguntas: ¿Tendrá razón? ¿Linc estará sintiendo la misma confusión y el mismo anhelo que yo?

—Incluso si tienes razón, ¿simplemente lo suelto? —digo finalmente—. Oye, sé que acordamos nada de sentimientos, ¡pero sorpresa! Me enamoré de todos modos. ¡Espero que no te importe!

Lea se ríe. —Quizá intenta algo con un poco más de delicadeza, pero básicamente, sí.

—Lo pensaré —prometo, sacando las llaves del bolsillo.

—Piénsalo rápido, porque vamos a la fiesta de Declan en unas horas, y Linc definitivamente va a estar ahí —dice Lea mientras abro la puerta y las dos entramos—. Ahora vamos a encontrarte algo que ponerte que haga que se le olvide su propio nombre y quiera follarte hasta dejarte tonta.

—¡Lea! —protesto.



El interior del departamento de Declan vibra: una combinación de música cargada de graves, jugadores de hockey eufóricos y ese olor distintivo de fiesta mezcla de cerveza derramada y demasiados cuerpos en un solo espacio. Normalmente estaría bien con este nivel de energía, pero esta noche estoy ansiosa y aferrada a la correa de mi bolso mientras entramos.

—Pareces que estás a punto de presentar los SAT —dice Lea, como si me leyera la mente—. Relájate.

—Estoy relajada —miento, alisándome el vestido negro que finalmente elegí después de probarme literalmente cada prenda que tengo.

Lea me lanza una mirada que dice que no se lo cree. —Te pasaste una hora cambiándote de ropa, cosa que nunca te había visto hacer, dado que eres irritantemente guapa con lo que sea que te pongas. Y ahora estás haciendo eso de parecer que sonríes cuando en realidad solo estás enseñando los dientes.

Dejo de hacer dicha mueca de inmediato. —Es solo que... no soy yo misma esta noche.

—¿Porque cierto jugador de hockey va a estar aquí?

—Porque estoy deshidratada —contraataco, aunque sin ninguna convicción en la voz.

Se ríe. —¡A la cocina entonces!

El camino a la cocina de Declan requiere maniobras tácticas entre grupos de deportistas, chicas de hermandad y todo tipo de acompañantes, incluyendo varias de las chicas que escuché chismeando sobre Linc afuera del vestuario. Por suerte, hay un ejército de jugadores de hockey con los que pueden entretenerse.

Rook ya está contando lo que parece ser una historia extremadamente adornada a tres novatas con los ojos como platos. Mike nos saluda con la mano a Lea y a mí cuando nos ve, y de hecho sonrío por una vez, antes de volver a su conversación con

Declan. Mientras que Maine, por su parte, está ocupado asegurándose de que todo el mundo tenga un trago.

Pero no veo a Linc.

No es que lo esté buscando.

La cocina es un poco más tranquila, una especie de santuario donde puedo ordenar mis pensamientos. Me sirvo un vodka con arándano generoso, decidiendo mientras lo hago que si voy a ver a Linc por primera vez desde nuestra última lección —la misma en la que prácticamente salió disparado por la puerta— voy a estar bien cargada de valor líquido.

Por suerte, me ahorro más interrogatorios cuando Lea ve a alguien conocido, y aprovecho el momento a solas. Después de darle un trago largo a mi bebida, empiezo a ensayar frases casuales para iniciar conversación que pueda usar con Linc... si es que aparece.

Oye, ¿te acuerdas de cuando saliste corriendo de mi departamento como si se estuviera incendiando?

No.

Lindo gol hoy... ¿quieres anotar conmigo?

Definitivamente no.

Estoy a medio trago, a medio pensamiento, cuando el marco de la puerta de la cocina se llena con su presencia.

Linc.

Mierda.

El tiempo hace esa cosa molesta de cámara lenta que hace en las películas. Lleva vaqueros oscuros y una camisa negra sencilla con las mangas arremangadas, dejando al descubierto sus antebrazos. Y por primera vez desde que lo conozco, no se ha afeitado, y la barba incipiente a lo largo de su mandíbula lo hace verse mayor, más rudo.

Y me dispara directo a la diana entre los muslos.

Mierda.

Nuestras miradas se cruzan, y de pronto soy intensamente consciente de cada centímetro de piel que este vestido deja al descubierto. Y, bueno, digamos que son muchos centímetros. Lea básicamente me había dicho «o te lo pones o vas desnuda, porque llegamos tarde», y de pronto me doy cuenta de que no hay mucha diferencia.

Y los ojos de Linc lo confirman.

Su mirada desciende desde mis ojos, y luego vuelve a subir. Desde mis tacones, subiendo por la curva de mis piernas, demorándose en mis caderas antes de continuar hacia arriba. Para cuando llega a mi cara, el calor ha florecido en cada lugar que sus ojos han tocado. Es como si ya me hubiera desnudado, memorizado, reclamado.

Todo sin decir una sola palabra.

Dejo mi vaso en la barra más fuerte de lo que pretendía, salpicándome los dedos de líquido rojo. Muy elegante. Él también lo nota, porque la comisura de sus labios se curva en una media sonrisa y tiene un brillo travieso en la mirada. Pero es como si a los dos se nos hubiera congelado la boca y hubiéramos olvidado cómo hablar.

—Hola —logro decir finalmente, lo cual parece lamentablemente insuficiente dado que hay una novela entera de subtexto pasando entre nosotros.

Da un paso hacia mí, y juro que la temperatura de la cocina sube diez grados con cada paso. Pero antes de que pueda responder, alguien se interpone directamente en mi línea de visión: un chico alto y musculoso con rasgos aniñados y una sudadera del equipo de fútbol de Pine Barren.

—¿Em, verdad? ¿La prima de Louis? —dice.

A mi cerebro le toma un momento cambiar de marcha y darme cuenta de que me está hablando a mí.

—¿Eh, sí? —digo. Doble elegancia.

—Soy Jake Reynolds. —Sonríe—. Nos conocimos en la fiesta de Louis el año pasado.

—Claro —miento, sin tener absolutamente ningún recuerdo de esta persona.

Pero, intentando no ser grosera, digo algo vago sobre lo bueno que es verlo, mientras mis ojos recorren el lugar intentando localizar a Linc, que ha desaparecido misteriosamente.

—¿Has podido ir a algún partido? —Jake se acerca un poco más, con intenciones claras—. Louis está teniendo una gran temporada.

—Ha estado ocupada apoyando al equipo de hockey —dice una voz justo a mi lado, y de pronto el brazo de Linc se desliza alrededor de mi cintura, cálido y firme.

¡Aaaah! Contribuye mi mente amablemente, mientras me recargo en su contacto.

—¿Ah, sí? —Jake alza una ceja, claramente evaluando la dinámica inesperada entre Linc y yo—. Perdona, Em, pensé que estabas soltera y...

—Todo bien, hermano —interviene Linc, con un tono amistoso pero con un trasfondo de aléjate que me hace saltar el pulso.

Sigo sin poder formar una palabra coherente, mi mente todavía intentando procesar su brazo.

Rodeándome.

En público.

Apretándome.

¡Doble aaaah!

—Nos estamos enseñando cosas mutuamente —dice Linc—. Em me está ayudando con francés, y yo la estoy ayudando con... anatomía.

Casi me ahogo con el aire.

Las cejas de Jake trepan hacia el nacimiento de su pelo. —Ningún problema, hermano. —Jake retrocede con una sonrisa cómplice—. Qué gusto verte, Em.

Una vez que Jake desaparece en la sala, me giro dentro del círculo del brazo de Linc para mirarlo de frente. —¿Lecciones de anatomía? ¿En serio?

La comisura de su boca se tuerce hacia arriba. —¿Mentí?

—No tienes remedio.

—Y tú estás impresionante —contraataca, con la voz bajando a un registro que parece vibrar directamente contra mi piel—. Ese vestido debería ser ilegal.

—La policía de la moda de Pine Barren estaba ocupada, así que me arriesgué.

La sonrisa que se extiende por su cara me afloja las rodillas: es genuina, le llega a los ojos. —Dios, extrañaba tu boca.

—¿Mi... boca?

—Las cosas que salen de ella —aclara, aunque su mirada definitivamente se demora en mis labios—. Nadie más ve el mundo como tú.

El cumplido me toma desprevenida. La mayoría de los chicos comentan sobre mi apariencia, no sobre cómo funciona mi cerebro. —TDAH. Hace que todo sea más interesante.

—Te hace a ti más interesante —me corrige, con la mano todavía apoyada en mi cadera como si perteneciera ahí—. Entonces, ¿quieres que te enseñe el dormitorio?

¡Triple aaaah!

Esta vez mi cerebro queda rezagado, y la palabra «sí» escapa de mis labios antes de que pueda alcanzar lo que mi boca está haciendo. Los ojos de Linc se oscurecen con mi respuesta, sonrío como un niño en Navidad y toma mi mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—Sígueme —dice, y de repente estamos abriéndonos paso entre la fiesta abarrotada.

Cruzo miradas con Lea al pasar, y ella mueve las cejas sugestivamente. Le lanzo una mirada que espero se traduzca como «te cuento todo después», aunque probablemente se lee más como «por Dios qué está pasando ayúdame me muero».

Linc me guía por un pasillo, lejos del ruido y las miradas, y yo intento desesperadamente recordar cómo respirar como un ser humano normal. Mi mano en la suya se siente a la vez ordinaria y extraordinaria, como si nos hubiéramos tomado de la mano mil veces, pero cada vez siguiera siendo electrizante.

Abre una puerta al final del pasillo, mirándome por encima del hombro con un destello travieso en los ojos. Entramos, y tengo aproximadamente dos segundos para registrar el arte esparcido por la habitación antes de que la boca de Linc esté sobre la mía.

Sus manos enmarcan mi cara, suaves pero urgentes, mientras me besa con una intensidad que me debilita las rodillas. No es como nuestros besos anteriores. Este se siente diferente. Desesperado. Real. Y cuando finalmente nos separamos, estoy sin aliento, mareada, completamente desconectada de la realidad.

—No he podido dejar de pensar en ti desde que te vi en las gradas —murmura contra mis labios, entrelazando sus dedos en mi pelo.

—Eso no puede ser cierto —digo—. Anotaste dos goles. Creo que eso requiere al menos algún porcentaje de tu atención.

—Soy excelente haciendo varias cosas a la vez —responde con una sonrisa que me da un vuelco en el pecho—. El hockey no requiere mucha capacidad mental. Es más que nada memoria muscular. Pero mirarte a ti... —me roza los labios contra la mandíbula— eso requiere toda mi concentración.

—¿Qué lección es esta? —pregunto, odiando lo entrecortada que suena mi voz—. No creo que estuviera en el temario...

—La de pedir perdón por haberte dejado plantada. —Sus manos descienden hasta mi cintura—. Y la de follar en el dormitorio de otro.

—¿Y cuándo exactamente voy a necesitar esa habilidad para mis citas? —digo, a pesar de que su contacto está haciendo que pensar con coherencia sea casi imposible.

—Vas a fiestas, ¿no? —Sus pulgares trazan círculos sobre mis huesos de la cadera—. Y cuando estés saliendo con alguien, va a querer tenerte a solas. Eres irresistible.

Se me corta la respiración. Hay una intensidad en su mirada que nunca había visto antes, algo más allá del deseo, más allá de los límites de nuestro acuerdo. Es exactamente lo que he estado anhelando escuchar, lo que me he imaginado que me decía en mis pensamientos más privados.

Pero, ¿qué significa viniendo de él?

¿Es solo parte de la lección, o es algo más?

Antes de que pueda formular una pregunta, su boca captura la mía otra vez. Al mismo tiempo, sus manos descienden por mi cuerpo hasta la parte trasera de mis muslos, y en un movimiento fluido me levanta del suelo. Le envuelvo la cintura con las piernas instintivamente, y me carga a través de la habitación.

Y me siento como si flotara.

Me lleva hasta la cama, recostándome con una delicadeza que contrasta con la urgencia de sus besos. Se apoya sobre mí, con los

brazos a cada lado de mi cabeza, mirándome con una expresión que me hace sentir vulnerable y poderosa al mismo tiempo.

—No soporté ver a ese tipo devorándote con los ojos —dice, con la voz casi como un gruñido.

Algo en mi pecho aletea descontrolado con sus palabras. —¿El de fútbol? ¿Jake? Él no estaba...

—Sí lo estaba, pero no lo culpo —interrumpe Linc, recorriendo mi clavícula con el dedo—. Em, perdóname por haberme ido corriendo la otra noche.

—Está bien —digo, aunque es mentira. Me confundió, y todavía me duele un poco.

—No lo está —dice—. Estaba empezando a sentir algo que no sé si estás lista para manejar, pero quiero que sepas que no fue por nada malo en ti...

Las palabras de mi abuela sobre que la honestidad es libertad resuenan en mi cabeza. Quiero preguntarle qué cambió, por qué esta noche se siente tan diferente a todos nuestros otros encuentros. Pero las preguntas se me quedan atascadas en la garganta, retenidas por el miedo: el miedo de que ponerle nombre a esto que hay entre nosotros pueda romperlo.

En lugar de eso, levanto los brazos y lo jalo hacia mí, dejando que mi cuerpo diga lo que mi voz no puede. Su peso se acomoda sobre mí, cálido y sólido y correcto. Me besa profundamente, su lengua deslizándose contra la mía, y yo me arqueo contra él, saboreando la fricción de su cuerpo contra el mío.

—Linc —susurro contra su boca, sin saber qué estoy pidiendo pero sabiendo que necesito más.

Su mano sube por mi muslo, empujando el dobladillo de mi vestido más arriba. —Dime qué quieres —murmura, dejando un rastro de besos por mi cuello.

—A ti —admito, la palabra escapándoseme antes de poder atraparla, aunque me doy cuenta de que podría interpretarse como querer sexo o querer algo más—. Te quiero a ti.

«TE DESEO.»

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, y juro por Dios que esquivan mi cerebro y van directas a mi polla. Aunque mi cerebro las alcanza enseguida, y las preguntas empiezan a atropellarse unas a otras. ¿Quiere decir que quiere sexo conmigo? ¿O también se ha enamorado?

Nuestros cuerpos siguen pegados, ella atrapada debajo de mí en la cama. Respira con dificultad, su pulso visible en el delicado hueco de su garganta. No puedo dejar de mirar ese punto del pulso, verlo aletear como un pájaro atrapado, desesperado por tocar...

«¿Linc?»

Parpadeo, dándome cuenta de que he estado callado demasiado tiempo. «Repite eso.»

«Te deseo», repite, y esta vez me acaricia la cara.

«¿Qué significa eso exactamente, Em?», pregunto con la voz vergonzosamente ronca. «Porque si esto es solo sexo, si es nuestro acuerdo...»

«No creo que alguna vez fuera solo sexo», dice, cortándome. Sus ojos son enormes, pozos oscuros que me arrastran hacia el fondo. «Al menos no para mí.»

La confesión me golpea como un slapshot en el pecho. El corazón me martillea contra las costillas, queriendo atravesarlas y

aterrizar directamente en sus manos. No aparta la mirada, no intenta retractarse, y todo contra lo que he estado luchando —cada sentimiento que he estado negando— sale a la superficie de golpe.

«He intentado con todas mis fuerzas respetar nuestras reglas», admito, las palabras raspándome la garganta al salir.

Una sonrisa le roza los labios. «¿Y cómo te está yendo?»

«Más o menos como mi plan de dejar el azúcar durante la temporada de hockey», digo con sequedad, y se ríe. «Por eso salí huyendo la otra noche. Estaba sintiendo demasiado, y me preocupaba que si me quedaba cerca de ti, haría o diría algo que haría saltar nuestro acuerdo por los aires.»

Los ojos se le abren de par en par, pero se queda callada.

A la mierda. Estoy cansado de luchar contra lo que quiero. Y lo que quiero es a ella —no solo en mi cama, sino en mi vida. No quiero ser su entrenador sexual. Quiero ser su novio. Reclamarla como mía. Acompañarla a clase. Besarla en público. Llevarle chocolate caliente después de sus clases de danza nocturnas. Quedarme dormido con ella entre mis brazos.

Inspiro hondo, con el estómago tenso por ese tipo de nervios previos al partido que no sentía desde mi primer encuentro universitario. «Propongo suspender la regla número tres.»

Se le agrandan ligeramente los ojos, la esperanza estallando en ellos como fuegos artificiales en el cielo. «¿Estás seguro?»

Trago con dificultad, la garganta repentinamente seca. «Tengo sentimientos por ti. De verdad. Del tipo que me dan ganas de darle un puñetazo a los jugadores de fútbol que te miran. Del tipo que me distraen durante los partidos. Del tipo que me hacen mirar el teléfono cincuenta veces al día con la esperanza de que me hayas escrito. Entiendo si quieres decir que no, pero...»

«Tengo un crush contigo desde Introducción a la Estadística el semestre pasado», dice, y las palabras le salen tan rápido que casi no las pillo.

«¿Qué?» Me incorporo sobre los codos, dándonos a los dos un poco más de espacio para respirar. «¿Desde el semestre pasado?»

Asiente, y entonces es como si se rompiera una presa. «Me pasé el semestre entero intentando concentrarme en la teoría asintótica o

lo que fuera que estuviera explicando el Dr. Sullivan, pero lo único en lo que podía pensar era en cómo mordías el lápiz cuando te concentrabas.

»Te sentabas tres filas delante de mí y un poco a la izquierda, y yo elegía mi asiento estratégicamente en cada clase para poder verte sin ser demasiado obvia, porque me habría muerto si lo hubieras sabido. Pero cada vez que respondías voluntariamente, me daba un subidón tonto.»

La miro completamente atónito. Todo este tiempo he estado luchando contra mis sentimientos, pensando que eran unilaterales, cuando ella lleva meses colada por mí. De repente, me pregunto si la regla número tres estuvo alguna vez en juego por su parte del trato.

Las manos le tiemblan nerviosas a los costados. «Y cuando Lea me dijo que tenías fama de ser bueno en la cama —que, déjame decirte, es como quedarse cortísimo— empecé a tener fantasías contigo.» Las mejillas se le tiñen de un rosa intenso. «Muchas fantasías. Muy explícitas.»

«Dios, Em», exhalo, incapaz de contener la sonrisa que se me extiende por la cara.

«Por eso te pedí que me enseñaras. Quería explorar esas fantasías con alguien en quien confiara. Nunca esperé enamorarme de verdad, pero aquí estamos, y ahora básicamente te estoy vomitando palabras encima porque mi cerebro está cortocircuitando por la ansiedad y la emoción a partes iguales, y me estás mirando como si yo fuera...»

Es evidente que su mente va a mil por hora, así que la corto de la única forma que sé: con mi boca sobre la suya. La beso profundamente, a conciencia, intentando volcar todo lo que siento en la conexión entre nosotros. Cuando finalmente me separo, los dos respiramos con dificultad.

«Nunca he deseado nada más que a ti», le digo, la voz áspera de honestidad. «Ni el hockey, ni la NHL, ni nada.»

Separa los labios sorprendida. «Demuéstramelo», susurra.

Esas dos palabras encienden algo primitivo dentro de mí. La beso otra vez, más fuerte esta vez, enmarcándole la cara con las manos.

Se me escapa un gemido cuando sus dedos se enredan en mi pelo, tirando justo lo suficiente para enviar escalofríos por mi columna. Trazo un camino con los labios a lo largo de su mandíbula, bajando por su garganta, deteniéndome en ese punto del pulso.

«¿Esto está bien?», murmuro, con las manos suspendidas en el dobladillo de su vestido.

«Más que bien», respira, y levanta las caderas para ayudarme.

Le deslizo el vestido por el cuerpo hacia arriba, revelando la extensión suave de sus muslos, la curva tierna de sus caderas, el borde de encaje de sus bragas. La ayudo a sacarse el vestido por la cabeza, dejando a la vista un sostén y unas bragas de encaje negro, y durante todo el proceso me observa con esos enormes ojos oscuros que llevan semanas persiguiéndome en sueños.

«Eres jodidamente preciosa», le digo, con la voz apenas por encima de un susurro.

Sus manos buscan los botones de mi camisa. «Yo también quiero verte.»

La ayudo con los botones, me quito la camisa de los hombros y la tiro a un lado. Se le abren los ojos al recorrer mi pecho y mis abdominales, y la apreciación desnuda en su mirada hace que el calor se acumule en la parte baja de mi estómago. He estado con muchas chicas, pero solo una me ha cautivado.

Inclinándome, le dejo un beso en el esternón, justo entre sus pechos. Sus manos se apoyan en mis hombros, las uñas clavándose ligeramente mientras bajo, trazando besos por su estómago. Los músculos bajo su piel suave se tensan y contraen a medida que llego a la cinturilla de sus bragas.

Alzo la mirada y la encuentro observándome con los labios entreabiertos y las mejillas encendidas. El aire entre nosotros está cargado, electrificado de deseo y de algo más profundo, algo que ya no me da miedo nombrar. La forma en que me mira —ansiosa, invitadora, confiada— me recorre las venas como una oleada de anticipación.

Esto no es solo otro rollo.

Es Em.

Esto es algo real.

Y me voy a asegurar de que no lo olvide jamás.

Engancho los dedos en la cinturilla de sus bragas, mirándola una vez más. «¿Puedo probarte?»

Se le entrecorta la respiración, y asiente tan rápido que sería cómico si no estuviera tan completamente absorto en lo hermosa que está: el pecho sonrojado, el pelo extendido sobre las almohadas, los ojos oscuros de deseo.

«Sí», consigue decir, la voz temblándole ligeramente. «Por favor.»

Le bajo las bragas por las piernas a un ritmo exasperantemente lento, saboreando cada centímetro de piel que revelo. Cuando llego a los tobillos, se las quito del todo y las lanzo a un lado, luego le separo los muslos con suavidad.

«Voy a tomarme mi tiempo contigo», le digo, presionando un beso en la cara interna de su muslo. «Hacer que te sientas tan bien que olvides hasta tu nombre.»

Su risa es entrecortada, nerviosa. «Es una meta bastante ambiciosa.»

«Soy un tipo bastante ambicioso», murmuro contra su piel.

Voy besándole muslo arriba, evitando deliberadamente donde más me necesita. Sus caderas se mueven inquietas, buscando contacto, pero le pongo una mano firme en el estómago para mantenerla en su sitio.

«Paciencia», susurro, sonriendo cuando resopla frustrada.

«Me estás torturando», se queja, pero sin verdadera mordida.

«Tortura implica que no lo estás disfrutando.» Trazo un camino con la lengua por el pliegue donde su muslo se une a su centro. «¿Es eso cierto?»

Se estremece. «Sabes que sí.»

«Quiero oírtelo decir.»

Una sonrisa le asoma a los labios. «Lo estoy disfrutando.»

«Bien.» Soplo suavemente contra su carne ardiente, viendo cómo se le eriza la piel. «Porque yo también estoy a punto de disfrutar.»

Agacho la cabeza y por fin la pruebo, una lamida larga y lenta que la hace jadear y arquearse en la cama. Su sabor me golpea la lengua y gimo contra ella. Sus dedos se hunden en mi pelo, aferrándose como si necesitara un ancla.

Me tomo mi tiempo explorándola con la lengua, aprendiendo qué le corta la respiración, qué le hace temblar los muslos. Cuando le rodeo el clítoris, su agarre en mi pelo se tensa hasta ser casi doloroso, y no puedo evitar sonreír contra ella.

«Ahí mismo», respira. «Dios, Linc, eso se siente...»

Le succiono suavemente el punto sensible, y lo que fuera que iba a decir se disuelve en un gemido. Animado por su reacción, deslizo un dedo dentro de ella, curvándolo hacia adelante para encontrar ese punto que la volverá loca.

«¡Oh!» Su espalda se despegas de la cama.

Establezco un ritmo, trabajándola con la lengua y los dedos hasta que se retuerce debajo de mí, su control desmoronándose con cada segundo que pasa. Es intoxicante saber que soy yo el que la está haciendo sentir así.

«Linc», jadea, los muslos tensándose alrededor de mi cabeza. «Estoy cerca.»

Inmediatamente bajo el ritmo, volviendo a caricias provocadoras y ligeras como plumas que la hacen gemir de frustración, negándole el clímax al que estaba tan cerca de llegar.

«No, no pares», suplica, intentando guiar mi cabeza de vuelta. «Por favor.»

«¿Por favor qué?», pregunto inocentemente, depositando un beso en la cara interna de su muslo.

Suelta un sonido que es mitad risa, mitad quejido. «Eres malvado.»

«No malvado», corrijo, rodeándole la entrada con el dedo. «Minucioso.»

«Por favor», repite, más desesperada esta vez. «Necesito...»

«¿Qué necesitas, Em? Dímelos.»

Su mano se tensa en mi pelo. «Necesito correrme. Por favor, Linc.»

La necesidad cruda en su voz envía una descarga de placer directa a mi polla. Vuelvo a poner mi boca en su centro, redoblo los esfuerzos, bebiendo cada jadeo y gemido que emite. Y entonces siento cómo su cuerpo se pone rígido, temblando en el filo.

«Eso es», murmuro contra ella. «Déjate ir.»

Y lo hace, con un grito que seguro oye toda la fiesta. Su cuerpo se convulsiona alrededor de mis dedos, y la acompaño durante todo el orgasmo, suavizando mis caricias a medida que las oleadas van cediendo.

Cuando por fin se relaja, deposito un último beso suave en su centro y me echo hacia atrás para mirarla. Es una visión: ojos entornados, mejillas encendidas, pecho agitado. No he visto nada más hermoso en mi vida.

«Ven aquí», dice, con la voz ronca.

Subo por su cuerpo, esperando besarla, pero me sorprende empujándome el pecho. Por un momento estoy confundido, hasta que consigue invertir nuestras posiciones, a horcajadas sobre mí con una confianza recién descubierta.

«Mi turno», declara, con los ojos brillando de picardía.

Mi polla palpita al verla encima de mí, todavía desnuda salvo por el sostén, pareciendo una especie de diosa vengadora del sexo. «¿Qué tienes en mente?»

Me recorre el pecho con los dedos, deteniéndose en la cintura de mis vaqueros. «Creo que es hora de que te enseñe un par de cosas.»

«¿Ah, sí?» No puedo evitar la sonrisa que se me extiende por la cara.

Asiente, desabrochándose el sostén y dejándolo caer. «Voy a hacer que supliques», dice, irradiando confianza mientras trabaja en mis vaqueros.

Se me acelera el pulso con sus palabras. Esta es una faceta de Em que no he visto antes —atrevida, firme, al mando— y es lo más caliente que he presenciado en mi vida. Un segundo después, mi polla queda libre, la erección abultándose.

«Quiero probar algo», dice de repente, un atisbo de nerviosismo colándose de vuelta en su voz.

«Lo que sea», respondo de inmediato, porque ahora mismo probablemente aceptaría atracar un banco si me lo pidiera.

Se muerde el labio, como reconsiderándolo, y luego dice: «Quiero... quiero que nosotros... al mismo tiempo.»

Tardo un segundo en pillar lo que quiere decir, y cuando lo hago, mi cerebro casi se cortocircuita. «¿Quieres un sesenta y nueve?»

Asiente, su confianza vacilando brevemente. «¿Te parece bien?»

«Me parece más que bien», le aseguro, con la voz áspera de deseo.

Con algo de maniobras, nos colocamos: yo boca arriba, ella encima de mí, mirando en dirección contraria. La vista es espectacular: la curva de su culo, el rosa reluciente de su sexo, todavía sensible por el orgasmo. Le pongo las manos en las caderas, guiándola hacia mi boca.

Al primer toque de mi lengua, gime, y la vibración viaja a través de su cuerpo hasta el mío. Entonces, sin previo aviso, siento el calor húmedo de su boca envolviéndome, y es mi turno de gemir. Ella tararea en respuesta, la vibración casi insoportable contra mi piel sensible.

Redoblo mis esfuerzos, decidido a igualarla caricia por caricia, lamida por lamida. Rápidamente se convierte en una especie de juego: cada uno intentando hacer que el otro pierda la concentración. Cuando le succiono el clítoris, su ritmo se tambalea. Cuando me rodea la punta con la lengua, me olvido momentáneamente de lo que estoy haciendo.

Estoy tan absorto en las sensaciones —su sabor en mi lengua, su boca rodeándome— que tardo un momento en darme cuenta de que hemos encontrado un ritmo, una sincronización perfecta. Es como si bailáramos juntos, cada movimiento fluyendo hacia el siguiente, construyendo algo monumental.

La conexión entre nosotros nunca ha sido tan fuerte. Ya no es solo física: es algo mucho más profundo, mucho más intenso. Con cada caricia de su lengua, cada arco de su cuerpo, siento que nos entrelazamos más, nos unimos más, nos fundimos más.

Noto que se está acercando otra vez. Los muslos le tiemblan alrededor de mi cabeza, sus movimientos volviéndose más erráticos. Yo no estoy muy lejos, la presión acumulándose hasta un nivel casi insoportable.

«Em», consigo advertirle, separándome de ella un momento. «Estoy cerca.»

No se detiene, no se aparta. En lugar de eso, me toma más profundamente, una mano bajando para acariciarme los huevos con suavidad. La doble sensación me empuja justo al borde, y me cuesta mantener la concentración suficiente para seguir dándole placer. Quiero que nos corramos juntos, quiero compartir este momento por completo.

Me concentro en su clítoris, alternando entre succiones suaves y lamidas firmes, mis dedos todavía trabajando dentro de ella. Su cuerpo se tensa a mi alrededor, y sé que está justo ahí, conmigo.

«Ahora», jadeo contra ella. «Córrete conmigo, Em.»

Como si mis palabras fueran el detonante que estaba esperando, se deshace, su cuerpo convulsionándose mientras grita contra mi polla. La sensación de sus gemidos vibrando alrededor de mí, combinada con su orgasmo, me lanza al vacío.

El orgasmo me arrasa con una intensidad que me deja sin aliento, y Em traga todo lo que le doy, su garganta trabajando alrededor de mí, prolongando mi descarga.

El tiempo queda suspendido mientras cabalgamos las olas juntos, nuestros cuerpos conectados de la forma más íntima posible. En este instante, no hay barreras entre nosotros: ni físicas ni emocionales.

A medida que las réplicas se desvanecen, Em se mueve con cuidado, girándose para desplomarse a mi lado. Los dos respiramos con dificultad, cubiertos por una fina capa de sudor, completamente agotados.

Yacemos uno junto al otro durante varios minutos, recuperando el aliento. El único sonido en la habitación es el de nuestros latidos, que se van calmando gradualmente. Em tiene la cabeza apoyada en mi pecho, su pelo derramándose sobre mi piel como seda líquida. Le trazo dibujos en el hombro desnudo, sin terminar de creerme lo que acaba de pasar entre nosotros.

«Eso ha sido...» Deja la frase en el aire, aparentemente sin palabras.

«Sí», coincido, porque ¿qué más se puede decir?

¿Fenomenal?

¿Alucinante?

¿Transformador?

Ninguno parece suficiente.

Todavía la saboreo en mi lengua, todavía siento el eco de su cuerpo contra el mío. Algo fundamental ha cambiado entre nosotros. Lo que empezó como un simple acuerdo se ha transformado en algo infinitamente más complicado, e infinitamente mejor.

Me muevo un poco, incorporándome sobre un codo para mirarla bien. Tiene los labios hinchados de nuestros besos, el pelo hecho un desastre magnífico, la piel todavía sonrojada. Hay una vulnerabilidad en sus ojos que me provoca un dolor de ternura en el pecho.

Incapaz de resistirme, me inclino y le capturo los labios una vez más. Suspira dentro de mi boca, sus brazos rodeándome el cuello mientras me atrae hacia ella. Vuelco todo lo que siento en ese beso: deseo, cariño, esperanza. El sabor de los dos se mezcla en nuestras lenguas, haciendo la conexión aún más íntima.

Podría quedarme aquí para siempre, envuelto en ella, olvidándome de que el mundo existe.

Que es justo cuando el mundo decide recordarnos que sigue ahí.

Un golpe seco y atronador en la puerta nos hace saltar a los dos.

«¡Por el amor de Dios, búsquense una habitación!» La voz de Lea llega amortiguada pero con una diversión inconfundible.

Em estalla en carcajadas contra mi pecho, la vibración haciéndome cosquillas en la piel. «Ya tenemos una habitación», responde. «Esto es literalmente una habitación.»

«¡Ya sabes a lo que me refiero!» La exasperación de Lea es evidente incluso a través de la puerta. «¡Una que no sea la de mi novio, donde todo el equipo de hockey pueda oírlos!»

Em hace una mueca, hundiendo la cara en mi hombro. «¿Tan alto fue?»

«Digamos que tienes unos pulmones impresionantes», murmuro, besándole la coronilla.

«Tienen treinta segundos antes de que mande a Maine con una cámara», amenaza Lea.

Em se incorpora de golpe, los ojos abiertos como platos de horror. «No se atrevería.»

«Se atrevería totalmente», confirmo, ya buscando mis vaqueros.

Em se desliza fuera de la cama, buscando su ropa desperdigada. Intento ayudar, pero sobre todo me quedo mirándola desnuda en la penumbra. La curva de su cintura, la línea suave de su columna, los hoyuelos en la parte baja de su espalda... quiero memorizar cada centímetro de ella.

«¿Qué?», pregunta, pillándome mirando mientras se pone las bragas.

«Nada», digo, sonriendo mientras me abrocho la camisa. «Solo pensaba en la suerte que tengo.»

Pone los ojos en blanco. «Tanta suerte que estamos a punto de hacer el paseo de la vergüenza.»

Después de ponerse el sostén, le paso el vestido, y se lo mete por la cabeza con un solo movimiento fluido. Mientras ella se alisa el pelo y yo termino con los botones, se me ocurre algo. Algo que llevo tiempo queriendo preguntar, pero nuestro inicio poco convencional ha hecho que pareciera fuera de orden.

«Em», digo de repente, el corazón acelerado de una forma que no tiene nada que ver con lo que acabamos de hacer.

«¿Mmm?» Está ocupada ajustándose el vestido, aparentemente ajena a que estoy teniendo una pequeña crisis interna.

«Déjame llevarte a una cita.» Las palabras salen antes de que pueda darles demasiadas vueltas. «Mañana.»

Se le quedan las manos quietas y me mira con esos ojos amplios y expresivos. «¿Una cita?»

Una sonrisa lenta se le extiende por la cara. «Me encantaría. Y después, podemos tener sexo.»

La franqueza de su declaración me pilla desprevenido. He pasado tanto tiempo tratándola con delicadeza, desesperado por no traumatizarla ni hacer que saliera corriendo, y ahora me suelta esa bomba. Se me escapa una carcajada, genuina, dichosa.

«¿Qué?», pregunta, de repente cohibida.

«Nada malo», le aseguro. «Me apunto.»

Su sonrisa vuelve, más brillante que antes. «Me alegro», dice.

«¿Lista para dar la cara?», pregunto, ofreciéndole la mano.

Em la toma, entrelazando nuestros dedos. «Todo lo lista que voy a estar.»

Le doy un apretón tranquilizador antes de girar el pomo. La repentina inundación de luz del pasillo nos hace a los dos entrecerrar los ojos, y Em me aprieta la mano mientras salimos del dormitorio.

En el momento en que aparecemos, es como caminar bajo un foco. El pasillo se ha llenado misteriosamente con la mitad del equipo de hockey, todos con sonrisas de comemierda que me dicen que nunca dejaré de oír sobre esto.

«¡Eh, eh, eh!» grita Maine, su voz tonante elevándose por encima de la música que sigue sonando desde el salón. «¿Alguien tiene un cigarrillo para estos dos?»

La cara de Em se tiñe de rojo intenso, pero tiene una inclinación desafiante en la barbilla que me hincha el pecho de orgullo. Y de algo más: algo que se parece peligrosamente a enamorarse.

«Por favor, díganme que al menos cambiaron las sábanas», dice Declan.

«Tranquilo», le digo. «Nos quedamos por encima de las mantas.»

Mientras avanzamos por el pasillo, Em localiza la mirada de Lea al otro lado de la sala. Su compañera de cuarto nos observa con curiosidad sin disimular. Em le hace un pequeño gesto de pulgar arriba, y la cara de Lea se ilumina con una sonrisa radiante.

«Entonces», dice Maine, poniéndose a mi lado mientras nos dirigimos a la puerta principal, «¿esto ya es, tipo, oficial? Porque tengo veinte dólares apostados...»

«¿Apostaron por nosotros?», pregunta Em, más divertida que ofendida.

Maine se encoge de hombros, sin una pizca de arrepentimiento. «Tradición del equipo. Apostamos por todo.»

«Es oficial», dice Em.

«¡GANADOR!» grita Maine, provocando vítores de la mitad de los chicos y quejidos del resto.

Em hunde la cara en mi hombro un momento, su cuerpo sacudiéndose de risa. «Bueno, esto no es humillante en absoluto.»

Le levanto la barbilla y le planto un beso rápido en los labios. «Pero valió la pena, ¿no?»

Su sonrisa es respuesta suficiente.

EL CUCHILLO produce un golpe satisfactorio contra la tabla de cortar mientras pico una cebolla con precisión ensayada. Hay algo terapéutico en cocinar: la promesa de satisfacción cuando todo encaja. Un poco como el hockey. Un poco como el sexo.

Definitivamente como anoche con Em.

No puedo contener la sonrisa que se me extiende por la cara mientras pienso en ese encuentro por quincuagésima vez. En ella. En cómo me miró cuando estábamos en la habitación de Declan, con los labios todavía hinchados de mis besos, los ojos brillantes con algo que no era solo deseo.

«Te deseo».

Esas palabras siguen resonando en mi cabeza, pero no solo por lo que provocaron en el plano físico. Es el peso detrás de ellas lo que me tiene sintiéndome como si hubiera marcado un hat trick en el partido más importante de mi vida. Ella me desea, y joder si yo no la deseo a ella con la misma intensidad.

Recojo la cebolla picada en un bol y paso a los pimientos, y el cuchillo se desliza por la carne crujiente con mínima resistencia. La receta pide rojo y amarillo, pero también compré verde porque me gusta el contraste de color. Mi padre siempre dice que la presentación importa tanto como el sabor.

—Eh, ¿a qué viene todo esto?

Levanto la vista y me encuentro a Mike en el umbral de la cocina, con las cejas levantadas mientras inspecciona lo que hay desplegado por nuestra encimera: hierbas frescas, pollo marinando, una botella de vino decente en la que me dejé un dineral... un despliegue muy superior a cualquier cosa que haya preparado jamás para las cenas del equipo.

—Noche de cita —digo, con una mezcla extraña de orgullo y timidez—. Em viene a cenar.

—¿No jodas? —Mike sonríe, cojeando hacia el refrigerador—. Vaya, Lincoln García por fin listo para sentar cabeza...

El calor me sube por el cuello.

—Puede ser...

Saca un Gatorade y se apoya en la encimera, mirándome con un interés nuevo.

—Maine estaba prácticamente haciendo un baile de la victoria.

—Me lo imagino —me río—. ¿Tú de qué lado de la apuesta estabas?

—Sin comentarios. —Esboza una sonrisa, otro destello del Mike de antes que está volviendo poco a poco—. Entonces... ¿le estás cocinando?

—Es solo piccata de pollo. —Me encojo de hombros, intentando quitarle importancia al esfuerzo que llevo invirtiendo—. Nada del otro mundo.

—Ya. —Mike resopla—. Solo piccata de pollo con... —se asoma a mi bol— ¿pasta casera? Hermano, nunca cocinas así para el equipo... Me siento herido.

—El equipo come como una manada de lobos hambrientos —señalo—. No apreciarían el sutil perfil de sabor del limón con las alcaparras.

—¿El sutil qué? —Mike se ríe—. Escúchate, como Gordon Ramsay o algo así.

—¿No tenías que estar en algún sitio? —digo con buen humor, echando los pimientos en otro bol.

—Hasta luego no. —Da un trago a su Gatorade, estudiándome por encima de la botella—. ¿Cómo lo llevas con Brown?

Mi cuchillo se detiene una fracción de segundo antes de que retome el corte.

—Bien.

—¿Bien? —Arquea una ceja—. Nos han pateado el culo tres años seguidos.

—Y este año no lo harán —digo con más confianza de la que siento—. Tenemos más profundidad.

—No, no la tenemos... —Mike se ríe—. Declan dejó el equipo, y yo llevo una eternidad sin jugar...

—Profundidad de alma, imbécil —sonríe—. Ahora que Em está a mi lado, voy a marcar un hat trick en cada partido.

—Eso es tan ñoño que me dan arcadas —dice Mike con sequedad—. ¿Llevas ensayando esa frase para la rueda de prensa?

Me río, pero la verdad es que he estado intentando activamente no pensar en el partido contra Brown. No solo porque estén cargados de talento, sino porque mis padres vienen. Y aunque los quiero —los quiero, con todo— la perspectiva de mi madre en las gradas todavía me llena de un extraño temor latente.

Llevo tres días sin responder a sus mensajes. Tres días esquivando sus textos cada vez más frecuentes sobre ojeadores de la NHL que podrían estar en el partido, sobre cómo el señor Harrison de su club de lectura tiene un primo que trabaja para la organización de los Capitals, sobre lo orgullosa que está de su «superestrella».

Cada mensaje añade más peso a mis hombros, otra expectativa que temo no cumplir. Y ahora ha enviado veinte —veinte— fotos de las socias de su club de lectura apiñadas alrededor de un portátil viendo la retransmisión de mi último partido. Veinte ángulos diferentes de señoras de mediana edad en rebecas sosteniendo carteles hechos a mano.

No sé si sentirme conmovido u horrorizado.

—Eh, Linc, ¿sigues aquí? —dice Mike, agitando una mano delante de mi cara—. ¿Dónde te has ido, hermano?

Parpadeo, de pronto consciente de que llevo un minuto entero mirando la misma zanahoria.

—Perdona, estaba... pensando en el partido.

—Y una mierda —dice Mike, pero no insiste. En su lugar, cambia ligeramente de tema—. Van a subir para el partido, ¿no? Tus padres.

Asiento, concentrándome intensamente en la zanahoria que estoy cortando en juliana.

—Sí.

—¿Tu madre sigue bombardeándote el móvil con lo de los ojeadores?

Otro asentimiento.

—Madre mía. —La risa de Mike es mitad compasión, mitad diversión genuina—. Se lo está tomando muy en serio esto de ser madre de jugador de hockey, ¿eh?

—Tiene una camiseta personalizada que dice «La Mamá de Linc» en la espalda —digo, y las palabras me salen más planas de lo que pretendía—. Con pedrería.

Mike intenta contener la sonrisa y fracasa estrepitosamente.

—Eso es...

—¿Horroroso? ¿Mortificante? ¿Una razón válida para fingir mi propia muerte?

—Iba a decir «entregada», pero claro, quédate con mortificante.

Me paso una mano por el pelo.

—Sé que debería estar agradecido. Hay tipos cuyos padres no van nunca a un partido.

—Como los míos...

—Ya lo sé, pero... —exhalo despacio, escogiendo las palabras con cuidado, porque sé que Mike daría lo que fuera por tener a sus padres en un partido—. Es mucha presión, ¿sabes?

Las palabras quedan suspendidas en el aire. Si la cago con ella mirando, la decepción será insoportable. Si la cago con ella mirando, intentará dirigirme desde las gradas. Si la cago con ella mirando, el peso de sus sueños para mí podría terminar de aplastarme los pulmones.

Mike me mira fijamente durante un largo momento, y casi puedo ver cómo sopesa si ofrecerme un consejo o dejarlo estar. Al final, opta por cambiar de tema, y se lo agradezco. Hay un momento y un lugar para este tipo de conversación, y me alegro de que se haya dado cuenta de que no es ahora, antes de mi cita.

—Bueno. —Se endereza, lanzando la botella vacía de Gatorade al contenedor de reciclaje—. ¿Estás nervioso?

—¿Por el partido? —Frunzo el ceño.

—Por cocinar para Em. —Señala el despliegue otra vez—. Es mucho esfuerzo para una chica con la que ni siquiera salías hace un día.

Me relajo un poco, agradecido por el giro.

—Quiero que salga bien.

Eso se queda corto. Quiero que sea perfecto. No solo la comida, todo. El ambiente, la conversación, el inevitable momento en que acabemos en mi habitación. Quiero hacer bien esto de estar en pareja. Sobre todo con ella.

—Bueno, no voy a estropear el plan —dice Mike—. Me iré a casa de Maine esta noche.

—No hace falta que...

—Créeme, sí. —Mike pone cara de asco—. Las paredes son finas, hermano. Finas.

El calor me trepa por el cuello otra vez.

—Eso no es, o sea, nosotros no...

—Guárdatelo para tu diario, Casanova. —Mike levanta la mano—. Simplemente disfruta.

La insinuación queda flotando en el aire, y no puedo fingir que no lo he pensado. Estar con Em del todo. Dar ese paso juntos, ahora que me ha dicho que está lista. No es que no haya tenido sexo de sobra antes, pero esto se siente distinto. Importante.

—Gracias —digo al fin.

—De nada. —Mike se despegas de la encimera—. Y ¿Linc?

—¿Sí?

—Le gustarías aunque hubieras pedido una pizza.

Abro la boca para responder, pero ya se ha ido, dejándome solo con mis pensamientos otra vez. Lo primero que pienso al volver a la tabla de cortar, retomando mi preparación metódica, es lo agradable que es tener de vuelta al Mike de antes. Lo segundo es que Em estará aquí en menos de una hora.

Así que, por ahora, empujo los pensamientos sobre hockey, mi madre y los ojeadores al fondo de mi cabeza. Esta noche no va de

nada de eso. Esta noche va de Em —de nosotros— y de ver adónde puede llevarnos lo que hay entre los dos. Y, como obedeciendo a una señal, el móvil vibra en la encimera.

Es de Em:

De camino. Muero por ver qué estás preparando... y no me refiero solo a la cena.

Los labios se me curvan en una sonrisa mientras leo el mensaje. Pase lo que pase en mi vida, esto —aquí, ahora mismo— se siente como una victoria.



El sonido de tres golpes suaves me hace prácticamente saltar hacia la puerta. Llevo la última media hora listo, comprobando la hora periódicamente, limpiando encimeras que ya estaban limpias y ajustando el regulador de luz exactamente diecisiete veces. Y, lo más importante de todo, la comida está lista.

Y yo también.

Cuando abro la puerta, Em está ahí con un vestido negro sencillo que se le ciñe a las curvas en todos los sitios correctos. El pelo le cae en ondas sueltas sobre los hombros, y un toque de maquillaje le acentúa los ojos. Tardo un segundo en recordar cómo se forman las palabras.

—Hola —consigo decir al fin.

Me inclino y le doy un beso suave en los labios, tentativo, como si todavía estuviéramos descifrándonos. Porque así es. La fiesta fue hace dos noches, y no nos hemos visto desde entonces. Hemos estado escribiéndonos sin parar, pero esta es nuestra primera cita oficial como... lo que sea que seamos ahora.

—Estás increíble —le digo.

—Gracias. —Se le colorean un poco las mejillas—. Tú tampoco estás nada mal arreglado.

—Llevo una camisa y vaqueros —digo—. Tú vas vestida para una pasarela...

Sonríe.

—Tendrás que compensarlo cuando nos desvistamos...

Casi me atraganto, y la tomo de la mano.

—Espero que tengas hambre.

—Me muero de hambre —responde, mirando alrededor del departamento—. Huele increíble.

La conduzco hasta la cocina, donde he conseguido montar la mesa pequeña. Dos velas parpadean en el centro —las robé del cajón de emergencias de Mike, pero Em no tiene por qué saberlo— y solo unas pocas lámparas de pie proporcionan una luz tenue.

—Guau. —Se detiene en el umbral, asimilándolo todo... la comida... el vino... el ambiente...—. Considérame impresionada. ¿Qué cenamos?

—Piccata de pollo con pasta, y —me acerco al horno, abriéndolo con dramatismo— pan recién hecho.

—¿Has hecho pan? —Se le abren los ojos—. ¿Desde cero?

—No pongas esa cara de sorpresa. —Saco la hogaza dorada del horno, colocándola sobre una tabla para que se enfríe—. Pero sí, he hecho el pan y la pasta...

Me mira como si me hubiera salido un cuerno, y luego se apoya en la encimera, observándome trabajar.

—¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—Con mi padre, en realidad. —Remuevo el pollo una última vez antes de apagar el fuego—. Trabaja en una ONG que proporciona comidas a niños. Todos los sábados íbamos de voluntarios a una cocina comunitaria. Tendría unos diez años cuando me pusieron por primera vez a preparar verduras.

—Eso... no me lo esperaba. —Ladea ligeramente la cabeza—. Pero ¿no habrías aprendido a cocinar comida cubana?

—Claro, pero pillé algunos trucos más viendo Food Network —me encojo de hombros—. Pensé que te gustaría la comida italiana...

—Me encanta. —Em me dedica una sonrisa que me enciende cada célula del cuerpo—. La próxima vez te cocino yo algo francés...

—Trato hecho. —Le dedico una sonrisa mientras emplazo, disfrutando de cómo Em observa el movimiento de mis manos—. Al principio era terrible. Casi me corto un dedo intentando picar

cebollas. —Levanto el índice izquierdo, mostrándole una fina cicatriz blanca—. Pero fui mejorando.

—Eso es muy bonito. —Em acepta el plato que le tiendo—. ¿Así que tu padre y tú se unieron a través de la cocina?

—Sí. A él nunca le fue el hockey, así que cocinar era lo nuestro. —Le hago un gesto para que se siente—. Algo de comida cubana, pero un poco de todo, en realidad.

Me siento enfrente de ella y nos sirvo a cada uno una copa de vino.

—Lo gracioso es que la mayoría del tiempo ahora solo cocino para el equipo de hockey —continúo—. Pruébalo antes de que se enfríe.

Em lo prueba y emite un sonido que roza lo obsceno.

—Dios mío, Linc. Tu padre es oficialmente mi héroe.

—Me alegra que te guste.

Da otro bocado, cerrando los ojos otra vez.

—Mi abuela fue la que me enseñó a cocinar a mí.

—¿Sí? —No estoy simplemente manteniendo la conversación: de verdad quiero saber más de ella.

Asiente, tragando antes de hablar.

—A mamá le encanta cocinar, pero siempre está trabajando. Era la abuela Penelope la que hacía las comidas. Le encantarías, por cierto.

—¿Porque aprecio la buena comida?

—Eso, y porque tiene debilidad por los jugadores de hockey. —Em sonrío de medio lado—. Pero tendrás que descubrir una pasión por la telerrealidad si vamos a seguir juntos.

La naturalidad con la que habla de un futuro conmigo me hace dar un vuelco el corazón, y me río, casi atragantándome con el vino.

—Tu abuela suena a todo un personaje.

—No tienes ni idea. Es como el ochenta por ciento de mi personalidad, pero con más palabrotas en francés.

Comemos en un silencio cómodo durante un momento, y me descubro mirándola, todavía sin acabar de creerme que está aquí, en mi departamento, en una cita conmigo. Es algo que se siente tan

bien en la médula de los huesos que no puedo creer que casi no me permití tenerlo.

—¿Y tu madre? —pregunta Em, sacándome de mi ensimismamiento—. Mencionaste que le va mucho tu hockey.

—Eso... se queda corto. —Intento mantener un tono ligero—. Mamá es mi mayor fan. Es genial, siempre cree en mí, pero a veces es...

—¿Demasiado? —ofrece Em con suavidad.

Levanto la vista, sorprendido por su perspicacia.

—Sí —digo, y luego hago una pausa—. Perdona, suena a queja.

—No suena a queja. —Extiende la mano por la mesa para tocar la mía—. Suena humano. Como si estuvieras intentando descifrar dónde terminan sus sueños y empiezan los tuyos.

—Supongo que sí. —Giro la mano para entrelazar nuestros dedos—. ¿Por qué eres tan sabia, Amélie Dubois?

—Bueno, dicen que el chocolate negro y los aguacates te hacen más inteligente, y mi cuerpo es un ochenta por ciento esos dos alimentos, así que... —Sonríe—. Tienes tiempo para averiguarlo, Linc...

—Solo me queda un semestre —le recuerdo.

—Es tiempo de sobra. —Su pulgar traza dibujos en mi palma—. Y oye, yo también estoy descubriendo cosas. Como el tema de acostarme con chicos.

Se me corta la respiración.

—¿Con chicos en general? ¿O con uno en concreto?

Sus ojos se encuentran con los míos, con un brillo travieso.

—Estoy pensando en reducir la lista a uno...

—Buena elección. —Me inclino hacia delante, bajando la voz—. He oído que los jugadores de hockey tienen una resistencia excelente.

—Eso he oído. Pero necesitaría evidencia empírica.

A estas alturas, la comida ya casi se ha terminado, y nosotros definitivamente hemos terminado con la comida. Así que me levanto, todavía sujetándole la mano, y rodeo la mesa hasta quedar justo al lado de su silla. Me inclino y la beso como es debido esta vez, lento y profundo, lo más romántico que sé hacerlo.

—¿Qué tal eso como evidencia? —murmuro contra sus labios.

—No es concluyente. —Sus dedos se me enroscan en la camisa—. Necesito una muestra más grande.

La beso otra vez, más fuerte, deslizando la mano por su pelo. Su boca se abre bajo la mía, y le recorro el labio inferior con la lengua. Sabe a la cena y al vino que acabamos de compartir, y aun así, de alguna manera, ambos saben mucho mejor así. Y, cuando nos separamos, los dos respiramos con dificultad.

—He hecho postre —le digo, con nuestras caras a centímetros de distancia—. Flan. Es la receta de mi abuela y creo que...

—O... —Me interrumpe y se pone de pie, pegándose a mí—. Podríamos saltarnos el postre.

El corazón me martillea contra las costillas.

—¿Estás segura? No tenemos que precipitarnos...

—Linc. —Me pone las manos a ambos lados de la cara, mirándome directamente a los ojos—. Te agradezco que seas considerado, pero estoy lista.

Esas dos palabras envían una oleada de calor por todo mi cuerpo. He tenido cuidado de no presionar, de dejar que ella marque el ritmo. Incluso después de la fiesta, cuando nos confesamos lo que sentíamos, sabía que todavía teníamos que ir despacio. Pero ahora que ella ha dado el pistoletazo de salida, apenas puedo contenerme.

—Recalentamos las sobras luego... —me río—. Y nos comemos el flan de desayuno.

Se muerde el labio otra vez.

—Llévame a tu habitación, Linc.

No necesito que me lo digan dos veces. La tomo de la mano, dejando atrás los platos y las velas y la cena cuidadosamente planeada. Lo único que importa ahora es ella: esta chica brillante, divertida y preciosa que de alguna manera me desea tanto como yo a ella.

Mientras caminamos por el pasillo, siento una curiosa mezcla de excitación y nervios. No es mi primera vez, ni de lejos, pero se siente como si lo fuera. Porque con Em, todo se siente diferente. Todo se siente nuevo e importante y maravilloso.

Me detengo frente a la puerta de mi habitación, girándome para mirarla una última vez.

—¿Estás segura de esto?

Su respuesta es tirar de mí hacia abajo para otro beso, su cuerpo suave y cálido contra el mío.

—Nunca he estado más segura de nada —susurra.

LA PUERTA del dormitorio de Linc se siente como un portal a otra dimensión: una donde no soy la chica asustada que salió huyendo de un chico en una fiesta hace cinco años. Una donde soy simplemente Amélie Dubois, una mujer que quiere acostarse con su novio increíblemente guapo.

Un momento.

¿Novio?

¿Eso es lo que somos ahora?

Típico de mi cerebro elegir justo el umbral de mi primera experiencia sexual consensuada para tener una crisis existencial sobre la relación. Un clásico de sincronización. Hemos tenido la conversación de «me gustas y quiero salir contigo», pero nadie dijo específicamente «novio» o «novia», y...

—¿Em? —La voz de Linc atraviesa mi espiral mental. Su mano, cálida y firme, me acuna la mejilla—. ¿Sigues conmigo?

Parpadeo rápidamente, obligándome a volver al momento presente.

—¡Sí! ¡Perdona! Solo... pensando.

—¿En qué? —Su pulgar me recorre el labio inferior, enviando escalofríos por toda mi columna.

—En lo agradecida que estoy de que mi abuela me dijera que confiara en ti y fuera honesta. —No es exactamente lo que estaba

pensando, pero es verdad de todos modos. Si no fuera por ella, podría haberme alejado de algo que podría ser increíble por miedo a que me hicieran daño.

Linc alza las cejas, con diversión bailándole en los ojos.

—¿Debería empezar a preocuparme de que tu abuela aparezca mientras hacemos esto?

Me echo a reír, y la tensión se evapora de mis hombros.

—Dios, espero que no. Aunque probablemente ofrecería consejos. Es... poco convencional.

—Eso me ha quedado claro. —Su sonrisa es suave, con arruguitas en las comisuras de los ojos mientras me estudia—. Pero me alegro de que te diera un buen consejo.

La risa me ancla, recordándome que esto es Linc: el chico que ha pasado semanas enseñándome a sentirme cómoda con la intimidad, que nunca me ha presionado, que siempre se ha asegurado de que me sintiera segura.

—Estoy nerviosa —admito, jugueteando con el dobladillo de mi vestido—. Pero no asustada. Solo... es algo importante para mí.

—Lo sé. —La voz de Linc es baja, seria—. Podemos tomarnos todo el tiempo que necesites. O podemos parar si...

—No. —Le pongo el dedo en los labios—. Quiero esto. Te quiero a ti. Llevo soñando con este momento desde... —Me callo, notando cómo el calor me sube a las mejillas.

Sus ojos se oscurecen.

—¿Desde cuándo?

—La clase de estadística. El semestre pasado. —Mi confesión sale de golpe—. Llevabas esa camiseta granate con las mangas remangadas, y... ¿sabes cuando en los dibujos animados hay esas escenas en las que alguien mira un pavo y de repente se transforma en ese pavo asado jugoso con, no sé, las líneas de lo delicioso saliendo de él? Eso fue lo que pasó. Excepto que tú eras el pavo. Espera... eso no ha sonado bien.

Los hombros de Linc se sacuden con una risa contenida.

—Yo era el... ¿pavo?

—¡El delicioso! ¡Con las líneas! —Agito las manos, intentando salvar mi metáfora desastrosa—. ¿Sabes qué? Hagamos como que

nunca dije eso. De hecho, no mencionemos el pavo nunca más. Ya no está en el menú. Está muerto para nosotros, como mi dignidad.

Ya ni intenta disimular su diversión; se le escapa una carcajada de cuerpo entero.

—Eres adorable.

—Soy un desastre —le corrijo. Pero su risa ha disipado el último resto de mi ansiedad. Esto está bien. Esto es lo correcto.

Respiro hondo y entro del todo en su habitación, cruzando ese límite invisible. Linc me sigue y cierra la puerta con un clic. El sonido se siente definitivo, como el punto final de una frase. Hemos estado en su habitación antes, pero ahora se siente distinto.

—Gracias —digo de repente, girándome para mirarlo de frente.

Frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Por ser paciente. Por enseñarme. Por no ser un imbécil cuando me entró el pánico.

—Em...

—No, necesito decir esto. —Le tomo las manos, sacando fuerzas del contacto—. Podrías haberte liado con otra persona. Alguien que no viniera con mi equipaje. Pero no lo hiciste. Y esto... —hago un gesto entre los dos— es tu recompensa.

Sonríe con tanta calidez que me derrite.

—No es un sistema de recompensas, Em. Estoy contigo porque quiero estar. Porque me gusta quién eres.

—Qué bonito. —Doy un paso más cerca, eliminando el espacio entre nosotros—. Pero igualmente te voy a hacer ver las estrellas como agradecimiento.

Su risa se amortigua contra mis labios cuando lo atraigo hacia abajo para besarlo, volcando todo el deseo contenido en él. No me sacio, y mis manos están por todas partes —en su pelo, en sus hombros, forcejeando con los botones de su camisa— mientras su cuerpo se aprieta contra el mío, sólido y reconfortante.

Tropezamos hacia la cama, un enredo de extremidades y besos cada vez más frenéticos. Soy consciente de mi propia urgencia, de mi necesidad de por fin, por fin tenerlo dentro de mí después de semanas de lecciones y provocaciones y deseo acumulado. Busco la

cremallera de mi vestido, luchando por bajarla mientras le mantengo los labios pegados a los suyos.

Linc se ríe contra mi boca y me atrapa las manos cuando forcejeo con la cremallera.

—Eh, sin prisas —murmura—. Quiero que saborees esto.

Me gira con suavidad, sus dedos reemplazando los míos en la cremallera. A diferencia de mis intentos frenéticos, él se toma su tiempo, bajándola centímetro a centímetro. Cada nueva porción expuesta de mi espalda recibe un beso suave, sus labios trazando un camino deliberado por mi columna que deja la piel de gallina a su paso.

Cuando la cremallera llega al final, desliza las manos dentro de la tela suelta y me la baja de los hombros. El vestido cae a mis pies, dejándome con un sostén de encaje negro y unas bragas a juego. Los había elegido con cuidado, queriendo sentirme sexy y segura en este momento, y queriendo impresionarlo.

Linc inhala bruscamente, su mirada recorriéndome con una intensidad que me hace sentir vulnerable y poderosa al mismo tiempo.

—Eres preciosa —dice.

Le busco la camisa, desabotonándola con manos más firmes ahora.

—Te toca, profesor.

Se ríe mientras me ayuda, quitándose la camisa para revelar ese pecho. Le paso las manos por los músculos, trazando la definición con las yemas de los dedos. Su piel es cálida bajo mi tacto, suave excepto por el vello ligero en el pecho que se estrecha en un camino que desaparece bajo el pantalón.

Sus labios me encuentran de nuevo y el beso se profundiza, las lenguas deslizándose juntas en un ritmo que se ha vuelto deliciosamente familiar en las últimas semanas. Sus manos me recorren la espalda, me desabrochan el sostén con destreza y me lo deslizan por los brazos. Cuando mis pechos quedan desnudos ante él, los acuna con reverencia.

Me pierdo en la sensación un momento, y luego recuerdo que estoy en una misión.

Una misión sexy y desnuda.

Así que, llevando solo mis bragas y una sonrisa traviesa, le empujo el pecho.

—Siéntate, chico del hockey.

La sorpresa le cruza la cara, pero retrocede hasta que las rodillas le dan contra el borde de la cama y se sienta. Me coloco entre sus piernas, disfrutando de cómo tiene que mirarme hacia arriba. Hay algo increíblemente poderoso en esto, en el hambre de sus ojos mientras me recorren el cuerpo.

—Dime cuánto quieres esto —digo, con la voz espesa de deseo mientras le busco el cinturón.

—Tanto que después veré Survivor contigo... —responde con un brillo burlón en los ojos—. Créeme, vives en mi cabeza sin pagar alquiler.

Su confesión me acelera el pulso aún más, y le desabrocho el cinturón con los dedos solo ligeramente temblorosos.

—¿Ah, sí?

—Aunque normalmente implica menos conversación y más... —Se le cortan las palabras cuando le abro los vaqueros de un tirón y le meto la mano dentro, encontrándolo duro y listo.

—¿Más qué? —pregunto con inocencia, aunque no hay nada inocente en cómo lo acaricio a través de la tela fina.

—Joder, Em. —La cabeza se le echa levemente hacia atrás, la garganta moviéndose al tragar—. Más de exactamente esto.

Le bajo los vaqueros y los bóxers de un solo tirón, y se me corta la respiración cuando su erección queda libre. No es que no la haya visto antes —la he visto, varias veces durante nuestras «lecciones»—, pero saber adónde va hace que parezca de algún modo más grande.

—Tumbate —le ordeno, empujándolo suavemente.

—Espera. Condón —dice, sacando uno de su cartera y poniéndoselo.

Solo entonces obedece, deslizándose hacia atrás en la cama y tumbándose, con la polla apuntando hacia su estómago. Me tomo un momento para apreciar la imagen: toda esa piel bronceada y esos músculos definidos, mirándome con esos ojos verdes intensos.

Engancho los pulgares en la cinturilla de mis bragas y me las bajo lentamente por las piernas. Cuando me incorporo, estoy completamente desnuda ante él, y a pesar de todos nuestros encuentros anteriores, esto se siente monumental.

—Ven aquí —dice, con una voz grave que siento más que oigo.

Me subo a la cama y me coloco sobre él, mi pelo cayendo a nuestro alrededor como una cortina al inclinarme para besarlo. Sus manos me encuentran las caderas, guiándome para que lo monte bien. Noto su dureza presionando contra mí, caliente e insistente.

—¿Estás segura? —pregunta, buscándome la mirada.

Como respuesta, llevo la mano entre nosotros y lo posiciono en mi entrada. Ya estoy mojada —lo estoy desde la cena, si soy sincera conmigo misma—, así que despacio, con cuidado, empiezo a descender sobre él.

Hay resistencia, y luego un ligero pellizco que me hace hacer una mueca. Me detengo, respirando hondo.

—¿Estás bien? —La preocupación le inunda la expresión al instante.

—Sí. —Asiento, decidida—. Solo... dame un segundo.

Me acaricia los muslos con suavidad, esperando con una paciencia que me hincha el corazón, aunque siento que tiembla de deseo apenas contenido debajo de mí. El hecho de que no simplemente empuje hace que quiera esto —a él— todavía más.

Ajusto ligeramente mi posición y me dejo caer un poco más. Esta vez entra con más facilidad, y la incomodidad da paso a una sensación cálida y plena que me roba el aliento.

—Dios mío —susurro al asentarme del todo sobre él, acogiéndolo por completo dentro de mí. Es abrumador, no solo físicamente, sino emocionalmente.

Esto está pasando.

Estoy teniendo sexo.

Con Linc.

Y se siente... bien.

—Se siente increíble —dice, con las manos subiendo por mis costados hasta acunarme los pechos—. Joder, qué bien se siente.

Apoyo las manos en su pecho, me elevo a modo de prueba y me dejo caer de nuevo. La sensación nos arranca un jadeo a los dos. Lo repito, encontrando un ritmo lento que construye placer con cada movimiento.

—¿Esto está... lo estoy haciendo bien? —pregunto, de repente cohibida.

La risa de Linc suena tensa de placer.

—Créeme, esto nunca podría estar mal...

Animada, acelero el ritmo, rodando las caderas de una forma que hace que me toque un punto dentro que me envía escalofríos por la columna. Sus manos van a todas partes —mis pechos, mis caderas, mi culo— como si no pudiera decidir dónde tocarme primero.

—Mírate —murmura, con los ojos clavados en los míos—. Cabalgándome como si hubieras nacido para esto.

Sus palabras me provocan una sacudida de excitación, y me noto aún más mojada a su alrededor. Nunca me había sentido tan poderosa, tan completamente al mando de mi propio placer y del de otra persona.

Una nueva ola de audacia me recorre.

—Quiero probar algo —digo, levantándome de él.

—Lo que quieras —acepta de inmediato, con la polla reluciente de mi excitación.

Me doy la vuelta, dándole la espalda, y me posiciono sobre él otra vez.

—He esperado tanto que no puedo probar un solo sabor.

Su risa se convierte en un gemido cuando me dejo caer sobre él, esta vez de espaldas. El ángulo es completamente diferente, y jadeo al sentir que llega incluso más hondo de lo que creía posible.

—Joder, Em —sisea, agarrándome las caderas—. Esa vista...

Miro por encima del hombro y lo veo observando el punto donde se unen nuestros cuerpos, con una expresión que mezcla asombro y deseo intenso. Me hace sentir imposiblemente sexy, y me muevo con renovada confianza, apoyándome en sus muslos mientras lo monto.

La nueva posición alcanza puntos distintos dentro de mí, y siento el placer acumulándose más rápido ahora, una tensión en la parte baja de mi vientre que promete algo explosivo.

Su agarre en mis caderas se intensifica mientras me guía los movimientos, empujando hacia arriba de vez en cuando para encontrarse conmigo. Y justo cuando creo que podría estar acercándome, se incorpora de golpe, su pecho contra mi espalda, los brazos rodeándome para acunarme los pechos.

—Necesito sentir más de ti —susurra contra mi oído, su aliento cálido en mi piel.

Nos manobra con una gracia sorprendente, levantándose y guiándome hasta quedar a cuatro. Antes de que pueda echar de menos la plenitud de tenerlo dentro, se está posicionando detrás de mí, guiándose de vuelta a mi interior.

—¿Así está bien? —pregunta, con la punta provocándome.

—Sí —asiento con ganas—. Por favor.

Empuja despacio, y dejo escapar un gemido largo y grave.

—Dios, qué estrecha eres —gime—. Dime si es demasiado.

—Es perfecto —jadeo, empujándome hacia atrás contra él—. Sigue.

Avanza, llenándose por completo en un solo movimiento suave y delicioso. Me quedo sin aire: el ángulo es distinto así, de algún modo más profundo, más intenso. Se detiene, dejándome adaptarme, con las manos recorriéndome la espalda en caricias tranquilizadoras.

—¿Bien? —Su voz suena tensa por el esfuerzo de contenerse.

—Muy bien —jadeo, meneando ligeramente las caderas para explorar la sensación.

Es todo el permiso que necesita. Me agarra las caderas y empieza a moverse, estableciendo un ritmo que me arranca jadeos con cada embestida. La presión se acumula de inmediato, una tensión enroscada en la parte baja de mi vientre que se aprieta más y más.

—Linc... —Mi voz sale aguda y desesperada.

—Te tengo —murmura, y una mano se desliza hasta encontrarme el clítoris. En el instante en que sus dedos hacen contacto, estallan estrellas detrás de mis párpados.

El orgasmo me arrasa y grito, sin contenerme, perdida en la sensación. Los brazos me flaquean y ceden del todo; la cara y el

pecho se me desploman contra el colchón mientras las caderas permanecen en alto, todavía unida a él.

—No pares —jadeo cuando vuelvo a poder formar palabras—. Sigue. Úsame.

—¿Usarte? —Hay una sonrisa en su voz—. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí —murmuro contra las sábanas—. Como recompensa por todo lo que me has enseñado y todo lo que significas para mí.

Se ríe, y sus embestidas se reanudan a un ritmo más suave.

—No funciona así, Em. Un orgasmo es solo el par del campo.

—¿Par? —Le lanzo una mirada por encima del hombro—. ¿Estamos jugando al golf ahora? Porque nunca he jugado, pero creo que se me daría bien si se siente así.

Su risa es cálida y genuina.

—Bueno, a mí me gusta ver cuántos golpes hacen falta...

—Dios mío, para —suelto una risita, dejándome caer la cara de vuelta a las sábanas.

Pero no para. Con la parte superior de mi cuerpo relajada contra el colchón y el culo todavía en alto, sigue moviéndose dentro de mí. Esta vez es más lento, más deliberado.

La sensación es diferente ahora: menos frenética, más sensual. Siento cada centímetro de él deslizándose dentro y fuera. La intensidad se construye de otra manera esta vez, un ascenso gradual en lugar de una escalada desesperada.

—Noto que te estás acercando otra vez —murmura, y me maravilla que parezca conocer mi cuerpo mejor que yo.

—¿Cómo...? —Mi pregunta se disuelve en un gemido cuando ajusta ligeramente el ángulo, tocando un punto que envía electricidad por mi columna.

—Porque te pones más apretada —explica, con la voz tensa—. Y haces esos ruiditos... esos pequeños jadeos perfectos...

Como si fuera una señal, jadeo cuando empuja especialmente hondo, el cuerpo tensándose de placer. Cada terminación nerviosa está hipersensible, y me asombra descubrirme acercándome a otra cima tan pronto después de la primera.

—Eso es —me anima, su ritmo aumentando casi imperceptiblemente.

Sus palabras, combinadas con la deliciosa fricción de él moviéndose dentro de mí, me empujan al borde. Este orgasmo es diferente del primero: menos explosivo pero de algún modo más profundo, irradiando por todo mi cuerpo, y tiemblo a su alrededor.

Mientras las réplicas me recorren, me siento como si no tuviera huesos, completamente agotada, y más satisfecha de lo que he estado en mi vida. Linc reduce el ritmo casi hasta detenerse, dándome tiempo para flotar de vuelta a la tierra.

—Tómame como quieras —le digo cuando puedo hablar de nuevo, sintiéndome generosa y deseosa de darle el mismo placer que me ha dado a mí.

Se retira —gimoteo ante el vacío repentino— y me voltea suavemente boca arriba. Cuando estoy acomodada, se posiciona entre mis piernas y se inclina para besarme profundamente, con ternura.

—Quiero verte la cara —murmura contra mis labios—. Quiero mirarte mientras estoy dentro de ti.

El corazón se me hincha con sus palabras, y levanto las manos para acunarle el rostro y besarlo. Cuando nuestras lenguas se encuentran, empuja hacia delante, deslizándose de vuelta dentro de mí en un solo movimiento fluido.

Los dos jadeamos, con los ojos clavados el uno en el otro.

Linc empieza a moverse, estableciendo un ritmo que es suave e insistente a la vez. Le envuelvo la cintura con las piernas, atrayéndolo más hondo, y él gime agradecido. Sus ojos no se apartan de los míos, ni siquiera mientras el placer se le acumula.

—Qué bien se siente —le digo, recorriéndole los hombros con las manos.

—Tú también —responde, con la voz tensa—. Mejor de lo que imaginé.

Su confesión me acelera el corazón, y lo atraigo para otro beso, profundo y apasionado. Nuestros cuerpos se mueven juntos en perfecta sincronía, como si lleváramos haciendo esto siempre en vez de solo minutos.

Su ritmo se acelera, la respiración más entrecortada, y sé que está cerca. Me aprieto a su alrededor, queriendo darle tanto placer como él me ha dado a mí.

Con un gemido que le nace de lo más profundo del pecho, se tensa sobre mí, los ojos apretándosele y luego abriéndose mientras llega al clímax. Verlo abandonarse así es algo hermoso: la cara encendida, los labios entreabiertos, los músculos en tensión.

Lo abrazo con fuerza mientras pulsa dentro de mí, cabalgando las olas de su orgasmo. Y cuando finalmente se desploma sobre mí, lo envuelvo con los brazos, acunándole la cabeza contra mi pecho.

Los dos estamos resbaladizos de sudor, respirando con dificultad, los corazones desbocados al unísono. Durante varios segundos largos, no hablamos, no nos movemos, simplemente existimos juntos en la calma posterior.

Al final, levanta la cabeza para mirarme.

—¿Estás bien?

Sonríó.

—Estoy espectacular. Fenomenal. Cataclísmicamente fantástica.

Se ríe y me besa la clavícula.

—No he perdido el toque.

—Como si eso hubiera sido alguna vez una preocupación —resoplo—. Tienes esa reputación que mantener.

Su expresión se vuelve ligeramente más seria.

—El putón oficial del campus está jubilado.

Eso me conmueve.

—No podría haber pedido una primera vez mejor —digo.

Nuestras miradas se encuentran y se sostienen, y siento que algo cambia entre nosotros: algo más profundo, más significativo que el puro placer físico. Pensé que tal vez me sentiría diferente después de tener sexo por fin, pero la verdad es que sigo sintiéndome yo: solo más feliz, más entera, más conectada a este hombre que se ha vuelto tan importante para mí.

—Gracias —susurro, y las palabras se sienten insuficientes para todo lo que quiero expresar.

Pero Linc parece entenderlo de todas formas. Sonríe, inclinándose para darme un beso suave en los labios.

—No, Em. Gracias a ti por confiar en mí con esto. Contigo.

Mientras estamos ahí tumbados, enredados en sus sábanas, siento una gratitud abrumadora por haber encontrado el valor de dar este salto. El sexo siempre fue esta cosa intimidante y misteriosa en mi mente. Pero con Linc, se convirtió en algo hermoso, algo alegre: una conexión en vez de una conquista.

Y mientras su respiración se vuelve acompasada contra mi piel, con los brazos bien firmes a mi alrededor, me doy cuenta de algo importante: esto no fue solo una lección. No fue solo sexo. Fue el principio de algo real, algo que quiero seguir explorando con él todo el tiempo que me deje.

veintisiete

LINC

ME DESPIERTO con el sonido de alguien intentando derribar la puerta de mi habitación. Al menos, eso es lo que le parece a mi cerebro medio dormido. Abro un ojo, entrecerrándolo ante la luz del sol que se filtra por las persianas, y mi primer pensamiento coherente es: Em.

Está acurrucada contra mí, todavía desnuda, su pelo oscuro extendido sobre mi almohada, respirando suavemente. Tiene una pierna echada sobre la mía y su brazo descansa sobre mi pecho. Verla así hace que todo dentro de mí se vuelva cálido y líquido.

La noche anterior recorre mi mente en destellos vívidos: el cuerpo de Em elevándose sobre el mío, la forma en que sus labios se abrieron en un jadeo cuando me moví dentro de ella, las confesiones suaves que nos susurramos en la oscuridad.

El pensamiento se interrumpe cuando los golpes empiezan de nuevo. —¡Eh, Linc! —La voz de Mike atraviesa la madera—. Voy a PB Bagels. ¿Quieres lo de siempre?

Los ojos de Em se abren lentamente, la confusión nublándolos por un momento antes de que la comprensión asome. —¿Ese es...?

—Mike —confirmando, apartándole un mechón de pelo de la cara—. El despertador humano que nunca pedí.

Una sonrisa asoma en sus labios. —¿Qué hora es?

Echo un vistazo al móvil. —Las ocho y media.

—¡Linc! —Mike golpea de nuevo—. Sé que estás despierto, hermano. Te oigo susurrando cursilerías ahí dentro. Bagels, ¿sí o no?

Suelto un quejido y dejo caer la cabeza sobre la almohada. —Debería haberme ido a vivir con Maine. Él suele estar con resaca hasta por lo menos las nueve.

Em se ríe, un sonido bajo e íntimo en la quietud de la mañana. Se incorpora apoyándose en un codo, el pelo cayéndole como una cortina alrededor de la cara. La sábana se desliza hacia abajo, revelando la curva de su pecho, y se me seca la boca.

—Deberías contestarle —dice, pero no hace ningún movimiento para dejarme levantar.

Le tomo la nuca y la atraigo hacia mí para un beso profundo. Sus labios son suaves y cálidos, y hace un pequeño sonido complacido que me vibra por todo el cuerpo.

—¡GARCIA! —brama Mike—. ¡Última oportunidad para el servicio de bagels!

Me separo con un suspiro. —Si lo mato, ¿vendrás a visitarme a la cárcel?

—Depende. ¿Permiten visitas conyugales?

Me río. —¡Bagel everything con untable de salmón! —grito, y luego miro a Em—. ¿Tú?

Parpadea, con un aire casi tímido. —De canela con pasas y queso crema.

Le transmito su pedido a Mike y añado: —Y café.

—¡Por supuesto, capitán! —La voz de Mike tiene un retintín burlón—. ¡Buenos días, Em!

Las mejillas de Em se tiñen de un rosa encantador. —Dios mío. Esto se está convirtiendo en costumbre.

—Bueno, al menos que el bochorno sirva para algo...

Ella sonríe con picardía. —¡Va a volver pronto!

—Tranquila —le aseguro, pasándole los dedos por el pelo—. Tardará al menos cuarenta minutos. La cola de PB Bagels es legendaria.

Me mira desde abajo. —¿Cuarenta minutos? ¿Qué podríamos hacer con todo ese tiempo?

El rubor en sus mejillas combinado con el tono sugerente de su voz hace que el calor se me acumule en la parte baja del vientre. Deslizo la mano por su espalda desnuda, disfrutando de la suavidad de su piel.

—Tengo algunas ideas —murmuro, inclinándome para mordisquearle el lóbulo de la oreja—. La mayoría implican besar cada centímetro de tu cuerpo...

Pero en lugar de derretirse contra mí como espero, Em se aparta, su expresión volviéndose seria. —Antes de que... hay algo que necesito decirte —dice.

Un aleteo de ansiedad me aprieta el pecho. Esas palabras —«necesito decirte algo»— rara vez preceden buenas noticias. ¿Se arrepentía de lo de anoche? ¿Para ella fue algo de una sola vez?

Em debe percibir mi tensión porque inmediatamente me pone la mano en la mejilla. —No es nada malo —me asegura—. Al menos, espero que no.

Cubro su mano con la mía, relajándome un poco. —¿Entonces qué?

Respira hondo, sin apartar los ojos de los míos. —Llevo un tiempo sintiéndome así, y necesito decirlo. Yo... te quiero, Linc.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, frágiles y trascendentales. Por un segundo, estoy demasiado atónito para responder. No porque sea inesperado —si soy honesto conmigo mismo, me he ido enamorando de ella desde aquel primer intento desastroso de acostarnos— sino porque oírsele decir hace que todo dentro de mí se ilumine.

—Yo también te quiero —digo sin vacilar, las palabras fluyendo con naturalidad.

Y son verdad, más verdad que cualquier cosa que haya dicho en mucho tiempo. La quiero, a esta mujer divertida, valiente y brillante que de algún modo vio más allá de la reputación de jugador de hockey hasta la persona que hay debajo. El alivio y la alegría le inundan el rostro. Se inclina y me besa.

—Ven aquí —digo, atrayéndola más cerca, y luego nos giro para que quede debajo de mí, con el pelo extendido sobre mi almohada.

—Creía que los jugadores de hockey no debían tener sexo en días de partido —murmura mientras le dejo un rastro de besos por el cuello—. Algo de conservar energía, ¿no?

—Hoy solo hay entrenamiento. —Me río contra su clavícula antes de bajar para besarle el pezón—. Y hay cosas por las que vale la pena saltarse las reglas —digo.

Jadea, arqueándose hacia mi contacto. —¿Entonces esto no va a afectar negativamente tu rendimiento?

Levanto la mirada hacia ella con una sonrisa perversa. —Bueno, ahora mismo desde luego que va a afectar mi rendimiento.

Su risa se transforma en un gemido mientras continúo mi camino hacia el sur, dejando besos en la piel suave de su vientre hasta acomodarme entre sus muslos.

Su réplica se disuelve en un gemido suave cuando la saboreo, disfrutando de cómo tiembla bajo mi contacto. Me tomo mi tiempo, todavía aprendiendo qué hace que se le corte la respiración y que me apriete el pelo con los dedos.

Mi exploración de Em apenas ha comenzado cuando la puerta del departamento se cierra de golpe.

—Mierda —murmuro contra la cara interna de su muslo—. Eso no fueron cuarenta minutos.

Em se queda inmóvil debajo de mí. —¿Ese es...?

—Mike. De vuelta antes de tiempo. —Levanto la cabeza, escuchando el trájín en la cocina.

—¿Qué hacemos? —susurra Em.

Una oleada de frustración se mezcla con el deseo mientras la miro: sonrojada, sin aliento, y lejos de estar satisfecha. Se me ocurre una idea que me manda calor directo por el cuerpo y me dibuja una sonrisa perversa en la cara.

—¿Un rapidito? —pregunto, bajando la voz.

Se le abren mucho los ojos. —¿Un qué?

—Un rapidito —repito, ya subiendo por su cuerpo, colocándome entre sus muslos—. Rápido, intenso, y si somos silenciosos...

—No hablas en serio —sisea, pero me fijo en cómo se le dilatan las pupilas, cómo se le acelera la respiración—. Está ahí mismo.

Le doy un beso en la comisura de la boca. —Tenemos quizá cinco minutos antes de que vuelva a llamar. Pero si no quieres...

Em responde atrayéndome hacia un beso feroz. —Enséñame — respira contra mis labios.

Reto aceptado.

Tras menos de cinco segundos poniéndome un condón, estoy dentro de ella. Todavía está mojada, y me deslizo con resistencia mínima. Jadea contra mi boca, su cuerpo arqueándose debajo del mío.

—Shh —le advierto, aunque el sonido de su placer me envía electricidad por la columna—. Hay que estar calladitos.

Empiezo a moverme, marcando un ritmo rápido e implacable. Esto no va de delicadeza ni de exploración: es necesidad pura, urgente y desesperada. Las uñas de Em se me clavan en los hombros mientras embisto dentro de ella, fuerte y profundo.

—Dios mío —susurra, su voz apenas audible—. Linc...

La presión se acumula rápido. Deslizo una mano entre nosotros y encuentro el nudo sensible en su centro. Su cuerpo se tensa a mi alrededor cuando le trazo círculos con el pulgar, siguiendo el ritmo de mis embestidas.

—Eso es —la animo, mi voz un susurro ronco—. Córrete conmigo.

Fuera, oigo a Mike moviéndose por la cocina, el tintineo de platos, el crujir de bolsas de papel. Saber que podría llamar a la puerta en cualquier momento añade una emoción prohibida que lo intensifica todo.

Los ojos de Em se fijan en los míos, su expresión una mezcla de placer e incredulidad mientras nos movemos juntos. Puedo sentir que está a punto: sus músculos internos palpitando a mi alrededor, su respiración superficial y rápida.

—No puedo... —empieza, pero la corto con un beso.

—Sí puedes —murmuro contra sus labios—. Déjate ir.

La tensión en mi propio cuerpo llega al punto de ruptura. Estoy justo al borde, suspendido en ese momento exquisito antes de la liberación. Los muslos de Em se aprietan alrededor de mi cintura, su cuerpo temblando debajo del mío.

—Ahora —ordeno, entrando más profundo.

Se deshace a mi alrededor, la boca abriéndose en un grito silencioso. La visión y la sensación de su orgasmo desencadena el mío, y hundo la cara en su cuello para ahogar mi gemido, nuestros cuerpos pulsando al unísono.

Por un momento, nos quedamos ahí, temblando y sin aliento. Entonces unos golpes secos en la puerta nos hacen sobresaltar a los dos. Em se tapa la boca con la mano para sofocar una risa. Apoyo mi frente contra la suya, sonriendo.

—¡Se enfría la comida! —grita Mike.

—¡Ya voy! —respondo, y luego le susurro a Em—: Otra vez, por lo visto.

Me da un manotazo en el hombro, pero sus ojos brillan con picardía y satisfacción.



El disco se va abierto otra vez, como metro y medio a la izquierda de donde debería haber ido. Sacudo la cabeza, patinando hasta la banda para recogerlo. Rebota contra mi palo con un golpe hueco cuando lo recojo.

—¡Kellerman! —llamo al defensa de segunda línea novato que hizo el pase lamentable—. ¿A quién le apuntabas, al vendedor de perritos calientes?

Kellerman se sonroja, el rosa visible incluso debajo del casco de entrenamiento. —Perdona, capitán.

Reinicio el ejercicio, reuniendo a los chicos en el centro del hielo, rezando para que espabilen de... lo que sea esto antes del partido contra Brown mañana. Llevamos cuarenta y cinco minutos con esto y empiezo a preguntarme si estoy intentando mejorar las habilidades de los novatos de un equipo universitario de hockey o pastoreando gatos.

—Escuchen —digo, golpeando el palo contra el hielo para captar la atención de todos—. Es un ejercicio de salida simple. El defensa pasa al ala, el ala lleva el disco por la zona neutral, se lo deja al

centro, el centro alimenta al ala contrario para el tiro. Hockey básico. Lo llevan haciendo desde los doce años.

Seis caras me devuelven la mirada, con expresiones que van de en blanco a vagamente nauseabundas. No sé qué está pasando aquí. Son buenos jugadores —el entrenador no los habría reclutado si no— pero hoy patinan como si llevaran bloques de hormigón atados a los tobillos.

—Vamos otra vez —digo, decidiendo hacer una demostración—. Cooper, tú y yo lo hacemos una vez, y luego lo retoman ustedes.

Ejecutado correctamente, el ejercicio debería ser fluido, casi elegante. El disco debería fluir hielo arriba como el agua. Pero aunque parece sencillo y no debería ser difícil de hacer, lo que estamos produciendo hoy se parece más a un niño pequeño intentando tirar espaguetis a la pared.

Nada cuaja.

Tras mi demostración con Cooper, un ala de segundo año con buenas manos al que he reclutado para ayudarme como el único que no es novato en el entrenamiento de hoy, dejo que los de primero lo retomen. Me coloco cerca de la línea azul para observar, masajeándome la tensión que se acumula entre los omóplatos.

Dos minutos, y ya se ha ido todo a la mierda. Martínez falla un pase completamente abierto. Kellerman no controla una recepción simple. Schmidt parece haber olvidado en qué dirección patinamos. Me detengo derrapando con un suspiro de frustración, convencido de que esto no pueden ser solo nervios previos al partido contra Brown.

—¡Espacios! —ladro mientras dos de ellos se amontonan en la zona neutral—. ¡Busquen el hielo libre! ¡Hablen entre ustedes!

En el transcurso de unos veinte minutos, toda mi buena onda de la noche (y la mañana) con Em se ha evaporado, el entrenamiento pasando de frustrante a incomprensible. Es como si todos hubieran olvidado cómo jugar al hockey de la noche a la mañana.

Mi paciencia se agota por completo cuando Schmidt y Peterson, supuestamente ejecutando un simple cruce, chocan en el centro del hielo. No es ni siquiera un toquecito suave: es un choque en toda

regla, los dos despatarrados de espaldas con un golpe sordo que retumba en las gradas vacías.

—Joder —murmuro, patinando hacia ellos mientras intentan levantarse—. ¿Están bien?

Los dos asienten, aunque Peterson parece un poco aturdido.

Ya está. He tenido bastante.

—Todos al centro del hielo. Ya.

Se reúnen despacio, respirando más fuerte de lo que deberían por el mínimo esfuerzo que han hecho. Noto que Kellerman traga repetidamente como si estuviera luchando contra las náuseas. Y, lo más revelador de todo, nadie me mira a los ojos. Seis pares de patines se vuelven de repente fascinantes para sus dueños.

—¿Qué coño está pasando? —exijo, manteniendo la voz baja pero intensa—. Este es el peor entrenamiento que he visto en mi vida.

Nada.

—En serio —continúo—, mañana jugamos contra Brown. Un equipo que, por si lo han olvidado, necesitamos vencer para tener alguna posibilidad en los playoffs.

Más silencio. Estoy a punto de soltarles una buena cuando Martínez —el chico más callado del equipo, un defensa de primer año que rara vez habla por encima de un susurro— se aclara la garganta.

—Es que, eh... —empieza, y se atasca.

—Suéltelo —digo—. O estarán haciendo suicidios hasta que lo hagan.

El chaval parece desgraciado. —Estamos algo resacosos —admite finalmente.

Parpadeo. —Resacosos.

Seis cabezas con casco asienten al unísono.

—Todos.

Más asentimientos.

—El día antes de un partido crítico.

Esta vez, al menos tienen la decencia de parecer avergonzados.

—Rook organizó algo anoche —explica Peterson, encontrando por fin la voz—. Se suponía que eran solo unas cervezas para

relajarnos, pero...

—Pero decidieron montar un Animal House en su lugar —termino por él—. ¿Dónde está Rook, por cierto?

Más silencio.

La respuesta es obvia. Con resaca y en la cama, saltándose el entrenamiento extra que es obligatorio para todos los novatos la víspera de cada partido. Me paso la mano por la cara, sintiendo la barba incipiente rasparme contra la palma.

Una parte de mí —la parte de capitán— quiere perder los estribos por completo con ellos. Hacerles correr suicidios hasta que vomiten la cerveza barata que consumieron anoche.

Otra parte de mí —la que recuerda ser novato— entiende exactamente cómo pasó esto. Y luego está la parte de mí que solo quiere acabar este entrenamiento para poder ir a ver a Em.

—Lo sentimos mucho —dice Schmidt, llenando el silencio, y los demás murmuran disculpas similares—. Rook dijo que era tradición del equipo.

Por supuesto que sí. Rook, que lleva en Pine Barren apenas seis meses, de repente sabe todo sobre «tradiciones del equipo». Debería echarle la bronca a él más que a nadie. Buscarlo. Hacer un escarmiento. El entrenador y Mike lo harían.

Pero no están aquí.

Así que, en cambio, suspiro.

—Váyanse a casa.

Seis pares de ojos se abren de par en par simultáneamente.

—¿Qué? —pregunta Kellerman.

—Váyanse a casa. Hidrátense. Tómense un Advil. Duerman la mona. Y mañana, más les vale estar listos para jugar el partido de sus vidas.

—¿No vas a obligarnos a seguir entrenando? —pregunta Cooper, con tono incrédulo.

—¿Eso los haría jugar mejor mañana?

—No.

—¿Entonces para qué? —Señalo hacia el vestuario—. Vayan. Y mientras estén tumbados en la cama contemplando sus decisiones vitales, recuerden que estoy siendo misericordioso. Pero si alguno de

ustedes... —barro con la mirada sus caras— alguno de ustedes se presenta al partido de mañana a menos de un cien por cien...

La amenaza está implícita, pero clara.

No hay que decírselo dos veces. Los seis salen disparados del hielo, y mientras recojo los discos de la pista, me doy cuenta de que ni siquiera estoy tan enfadado. Decepcionado, claro. Pero no furioso como probablemente debería estar. De hecho, me descubro sonriendo al imaginar el estado lamentable en que debe estar Rook ahora mismo.

Las consecuencias naturales son a veces el mejor castigo.

Además, he estado en sus patines. En primer año, Declan, Mike y yo nos presentamos a un entrenamiento después de una noche particularmente ambiciosa. El entrenador nos hizo correr suicidios hasta que Mike vomitó en un cubo de basura, y le hizo limpiarlo como castigo, lo que significó que vomitó otra vez.

Lección aprendida.

Pero ahora solo quiero acabar aquí para volver a la residencia de Em, donde me ha prometido hacer la receta de croque-monsieur de su abuela de la que lleva hablando un tiempo.

Y, mientras me dirijo al vestuario, decido que dejar que los novatos se libren fácil fue definitivamente la decisión correcta. Hay cosas que son sencillamente más importantes que darles una lección sobre responsabilidad a adolescentes con resaca.

Como un croque-monsieur. Y la chica que lo prepara.

EL CAMPUS ESTÁ PRÁCTICAMENTE DESIERTO a esta hora. Unos cuantos rezagados cruzan la explanada a toda prisa, siluetas recortadas contra el resplandor ámbar de las farolas. Me duelen las piernas de una forma placentera después de tres horas seguidas coreografiando: ese agotamiento muscular satisfactorio que dice que hoy he logrado algo más que existir y asistir a clases.

El teléfono me vibra contra la oreja mientras la abuela Penelope se lanza a otro resumen sin aliento.

—... ¡y entonces Marcella lo confrontó por la llave del hotel! ¿Te lo puedes creer? ¡El descarado absoluto de ese hombre...!

—Espera —la interrumpo, esquivando por los pelos a un chico en monopatín. Me pego contra un árbol y mi bolsa de baile se balancea descontrolada—. ¡Oye!

El chico lanza una disculpa a medias por encima del hombro sin reducir la velocidad.

—¿Qué ha pasado? —exige la abuela—. ¿Te están asaltando? ¿Necesitas que llame a la policía? Todavía tengo el número de aquel detective de...

—Estoy bien —me río, volviendo a pisar la acera—. Solo una experiencia cercana a la muerte.

—Americanos —bufa, la palabra destilando desdén parisino a pesar de llevar más de cincuenta años viviendo aquí—. Bueno, ¿viste

el episodio?

Hago una mueca, anticipando ya su reacción.

—Todavía no.

—Quoi? —La palabra explota por el teléfono con tal fuerza que tengo que apartarlo de la oreja—. ¡Amélie Charlotte Dubois! ¡Teníamos un acuerdo!

—Lo sé, lo sé. Pero tengo una razón excelente.

—¿Estás en el hospital? Porque cualquier cosa que no sea una emergencia médica es inaceptable.

Pongo los ojos en blanco, aunque, claro, ella no puede verme.

—¿Recuerdas aquello tan sabio que dijiste sobre mi situación con Linc?

—Digo muchas cosas sabias, lo cual hace absolutamente imposible llevar la cuenta de todas.

—Bueno —hago una pausa para crear efecto dramático—, tengo novio.

Hay un breve silencio, y luego una risa encantada crepita por el teléfono.

—Fantastique! ¡Así que seguiste mi consejo!

—Así es. —Una sonrisa se me extiende por la cara, las mejillas calentándose a pesar del frío—. Tenías razón. Otra vez. No dejes que se te suba a la cabeza.

—Imposible. Mi cabeza ya está demasiado llena de sabiduría para que quepa nada más —dice, la suficiencia prácticamente irradiando por el teléfono—. Bueno, cuéntame.

—Linc y yo —confirmando, esquivando un charco que brilla como cristal negro en la oscuridad—. Estamos oficialmente juntos.

—¡Detalles, ma chérie! ¿Cómo pasó? ¿Fue romántico? ¿Te levantó en brazos? ¿Le dijiste por fin lo que sientes, como te sugerí?

Me río, recordando exactamente cómo cambió nuestro estatus sentimental, lo cual involucró considerablemente menos ropa de la que estoy dispuesta a describirle a mi abuela.

—Digamos que los dos nos dimos cuenta de que queríamos algo más que nuestro... acuerdo.

—Y ahora están juntos. ¿Está a la altura de su reputación?

La cara me arde tanto que me sorprende no estar iluminando el camino.

—¡Abuela!

—¿Qué? Soy vieja, no estoy muerta. Además, fuiste tú la que me lo contó.

—¡Yo no hice tal cosa! —balbuceo, y entonces recuerdo que, en realidad, puede que sí. Mi TDAH tiene un talento especial para lanzar mi boca a hablar antes de que mi cerebro pueda alcanzarla, sobre todo cuando estoy con personas con las que me siento cómoda—. O sea, si lo hice, solo estaba repitiendo chismes del campus.

—Chismes bastante certeros, a juzgar por tu voz. —Su risa es pícara y cómplice—. Bien por ti, ma petite. La vida es demasiado corta para hombres mediocres.

Casi tropiezo con una grieta en la acera.

—¿Podemos hablar de literalmente cualquier otra cosa?

—Está bien, está bien. ¿Cuándo voy a conocer al chico que te tiene tan distraída para nuestros programas?

Me detengo en la entrada de mi residencia, rebuscando en mi bolsa de baile la tarjeta de acceso.

—Bueno, este fin de semana tiene un partido importante contra Brown.

—Ah, ¿así que ahora eres una de esas novias de hockey? ¿Sentada en el frío, gritando mientras los hombres se golpean con palos?

—Es una pista cubierta —la corrijo, sonriendo al imaginarme a mi elegante abuela arropada en las gradas—. Pero sí, supongo que lo soy.

—Tu madre se va a horrorizar. —La abuela se ríe y continúa—: Va a ser maravilloso ver la cara de desaprobación que pone...

Sin compartir su entusiasmo, por fin localizo la tarjeta debajo de una botella de agua medio vacía y mi agenda con código de colores.

—Mamá va a tener que aguantarse. Pero ¿qué tal el próximo fin de semana? Podría cambiar los turnos en el restaurante y podríamos ir a cenar. Louis también podría venir; creo que está libre ese fin de semana.

El chillido de emoción que suelta es tan impropio de mi abuela normalmente serena.

—Magnifique! Haré coq au vin... no, ratatouille... no, ilas dos cosas!

Paso la tarjeta y empujo la pesada puerta para entrar en la calidez del edificio.

—No te pases, abuela. Es solo una cena.

—¿Solo una cena? Ma chérie, este es el primer chico que traes a casa para que lo conozca. Esto no es «solo» nada.

Sus palabras me crean un nudo repentino en la garganta. Tiene razón.

—Sí —consigo decir, con la voz un poco ronca—. Supongo que no lo es.

—Bien. Ahora dime, ¿le gusta la cocina francesa? Porque si es de esos chicos que solo comen tiras de pollo y pizza, necesito saberlo...

Me río; el momento de emoción se disipa.

—De hecho cocina, y aprecia la buena comida en general.

—¿Un hombre que cocina? ¡No lo dejes escapar! —Hace un ruidito de satisfacción—. Y lo de que venga Louis... ¿sigue separado de esa chica espantosa?

—Macey —respondo, subiendo las escaleras en vez de esperar al ascensor prehistórico—. Y sí, cortaron hace meses. ¿Por qué?

—Porque también voy a invitar a cenar a la nieta de Juliette. Estudia en Columbia, pero va a estar de visita el próximo fin de semana. Muy guapa, muy lista.

Me detengo a mitad de escalón.

—¿Estás intentando buscarle pareja a Louis?

—Claro que no —bufa, nada convincente—. Simplemente voy a tener a mi nieto a cenar junto con una joven encantadora que da la casualidad de que está soltera.

—Eres incorregible —anuncio.

—Estoy feliz por ti. De verdad. —Su voz se suaviza—. Tu Linc, ¿te trata bien? ¿Te respeta?

—Sí. —Llego a mi piso y me detengo en la puerta de la escalera—. Mejor de lo que esperaba, la verdad.

—Bien. Porque si no lo hace, todavía tengo aquel cuchillo de trincar que me regaló tu abuelo por nuestro cuadragésimo aniversario. Muy afilado. Excelente equilibrio.

—Dios mío.

—¿Qué? ¡Es broma! —Hace una pausa—. Más o menos.

Me río, negando con la cabeza.

—Te quiero, abuela.

—Yo también te quiero, ma petite —dice—. Antes de que te vayas, ¿te enteraste de lo de Brianna? ¿De Love Match?

Forcejeo con la llave, intentando equilibrar el teléfono entre la oreja y el hombro.

—No, ¿qué pasó?

—¡Eliminada! ¿Te lo puedes creer? Por preparar solo dos ensaladas para el desafío de la cena romántica mientras todos los demás prepararon tres platos. ¡La traición!

—Espera, ¿qué? —La llave se me resbala de los dedos y cae al suelo con un tintineo—. No puede ser. ¡Brianna era la favorita!

—¡Lo sé! —La voz de mi abuela alcanza un tono normalmente reservado para sopranos de ópera—. ¡El juez Marcel dijo que su plato era «un insulto al romance en sí»!

Abro la puerta.

—Esto es una injusticia. A Brianna le robaron.

—Totalmente —coincide—. Ahora tienes que ponerte al día antes de nuestra próxima llamada.

—Lo intentaré —prometo, aunque mi mente ya está derivando hacia pensamientos sobre Linc; en concreto, cómo sería llevarlo a casa, verlo sentado a la mesa del comedor de mi abuela, probando su comida, encantando a mis padres. La imagen es emocionante y aterradora a partes iguales.

—Estás pensando en tu chico del hockey otra vez —dice, leyéndome la mente con ese inquietante sexto sentido de abuela—. Puedo oír cómo no me escuchas.

—Perdona —me río—. Mañana veo Love Match, lo prometo.

—Bon. Ahora ve a descansar. Se te oye cansada.

Nos despedimos, y entro en el departamento, donde me recibe al instante el olor punzante a trementina y la imagen de Lea sentada

en el suelo con las piernas cruzadas, rodeada de lienzos, pinceles y lo que parece ser cada material de arte que posee.

—Ey —dice sin levantar la vista, aplicando con cuidado una pincelada de azul intenso al lienzo que tiene delante—. ¿Qué tal la danza?

Miro el reloj: las 10:47 de la noche.

—Productivo. ¿Qué es todo... esto? —Señalo la explosión creativa que cubre nuestro salón.

Se echa hacia atrás, examinando su trabajo con los ojos entrecerrados.

—Hay que entregarlo en tres semanas, pero me vino un fogonazo de inspiración y no podía dormir.

—¿Así que decidiste recrear las secuelas de un tornado en una tienda de arte?

Lea por fin levanta la vista, los ojos cansados arrugándosele en las comisuras.

—Al menos esta vez puse periódico.

—Un verdadero avance —reconozco, pasando con cuidado por encima de su trabajo—. La última vez encontré pintura en el techo. En el techo, Lea. La física ni siquiera lo permite.

—El arte desafía la física —dice con solemnidad antes de romper en una sonrisa—. ¿Vas a ir al partido de Linc mañana?

Me detengo a medio colgar la chaqueta.

—Eh, ¿quizás?

—Declan dice que es importantísimo. Si ganan, prácticamente tienen asegurado un puesto en los playoffs —dice, y luego ladea la cabeza—. ¿Quieres venir conmigo? Mike sigue en el banquillo, pero le gusta tener apoyo moral. Y... —mueve las cejas sugestivamente— apuesto a que a Linc le encantaría verte allí.

—Sí, sería genial.

—Perfecto. —Lea vuelve a su cuadro—. El partido es a las siete. Deberíamos salir a las seis y media para conseguir buenos asientos.

—Suená bien. —Empiezo a caminar hacia mi habitación y entonces me detengo—. Acabo de invitar a Linc a cenar a casa de mi abuela el próximo fin de semana. Y posiblemente a lo de mis padres.

El pincel de Lea se congela a medio trazo.

—Vaya. Eso es... importante.

—¿Es demasiado? —La ansiedad me aletea en el pecho—. ¿Demasiado pronto? Solo llevamos oficialmente juntos como un minuto, pero se siente...

—Bien —termina Lea por mí, su expresión suavizándose—. Se siente bien. Y eso es lo que importa.

—Sí —digo, el alivio inundándome—. De verdad que sí.

Me sonrío.

—Ahora vete a la cama antes de que pises mi lienzo mojado y mueras trágicamente joven.

Bajo la vista y descubro que, efectivamente, estoy a centímetros de arruinar lo que parece ser el retrato de una mujer con ojos de caleidoscopio.

—Tu preocupación es conmovedora.

—¿Qué puedo decir? Soy muy generosa. —Lea hace un gesto para echarme—. En serio, ve. Tienes esa mirada vidriosa de cuando vas en reserva.

—Bueno, bueno. —Navego el circuito de obstáculos artísticos hacia mi habitación—. Pero si me despierto con pintura en el pelo otra vez, tú y yo vamos a tener unas palabras.

—¡Eso fue una vez! —me grita—. ¡Y se quitó... al final... a la tercera!

Cierro la puerta de mi habitación y me desplomo en la cama sin molestarme en cambiarme. Mis extremidades se sienten deliciosamente pesadas por el baile, y mi mente ya va a la deriva hacia el sueño, llena de pensamientos agradables sobre ver a Linc mañana, animarlo cuando marque, ver cómo se le ilumina la cara cuando me descubra en las gradas.

Me quedo dormida con una sonrisa en la cara, sintiéndome más contenta de lo que me he sentido en años. Todo está por fin encajando: la danza, los estudios, mis amistades, mi relación con Linc. Incluso la idea de presentárselo a mi familia me llena más de emoción que de miedo.

Por una vez, todo en mi vida se siente perfectamente alineado, como si el universo hubiera decidido que ya he sufrido bastante y merezco algo bueno. Ojalá hubiera recordado que el universo tiene

un sentido del humor retorcido y un sentido de la oportunidad impecable.

"¿QUÉ LES PASA A TUS CORDONES, HERMANO?" — pregunta Maine, ya con todo el equipo puesto y apoyado contra su casillero.

"Están conspirando en mi contra." — Tiro más fuerte, el cordón fino mordiéndome las palmas. — "Un plan secreto para hacerme arruinar el partido."

"Sí, seguro que ese es el factor determinante para ganarle a Brown." — Resopla. — "No, ya sabes, la habilidad o el trabajo en equipo."

"O los goles y las paradas" — dice Rook desde cerca, pero se calla cuando lo fulmino con la mirada. — "Sí, vale, sigues enojado conmigo..."

Gruño como respuesta, concentrándome en conseguir la tensión perfecta. He estado mal todo el día: falta de sueño, irritable, y ahora mis putos cordones me traicionan. Los típicos nervios pre-Brown, amplificados unas mil veces desde que el "discurso motivacional" del entrenador mencionó que podría haber ojeadores en las gradas.

La puerta del vestuario se abre de golpe y Simon llama. — "Eh, Garcia" — dice —. "Tus padres están afuera. Tu mamá pregunta por ti."

Mis dedos se quedan congelados a medio tirón y cierro los ojos. — "Ya almorcé con ellos. ¿No es suficiente vínculo familiar por un

día?"

Maine me da una palmada en la espalda. — "Tu mamá parecía bastante alterada cuando la vi antes. Dijo algo de que necesitaba verte antes del gran partido."

Por supuesto. Mamá probablemente tiene otro ejercicio de visualización para mí. O peor, más "consejos" que ha recopilado de ver partidos profesionales que no tienen absolutamente nada que ver con el hockey universitario. En el almuerzo, papá notó cómo su parloteo constante sobre hockey me estaba haciendo apretar la mandíbula y cambió de tema.

"Está bien." — Me pongo de pie, con los patines sintiéndose todavía mal: demasiado apretado el derecho, demasiado flojo el izquierdo. — "Si no vuelvo en cinco minutos, manden un equipo de búsqueda."

Maine se ríe mientras camino pesadamente hacia la puerta, esquivando por poco un choque con Rook, que anda con la cabeza gacha desde que su fiesta descarriló el entrenamiento con los novatos el otro día. Murmura algo que podría ser una disculpa mientras paso a su lado.

El pasillo fuera del vestuario está inquietantemente silencioso comparado con el caos habitual antes de un partido. La mayoría de los estudiantes todavía no ha llegado —aún faltan unos buenos cuarenta minutos para el inicio—, pero mis padres son puntuales hasta el absurdo para cualquier cosa relacionada con el hockey.

Mamá me ve de inmediato, su cara iluminándose como si yo tuviera seis años y ella estuviera viéndome pisar el hielo por primera vez. Lleva lo que he llegado a considerar su "uniforme de mamá hockey": sudadera de Pine Barren Hockey con mi número en la espalda, y prácticamente vibra de emoción.

Papá está a su lado, luciendo simultáneamente orgulloso y ligeramente avergonzado, como si supiera que llegaron demasiado temprano y con demasiado entusiasmo pero hace tiempo que dejó de intentar modular el fervor hockeístico de mamá. No lo culpo, en el fondo, porque mi mamá es un huracán de energía que no se canaliza fácilmente.

"¡Lincoln!" — Mamá se lanza hacia mí, abrazándome a pesar de todo mi equipo. — "¡Queríamos desearte buena suerte antes de que te concentres demasiado en el calentamiento!"

"Gracias, mamá." — Acepto el abrazo con rigidez, las enormes hombreras haciéndolo incómodo. — "Pero de verdad necesito volver pronto."

"¡Oh, claro, claro!" — Se aparta, pero me sujeta de los brazos, examinándome como si estuviera revisando mi equipo ella misma. — "Solo recuerda lo que te dije: su defensa derecho siempre cambia el peso al pie izquierdo antes de lanzarse al choque. Si te fijas en eso, puedes amagar a la izquierda y escapar por la derecha."

Asiento mecánicamente, como llevo asintiendo a sus consejos de hockey desde la secundaria, incluso cuando no tiene idea de lo que habla. Por encima de su hombro, papá me dirige una media sonrisa de disculpa y un pequeño encogimiento de hombros que dice ¿qué le vas a hacer?

Y eso es lo que me jode. Esa aceptación pasiva. ¿Le costaría tanto intervenir de vez en cuando? ¿Decir: "Linda, quizás el entrenador de Linc ya cubrió la estrategia"? Pero nunca lo hace, salvo cambiar de tema. Simplemente la deja arrollarme, probablemente pensando que es más fácil dejar que su entusiasmo siga su curso.

"Gracias, mamá." — Las palabras me saben a cartón.

"Y recuerda tus técnicas de respiración antes de los saques de centro."

"Listo."

"¡Y asegúrate de mantenerte hidratado! Tu pantorrilla izquierda ha estado acalambrada."

"Eso fue el año pasado, mamá, pero sí, me acuerdo." — Lucho por mantener el tono neutro. Si respondo mal, parezco un desagradecido. Si no, esto va a seguir otros diez minutos. — "Mira, de verdad necesito volver con los chicos ahora que soy cocapitán..."

Las palabras cocapitán me saben raras al salir de mi boca. Un título por el que trabajé, claro, pero que todavía se siente como un premio de consolación por la lesión de Mike.

"¡Claro!" — Sonríe. — "Además..."

"Linda" — papá finalmente interviene —, "Linc tiene que terminar de prepararse."

Gracias, papá. Solo unos cinco minutos tarde, pero lo acepto.

"Claro." — Me aprieta los brazos otra vez. — "Estamos muy orgullosos de ti, cariño."

"Gracias. Debería volver a..."

Los ojos de mamá se abren de pronto con emoción. — "¡Oh! Antes de que te vayas..." — Se quita la mochila del hombro y empieza a hurgar dentro.

Por favor, que no sea lo que creo que es.

Es exactamente lo que creo que es.

Saca un cartel de cartulina doblado que, incluso antes de desplegarlo, puedo ver que está cubierto de brillantina. Se me hunde el estómago cuando exhibe orgullosamente un letrero que dice: "¡GARCIA: METE GOLES Y ROBA CORAZONES!" en letras gigantes y centelleantes, con dibujitos de discos que estoy bastante seguro que se supone que llevan corazones dentro.

"¡Para la buena suerte!" — Me sonrío radiante. — "¡Lo voy a levantar cada vez que estés en el hielo!"

Papá capta mi expresión y finalmente interviene. — "Linda, quizás guárdalo para cuando empiece el partido, ¿no?"

"Pero..."

"Ya, ya. Ve a prepararte, mi amor. ¡Te estaremos echando porras!"

"Gracias. Los veo después." — Me doy la vuelta para irme, esperando que mi cara no delate lo mortificado que me siento.

"¡Te queremos!" — grita mamá a mis espaldas.

"Yo también los quiero" — murmuro, no lo bastante fuerte para que me oiga.

Mientras empujo las puertas de vuelta hacia el vestuario, un movimiento en mi visión periférica me llama la atención. Miro hacia la entrada de espectadores y siento cómo todo mi cuerpo se relaja al instante. Em está entrando a la pista con Lea, sus cabezas inclinadas juntas en conversación.

Lleva un suéter grueso, su pelo oscuro cayendo en ondas alrededor de su cara, y cuando levanta la vista y me ve, una sonrisa

le cruza el rostro. Saluda con la mano y, de pronto, el cartel con brillantina, los cordones flojos y toda la tensión previa al partido se sienten manejables.

Mi mano se levanta automáticamente para devolverle el saludo.

Em no sabe nada de hockey. No le importa si amago a la izquierda o escapo por la derecha. No tiene "consejos" de ver partidos profesionales ni de hablar en Reddit. Ella simplemente me conoce a mí: Linc. No al número 14, no al prospecto, not al tipo que necesita impresionar a los ojeadores.

Solo a mí.

Y eso quizás sea lo más emocionante de ella.

Mi mamá grita algo desde atrás —probablemente recordando una pieza más de sabiduría hockeística imprescindible—, pero hago como que no la oigo. Mantengo la mirada en Em un segundo más antes de darme la vuelta hacia el vestuario, con una nueva determinación asentándose en mis huesos.

Con ella mirando, puedo hacer cualquier cosa. Meter goles, ganar partidos, sobrevivir los carteles con brillantina de mi madre.

"¿Todo bien?" — pregunta Maine cuando vuelvo a entrar al vestuario.

"Sí." — Me siento de nuevo y empiezo a desatar los cordones otra vez. — "Bien."



La sirena aúlla, señalando el final del primer periodo. Mi respiración sale en ráfagas calientes y pesadas. El marcador dice 1-1 —no terrible, pero tampoco la ventaja que deberíamos tener a estas alturas. Mis patines trazan pequeñas medialunas en el hielo mientras me dirijo hacia el túnel.

El ruido de la multitud se desvanece a un rugido sordo a mis espaldas mientras busco en las gradas. El cartel con brillantina de mi mamá bien podría ser un reflector, pero lo evito deliberadamente, buscando en su lugar... ahí.

Em.

Lleva puesta mi camiseta, y algo de verla así me golpea en pleno pecho cada vez. Nuestras miradas se cruzan a lo ancho de la pista y logro una sonrisa cansada. Ella me la devuelve con una lo bastante luminosa para alimentar el marcador.

Me meto en el túnel, el cambio de temperatura golpeándome como un muro. El sudor se acumula bajo las protecciones y Maine me palmea el hombro al pasar, murmurando algo sobre el defensa de Brown al que quiere noquear.

En el vestuario, me desplomo en el banco y agarro mi botella de agua, tragándome la mitad de un solo trago. Los músculos me arden con la quemadura familiar del esfuerzo, pero esta noche hay un filo extra. Estoy peleando contra el disco. Peleando contra mis propios pies.

Rook se deja caer a mi lado, arrancándose el casco. Su pelo se levanta en picos sudados y respira agitado. — "Ese número veinticuatro es una puta pesadilla" — dice —. "¿Viste el tiro que lanzó en el primer minuto? Casi me arranca la cabeza."

"Menos mal que tus reflejos no han sido completamente destruidos por los videojuegos" — respondo —. "O por las juergas la noche antes del entrenamiento..."

"Ja. Qué gracioso." — Se echa agua en la boca. — "Al menos estamos empatados."

El entrenador Barrett entra al vestuario con paso firme, portapapeles en mano. Nos observa con el entusiasmo de un hombre dirigiendo un funeral por alguien que le caía vagamente mal. La sala queda en silencio.

"El primer periodo fue apenas aceptable." — Golpea el portapapeles. — "Brown está jugando con cautela. Probándonos. En el segundo, empujamos. Golpeamos más fuerte. Nos movemos más rápido."

Esperamos algo más, pero se queda ahí parado, mirando sus notas.

El entrenador revisa el reloj. — "Diez minutos. Hidrátense."

Los chicos se miran entre sí, y Maine abre los ojos exageradamente hacia mí en un silencioso "¿eso es todo?" Yo respondo con un encogimiento de hombros mínimo y me concentro

en tragar más agua mientras el equipo se dispersa en grupos más pequeños.

"Garcia. Mi oficina."

El vestuario de pronto se siente mucho más frío. Las miradas me siguen mientras sigo al entrenador al espacio reducido que él llama oficina. Cierra la puerta detrás de nosotros.

"Siéntese" — dice, señalando la silla metálica plegable frente a su escritorio.

Me siento, la silla crujiendo bajo mi peso. — "¿Todo bien, Coach?"

Barrett suspira, un sonido como el aire escapando lentamente de una llanta. — "Estoy decepcionado. Los ojeadores están ahí afuera, Garcia. Y, francamente, parece distraído."

Se me cae el estómago. — "Estamos empatados. No vamos perdiendo."

"No hablo del marcador." — Se recuesta, estudiándome con esos ojos pálidos y fijos. — "Cuando su madre sugirió que lo hiciera cocapitán, honestamente esperaba más garra de su parte."

Las palabras quedan suspendidas en el aire gélido de la oficina un segundo antes de aterrizar.

"Espera." — Parpadeo, las palabras sin terminar de procesarse. — "Mi madre ¿qué?"

El entrenador continúa como si yo no hubiera hablado, frotándose las sienes. — "Mandó un correo exponiendo todo el caso: visibilidad, estabilidad en el liderazgo con Mike fuera. Yo pensé, bueno, dale una oportunidad al chico. Supuse que le ayudaría a dar el paso. Si hubiera sabido que iba a patinar como si tuviera pesas en los tobillos, habría dejado la «C» en Altman y me habría ahorrado el dolor de cabeza."

El zumbido en mis oídos ahoga el ronroneo del sistema de ventilación.

Mi madre.

Sugirió.

"¿Me hizo cocapitán porque mi mamá le mandó un correo?" — Mi voz suena extraña, lejana. — "¿No porque me lo gané?"

Barrett desecha la pregunta con un gesto de la mano. — "Es senior. Era el siguiente en la fila. Su correo solo... aceleró las cosas. Quitármela de encima fue una ventaja. Pero ahora mismo, juega como un novato."

Me pongo de pie, la silla raspando violentamente contra el suelo. — "¿Dejó que un padre dictara la alineación? ¿Tiene idea de lo... lo patético que es eso?"

"Cuidado, Garcia."

"¡No!" — grito, las manos temblándome de una rabia tan pura que me crea puntos blancos en la visión —. "Me rompí el lomo esta temporada. Me hice cargo de los novatos mientras usted estaba desconectado mentalmente. Lidié con la depresión de Mike. ¿Y todo este tiempo soy un caso de caridad que aceptó para callar a mi madre?"

"Siéntese" — ladra el entrenador.

"Ya no lo voy a escuchar" — le espeto —. "Y ya no voy a ser su títere."

Me doy la vuelta y salgo de la oficina de un portazo, ignorando sus gritos. El vestuario queda en silencio cuando irrumpo de nuevo, con la cara ardiendo. No miro a Maine. No miro a Mike. Agarro mi casco y me lo encajo en la cabeza, ajustando la correa lo bastante apretada como para asfixiarme.

"¡Vamos!" — le grito al equipo, la voz quebrándoseme —. "¡Al puto hielo!"

No los espero. Marcho por el túnel con la sangre hirviéndome de rabia. Necesito golpear algo. Necesito golpear a alguien.

Empieza el segundo periodo y juego como un hombre poseído. Pero no en el buen sentido. No busco el disco; busco cuerpos. Cada choque que termino es duro, rayando en lo ilegal. Ando cazando golpes, dejando mi posición expuesta, alimentado por la humillación que me quema las entrañas.

Le mandó un correo.

Lo hizo para quitársela de encima.

Fraude.

La palabra se repite en mi cabeza en bucle. Fraude. Fraude. Fraude.

A los diez minutos, un delantero de Brown —el mismo tipo que me sonrió con sorna antes— me traba por detrás de la jugada. Es sutil, una zancadilla que me manda estrellándome contra las bandas. No pitan.

Eso es todo. El dique se rompe.

Me levanto de un salto, ignorando la jugada que baja por el hielo. Patino directo hacia el árbitro, gritando.

"¿¡Estás ciego?!" — rujo, metiéndome en su espacio personal —. "¡Me tiró las piernas!"

"Retrocede, Garcia" — advierte el árbitro, llevándose la mano a la cadera.

"¡Haz tu puto trabajo!" — Le aparto el brazo de un manotazo cuando intenta guiarme de vuelta —. "¡Abre los ojos, pedazo de mierda inútil!"

Suena el silbato. Señal de T. Técnica.

"Van dos" — dice el árbitro.

"¿Dos?" — Me río, un sonido maníaco y feo —. "¡Ponme diez! ¡Eres un chiste! ¡Todo esto es un chiste!" — Estrello mi palo contra el vidrio, el sonido quebrando el pabellón como un disparo. La pala se hace pedazos, lanzando astillas por el aire.

El brazo del árbitro se levanta otra vez. Señala la salida. — "¡Se acabó! ¡Expulsión por mala conducta! ¡Fuera del hielo!"

La multitud enloquece: abucheos y gritos lloviendo desde arriba. A través de la neblina roja, veo a mis compañeros mirándome horrorizados. Mike está de pie en el banquillo, con la boca abierta. Maine parece como si le hubieran dado una bofetada.

Y arriba, en las gradas, capto un destello de pintura con brillantina. El cartel de mi mamá.

¡GARCIA: METE GOLES Y ROBA CORAZONES!

Escupo sobre el hielo a los pies del árbitro y me doy la vuelta, patinando hacia las puertas pesadas. El entrenador Barrett me grita desde el banquillo, con la cara morada, pero no oigo las palabras. No me importa.

¿Querían garra? Les di garra.

Salgo del hielo, los patines repiqueteando sobre las alfombras de goma. La puerta se cierra de golpe detrás de mí, amortiguando el

ruido del partido, pero el silencio del túnel es peor. Es el sonido de una carrera terminándose. El sonido de una reputación desmoronándose.

Me arranco los guantes y los tiro por el pasillo.

Expulsado. Echado. Una desgracia.

Y lo peor es que ni siquiera sé si me arrepiento. Solo me siento vaciado. Como si todo lo que creía que era —líder, jugador, buen hijo — fuera apenas una mentira que todos acordaron contarme.

Doblo la esquina hacia el vestuario, con la intención de agarrar mi bolsa y desaparecer antes de que termine el partido, y casi me estampo contra alguien parada junto al bebedero.

"¡Ey!" — Em retrocede, manos en alto. Todavía lleva puesta mi camiseta. Tiene los ojos muy abiertos, asustados. — "¿Linc? Creí que... oí el silbato... ¿qué pasó?"

Me quedo mirándola, con el pecho agitado, el bajón de adrenalina dejándome mareado. Se ve tan esperanzada. Tan comprensiva. Hablando de cenas para conocer a los padres y futuros.

Y yo soy un tipo que acaba de ser expulsado del partido más importante de la temporada porque no pudo manejar su propia vida. Soy un capitán fraude con una madre acaparadora y un problema de ira.

"¿Linc?" — pregunta otra vez, acercándose, extendiendo una mano. — "¿Estás bien?"

No. No estoy bien. Y al mirarla, lo único que puedo pensar es que ella merece algo mejor que el desastre que tiene enfrente.

"Se acabó" — susurro, la pelea drenándose de mi cuerpo, dejando solo ceniza fría.

PRÁCTICAMENTE ME ESTAMPO contra el muro de músculo que es Lincoln Garcia.

Un momento estoy volviendo del baño, todavía molesta conmigo misma por haberme perdido lo que al parecer fue una parada espectacular de Rook —según no paraban de exclamar todas en el baño de mujeres— y al siguiente, estoy cara a cara con mi novio, que parece a punto de combustión espontánea.

—¡Linc! —Mi cara automáticamente esboza una sonrisa—. Yo...

La voz se me corta en seco cuando registro su expresión. Tiene la mandíbula tan apretada que juro que puedo oír cómo le rechinan los dientes. Ojos encendidos, hombros rígidos... nunca lo había visto así. Si la ira fuera visible, el aire a su alrededor crepitaría con relámpagos rojos.

—¿Qué pasa, Linc? —Mi sonrisa se evapora más rápido que vodka derramado en una fiesta de fraternidad—. Háblame...

—Coach —murmura, con la mirada fija en algún punto más allá de mi hombro izquierdo—. Acabo de hablar con Coach Barrett.

Espero a que continúe, pero no dice nada más. Solo ese músculo de su mandíbula saltando como si intentara escapársele de la cara. Y mientras lo veo librar una batalla en su propia cabeza tan feroz como la que se libra en el hielo, estalla una guerra en la mía sobre cómo manejar esto.

Di algo. Lo que sea. Él siempre sabe qué decir cuando tú estás mal.

—¿Mala charla? —me aventuro, lo cual... vaya forma de decir lo obvio, Em.

Linc emite un sonido que podría ser una risa si no fuera tan hueco.

—Sí...

Esto es raro. Ya tengo claro que cuando Linc está molesto, habla. Procesa en voz alta, camina de un lado a otro, gesticula con esas manos tan expresivas. Incluso la noche que se presentó en mi residencia sin avisar... estaba molesto, pero abierto. Pero esta versión suya, silenciosa, como una estatua, me resulta completamente ajena.

Mis pensamientos giran como una rueda de hámster a triple velocidad. Necesito arreglar esto, pero no sé qué es esto.

—¿Quieres hablar de ello? —intento.

Cuando niega con la cabeza una vez, seco y definitivo, cambio el peso de un pie a otro, hiperconsciente del rugido amortiguado de la multitud a unos pasillos de distancia. El segundo periodo debe haber empezado sin él. Eso no puede ser bueno, teniendo en cuenta que es cocapitán y este es un partido contra un rival directo.

—Linc, ¿esto es por los ojeadores?

—Para —me corta, y esa única palabra rasga el aire entre nosotros.

Mierda. Al parecer he tocado justo el nervio equivocado. El silencio se extiende entre nosotros, fino y frágil como hielo en primavera. Y de repente, mi mente me grita que haga algo, lo que sea, y rápido, porque parte de ser una buena novia es estar ahí cuando hay mucho en juego y la cosa se pone fea.

Y quiero desesperadamente ser la novia de Lincoln Garcia.

—Anoche estuve hablando con mi abuela —suelto, las palabras saliendo a borbotones antes de que pueda detenerlas. Mi cerebro ha entrado oficialmente en modo pánico, lo que en mi caso significa diarrea verbal—. Sobre que conozcas a mi familia... y nos ha invitado a cenar la semana que viene.

Linc parpadea, mirándome por fin directamente con una expresión de desconcierto. Como si de repente me hubiera puesto a hablar en klingon. Pero no puedo parar. Es como si mi boca hubiera decidido que este es el momento perfecto para hablar de los planes del próximo fin de semana, cuando en realidad es probablemente el peor momento posible.

Sigo adelante.

—Está emocionadísima. O sea, niveles ridículos de emoción. Ya está planeando todo un banquete francés con un montón de platos que cree que te van a gustar basándose en cosas que le he contado, lo cual es dulce pero también un poco aterrador porque mi abuela puede ser un poco... intensa.

Cállate. Por el amor de Dios, cállate.

—Y le dije que no se pasara, pero eso es como decirle a un pez que no nade, ¿sabes? Pero te prometo que no será agobiante. Louis también estará, como habíamos hablado, y es genial para rebajar la tensión. ¡No es que vaya a haber tensión! A mi familia le vas a encantar. O sea, ¿cómo no? Eres genial y...

—Em. —La voz de Linc es suave pero firme, y mi tren desbocado de palabras frena en seco.

Buen trabajo. De alguna forma has hecho que esto sea sobre ti. Comportamiento estelar de novia.

Tomo aire, obligándome a frenar.

—Perdona. Estoy nerviosa. Tú estás mal. Y no sé cómo ayudar y lo estoy empeorando.

Se pasa una mano por la cara, y por un momento parece tan agotado que quiero rodearlo con mis brazos y decirle que se olvide del estúpido partido, y ofrecerme a hacer lo que haga falta para que se sienta mejor. Pero algo en su postura me advierte que no lo toque.

Linc mira al suelo, y no sé si siquiera me está escuchando. Su cara se ha vaciado por completo: una máscara que no revela nada. Mantengo la boca cerrada hasta que por fin levanta la vista y me mira a los ojos. La ira que vi antes se ha desvanecido, dejando algo peor en su lugar.

Una mirada distante y vacía que me hunde el estómago.

—Em. —Su voz es tan baja que tengo que inclinarme para oírlo.

—¿Sí?

—No sé si puedo con esto.

Las palabras no me entran al principio, como si estuvieran en un idioma extranjero que mi cerebro no puede traducir. El corazón me late tan fuerte que parece querer escaparse de la caja torácica.

Di algo. Pide que te lo aclare. No te quedes aquí plantada como una idiota.

—Ni siquiera te he dicho cuándo es la cena —respondo, y el alivio me inunda—. ¡Pero es flexible! Podemos ponerla un día que no tengas partido. Mi abuela está jubilada, así que...

Linc vuelve a levantar la mirada hacia mí, y lo que veo en sus ojos me detiene a mitad de frase. Sus labios se aprietan en una línea fina, y veo su nuez subir y bajar cuando traga con fuerza.

—No, Em. No me refería a eso. —Hace un gesto vago con una mano entre nosotros—. No puedo con esto. Con lo nuestro.

Las palabras aterrizan como un golpe físico. El estómago se me desploma tan de repente que me mareo por un instante, como si hubiera pisado en falso en lo alto de una escalera y mi cuerpo ya se estuviera preparando para la caída.

—¿Qué? —Mi voz no suena como la mía. Es demasiado aguda, demasiado fina—. ¿Qué quieres decir, Linc?

Cambia el peso de un pie a otro, mirando a todas partes menos a mí.

—Es demasiada presión. No puedo con ella.

—¿Demasiada presión? —repito estúpidamente, sin terminar de procesarlo—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué presión?

En algún lugar a lo lejos, la multitud ruge, un sonido que ahora parece llegar de otra dimensión. Una dimensión donde hace treinta segundos yo todavía era feliz, planeando un futuro que se evapora frente a mí.

—Necesito tiempo. —Su voz suena más plana que nunca—. Para aclarar algunas cosas.

Mi cerebro se esfuerza por encontrarle sentido a lo que está pasando. Ayer por la mañana nos despertamos en brazos del otro.

Ayer por la mañana me dijo que me quería. Esta mañana nos mandamos mensajes sobre qué película ver luego. Y ahora... ¿esto?

—¿Qué cosas? —La voz me tiembla en la pregunta—. ¿Por qué no puedes aclararlas conmigo?

Niega con la cabeza, y algo en su expresión se endurece.

—Simplemente no puedo, ¿vale? Esto no es... Yo no... Necesito espacio.

Cada frase entrecortada es un clavo en el ataúd de lo que fuera que estábamos construyendo juntos, un campo de flores y un cielo de sol reducidos a cenizas y oscuridad. El pecho se me contrae dolorosamente.

—Espacio. —Le devuelvo la palabra como un eco—. Pero anoche dijiste...

—Sé lo que dije —me corta, cruzándose de brazos—. Las cosas cambian.

—¿En veinticuatro horas? —El calor me sube a la cara: ira y humillación mezclándose en una combinación tóxica—. Las cosas no cambian tan rápido. La gente no cambia tan rápido.

Un músculo de su mandíbula se contrae.

—Pues yo sí.

Lo miro fijamente, buscando alguna señal de que esto es temporal: un mal momento, un ataque de pánico pasajero por conocer a mi familia, un caso de nervios de día de partido que se ha ido de las manos. Pero lo único que veo es hielo en los ojos que ayer eran cálidos sobre los míos.

—¿Es algo que hice? —La voz se me quiebra en la pregunta, delatando la desesperación que intento esconder—. Porque si yo...

—No eres tú —dice, en la frase de ruptura más estereotipada de la historia—. Es solo que... necesito centrarme en el hockey ahora mismo. Y en los estudios. Y en arreglar mis mierdas.

—Eso es una mierda. —Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas—. Puedes centrarte en los estudios o en el hockey y seguir teniendo novia. Declan y Lea lo hacen funcionar.

Su cara se endurece.

—Yo no soy Declan.

—No me digas —le suelto, el dolor volviéndome temeraria—. Él no dejaría a su novia en medio de un partido de hockey sin previo aviso.

Linc se estremece, y por un segundo creo que quizás he conseguido llegar a él. Quizás esto es solo un lapsus momentáneo de cordura del que nos reiremos después. En ese caso, seguirá doliendo, pero podremos seguir adelante.

—Tengo que volver —dice en cambio, señalando con la cabeza hacia la pista.

—¿Y ya está? —Mi voz sube de tono—. ¿Sueñas esta bomba y te vas?

Da un paso atrás.

—Supongo que sí. Lo siento.

Y entonces, antes de que pueda decir otra palabra, se da la vuelta y se aleja, sus anchos hombros formando una línea rígida que dice no me sigas con más claridad de la que las palabras jamás podrían.

Me quedo congelada en el pasillo, el pecho tan apretado que apenas puedo respirar. Los sonidos del partido continúan a lo lejos: silbatos, gritos, el golpe sordo de cuerpos chocando contra las bandas.

La vida siguiendo su curso normal mientras la mía implosiona.

Esto no está pasando. Esto no puede estar pasando.

Pero sí.

El pasillo vacío y el nudo frío en mi estómago son prueba suficiente. Hace apenas unos minutos estaba emocionada por verlo jugar el resto del partido y luego pasar el rato con él.

Le estaba mandando mensajes a Louis sobre qué postre preparar para nuestra cena familiar del próximo fin de semana. Me imaginaba a Linc riéndose con mi abuela y encajando a la perfección. Pensaba en un futuro juntos.

Y ahora...

Una lágrima caliente me resbala por la mejilla. Me la limpio con furia, negándome a derrumbarme en un pasillo público donde cualquiera podría pasar. Siento que las piernas me van a fallar, así que me apoyo contra la pared, intentando encontrarle sentido.

Pero no hay sentido que encontrar. Un minuto tenía un novio que me quería, y al siguiente tenía... nada.

Lo más cruel es que me sentía orgullosa de mí misma, orgullosa de haber sido por fin lo bastante valiente para abrirme, para confiar en alguien. Había superado mi miedo, mis inseguridades, mi certeza de que no merecía que me quisieran.

Le había dado a Linc todo lo que tenía.

Y él me lo había devuelto todo sin siquiera mirarme a los ojos.

EL HIELO susurra bajo mis cuchillas.

Ras, sss, ras, sss.

Cada zancada me quema los cuádriceps, pero empujo más fuerte —más fuerte que en un entrenamiento, más fuerte que durante un partido. Me merezco el ardor, el dolor, el castigo. Una penitencia justa por abandonar a mi equipo. Por destrozarle el corazón a Em como si no fuera nada, cuando apenas había empezado a confiar en los hombres otra vez.

—Más rápido —me murmuro, la voz atrapada por el aire gélido. La camiseta del uniforme se me pega a la espalda, el sudor congelándose en parches de tela tesa. La pista comunitaria vacía no devuelve más eco que el sonido de mis patines tallando patrones de autodesprecio en el hielo.

Ni siquiera me duché. Solo agarré mi equipo y conduje hasta encontrar esta pista desierta a veinte millas del campus. Un lugar donde nadie me buscaría. Sin entrenadores, sin compañeros de equipo, sin madres agitando carteles con purpurina, sin ojeadores vigilando cada uno de mis movimientos.

Sin Em con sus ojos esperanzados hablando de cenas familiares.

El recuerdo de su cara —la confusión dando paso al dolor, dando paso a la furia, dando paso a la desesperación— me revuelve el estómago. Me inclino más en el giro, forzando el filo al máximo

hasta que los tobillos me gritan de protesta, pero consigo mantenerme en pie.

No puedo. Lo nuestro.

Cuatro palabras. Eso fue todo lo que hizo falta para demoler en segundos todo lo que ya habíamos construido y todo lo que yo aún esperaba construir con ella en el futuro. Vi la luz apagarse en sus ojos, esa chispa hermosa extinguiéndose por mi culpa, porque soy un cobarde.

El teléfono me vibra contra el muslo por lo que parece la centésima vez. Lo ignoro como he ignorado el resto. Mi madre ha llamado ocho veces. El entrenador, dos. Maine ha dejado tres mensajes de voz. El partido habrá acabado hace una hora, y no tengo ni idea de si ganamos o perdimos.

Lo único que sé es que el entrenador intentó detenerme y le dije que se fuera a la mierda.

Así que mi carrera en la NHL probablemente también se acabó. Los ojeadores quieren pasión, pero gritarle al árbitro hasta que te saquen una expulsión por mala conducta es tóxico.

He leído los mensajes. Los de Lea se han ido volviendo cada vez más creativos en sus amenazas contra mi integridad física. El último prometía, y cito textualmente, «reorganizar tus órganos internos en una pieza de arte moderno titulada "La muerte de un cabrón"», pero de Em no ha habido nada.

Solo silencio.

Y yo tampoco he reunido el valor para escribirle.

¿Qué le diría siquiera?

Abandono el centro del hielo y acumulo velocidad a lo largo de las bandas. El viento que genero me quema los ojos, pero no aminoró. En cambio, mi mente vuelve al otro tema que ha dominado mis pensamientos durante las últimas horas: cómo mi madre le mandó correos al entrenador a mis espaldas.

Cómo manipuló la situación para conseguirme la cocapitanía.

Cómo nada de lo que había logrado era realmente mío.

Me lanzo a un cruce brutal, cortando con tanta fuerza que el filo interior cava una trinchera en el hielo. Al menos esa marca la he hecho yo. Al menos esa no me la regalaron. A diferencia de la

cocapitanía. Todas esas horas de entrenamiento extra, toda la mierda con Mike, el liderazgo que creía estar demostrando... nada de eso importó.

Conseguí la «C» gracias a mi madre.

El sonido de la puerta pesada de la pista al abrirse interrumpe mis pensamientos. No me molesto en mirar. Probablemente sea el encargado nocturno que viene a echarme. Le solté veinte dólares al chico adolescente de la entrada para que me dejara patinar fuera de horario, pero puede que su turno ya haya terminado.

Giro para otra vuelta, pero algo me llama la atención.

Una figura de pie junto a las bandas. Grande, silenciosa, familiar.

Freno derrapando y lanzo un arco de cristales de hielo al aire, porque el hombre que está de pie ahí es prácticamente la última persona en la Tierra que habría esperado ver. Mi padre, parado con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, observándome con esos ojos tranquilos.

¿Qué demonios?

Por un momento, solo me lo quedo mirando, preguntándome si el esfuerzo físico me está haciendo alucinar. Se supone que mi padre debería estar en el hotel con mi madre, no plantado en una pista comunitaria cualquiera a millas del campus a las... miro el reloj... 11:42 de la noche.

Me deslizo hasta donde está, el pecho agitado, las piernas temblándome de agotamiento.

—¿Qué haces aquí, papá?

—Lincoln. —Asiente una vez, parco como de costumbre. Sin movimientos desperdiciados, sin palabras innecesarias. El polo opuesto de mi madre.

—¿Cómo...?

—Google Maps. —Se encoge de hombros—. La pista de hielo más cercana.

Por supuesto. Puede que no haya hablado con mi padre —hablado de verdad— en meses, pero todavía me conoce. Sabe que cuando las cosas se ponen feas, busco el hielo. Siempre ha sido así, desde que era niño. Me limpio el sudor de la frente con la manga,

tomo aire y un escalofrío de emoción y agotamiento me recorre el cuerpo.

—¿Te mandó mamá? —digo.

—Está preocupada —dice—. Tu entrenador también. Todo el equipo, por lo que he podido deducir.

La culpa me golpea con renovada intensidad.

—Tiene sentido —digo.

—Te expulsaron.

—Sí.

¿Qué más puedo decir? Perdí el control. Le falté el respeto al árbitro. Sin excusas.

Mi padre me estudia durante un largo momento.

—¿Quieres contarme por qué?

Me apoyo contra las bandas.

—La verdad, no.

Asiente, aceptándolo. Otra diferencia entre él y mi madre. Ella escarbería, presionaría, exigiría respuestas. Papá simplemente... espera. El silencio se extiende entre nosotros, y después de un minuto me descubro hablando de todos modos.

—El entrenador me contó algo sobre mamá. —Bajo la mirada hacia mis patines—. Le envió un correo después de que Mike se lesionara y le dijo que me nombrara cocapitán.

Lo miro esperando sorpresa, pero papá solo parece cansado y un poco incómodo de estar desempeñando un papel al que no está acostumbrado.

—Ah.

—¿Lo sabías?

Cambia el peso de pierna.

—Lo sospechaba. Ella es... protectora con tu futuro.

Me separo de las bandas, la ira encendiéndose.

—¿Y no dijiste nada?

Papá mira el hielo, luego a mí.

—Hay un banco por allí —dice.

Por un segundo, considero negarme, pero las piernas me pesan como pasta demasiado cocida. Asiento, me deslizo hasta la salida y

bajo del hielo. Me derrumbo en el banco, desatándome los patines mientras papá se sienta a mi lado con un suspiro medido.

El silencio entre nosotros es diferente del que hay con mi madre. Los de ella exigen ser llenados. Los de él simplemente existen, pacientes y sin exigencias. Es reconfortante e irritante a la vez.

—Tu madre se pone... entusiasta —dice al fin, mientras me quito el segundo patín—. A veces cruza líneas que no se da cuenta de que existen.

Resoplo.

—Entusiasta es traer a treinta amigos a un partido. Enviarle correos a mi entrenador para manipular mi carrera en el hockey es... —busco las palabras— una cagada, papá.

No se inmuta por mi lenguaje.

—Sí —coincide, lo cual me sorprende tanto que lo miro—. Lo es.

No esperaba que validara mi enojo tan rápido. Papá siempre ha sido el pacificador, el que suaviza las cosas cuando mi madre se pasa de la raya. Pero ahora no hay nada suave en su tono, solo un reconocimiento silencioso.

—Ella no lo ve así —continúa—. En su cabeza, solo te está ayudando a conseguir lo que quieres.

—Lo que ella quiere —corrijo, la amargura cubriéndome la lengua—. Contrato en la NHL. Copa Stanley. Muñecos cabezones de Lincoln García para regalar en Navidad.

La boca de papá se tuerce ligeramente.

—Lo de los muñecos cabezones sería algo.

A pesar de todo, suelto una carcajada corta e involuntaria.

—No estás ayudando.

—Perdona. —Su sonrisa se desvanece y baja la mirada a sus manos.

—¿Por qué no la detuviste? —La pregunta sale más áspera de lo que pretendía.

—No puedo impedir que tu madre sea quien es. —Lo dice con sencillez, sin resentimiento—. Solo puedo hablar con ella después, que lo haré. Pero no se trata realmente de eso, ¿verdad? Porque, aunque sé que quieres mucho a tu madre, no es la primera vez que te enfadas con ella, y nunca habías hecho esto, ¿no?

Me froto las palmas contra los muslos sudados, frustrado de que todavía pueda leerme con tanta facilidad a pesar de lo distantes que hemos estado últimamente.

—¿Qué quieres decir?

—No habrías explotado contra un árbitro hasta ganarte una expulsión por mala conducta solo por una mala jugada. —Se gira ligeramente para mirarme más de frente—. Hay algo más.

Las ganas de evadir son fuertes, pero ¿para qué? Ya estoy metido en la mierda hasta el cuello. Mi madre manipuló mi carrera en el hockey. Abandoné a mi equipo en medio de un partido crucial. Rompí con la chica más increíble que he conocido de la forma más cobarde posible.

Así que se lo cuento todo.

Cómo la revelación del entrenador me hizo cuestionar cada logro que he tenido en mi vida. Cómo empecé a preguntarme si realmente merecía la beca, la capitanía, la atención. Cómo siento que he estado viviendo mi vida sobre unos raíles que mi madre trazó para mí...

Y después le cuento lo de Em.

—Conocí a una chica —digo, y la voz se me baja—. Es... diferente. Inteligente. Graciosa. Me canta las cuarenta. Me hace sentir como... —luchó por encontrar las palabras— como que soy algo más que un jugador de hockey con una reputación en el campus.

Papá escucha sin interrumpir, los ojos fijos en los míos.

—Al principio solo nos acostábamos —continúo—, pero luego se convirtió en algo real. O al menos yo pensaba que era real. Me pidió que conociera a su familia, y entré en pánico.

—¿Cómo?

—Justo después de que el entrenador me contara lo del correo de mamá, fue como si todo se me viniera encima de golpe. Me sentía un fraude, y estaba tan furioso con mamá... —Se me quiebra la voz—. Y entonces me crucé con Em.

Asiente. Sabe que hay más.

—No podía con la presión de las expectativas de otra persona justo en ese momento, y ella seguía dale que dale con el tema. Pero

sé que es su forma de ser. Tiene TDAH, así que su cerebro —y su boca— a veces van a mil por hora, ¿sabes?

Otro asentimiento. Más silencio.

Bajo la mirada a mis manos, avergonzado.

—Así que le dije que no podía. Que no podía con lo nuestro. Le solté la bomba, la destrocé, me di la vuelta y la dejé ahí plantada.

Arriesgo una mirada a la cara de papá, esperando decepción, pero todo lo que veo es una preocupación pensativa.

—No paro de preguntarme si algo de todo esto era real —admito—. ¿Mamá solo me quiere porque soy su estrella de hockey? ¿A Em solo le gusto porque se me da bien la cama y cree que voy a llegar a profesional? —Las preguntas que llevan horas revolviéndose en mi cabeza por fin salen—. ¿Qué pasa si no soy lo que quieren que sea?

Papá exhala despacio.

—Es mucho peso para llevar encima, hijo, pero también es una pregunta que mucha gente se hace todos los días.

—Ya, bueno. —Me encojo de hombros, intentando parecer despreocupado y fracasando estrepitosamente—. Estoy acostumbrado a cargar peso.

—Hmm. —Me observa un momento—. Déjame hacerte una pregunta. ¿Has visto alguna vez el aula de tu madre?

La pregunta me pilla desprevenido.

—¿Qué? O sea, sí, un par de veces. Cuando era más pequeño.

—Esos pósteres motivacionales que tiene por todas las paredes. Las frases de ánimo en español. La forma en que lleva el seguimiento del progreso de cada alumno. —Hace una pausa—. Así es tu madre, Lincoln. No sabe querer a medias ni animar desde la banda. Se mete en el partido contigo.

—Pero...

—¿Es demasiado a veces? Sí —reconoce—. ¿Cruza límites? Sin duda. ¿Voy a tener una conversación muy seria con ella sobre ese correo? Puedes estar seguro. —La voz se le endurece en esa última parte, y recuerdo que, aunque papá sea callado, no es ningún pusilánime.

—Pero no cometas el error de pensar que su amor depende de que llegues a la NHL. —Sus ojos sostienen los míos—. Tu madre

destruiría el mundo entero por ti si lo necesitaras, con hockey profesional o sin él, y yo no querría estar en su camino. Está orgullosa de ti y de todo lo que tú has logrado, Linc. Y yo también.

Algo apretado en mi pecho se afloja un poco.

—Gracias.

—Y solo empuja tanto con el hockey porque cree que es lo que tú quieres. Sería igual de entusiasta si quisieras ser científico o recoger basura. —Se encoge de hombros—. ¿Le has dicho alguna vez lo contrario? Si quieres que deje de empujarte hacia la NHL, tienes que decírselo.

Esa pregunta me frena en seco, me hace parpadear. ¿Le he dicho alguna vez a mamá que no quiero jugar hockey? Me he quejado de su intensidad, de la presión, de cómo me avergüenza a veces... pero nunca le he dicho que pare porque no quiero jugar.

—Yo... —trago saliva— supongo que no.

Papá me estudia con esos ojos pacientes.

—¿Quieres dejar de jugar?

—No. —La respuesta sale al instante, sorprendiéndome con su certeza—. No quiero.

Y es verdad. A pesar del colapso de hoy, a pesar de la presión, a pesar de todo... amo este deporte. Amo el hielo bajo mis cuchillas, el peso del palo en mis manos, la conexión con mis compañeros, la alegría feroz de la competición.

Y quiero llegar a profesional.

—Ahí lo tienes —dice papá, con voz suave—. Tu madre cree que está apoyando tu sueño porque sabe que también es tu sueño.

Me restriego la cara con las manos, sintiendo el raspón de la barba incipiente.

—Mierda. He estado culpándola por echarme encima una presión que habría sentido de todos modos.

—Cualquiera que persigue algo difícil siente presión, Linc. Pero los que lo consiguen se adueñan de esa presión, en lugar de culpar a otros por ella. —Una sonrisa minúscula le toca la comisura de la boca—. Dicho esto, tu madre sí se deja llevar. Es parte de por qué me enamoré de ella. Pero puede ser... mucho.

—Dímelo a mí —murmuro, pero sin acritud.

—Hablaré con ella —dice papá—. Pero te quiere, Lincoln. Más que a nada en este mundo. No la excluyas porque te quiera demasiado alto.

Asiento, sorprendiéndome de la humedad que me brota en los ojos.

—No quiero que pare. Solo... que le baje un poco, quizá. Es que es...

—Agobiante.

—Sí. —Dejo escapar un suspiro tembloroso.

Papá asiente.

—¿Y la chica? ¿Em, dijiste?

Se me encoge el estómago al oír su nombre.

—¿Qué pasa con ella?

—Te importa.

No es una pregunta, pero contesto de todos modos.

—Sí. Mucho.

—Pero te preocupa que solo le gustes porque eres...

—El tío del campus con «química en la cama» —digo, haciendo una mueca al oír cómo suena en voz alta—. El de la buena reputación. Futuro jugador de la NHL. —Niego con la cabeza—. ¿Y si eso es todo lo que soy para ella? ¿Una anécdota que contará algún día sobre el jugador de hockey con el que salió en la universidad?

Papá lo considera.

—Solo hay una forma de saberlo.

—¿Cuál?

—Hablar con ella.

Lo miro fijamente.

—¿Eso es todo? ¿Ese es tu consejo? «Habla con ella.»

—¿O le mando un correo? —El fantasma de una sonrisa le toca los labios.

—Imbécil. —Niego con la cabeza—. No puedo simplemente ir y...

—¿Por qué no? —dice papá—. Puedes pedirle perdón por haberla herido. Explicarle lo que te estaba pasando por la cabeza. Ser honesto con tus inseguridades. —Hace una pausa—. Eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer, Lincoln. Las conversaciones

difíciles no se vuelven más fáciles si huyes de ellas, y parece que tienes unas cuantas pendientes.

Tiene razón, y lo sé. Pero la idea de enfrentarme a Em después de cómo dejé las cosas me atenaza el pecho. No solo miedo al rechazo —aunque sin duda está ahí—, sino miedo de haber dañado algo precioso más allá de toda reparación.

—¿Y si ni siquiera quiere hablar conmigo? —Mi voz sale más pequeña de lo que pretendía.

—Al menos sabrás que lo intentaste. —Papá se inclina ligeramente hacia adelante, los codos en las rodillas—. El arrepentimiento es algo pesado de cargar, hijo. Créeme.

Algo en su tono me hace mirarlo de golpe. Hay una historia ahí, pero este no es el momento para pedirla. No cuando está aquí, en mitad de la noche, dándome exactamente lo que necesitaba cuando ni siquiera sabía que lo necesitaba.

—La he cagado mucho, ¿verdad? —digo, más para mí que para él—. Em... el equipo...

—Probablemente. —Un pequeño encogimiento de hombros—. Pero te sorprendería cuántas cagadas se pueden arreglar con sinceridad y tiempo.

—¿Tú crees?

—Sí. —Su certeza resulta extrañamente reconfortante—. Pero empieza por presentarse. Dar la cara. Tener las conversaciones difíciles.

Asiento despacio, sintiendo que algo se asienta en mi pecho. Un propósito, quizás. O simplemente la claridad de saber lo que tengo que hacer a continuación, por difícil que sea.

—Gracias, papá. —Las palabras se quedan cortas para lo que me ha dado esta noche, pero son lo único que tengo.

Asiente una vez.

—Cuando quieras.

Por impulso, me inclino y lo abrazo. Es incómodo, los dos sentados en el banco, pero no recuerdo la última vez que abracé a mi padre. Seguro que hace años ya, y de pronto eso me parece lo más trágico.

—Te quiero —digo, palabras que no le he dicho desde que tendría unos trece años y decidí que era demasiado mayor para esos numeritos de niño.

Se tensa un segundo —sorpresa, no rechazo— antes de rodearme con los brazos.

—Yo también te quiero, hijo —dice, la voz áspera de emoción.

Cuando nos separamos, hay un brillo en sus ojos que se corresponde con la humedad que siento en los míos. Y, en este momento, me doy cuenta de algo importante: he pasado tanto tiempo este año preocupándome por lo que los demás esperan de mí —mamá, el entrenador, el equipo, los ojeadores, incluso Em— que había perdido de vista lo que yo espero de mí mismo.

Ahora, por primera vez en mucho tiempo, siento que voy en la dirección correcta.

3:17 a. m.

El reloj digital se burla de mí con su resplandor rojo, cada minuto que pasa como un insulto personal. Tres horas y diecisiete minutos de un día nuevo que estoy viviendo en horizontal, tirada en el suelo de la sala de mi residencia maldita, mirando el techo como si fuera a darme respuestas.

Llevo aquí desde medianoche, después de darme cuenta de que mi cama —un lugar donde normalmente me quedo dormida a los pocos minutos de apoyar la cabeza en la almohada— se ha transformado en una especie de instrumento de tortura medieval diseñado específicamente para negarle el sueño a las recién dejadas.

La tarima se me clava en la columna. Bien. La incomodidad física parece apropiada, de alguna manera, como si mi cuerpo estuviera por fin poniéndose al día con lo que mi corazón lleva sintiendo desde anoche, cuando Linc me miró en aquel pasillo del pabellón de hockey y dijo esas cuatro palabras que no paran de repetirse en mi cabeza.

No puedo con esto.

Cierro los puños. La rabia que lleva horas acumulándose me calienta la sangre, me hace sentir la piel demasiado tensa, demasiado caliente. Me duele la mandíbula de tanto apretarla.

Menudo imbécil.

Confié en él. Le dejé ver partes de mí —literal y metafóricamente— que nadie más había visto jamás. Dejé que fuera el primero. Le dije que lo quería, y él me lo dijo también. Me miró a los ojos y pronunció esas tres palabras, y le creí.

Todo lo nuestro parecía real. Y luego, ni veinticuatro horas después, en cuanto mencioné que conociera a mi familia, le entró el pánico, ojos como platos, y me dejó tirada en un pasillo.

Un pasillo.

«Presión», dijo. «Necesito espacio.»

Espacio.

A veces quiero abrazar a mi cerebro, porque ahora mismo me está regalando una imagen increíblemente satisfactoria de Linc siendo lanzado al espacio exterior sin casco.

Mi abuela me diría que eso no es productivo. Seguramente tiene razón, pero ahora mismo la fantasía me está evitando gritar de rabia y de pena a las 3:19 de la madrugada, así que lo cuento como una victoria.

Me giro de costado, haciendo una mueca cuando el hueso de la cadera choca contra el suelo. Una parte de mí reconoce que podría volver a la cama, o al menos moverme al sofá que está a menos de un metro, pero hay algo justo en esta incomodidad.

Como si estuviera castigando a mi cuerpo por ser tan estúpido.

Por desecharlo.

Por seguir deseándolo a pesar de que me ha roto el corazón.

La pantalla de mi móvil se ilumina en la mesita. Durante un segundo salvaje y patético, el corazón me da un brinco pensando que puede ser él. Pero es solo Louis, mandándome un TikTok a una hora intempestiva. Ni me molesto en abrirlo. No quiero reírme ahora. Quiero marinarme en mi rabia porque es lo único que mantiene las lágrimas a raya.

Lo que me saca de quicio —de verdad, profundamente— es que, por muy herida y furiosa que esté, también estoy... ¿bien?

No bien bien. No estoy a punto de salir a la calle dando saltitos y cantando sobre arcoíris. Pero tampoco estoy destrozada. Después de Derek, fui un desastre durante meses. Mis notas se desplomaron y no podía ni mirar a un chico sin sentir náuseas. Estaba convencida

de que algo en mí estaba roto de una forma fundamental, sin arreglo posible.

Tardé años en recuperarme de aquello: cambiar de secundaria, un año sabático y jurar que no volvería a acercarme a un chico en mucho tiempo. Pero ahora, tirada en este suelo incómodo a las 3:21 de la madrugada, estoy triste y estoy furiosa, pero no estoy rota. Y, de alguna manera, eso me enfurece todavía más.

Porque la parte más exasperante de todo esto es que Linc me ayudó a encontrar esa fuerza. Nuestra relación —la que tiró a la basura como si no significara nada— me enseñó que podía ser vulnerable otra vez. Que podía disfrutar de la intimidad física. Que podía abrirme a otra persona. Que merecía ser querida.

Y lo merezco. Independientemente de lo que piense o sienta Linc Garcia, merezco ser querida.

—Joder —susurro a mi residencia vacía, incorporándome hasta quedar sentada, con la espalda protestando después de horas en el suelo duro.

Esta noche no voy a dormir. Mi cerebro está demasiado ocupado fabricando escenarios elaborados en los que Linc se da cuenta de lo idiota que ha sido y vuelve arrastrándose, solo para que yo le suelte una frase demoledora que lo deja destrozado mientras me alejo con aire triunfal, el pelo ondeándome al viento a pesar de estar en un interior.

Es una fantasía bonita, pero me conozco demasiado bien. Si apareciera ahora mismo con una disculpa y esos ojos absurdamente preciosos, probablemente lo perdonaría de inmediato porque, al parecer, mi listón con los hombres está tan bajo que prácticamente es una taberna en el infierno.

Cuanto más rato paso sentada en el suelo compadeciéndome, más me doy cuenta de una cosa: me niego a pasarme la próxima década de mi vida con miedo a salir con alguien por culpa de Linc Garcia. Ya pasé por eso, ya lo viví, ya tengo la camiseta conmemorativa del trauma emocional, y no pienso volver ahí.

No voy a convertirme en la loca de los gatos de la que mis primos se ríen en las reuniones familiares —aunque, siendo justos, los gatos son leales, lo que los pone varios peldaños por encima de

ciertos jugadores de hockey. Estoy herida, sí —destrozada, incluso— pero no rota, y el calor de la rabia que siento me está ayudando a soldar las grietas de mi corazón.

Este discurso motivacional que me estoy dando sería más convincente si no siguiera sentada en el suelo de mi residencia a las 3:30 de la madrugada, pero bueno, pasito a pasito. Al menos mi monólogo interior ha evolucionado de fantasías homicidas a algo que se parece vagamente al amor propio.

El sonido de una llave en la cerradura me paraliza. Lea se fue sobre las dos y media, diciendo que necesitábamos «provisiones» si íbamos a procesar como es debido mi trauma emocional. A juzgar por el tiempo que ha estado fuera, asumo que esas provisiones incluyen una vaca recién sacrificada y un pequeño viñedo.

—¡Traigo lo esencial para el apoyo emocional! —anuncia Lea al abrir la puerta de una patada, los brazos cargados de bolsas de plástico—. Aunque la única tienda abierta en quince millas a la redonda era esa gasolinera sospechosa de la autopista, así que las opciones eran limitadas.

Se detiene en seco al verme todavía en el suelo, exactamente donde me dejó.

—Em, ¿te has movido en algún momento?

—Me giré de la espalda al costado en un momento dado —digo—. Tendrías que haberlo visto. Fue muy dramático.

Lea deja las bolsas en la diminuta encimera de nuestra cocina.

—Bueno, he traído papas fritas. Tres sabores diferentes porque no sabía qué tipo de crisis estamos teniendo. Sal y vinagre si estamos furiosas, barbacoa si estamos tristes, y crema agria y cebolla si estamos en esa zona intermedia en la que odiamos a todo el mundo pero también queremos llorar.

—Me llevo las tres —me río por primera vez desde que Linc me dejó, y empiezo a incorporarme—. Mi daño emocional tiene profundidad y dimensiones.

—Y... —Saca dos Slurpees enormes con un gesto triunfal—. ¡Tachán! Uno de cereza para mí, uno de frambuesa azul para ti...

La visión de esa bebida helada de azul brillante me golpea como un puñetazo a traición. Me desplomo de vuelta al suelo con un

quejido, tapándome la cara con las manos.

—¿Qué? —pregunta Lea, y entonces se le descompone la cara al darse cuenta—. Mierda. Lo del Slurpee del pospartido. El azul... Lo siento mucho, Em, no estaba pensando...

—No pasa nada —digo, aunque claramente sí pasa. Me destapo la cara y me obligo a sentarme—. Dámelo, considéralo la poción que necesito para recuperar el control.

—Puedo tirarlo. Podemos quedarnos solo con las papas...

—No. —Estiro la mano con más determinación de la que he sentido en toda la noche—. Me niego a que Linc Garcia me arruine los Slurpees además de todo lo demás que me ha quitado.

Lea me pasa la bebida helada con una sonrisa cautelosa.

—Esa es mi chica.

Le doy un sorbo largo, y el sabor artificial de la frambuesa azul me inunda la boca. Sabe a nostalgia y a corazón roto y, curiosamente, un poco a victoria. Al menos no voy a dejar que me robe una cosa más.

—¿Sabes qué haría esto mejor? —pregunta Lea, dejando su Slurpee de cereza en la mesita y volviendo a la cocina.

—¿Una máquina del tiempo?

—Lo segundo mejor. —Saca una botella de vodka del congelador—. Cortesía de Mike, que dice que te diga, y cito textualmente: «Estoy listo para partirle la cara a Linc si quieres».

Algo cálido florece en mi pecho al oír eso.

—¿Le contaste a Mike?

—Claro que no. —Lea vuelve con el vodka y dos vasos de chupito—. Se lo contó Declan. Que se enteró por Maine. Es el equipo de hockey. Son un organismo simbiótico.

Genial. Nada como ser la comidilla para ponerle la guinda a mi copa de rechazo. Es una lástima, además, porque había empezado a considerar amigos a algunos de esos chicos.

Lea vierte un chupito doble de vodka en cada uno de nuestros Slurpees y levanta el suyo en un brindis.

—Por los imbéciles que no te merecen.

Choco mi vaso contra el suyo.

—Por el vodka. El auténtico héroe de la noche.

Bebemos en silencio un momento. Siento el alcohol calentándome el estómago, suavizando ligeramente los bordes de mi dolor. Lea se desliza hasta el suelo para sentarse a mi lado, con la espalda apoyada en el sofá.

—Entonces —dice después de un rato, eligiendo cada palabra con el cuidado de un pez nadando junto a un tiburón—, ¿has sabido algo de él?

Resoplo.

—Ni pío. Silencio absoluto. Oficialmente me he unido a la legión de ex de Linc. Quizá deberíamos montar un grupo de apoyo. Hacer camisetas.

—¿No has intentado llamarlo?

—No, que le den. ¿Qué le iba a decir? —digo, dándole otro sorbo largo, el alcohol y el azúcar creando un agradable zumbido—. «Oye, ¿te acuerdas de cuando me dijiste que me querías y luego me dejaste doce horas después? ¡Buenos tiempos!» —Niego con la cabeza—. No, gracias. Mi dignidad ya ha recibido suficientes golpes.

Lea me da un toque con el hombro.

—¿Qué pasó, Em? ¿De verdad? Ayer por la mañana estabas tan contenta...

—¡Nada! —Suspiro. El recuerdo de esa mañana —despertar en sus brazos, hacer el amor, su «te quiero» susurrado contra mi piel— me atraviesa con una nueva oleada de dolor. Le doy otro trago a mi Slurpee con vodka—. Eso es lo raro. Todo era perfecto y luego... dejó de serlo.

Se queda callada. El viejo truco de «no digas nada hasta que Em no pueda resistirse a hablar».

Funciona.

Dejo caer la cabeza contra el cojín del sofá a mi espalda.

—Dios, pedirle que me enseñara sobre sexo tiene que ser la decisión más idiota que he tomado en mi vida. O sea, ¿en qué estaba pensando? «Eh, mujeriego del campus con problemas de compromiso, ¡enséñame lo que es la intimidad!» Sí, plan brillante, Em. Matrícula de honor en decisiones vitales.

Lea se gira hacia mí, con una expresión sorprendentemente seria para alguien que está bebiendo vodka con pajita a casi las cuatro de

la madrugada.

—No hagas eso —dice con firmeza.

—¿El qué? —resoplo, dándole otro trago largo a mi bebida—. ¿Ser sincera sobre mi juicio catastróficamente malo?

—No, no actúes como si confiar en él hubiera sido un error. No actúes como si quererlo hubiera sido una equivocación. —Deja su bebida—. Hace un año, no te habrías planteado ser íntima con nadie. No te habrías permitido ser vulnerable. El hecho de que pudieras hacerlo —de que lo hicieras— eso es crecimiento, Em. Eso es sanación.

Odio que tenga razón. Solo hace que todo sea más frustrante.

—Ya, bueno, de mucho me sirvió esa sanación. —Dejo mi Slurpee de golpe en la mesita, el líquido azul balanceándose peligrosamente cerca del borde—. Lo peor es que, a pesar de todo, a pesar de lo furiosa que estoy, a pesar de lo mucho que quiero odiarlo... sigo queriéndolo. ¿Hasta qué punto es eso patético?

—No es patético. Es humano.

—Es un incordio es lo que es.

Lea se ríe.

—Sí, las emociones tienden a ser así.

—Se supone que estás de mi parte —refunfuño, sin conseguir ocultar mi propia sonrisa.

Levanta su vaso otra vez.

—Por Em Dubois, que sigue siendo una fiera incluso cuando está llorando en el suelo.

—No estoy llorando —puntualizo, aunque la voz me tiembla peligrosamente—. Todavía, al menos.

—Dale tiempo al vodka.

Me río a pesar de todo y le doy otro sorbo. La frambuesa azul empieza a saber más a vodka puro —vaya, se me olvidó removerlo— y tengo la cabeza agradablemente difusa en los bordes. Combinado con la falta de sueño y las emociones a flor de piel, a estas alturas las dos estamos claramente achispadas.

—¿Y ahora qué? —pregunta Lea después de un silencio cómodo.

—Quizá me compre un gato. Solo uno, eso sí. Pequeñito, para fastidiar a mis primos.

Lea se ríe por lo bajo.

—Muy razonable.

Esbozo una sonrisa torcida.

—Soy una persona razonable. Excepto cuando me enamoro de chicos que...

—¿Que qué?

La voz no viene de Lea. Viene de detrás de nosotras, de la dirección de nuestra puerta de entrada, que aparentemente olvidamos cerrar con llave. Es una voz que reconocería en cualquier parte, una voz que jamás esperaba volver a escuchar en mi residencia.

El corazón se me para.

Giro la cabeza despacio, con todo el cuerpo en tensión, y veo a Linc de pie en nuestra puerta. Tiene el pelo revuelto, los ojos inyectados en sangre, y todavía lleva puesto el uniforme del partido.

—Qué —digo con una calma mortal que desmiente la tormenta que ruga dentro de mí— haces en mi departamento.

Antes de que pueda añadir nada más, Lea se levanta de un salto y se planta físicamente entre Linc y yo, brazos extendidos como si estuviera defendiendo la portería en el Mundial... o lo que sea el equivalente en hockey del Mundial, si es que existe.

—El allanamiento de morada es un delito en los cincuenta estados —dice, con una voz tan afilada que podría cortar acero—. Fuera de aquí antes de que llame a seguridad del campus.

La mirada de Linc se desplaza de mí a Lea, su expresión indescifrable.

—La puerta no estaba cerrada con llave.

—No estaba... —Lea vacila una fracción de segundo, echando un vistazo a la entrada—. ¡Eso da igual! ¡No puedes entrar en el departamento de alguien sin avisar!

—Lea... —empieza él.

—No. —Avanza hacia él—. No me vengas con «Lea». Perdiste todos los privilegios de «Learnme» cuando le convertiste el corazón en polvo a mi amiga.

Le pone las dos manos en el pecho y empuja. Linc, que le saca al menos setenta libras de puro músculo, no se mueve ni un milímetro.

Sería cómico si yo no estuviera ocupada intentando procesar el hecho de que está aquí de verdad.

Los ojos de Lea se estrechan peligrosamente.

—Ah, ¿así vamos a jugar?

Gira sobre sus talones, marcha hasta nuestro escritorio y agarra su descomunal libro de historia del arte. Lo blande como un arma medieval, y en este preciso instante sé por quién apostaría yo en este enfrentamiento...

—Te voy a dar una conmoción cerebral a base de obras maestras del Renacimiento —amenaza, levantando el libro por encima de su cabeza—. Y si eso falla, tengo una colección de cúteres X-Acto...

Un destello de diversión cruza la cara de Linc antes de desaparecer bajo una expresión más seria.

—¿Cambiaría algo si supieras que he venido a disculparme?

Las palabras quedan suspendidas en el aire mientras Lea se detiene, el libro aún en alto, y se gira para mirarme con las cejas levantadas. La pregunta silenciosa es evidente: ¿Qué quieres que haga?

Mi mente sale disparada en cinco direcciones a la vez. Una parte de mí quiere decirle a Lea que adelante, que le dé una conmoción, que vea qué se siente al recibir un dolor inesperado. Otra parte —de la que estoy menos orgullosa— quiere lanzarme a sus brazos y fingir que las últimas doce horas no han ocurrido.

Pero sobre todo, necesito saber por qué.

Por qué me dijo que me quería y luego se marchó. Por qué le pareció bien romperme el corazón en un pasillo. Por qué está aquí ahora. Merezco una explicación, como mínimo. Y quizá escucharla mate esa chispa obstinada de esperanza que se niega a apagarse.

—Está bien —le digo a Lea, con la voz más tranquila de lo que esperaba—. Puedes dejarnos solos.

—¿Estás segura? —Lea baja el libro, con cara de no estar convencida—. Porque estaré encantada de comprobar si un estudio detallado de la obra de Miguel Ángel puede causar daño cerebral.

A pesar de todo, eso me arranca una pequeña risa.

—Segura.

Suspira dramáticamente y deja el libro.

—Vale. Pero voy a poner un temporizador de diez minutos. — Apunta su mirada láser hacia Linc—. Y si vuelvo aquí y la encuentro llorando, te juro por Dios que haré que te arrepientas de haber nacido con extremidades funcionales.

Lea retrocede hacia su habitación antes de desaparecer dentro con una última mirada amenazante. Y, una vez que se ha ido, me levanto del suelo, dolorosamente consciente de mi aspecto: pelo sin lavar recogido en un moño deshecho, la misma ropa de ayer, ojos hinchados de lágrimas no derramadas.

Pero me niego a esconder cuánto me ha dolido su rechazo.

Cruzo la habitación y me planto directamente frente a él, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho. Es en parte una postura defensiva, pero sobre todo es para que no se me noten las manos temblar. No sé qué viene ahora, pero lo averiguaremos en los próximos quince minutos.

—Tienes diez minutos —digo, sosteniéndole la mirada. El corazón me martillea contra las costillas, pero mantengo la expresión neutra—. Haz que cuenten.

ME SIENTO en el borde del sofá de Em, con cada músculo del cuerpo tan tenso que podría partirme en dos. Mi pierna rebota como si me hubiera inyectado espresso en vena, y tengo las palmas resbalosas de sudor. El hecho de que la última vez que me senté aquí fue uno de los rollos más calientes de mi vida no ayuda en nada a mi concentración.

Em está de pie al otro lado de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho como un escudo. Su cara es cuidadosamente inexpresiva, pero ya la conozco demasiado bien para eso. La leve tensión alrededor de sus ojos la delata: está herida, está furiosa, y está esperando a que le explique por qué destruí todo lo bueno que había entre nosotros.

No puedo quedarme quieto. Me levanto del sofá de un salto y me pongo a caminar de un lado a otro por la pequeña sala, mis zapatos haciendo golpes sordos contra el suelo. Mi pelo ya es un desastre por el sudor del partido y del patinaje, empeorado por las veinte veces que me he pasado las manos por él esta noche.

—Te quedan nueve minutos —dice Em, con la voz cortante—. Lea no bromeaba con lo del temporizador.

Eso atraviesa la niebla de mi cerebro.

—Bien. Vale. —Respiro hondo—. La cagué, Em. A lo grande.

Su ceja se eleva un milímetro. El silencio se estira entre nosotros como una goma elástica a punto de romperse.

—¿Eso es todo? —dice al fin.

—Ya estaba emocionalmente desquiciado cuando te vi en el partido —suelto de golpe, con las palabras atropellándose unas a otras—. El entrenador me llamó a su oficina justo antes del segundo periodo, y me enteré de que mi madre... —Hago una pausa, el sabor amargo de la traición fresco otra vez—. Le envió un correo. A mis espaldas. Para que me hicieran cocapitán.

La máscara que Em ha construido con tanto cuidado se resquebraja, la confusión recorriendo sus rasgos.

—Mi cocapitanía, el puesto que creía haberme ganado, ella lo orquestó. Se lo sugirió al entrenador porque «quedaría bien de cara a los ojeadores de la NHL». —Escupo las palabras, caminando más rápido ahora—. Como si yo fuera un producto que ella estaba vendiendo, en vez de alguien que merecía ganarse algo así.

—¿Por eso te fuiste del partido? —pregunta Em, con la voz suavizándose un poco.

—Le dije a Coach que se fuera a la mierda. —Me encojo de hombros—. Luego salí y te vi, y estabas hablando de conocer a tu familia, y fue... Dios, Em, fue la gota que colmó el vaso. Todo se estaba derrumbando. Mi carrera en el hockey, las cosas con mis padres... todo se sentía como un castillo de naipes.

Me obligo a dejar de caminar, a mirarla de verdad. Sus ojos están muy abiertos, absorbiendo mis palabras.

—Podrías haber dicho o hecho cualquier cosa en ese pasillo, y yo habría reaccionado como un imbécil —continúo—. No eras tú. Ni siquiera era por lo de conocer a tu familia. Era yo, desmoronándome por completo bajo la presión, sin darme cuenta de que tú eras el salvavidas que podría haberme mantenido a flote.

—¿Así que tu solución brillante fue dejarme en un pasillo? —Su voz es baja, pero corta como una cuchilla.

—No, mi solución fue huir de todo, que era la opción más estúpida posible. —Doy un paso hacia ella, luego dudo—. En vez de hablar contigo, agarré toda mi rabia y mi confusión y la descargué

sobre nuestra relación. Y, peor aún, la descargué sobre ti, una persona que no tenía nada que ver con nada de esto.

Sus hombros se relajan casi imperceptiblemente.

—Eso fue hace horas. ¿Dónde has estado desde entonces?

—En una pista comunitaria cualquiera, patinando en círculos hasta que las piernas me fallaron. Luego me encontró mi papá.

Em asiente, esperando a que continúe.

—Le conté todo. —Se me quiebra la voz—. Incluyendo lo tuyo, Em, y cuánto te quiero.

Su expresión se suaviza un poco, pero no se mueve.

—Me encanta tu ingenio, tu determinación, la forma en que te iluminas cuando bailas —digo—. Me encanta que me dieras tu confianza incluso cuando te aterraba hacerlo.

Se muerde el labio, y veo el conflicto en sus ojos.

—La cagué —continúo—. Pero si me dejas, quiero arreglarlo. Y si esto ha causado demasiado daño, si quieres irte, lo entiendo. Bueno, irte no, porque es tu residencia, y eso me dejaría aquí con Lea. Y, bueno, no está precisamente de buen humor, pero ya me entiendes.

Deja escapar un pequeño sonido que casi podría ser una risa.

Doy otro paso cauteloso hacia ella.

—La cosa es que no soy perfecto. Voy a meter la pata otra vez. Pero te juro que nunca volveré a huir de ti. Siempre hablaré contigo y siempre seré honesto, incluso cuando sea difícil. —Abro las manos—. Eso es todo lo que tengo. Ese soy yo: imperfecto, idiota de vez en cuando, pero enamorado de ti.

Em descruza los brazos lentamente.

Me mira durante lo que parecen años, con los ojos escudriñando los míos.

Entonces suena el temporizador que Lea programó.

—El temporizador de Lea acaba de sonar —dice al fin.

Se me cae el alma a los pies.

—Bien. ¿Debería...?

—Pero creo que puedo darte una prórroga. —Da un solo paso hacia mí—. Digo, viniste volando desde Idiotlandia. Lo mínimo que puedo hacer es escucharte.

El leve destello de esperanza en mi pecho se expande. Todavía tengo una oportunidad.

Em sonrío con suficiencia, la comisura de su boca elevándose lo justo para darme una peligrosa chispa de esperanza.

—Sobre todo porque eres tú el que se ha quedado sin palabras. Eso sí que es nuevo.

Abro la boca, luego la cierro. Parece que le toca hablar a ella.

—¿Quieres saber qué fue lo que de verdad dolió? —dice, dando otro paso—. Que no confiaste lo suficiente en mí para dejarme ayudarte.

La verdad de lo que dice me golpea de lleno en el pecho.

—Después de todo... —Se le quiebra la voz—. Después de todo, seguías pensando que no era lo bastante fuerte para lidiar con tus problemas. Me trataste como si fuera frágil.

—Em, no...

—Sí —me corta—. Me cerraste la puerta por completo. ¿Tienes idea de lo que se siente? ¿Ver a alguien que quieres sufriendo y que te aparte de su lado?

Trago con fuerza.

—No estaba pensando...

—No, no lo estabas. —Sus ojos se clavan en los míos—. ¿Y sabes qué es lo verdaderamente irónico? Todo este tiempo, tú me has ayudado a ser más fuerte, más segura de mí misma. Has sido mi roca. Pero cuando tú necesitaste apoyo, ni siquiera me diste la oportunidad de ser la tuya.

Algo se mueve dentro de mí: admiración mezclándose con vergüenza.

—Tienes razón —admito—. Y, ¿sinceramente? Estoy orgulloso de ti.

Alza las cejas de golpe.

—¿Orgulloso? ¿De qué exactamente?

—Mírate. —Hago un gesto hacia ella—. Mi comportamiento de idiota podría haberte hecho caer en picada. Pero aquí estás, defendiéndote, cantándome las cuarenta.

Em parpadea, momentáneamente sorprendida.

—Eso es crecimiento, Em —continúo—. Crecimiento de verdad. Y me aterra pensar que casi eché a perder ese progreso.

—Sí, bueno. Resulta que soy más dura de lo que pensaba. —Juguetea con el dobladillo de su camiseta—. Todavía te quiero, idiota. Pero no tienes derecho a cerrarme la puerta.

El corazón me martillea contra las costillas.

—¿Y eso dónde nos deja?

Em suspira, rodeándose con los brazos otra vez.

—Con condiciones.

—Ponlas.

—Primero, sigues conociendo a mi familia. Eso no es negociable.

—Su mirada es firme, inquebrantable—. Mi abuela ya está planeando el menú.

Asiento.

—Estaba pensando en robar un vino francés de los caros que mi papá guarda para ocasiones especiales. ¿Crees que le gustaría?

—Soborno descarado. Le va a encantar. —Em respira hondo—. Segunda condición: no más huir cuando las cosas se pongan difíciles. Hablas conmigo. Lo resolvemos.

—Te lo prometo —digo, sintiéndolo más que cualquier otra cosa que haya dicho en mi vida—. Quiero estar ahí para ti, Em. Y quiero dejarte estar ahí para mí. Tenía miedo.

—¿De qué?

—De no ser suficiente —admito—. No lo bastante bueno como capitán, no lo bastante bueno como tu novio, no lo bastante bueno para la NHL. He pasado la vida intentando estar a la altura de las expectativas de todos, y cuando descubrí que mi mamá había estado moviendo hilos, fue como... como si el suelo desapareciera bajo mis pies.

Su expresión se suaviza.

—Sabes que yo no te veo así, ¿verdad? No necesito que seas perfecto. Solo necesito que seas honesto.

—Honesto puedo ser. —Doy un paso tentativo hacia delante—. ¿Honestamente? Te quiero. Y quiero la oportunidad de compensarte.

Eso por fin rompe la barrera. La postura defensiva que ha mantenido desde que llegué se desvanece. Cierra la distancia entre

nosotros, buscando mi mano, y se la doy.

—Sigues siendo un idiota —dice, tirando de mí hacia ella.

—Un idiota que te quiere.

—Sí. —Me sonrío—. Yo también te quiero.

Cuando nuestros labios se encuentran, se siente como volver a casa. Sabe a Slurpee de frambuesa azul con un toque de vodka, y estoy desesperado por aferrarme a este momento, por demostrar cuánto lo siento con cada caricia. Mis manos enmarcan su rostro, los pulgares rozando sus mejillas mientras vuelco cada gramo de arrepentimiento y amor en el beso.

Cuando se aparta, sus ojos brillan.

—Bueno —dice con una sonrisa traviesa—. ¿Qué piensas hacer exactamente con la situación del equipo?

Gruño, apoyando mi frente contra la suya.

—Suplicar. Mucho. Y rezar para que el entrenador no me castigue con vueltas infinitas al campus.

—Te ayudaré a resolverlo —promete, sus dedos trazando figuras en mi pecho—. Pero creo que tenemos prioridades más inmediatas en este momento.

—¿Ah, sí? —Alzo una ceja, aunque el pulso se me acelera.

—Mmm. Una reconciliación como es debido requiere una sesión exhaustiva de hacer las paces. —Da un paso atrás hacia su habitación, tirando de mí—. Si quieres...

—Pensé que nunca lo ibas a proponer —murmuro, siguiéndola con ganas.

Mientras Em me guía hacia su habitación, con su mano caliente en la mía, la puerta de Lea se abre una rendija. Asoma la cabeza, blandiendo el teléfono como un arma.

—¿Tengo que ir a la guerra, Em? —pregunta Lea, con la mirada saltando entre nosotros con la intensidad de un árbitro de tenis—. La caballería está a un mensaje de distancia.

Em niega con la cabeza, una pequeña sonrisa asomando en sus labios.

—Creo que la ejecución puede esperar por ahora.

Lea suspira con dramatismo. Su expresión cambia a algo perversamente travieso.

—Supongo que voy a tener que subir la música. Mucho. —Alza una ceja—. O a lo mejor debería llamar a Dec y hacemos una competencia a ver quién hace más ruido.

—Por favor, no —gime Em, con las mejillas encendidas.

—No prometo nada —canturrea Lea antes de desaparecer de vuelta a su habitación.

Em se vuelve hacia mí, vergüenza y deseo luchando en su rostro.

—¿Quizás deberíamos ser... silenciosos?

Bajo la voz a un susurro conspirativo.

—Tratándose de ti, no garantizo nada.

Me río, mientras Em tira de mí, alejándose de las amenazas de su compañera de cuarto y acercándose a la promesa de la reconciliación. Las segundas oportunidades no se presentan a menudo en la vida, y esta se siente como lo más importante que he ganado jamás, mejor que cualquier partido, cualquier título, cualquier trofeo.

Y no pienso dejarla escapar.

QUEDA un minuto en el reloj, y juro que siento cada latido en el pecho como una cuenta regresiva. El marcador brilla con un 4-3, Devils arriba, pero la ofensiva de Boston ha sido implacable en este período. Me aferro al borde de mi asiento, el plástico duro clavándose en las palmas de mis manos.

—Vamos, Linc —susurro, mi voz perdida en el rugido del Prudential Center.

El ala derecha de Boston toma el control en la línea azul, los músculos tensos mientras prepara un slapshot. El disco sale disparado hacia la portería de los Devils, una mancha negra contra el hielo. Entonces lo veo: el número 14, lanzándose a través de la línea de tiro, el palo extendido al máximo antes siquiera de que el disco pueda llegar al portero.

El chasquido brutal de la goma vulcanizada contra el material compuesto retumba por todo el pabellón cuando Linc desvía el tiro. El disco suelto se desliza hacia su compañero, que lo recoge en un solo movimiento fluido. Un pase perfecto a su centro, que vuela por el hielo, y...

La sirena retumba cuando el disco golpea el fondo de la portería de Boston.

La sección 104 estalla en un caos absoluto. Estoy de pie, desgañitándome junto al resto de nuestro pequeño grupo familiar. A

mi lado, mi abuela, Penelope, y la madre de Linc, Linda, se abrazan, un momento que acercará aún más a estas dos mujeres que ya son uña y carne.

—¡Mon petit chou lo logró! —grita Penelope, agitando su cartel.

La elegante caligrafía francesa del cartel de mi abuela contrasta radicalmente con el póster más sobrio de Linda, una evolución significativa respecto al bombardeo de purpurina al que sometió a Linc durante su último año de universidad, algo que ahora se siente como una eternidad atrás y no como los pocos meses que en realidad han pasado.

—Sabía que lo haría —dice Linda radiante, con lágrimas corriéndole por la cara—. ¿Viste ese bloqueo? ¡Ese es mi hijo!

George me mira por encima de las mujeres que celebran y me guiña un ojo con discreción. Nuestra comunicación silenciosa —nuestra familia son unas lunáticas adorables— se ha convertido en un vínculo bienvenido entre nosotros, aunque yo soy más propensa por naturaleza a igualar el enfoque de alta energía de las otras dos mujeres.

La multitud empieza a moverse, y me escabullo con un rápido:

—Voy a encontrarlo en el túnel.

Lea asiente, ya metida en una conversación telefónica con Declan, que está viendo el partido en directo desde Nueva York, donde esta noche inaugura su primera exposición.

Me abro paso entre los aficionados que van saliendo, agachándome bajo codos y esquivando carritos con la soltura de alguien que pasó su infancia navegando entre multitudes de recitales de danza. El túnel de jugadores ya está rodeado de aficionados impacientes, pero soy excelente haciéndome pequeña y a la vez decidida.

El equipo emerge del hielo entre aplausos atronadores. Mis ojos recorren la procesión de camisetas rojas, buscando la única cara que me acelera el pulso sin importar cuántas veces la vea, aunque verlo con esta camiseta en particular sigue siendo algo relativamente nuevo.

Después de su último año de universidad, Linc fue seleccionado en el puesto número catorce del draft por los Devils, un presagio

dado el número que llevaba en Pine Barren. Todos viajamos a su primer partido y, aunque tuve que cambiar un montón de turnos en el restaurante y en el estudio de danza para poder ir, mereció la pena.

Y ahora ahí está, todavía con todo el equipo puesto, el sudor pegándole el pelo a la frente, su expresión una mezcla de agotamiento y euforia. Sus ojos barren la multitud hasta que se encuentran con los míos. El momento de reconocimiento me atraviesa como una descarga, incluso después de todos estos meses.

Su cara se abre en esa sonrisa.

Y, en un solo movimiento fluido, me levanta del suelo con el brazo derecho mientras se quita el casco con el izquierdo. El mundo da vueltas cuando me gira en un círculo apretado antes de atrapar mis labios en un beso que sabe a sal y a victoria y a chicle de menta, su nuevo ritual antes de cada partido que todavía me parece entrañable.

—Estuviste increíble —le digo cuando nos separamos, mis pies aún colgando en el aire—. ¿El bloqueo en el último minuto? Casi me da un infarto.

—Solo presumía para mi club de fans. —Su voz está ronca de tanto gritar en el hielo, pero sus ojos... sus ojos tienen esa expresión tranquila y satisfecha que he aprendido a reconocer como su felicidad más auténtica. Es la cara que dice que está exactamente donde quiere estar, con exactamente quien quiere estar.

—¡Lincoln Garcia! —Un acento francés familiar interrumpe nuestro momento—. ¡Baja a mi nieta antes de que se te caiga con esos brazos sudorosos de hockey!

Linc se ríe mientras me deja suavemente en el suelo y se gira para enfrentar el tsunami familiar que se aproxima. Penelope desciende primero, pellizcándole las mejillas con una fuerza sorprendente para alguien de su edad.

—Magnifique! —declara, alternando entre idiomas con la fluidez de siempre cuando se emociona—. Tu as joué comme un champion!

—Gracias, Penny —dice él, usando el apodo que, según resultó, solo él puede usar sin consecuencias.

Linda se abre paso a continuación, abrazándome con fuerza antes de girarse hacia su hijo.

—Jugaste increíble —le susurra, con la voz cargada de emoción.

La transformación de Linda durante estos últimos meses ha sido notable. Después del derrumbe de Linc, tuvieron una serie de conversaciones dolorosas pero necesarias. Ella sigue asistiendo a cada partido que puede, y sigue animando más fuerte que nadie, pero la presión se ha evaporado, reemplazada por un orgullo genuino.

George se queda un poco apartado, observando la escena con tranquila satisfacción. Da un paso adelante de último, dándole a Linc una palmada en el hombro, un gesto que ahora carga meses de entendimiento reconstruido entre ellos, especialmente después de que él tomara las riendas para frenar a Linda.

—Buen partido, hijo —dice simplemente. Las palabras son pocas, pero cargadas de significado.

El enlace de prensa de Linc aparece a su lado, recordándole con tono de disculpa las entrevistas pospartido. Es el juguete nuevo y brillante de los Devils, y la manada de periodistas quiere hincarle el diente un rato. Pero, por un segundo, aparta al empleado con un gesto antes de inclinarse hacia mí.

—¿Cuánto van a durar? —pregunto.

—Media hora como mucho. Luego ducha y reunión con el equipo. —Me besa la sien—. ¿Me guardas un poco de lo que haya cocinado tu abuela?

—Habrá comida puertorriqueña y francesa —interviene Penelope, claramente espiando nuestra conversación—. Porque el compromiso es la esencia de la familia, chérie.

—Y porque George y tú no pudieron ponerse de acuerdo con el menú —añado.

Penelope agita la mano con desdén.

—Detalles.

Linc señala con la cabeza hacia sus compañeros que lo esperan.

—Estaré ahí en cuanto pueda.

Mientras Linc desaparece con su equipo, nuestro grupo empieza a abrirse camino hacia las salidas. Lea, por fin libre del teléfono con

Declan, me rodea los hombros con el brazo mientras caminamos.

—Bueno —dice con una sonrisa pícaro—, ¿qué se siente salir con un jugador profesional de hockey?

—Bastante surrealista —admito—. Pero ¿y tú? ¿Qué se siente salir con una estrella en ascenso del mundo del arte?

—Bastante increíble. —El rostro de Lea se suaviza con orgullo—. Sus obras ya están llamando la atención de algunos coleccionistas serios.

—Vaya, miren a quién tenemos aquí —interrumpe una voz familiar.

Mike avanza hacia nosotras con su andar atlético, sin rastro alguno de su lesión anterior. Tras acogerse a la reserva médica durante casi toda la temporada pasada, está listo para repetir su último año, con un aspecto fuerte y concentrado. Lleva del brazo a una morena guapa que me resulta vagamente familiar del campus.

—Jugó genial —dice Mike, dándonos un abrazo rápido a mí y a Lea, y luego levanta su teléfono con una expresión mezcla de incredulidad y diversión—. ¿Se enteraron de la noticia?

—¿Qué noticia? —pregunta Lea, con el instinto protector de hermana activándose de inmediato en lo que respecta a su hermano.

—Salió hace veinte minutos. —Mike desplaza la pantalla de su teléfono—. El entrenador Barrett está fuera. Resulta que el Director Deportivo se dio cuenta de que estaba cumpliendo el expediente...

Nuestro grupo estalla en exclamaciones y preguntas. Pero, mientras charlan, me descubro sonriendo al pensar en cuánto ha cambiado en un solo año académico.

Empecé mi año de novata siendo un manojo de nervios y energía positiva por fuera, pero por debajo tenía miedo de confiar en cualquiera. Ahora, después de conocer a Lea, a Linc y al resto de mis amigos, estoy lista para el próximo año con más esperanza y confianza. Y con un novio buenísimo que está arrasando en la NHL, y que aun así saca tiempo para hacer FaceTime conmigo todas las noches antes de dormir.

—¿Contenta? —susurra Lea, notando mi expresión.

—Ridículamente —confirmo.



¿Lista para más?

Es el turno de Mike.

Una noche. Sin nombres. Sin expectativas.

Eso era todo lo que se suponía que iba a ser.

Ahora no puede dejar de pensar en ella.

Y ella es la única persona a la que definitivamente no debería desear.

La hija del entrenador. La mujer que no hace locuras. La que tiene todo que perder.

Ya lo has visto liderar sobre el hielo.

Ahora míralo arriesgarlo todo fuera de él.

Changing the Playbook es la historia de Mike: nuestro capitán taciturno por fin encuentra a su chica.

👉 ¡Empieza *Cambiando las Reglas del Juego* ahora!

O sigue leyendo para ver una muestra.

¡Únete a mi familia de lectoras!

- Únete a mi newsletter en ClaraWestBooks.com
- Sígueme en Amazon para no perderte ningún lanzamiento
- Encuéntrame en redes sociales o envíame un mensaje a través de mi web.

*extracto de cambiando las
reglas del juego*

uno

SOPHIE

LA LÍNEA del bajo me vibra contra el esternón, cada golpe sincronizado con mi pulso acelerado. Maya prácticamente grita desde el otro lado de nuestra pequeña mesa alta, agitando su mojito en dirección a un tipo que claramente no tiene edad universitaria pero que se esfuerza demasiado por aparentar que encaja en un bar universitario.

—¿Qué tal ese? —dice—. Lleva diez minutos mirándote.

—¡Maya! —Me aferro a mi vodka con soda como a un salvavidas, rezando para que la penumbra del bar disimule el rubor que se me extiende por el pecho—. Alguien te va a oír.

—¡Esa es la idea! —Se inclina hacia mí, su largo pelo negro cayendo sobre un hombro—. Sophie, te mereces mojar. Después del verano que has tenido...

—No. —La palabra sale más cortante de lo que pretendo, y la suavizo con una media sonrisa—. Estoy bien.

—No estás bien. Estás... —Hace un gesto circular con la mano en mi dirección—. Estás más tensa que los rulos de la permanente de mi abuela. ¿Cuándo fue la última vez que te divertiste?

Me encojo de hombros intentando que parezca casual, lo cual solo hace que su sonrisa se ensanche. Maya lleva con esta cruzada desde que las dos nos trasladamos a Pine Barren desde Michigan hace un mes. Según ella, mi vida es de una monotonía criminal,

pero no entiende que no tengo tiempo para divertirme, y sé que no tiene sentido decírselo.

—Yo me divierto —protesto sin convicción.

—Estudiar para los exámenes de farmacología no cuenta.

—No iba a decir...

—Y reorganizar tus notas clínicas por colores tampoco.

Abro la boca para argumentar que clasificar por colores es en realidad muy satisfactorio cuando algo al otro lado del bar me llama la atención. Un chico está sentado solo en una mesa del rincón, cerveza en mano, con una naturalidad total. Lleva una camiseta oscura de manga larga que se le tensa sobre los hombros anchos, el pelo ligeramente revuelto como si se hubiera pasado los dedos por él.

Pero lo que me impacta no es solo lo atractivo que es —que lo es—, de esa forma casual y sin esfuerzo que me provoca una tensión baja en el abdomen. Es lo cómodo que se le ve ahí sentado, solo, un viernes por la noche. El bar late con grupos bebiendo y gritando por encima de la música, y ahí está él, simplemente... existiendo.

A gusto.

Qué bien debe sentirse eso.

Solo pensar en entrar en un bar sola me hace picar las palmas. ¿Qué haría con las manos? ¿Adónde miraría? ¿Cómo evitaría sentir que todo el mundo está catalogando mi soledad? ¿Qué otra cosa podría estar haciendo con ese tiempo? ¿A quién estaría fallando por darme un capricho así?

Pero este chico lo lleva como si nada.

Le da un trago largo a su cerveza y entonces —Dios mío— sus ojos se encuentran con los míos.

La lógica me grita que aparte la mirada, pero algo en su expresión me retiene, y entonces su boca se curva en una sonrisa. No una mueca ensayada diseñada para llevarse a alguien a la cama, ni una sonrisa arrogante que dice que sabe lo bueno que está, sino algo cálido y genuino que le marca las líneas junto a los ojos.

Mis labios se curvan antes de que pueda evitarlo, y...

—¡Dios mío! —La voz de Maya corta de golpe el hechizo en el que estoy—. ¡Estás mirando a alguien! ¡Esto es histórico! ¿Dónde

tengo el móvil para documentarlo?

Me giro tan rápido que algo me tira en el cuello, la cara ardiendo con suficiente intensidad como para alimentar una ciudad pequeña. ¿Qué estoy haciendo? No conozco a este tío. Probablemente cita a Nietzsche en las fiestas y piensa que eso lo hace profundo. O peor, podría ser de esos que te lanzan pullitas y lo llaman coquetear. O, puaj, un deportista.

—No estaba mirando a nadie —murmuro, pero la boca se me empeña en sonreír.

Maya ya está estirando el cuello como un suricato de guardia. —¿Mesa del rincón, parece que podría levantarme en peso sin despeinarse? —Suelta un silbido bajo—. Joder, Sophie. Cuando por fin decides mirar escaparates, vas directa al expositor de Tiffany's.

—¿Puedes parar, por favor? —siseo, pero la sonrisa sigue boicoteando mi indignación.

Por esto no me salgo de mi sistema. Cuando me pica, busco a alguien en una fiesta o en un bar, dejo que den todos los pasos, les sigo el juego y desaparezco antes de que aquello se convierta en Algo. Así no hay complicaciones, ni expectativas, ni equipaje emocional, y desde luego nada de depender de nadie. Porque eso solo lleva al dolor.

—Sigue mirando —susurra Maya con toda la sutileza de una alarma de coche.

—No es verdad.

—Que sí. Y ¡ay! Está haciendo eso de intentar que no parezca que te mira. Ya sabes, el vistazo casual por el bar que de alguna forma siempre acaba en ti. —Me agarra la muñeca—. Está barriendo... ahora en ti... y barriendo... y en ti...

En contra de mi buen juicio, echo un vistazo por encima del hombro. Su mirada me encuentra al instante, como si estuviera esperando. Esta vez su sonrisa se vuelve casi tímida, pillado con las manos en la masa, y algo cálido se despliega bajo mis costillas, expandiéndose hacia fuera.

—Se acabó. —Maya se termina el mojito con determinación de campo de batalla—. Vas a ir hasta allí.

—No voy a ir a...

—Sophie Pearson, vas a llevar tu culo bonito hasta esa mesa y vas a hablar con ese hombre, o te juro que lo haré yo por ti. Y sabes que lo voy a hacer raro.

No está faroleando. El mes pasado me presentó a un tío en una cafetería anunciando que yo estaba «soltera y con ganas pero también un poco estreñida emocionalmente». Solo el recuerdo me da ganas de establecer mi residencia permanente debajo de esta mesa.

Normalmente no me acerco a los tíos.

Normalmente estoy perfectamente satisfecha con mi sistema de orgasmos mutuos y cero números de teléfono.

Pero hay algo en la forma en que está ahí sentado que me hace querer saber por qué ha venido a un bar solo y cómo consigue que la soledad parezca una elección en vez de un fracaso, y por qué se ha fijado en mí entre todas las chicas que hay aquí, la mayoría de las cuales llevan menos ropa y beben más.

—Sophie —dice Maya como si estuviera calmando a un caballo—, lleváis cinco minutos lanzándoos miraditas. Eso es un contrato vinculante en tiempo de bar.

Tiene razón. Más o menos. En mi limitada pero eficiente experiencia con los rollos, suele haber un guion. Ellos se acercan. Se ofrecen a invitarme a una copa. Hacen charla intrascendente que ambos sabemos que son preliminares con palabras. Sugieren que nos vayamos. Yo les sigo.

Pero este chico no se levanta de su mesa.

Simplemente está ahí sentado con esa sonrisa tranquila.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo y no hubiera ningún otro lugar donde prefiriera estar.

Lo que significa que si quiero hablar con él...

—Está bien. —La palabra se me escapa antes de que mi cerebro pueda elaborar una lista de pros y contras como es debido—. Pero si sale mal, la culpa es tuya.

Maya suelta un chillido como si estuviéramos en el colegio, luego me agarra de los hombros y me estudia como una general inspeccionando a sus tropas. —¿Necesitas un discurso motivacional?

—Necesito que dejes de montar un espectáculo con esto. —
Suelto un largo suspiro y me aliso arrugas inexistentes en la ropa.

—¡Es que esto es literalmente histórico! ¡Estás acercándote a un
tío voluntariamente! ¡En un bar! ¡Casi sobria!

—Apenas sobria —murmuro, pero mis pies ya se están moviendo.
Me paso las manos por los vaqueros—. Y no es para tanto. Solo voy
a... saludar.

Escapo antes de que pueda contestar, su alarido persiguiéndome
como un grito de victoria. Varias cabezas se giran y me planteo
seriamente desviarme hacia el baño y crearme una nueva identidad.
Pero entonces le pillo la mirada otra vez, y él se endereza un poco, y
de algún modo mis pies siguen avanzando hasta que estoy de pie
junto a su mesa.

—Hola —digo, e inmediatamente quiero disolverme en las tablas
del suelo o que me salgan alas y echar a volar.

¿Hola? ¿Esa es mi frase de apertura? ¿Y ahora qué narices hago?

Pero su sonrisa se ensancha como si acabara de dar un discurso
magistral. —Hola tú también. —Señala la silla vacía—. ¿Quieres
sentarte?

—Yo... —Me dejo caer en la silla, intentando canalizar aunque
sea una fracción de su confianza relajada—. Es que no sé. Podrías
ser muy aburrido.

Dios mío. ¿Acabo de llamarle aburrido? ¡Que alguien me
confisque las cuerdas vocales, ya!

Pero se ríe —una risa cálida y grave—. —Es justo. Podría ser
increíblemente soso. Igual me paso la próxima hora hablándote de
mi extensa colección de sellos.

—¿Tienes una extensa colección de sellos?

—No, pero empiezo a pensar que debería. Ir a tope con el
personaje. —Me tiende la mano—. Soy Mike.

—Sophie. —Le estrecho la mano. Su palma es cálida y firme
contra la mía, y se la sostengo quizá un segundo de más.

Me preparo para las veinte preguntas de rigor, el cuestionario
estándar de ligue de bar que ambos sabemos que es puro trámite
hasta que alguien sugiera buscar un sitio más tranquilo y con menos

ropa. ¿A qué te dedicas? ¿Eres estudiante? ¿Qué estudias? ¿Vienes mucho por aquí?

En vez de eso, ladea la cabeza y me observa. —Qué pulsera más curiosa.

Bajo la vista a mi muñeca, sorprendida. La mayoría de la gente ignora educadamente el desastre caótico que Hazel hizo en el campamento de verano. Cuentas rosas chillón chocan con estrellas moradas y corazones verdes, mientras una cuenta plateada con forma de dinosaurio preside el caos porque sí.

—La hizo mi hermana. Tiene ocho años. Fue un proyecto del campamento.

—El dinosaurio le da el toque definitivo.

Se me escapa una risa de sorpresa. —¡Eso mismo dijo ella!

—Una chica lista. —Se recuesta en la silla, y yo desde luego no me fijo en cómo se le tensa la camiseta sobre el pecho—. Hace poco hice un curso de joyería.

Parpadeo, atónita, porque eso no es algo que esperara que este tío dijera jamás. —¿En serio?

—Sí, la cosa es que... —Niega con la cabeza, sonriendo por algún recuerdo—. A ver, forma parte de un rollo que tengo de probar cosas nuevas, y pensé: ¿qué tan difícil puede ser hacer joyería? De pequeño hacía pulseras de la amistad con mi hermana, ¿no?

Me inclino hacia delante, extrañamente encantada con la imagen de este tío —cuya pinta dice a gritos que practicó todos los deportes del instituto y que ahora levanta motos en peso por diversión— sentado en un taller de manualidades, debatiendo las virtudes de la gasa o el voile como tejido.

—Así que me presento —continúa— y somos yo y doce mujeres que claramente se están preparando para lanzar imperios en Etsy. Tienen herramientas profesionales, tarjetas de visita ya impresas, una línea de producto en mente, y están hablando de cosas como «estética de marca» y «posicionamiento de mercado».

Sonrío de medio lado. —Ay, no.

—Ay, sí. Y ahí estoy yo con mi bolsa de cuentas de plástico de la tienda de manualidades, listo para hacer unas pulseras de la amistad.

Una risa genuina me brota del pecho. —¿Y qué hiciste?

—Intenté disimular. Actué como si fuera a por una «estética minimalista». Hasta solté la palabra «deconstruido» en algún momento. —Le da un trago a la cerveza—. Nadie se lo tragó. Sobre todo cuando me pasé veinte minutos intentando hacer un anillo con una cuchara y acabé con una cuchara... ¿cuadrada?

—¿Terminaste el curso?

—Las seis semanas. Hasta vendí una pulsera en la feria de manualidades de fin de curso.

Abro los ojos como platos, sonriendo. —¿En serio? ¿Alguien la compró?

—Mi madre es una mujer muy solidaria.

Otra risa se me escapa. ¿Cuándo fue la última vez que me reí tanto con un desconocido? Normalmente las conversaciones de bar se sienten como negociaciones de rehenes: calcular lo rápido que podemos pasar los preámbulos y llegar a la parte sin ropa. Pero esto se siente distinto, como sumergirte en un baño caliente después de un turno largo.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Algún talento oculto para las manualidades aparte de lucir joyería de dinosaurio de primera?

—A menos que cuente clasificar apuntes por colores, no. —Hago una pausa—. Bueno, mi amiga Maya diría que lo he elevado a forma de arte. Tengo un sistema.

—¿De qué nivel de complejidad estamos hablando?

—Colores distintos para cada asignatura, obviamente. Pero también subcategorías dentro de cada asignatura. Y referencias cruzadas. Y un color aparte solo para lo que seguro cae en el examen frente a lo que puede que caiga en el examen frente a lo que me saltaré si cae en el examen...

Parece genuinamente impresionado. —Eso es...

—¿Neurótico?

—Iba a decir exhaustivo. Pero también un poco genial. —Se encoge de hombros—. Yo lo apunto todo con el primer boli que no esté seco y me encomiendo a la suerte.

—Solo de pensarlo me da ansiedad.

La camarera pasa a tomarnos nota y nos trae las bebidas un minuto después —otra cerveza para él, otro vodka con soda para mí— y por un momento pienso que debería ir más despacio. Pero el calor que se me extiende por el pecho tiene menos que ver con el alcohol y más con la forma en que Mike se inclina ligeramente cuando hablo, como si cada palabra importara.

Caemos en un ritmo fácil. Me cuenta otra de sus «cosas nuevas», el curso de cocina donde casi le prende fuego a un trapo de cocina («el profesor me prohibió acercarme al fuego después de eso»). Yo confieso mi intento de aprender guitarra, que terminó con mi profesor sugiriéndome que quizá mi fuerte era «apreciar la música como oyente».

—Lo cual era claramente código para «por favor, deja de torturar a ese instrumento» —añado, y cambio de tema—. Entonces, ¿a qué viene eso de probar tantas cosas nuevas? ¿Crisis de los veinticinco?

Algo cambia en su expresión —no exactamente tristeza, pero algo más profundo que el humor ligero que hemos estado intercambiando—. —Algo así. Más bien... —Hace girar la botella de cerveza entre las palmas—. ¿Alguna vez has sentido que llevas tanto tiempo haciendo lo mismo que se te olvidó que había otras opciones?

La pregunta aterriza en un lugar inesperado, justo en el centro de mi pecho. —Sí. Conozco esa sensación.

Me observa un momento, y me pregunto qué ve. ¿A la chica que sigue la misma rutina todos los días? Estudiar, rotaciones clínicas, rollos seguros y asépticos que nunca arriesgan convertirse en algo más. Por no hablar de las mil y una cosas que necesito hacer por mi hermana y por mis padres para mantener el barco familiar a flote en las aguas turbulentas por las que hemos navegado últimamente...

—De ahí la joyería —dice, más ligero ahora—. Y la cocina. Y el taller de cerámica, que fue exactamente tan pretencioso como suena.

El tiempo hace esa cosa elástica extraña en la que se estira y se contrae a la vez. Soy hiperconsciente de todo: cómo mueve las manos cuando cuenta algo, dibujando formas en el aire; cómo su risa arranca desde lo bajo del pecho; que de verdad escucha cuando

hablo en vez de simplemente esperar su turno, con lo que quiere decir ya precargado.

Pero el tiempo se tensa de golpe cuando Maya se materializa a mi lado. —Oye —dice, lanzándole a Mike un guiño que me hace querer esconderme—. Nos vamos a otro sitio. ¿Vienes?

Miro el móvil, asombrada al ver que han desaparecido dos horas. El bar se ha llenado más, los cuerpos apretados, la música más alta, pero yo no me había dado cuenta. Hemos estado viviendo en nuestra propia burbujita en esta mesa del rincón, y no he pensado en nada más que en Mike y sus bromas y sus historias encantadoras y su cuerpo —ay, su cuerpo— durante todo ese rato.

—Yo... —Miro a Mike, luego a Maya.

—Debería presentarme —anuncia Maya sin esperar invitación—. Soy Maya, la amiga de Sophie que lleva dos horas viéndola sonreír más que en los últimos dos meses, lo cual es bastante irritante porque yo soy graciosísima y me esfuerzo mucho...

—¡Maya! —La sangre se me agolpa en la cara, pero Mike se limita a sonreír.

—Mike. —Le estrecha la mano—. Y me alegra oír eso. Tiene una sonrisa preciosa.

Mi cara alcanza niveles nucleares. Maya me lanza una mirada que dice claramente: quédate con este.

—Bueno, pues. —Retrocede despacio, como si intentara no espantar a un animal salvaje—. Os dejo a los dos... —Hace un gesto circular vago—. Estaremos en Flanagan's si quieréis alcanzarnos. O no. Seguramente no. Seguro que no. Aunque si termináis pronto y os da por vestiros otra vez, sentíos libres de venir...

Se diluye entre la multitud antes de que me pueda morir de vergüenza.

—Tu amiga parece divertida —dice Mike, y no sé si va con sarcasmo—. Como el caos en forma humana.

—Es mucho. —Jugueteo con mi vaso vacío, apuntando a casual y probablemente errando por kilómetros—. ¿Quieres tomarte la siguiente copa en mi casa?

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Le observo la cara, esperando el cambio. El momento en que Mike de la

Conversación Fácil se transforma en el Tío con Suerte. El momento en que la fachada se derrite y veo la chulería, la arrogancia y el egoísmo que hay detrás del juego.

Pero simplemente deja la cerveza, con un amago de sonrisa en los labios. —Me encantaría.

Y suena como si se refiriera a algo más que a la copa que le he ofrecido.

dos

SOPHIE

EL CAMINO a mi departamento debería llevar solo diez minutos. Lo he cronometrado antes: del bar a mi edificio son exactamente tres manzanas, dos semáforos y un callejón sospechoso que siempre cruzo a paso acelerado. Pero esta noche, con Mike a mi lado, el tiempo funciona de otra manera.

Cada paso se estira como un caramelo, y soy hiperconsciente del espacio entre nuestros cuerpos. Estamos lo bastante cerca como para que me lleguen ráfagas de su jabón (algo penetrante a cedro que probablemente tiene un nombre ridículo como «Forest Blast»), pero lo bastante lejos como para que claramente no estemos *juntos-juntos*.

El pulso me martillea, y la estudiante de enfermería que llevo dentro cataloga síntomas: taquicardia, vasodilatación periférica y propiocepción aumentada. Básicamente, mi sistema nervioso autónomo ha decidido montar una fiesta sin invitar a mi cerebro racional, y al lado de un tío como este, no puedo culparlo.

—Así que enfermera, ¿eh? —La voz de Mike interrumpe mi autodiagnóstico—. ¿Tienes, ya sabes, el uniforme y todo eso?

—¿Un uniforme? —Arqueo una ceja—. Déjame adivinar: te imaginas un conjunto blanco impecable, escasez estratégica de botones y un largo de falda que violaría las normas de seguridad laboral.

—¿Quizá? —Su sonrisa se extiende sin disculpa—. Mira, mi mamá es médica, pero sobre todo se queja de las aseguradoras y trae historias de terror sobre niños que se meten esas lucecitas de colores de Lego por la nariz. La moda no fue realmente un tema, aunque he tenido mi ración de...

—¿Enfermeras?

Casi se atraganta de risa. —Fantasías con enfermeras... —Hace una pausa—. La primera enfermera con la que me acueste será la primera...

—Menos mal que te van las cosas nuevas... —digo, y de repente me pongo roja como un tomate, porque esto no es nada propio de *mí*.

Él simplemente sonríe.

—En cuanto a la moda... —retrocedo—. Siento decepcionarte, pero son sobre todo uniformes sanitarios holgados y zuecos que podrían servir de dispositivos de flotación.

—No sé. —Su mirada me recorre con una apreciación que me eriza la espalda—. Apuesto a que tú haces que los dispositivos de flotación queden bien.

El semáforo delante de nosotros arde en rojo, y nunca he estado más agradecida por la infraestructura municipal. Quizá piense que el rubor de mis mejillas es solo su reflejo.

—Por aquí a la izquierda —consigo decir, señalando con la cabeza hacia mi calle—. El segundo edificio, el de la escalera de incendios que seguramente no cumple la normativa.

Recorremos la manzana que queda, todo farolas rotas y sombras, la zona de las residencias estudiantiles de Pine Barren del «no tengo beca y mis padres no son ricos». Y, mientras caminamos, Mike se mueve a mi lado con la soltura de quien nunca ha cuestionado su derecho a ocupar espacio, un metro noventa al completo de confianza masculina.

Pero también es cuidadoso, manteniendo la distancia como si hubiera descifrado alguna señal en mi lenguaje corporal. Lo cual probablemente ha hecho, porque mi lenguaje corporal ahora mismo emite «conflicto» en neón. Y, como para demostrarlo, en la entrada de mi edificio me lío con las llaves mientras soy agudamente

consciente de Mike detrás de mí, paciente e irradiando un calor que me tienta a imaginar qué pasaría si me recostara hacia atrás.

Mala idea, Sophie, interviene amablemente mi mente. *Pensamientos así van a complicar tu bonito e uncomplicated plan de cosa de una noche.*

Tres tramos de escaleras nunca se han hecho tan largos —¿por qué no me podía permitir un departamento con ascensor?— y para cuando llegamos a mi puerta, el corazón me late desbocado por razones que no tienen nada que ver con la subida y todo que ver con lo que viene después. Dentro, dejo caer las llaves en el plato de cerámica que Hazel me hizo en clase de arte, que está torcido y pintado en morados violentos.

—Bonito lugar —dice Mike, observando mis muebles rescatados y la pared de tarjetas de farmacología que realmente debería quitar.

—Gracias. Tiene lo esencial: techo, paredes y vecinos que ponen electrónica a todo volumen los fines de semana y entre semana. ¿Algo de beber? —Me dirijo al refrigerador, necesitando algo con lo que ocupar las manos—. Tengo agua, vino que puede que haya cobrado vida propia, y... —Huelo el cartón de leche—. Sí, no. Solo el agua y el vino cuestionable.

—Estoy bien.

Cuando me giro, se ha acercado más, justo fuera del alcance de mi brazo. El aire entre nosotros se espesa de posibilidad. Esta es la parte que conozco: donde el tío da el paso, nos dirige hacia el dormitorio y da comienzo a la parte desnuda de la velada. Pero Mike simplemente se queda ahí, mirándome.

—Bueno —digo.

—Bueno.

Vale. Puedo hacer esto. Cierro la distancia. —El dormitorio está por ahí.

No se mueve. —¿Es ahí donde quieres ir?

La pregunta se me engancha en el pecho. —Sí.

Asiente despacio y luego me sorprende enmarcándome la cara con las manos. Sus palmas son ásperas, pero imposiblemente suaves. —¿Puedo besarte primero, Sophie?

Mi cerebro se cala.

¿Quién pregunta?

En mi limitada experiencia post-Jimmy, los tíos simplemente... toman.

Dan por hecho.

Ellos dirigen, y yo sigo porque es más fácil que elegir.

—Yo... sí.

Su pulgar me recorre el pómulos mientras se inclina, y cuando su boca encuentra la mía, es exploratoria en lugar de conquistadora. El beso es deliberado, casi reverente, como si yo fuera algo que vale la pena estudiar en lugar de hojear. Pero cuando su lengua se desliza contra la mía, minuciosa y sin prisa, decido que esto es agradable.

Aun así, la ansiedad me pincha. A estas alturas debería estar forcejeando con mi sostén. Así es como funciona esto, y me distraigo preguntándome por qué no está subiendo de tono. Dejo que el beso continúe un rato y luego me aprieto contra él, mi pecho encontrándose con el suyo. Pero en lugar de captar la indirecta, se ríe contra mi boca con un resoplido y se echa hacia atrás.

—¿Qué prisa hay? —Su aliento me acaricia cálido los labios.

—Ninguna prisa. —La mentira me sabe a medicamento—. Solo que... normalmente ya estamos en el plato fuerte a estas alturas...

La curiosidad se enciende en su expresión. —¿Cómo haces esto normalmente?

—Con eficiencia. —La palabra se me escapa antes de poder editarla.

—Con eficiencia —repite, como si acabara de admitir que organizo mis rollos con diagramas de Gantt—. Ese no es exactamente el adjetivo al que aspira la mayoría de la gente.

La cara me arde. —No quería decir...

—Lo sé. —Me acaricia la mejilla—. Eficiente no significa bueno.

—Es más silencioso —admito, sorprendiéndome a mí misma con la honestidad—. En mi cabeza, quiero decir. Cuando todo va rápido y otra persona dirige, no tengo que... —Me señalo vagamente la sien, arrepintiéndome ya de este largo y completamente innecesario desvío por la avenida de la Sobreinformación—. Procesar tanto.

Su expresión se suaviza un poco. —¿Eso es lo que necesitas, Sophie? ¿Dejar de pensar?

—Eso es lo que necesito siempre. —Me encojo de hombros, apuntando a casual y errando por kilómetros—. Las cosas de una noche son simples. Sin complicaciones, sin expectativas. Solo... alivio.

Mike me estudia con una concentración que me hace querer comprobar si se me están escapando los pensamientos. No sé exactamente por qué a este tío le importa, o parece importarle, pero cuando me toma la mano, ese simple contacto envía una descarga ramificándose brazo arriba y me reinicia el cerebro. Se acabó la sobreinformación esta noche, estrictamente físi...

—Déjame preguntarte algo —interrumpe mis pensamientos con una afirmación, no con una pregunta—. ¿De verdad te gustan? ¿Estos encuentros *eficientes*?

Mi boca se abre para ofrecer un sí automático. Claro que me gustan. ¿Por qué si no seguiría teniéndolos? Eso es condicionamiento conductual básico: repetimos las actividades que nos recompensan, ¿no? Todo el mundo necesita acostarse con alguien de vez en cuando, y se supone que los universitarios somos como conejos en celo, ¿no?

—Ellos... —Hago una pausa, considerándolo de verdad—. Cubren una necesidad.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Entonces...

—¿Te parecen buenos? —Reformula con la paciencia de quien está dispuesto a esperar—. No solo... funcionales. Sino de verdad *buenos* para *ti*.

La palabra queda suspendida entre nosotros.

¿Buenos?

Pienso en mi puñado de encuentros post-Jimmy. Transacciones breves y mecánicas donde yo cumplía el trámite y ellos cumplían el suyo. Donde conseguía lo que venía a buscar —un respiro del ruido constante en mi cabeza, la lista de preocupaciones sobre mamá, el Tetris de horarios, la presión— y me iba.

Casilla física marcada, de vuelta a la vida real.

Pero ¿buenos? ¿Ese tipo de sexo que se supone que te enciende las neuronas como un árbol de Navidad y te hace cantar aleluyas

con el cuerpo? ¿Es algo que haya experimentado alguna vez? ¿Con Jimmy? ¿Con *alguien*? Joder, ¿sabría siquiera cómo se siente si lo experimentara?

—No... —La voz se me quiebra un poco. Miro su mano sujetando la mía, la forma cuidadosa en que su pulgar me recorre los nudillos. La palabra sale despacio—. No.

Espero ver decepción en su cara, o confusión, seguida de una excusa educada mientras camina hacia la puerta. En cambio, la cara de Mike se transforma con una sonrisa que le arruga los ojos. La misma sonrisa que me había regalado desde el otro lado del bar y una docena de veces durante nuestra conversación. Y es una sonrisa bonita.

—Entonces lo vamos a averiguar.

Cinco palabras. Eso es todo. Pero reorganizan por completo algo fundamental en mi entendimiento de cómo va a ir esta noche. Y, de repente, acercarme a un tío en un bar parece lo más fácil del *mundo* comparado con lo que estamos a punto de hacer.

—Eso no... la gente no... —Mi risa sale aguda y nerviosa—. A la gente normalmente le importa una mierda eso...

—¿Quién lo dice? —Se encoge de hombros como si estuviera proponiendo tailandés en vez de pizza, no reconfigurando todo mi sistema de cosas de una noche.

—¿Y tú qué? —La pregunta se me escapa, impulsada por preocupación genuina mezclada con sospecha—. ¿No te sentirás... estafado si nos centramos en... mí?

Una sombra le cruza las facciones, fugaz. —Durante años, todo giraba en torno a que yo tomara lo que quisiera cuando quisiera. — Le baja la voz, cargada de algo que parece arrepentimiento—. Eso significaba que podía ser bastante horrible con gente que me importaba, así que este año estoy probando algo nuevo.

Hay una historia ahí, enterrada bajo palabras medidas. Todos las tenemos: los antes que dan forma a nuestros después. Pero no estoy segura de haberme ganado el derecho al suyo todavía. Sin embargo, el suyo lo ha traído aquí, a mi departamento, ofreciéndome algo que no sabía que era posible desear... y bueno, no estoy segura de poder decir que no.

—Entonces qué... —Trago saliva, como si me hubiera dicho que va a practicarme algún tipo de neurocirugía compleja—. ¿Qué pasa ahora?

—¿Ahora? —Me levanta la mano, posa los labios sobre mis nudillos blancos—. Ahora me enseñas tu habitación, y nos tomamos nuestro tiempo descubriendo exactamente qué te hace sentir bien.

—Proyecto ambicioso para una sola noche.

—Me han dicho que se me da muy bien la gestión del tiempo.

—Eso puede que sea lo menos sexy que nadie me ha...

Da un paso hacia mí, acorralándome. —Voy a hacer que olvides lo que significa eficiente.

Mientras lo guío por el pasillo, algo fundamental cambia: no solo la transición física, sino una reorientación completa. Y por primera vez en más de un año, no estoy persiguiendo el olvido. En cambio, estoy caminando hacia algo que exige presencia, atención y precisamente la consciencia de la que normalmente intento huir.

Es jodidamente aterrador.

También puede que sea exactamente lo que necesito.

En la puerta de mi habitación, dudo con los dedos en el pomo. Sé que una vez crucemos este umbral, no hay vuelta a lo simple. No hay Ctrl+Z de vuelta a lo complicado. Mike espera detrás de mí, paciente como siempre, su presencia a la vez estabilizadora y cargada de promesa.

Empujo la puerta y me giro para mirarlo de frente. —Aviso justo: si esta expedición tuya en busca de placer fracasa, te hago enteramente responsable.

—Me arriesgaré. —Entra, cerrando la distancia entre nosotros. Sus manos encuentran mis caderas, cálidas a través de la tela—. Aunque tengo bastante confianza en mi metodología.

—¿Metodología? —Me burlo—. Y decías que «eficiente» no era sexy, así que ¿dónde queda eso...?

Me corta con un beso que no tiene nada que ver con la exploración cuidadosa de antes. Esto es intención hecha cuerpo, promesa hecha textura. Es todo lengua y dientes y manos errantes, y cuando se aparta, respiro como si hubiera hecho series de velocidad.

—Sophie. —Mi nombre en su boca suena a descubrimiento—. Vamos a encontrar qué te derrite. Qué te hace jadear. Qué te hace olvidar tu propio nombre. —Su pulgar recorre la prominencia de mi cadera—. Y luego lo vamos a repetir una y otra vez hasta que el placer sea algo que conozcas hasta los huesos.

Las palabras me trazan calor por las venas. Este hombre —este desconocido que me atrajo en un bar— de repente me mira como si fuera un enigma que vale la pena resolver. Y, por primera vez con un tío, siento que no soy solo un trozo de carne para usar y descartar.

—Apenas me conoces —susurro, la protesta fina como el papel.

—Sé lo suficiente. —Sus dedos me abarcan la cintura—. Sé que eres brillante, porque esas tarjetas no son de amateur. Sé que eres graciosa cuando te lo permites. Sé que cuidas de los demás hasta que no te queda nada para ti. —Se inclina más—. Y sé que nunca he tenido tantas ganas de hacer correrse a alguien como a ti.

La honestidad cruda me roba el aliento.

Cuando me besa de nuevo —más despacio esta vez, más profundo, como si tuviéramos décadas en lugar de horas— algo dentro de mí por fin deja de luchar. Quizá sea el agotamiento de intentar perpetuamente mantener el control. Quizá sea la forma en que me mira como si mereciera la pena el esfuerzo.

O quizá simplemente estoy cansada de conformarme con lo funcional cuando lo extraordinario está aquí mismo, ofreciéndose a enseñarme la diferencia.

Sea cual sea la razón, cuando sus manos se deslizan bajo mi camiseta, ásperas contra mi piel, no pienso en eficiencia ni en marcar casillas ni en quién me necesita para qué hoy. En cambio, me hundo en la pura sensación: los relieves callosos de sus palmas, la cascada de terminaciones nerviosas encendiéndose como cerillas, y me *relajo*.

—Eso es —murmura contra mi boca, la voz vuelta ronca—. Solo siente.

Y, por una vez en mi puñetera vida, voy a intentarlo.

tres

MIKE

LOS NERVIOS de Sophie le recorren el cuerpo como un diapasón: sus labios se estampan contra los míos con la desesperación de alguien intentando ganarle al reloj de posesión, sus manos agarrando puñados de mi camiseta, mi pelo, cualquier punto de agarre que encuentre.

Mientras tanto, yo juego a otra cosa.

Cuando ella empuja hacia más velocidad, más intensidad, le enmarco la cara entre las manos y suavizo nuestro beso deliberadamente, estirando cada segundo hasta que emite un pequeño sonido frustrado en la garganta que me baja directo a la polla y me la hace palpar contra los vaqueros.

—¿Por qué sigues haciendo eso? —La acusación se cuela entre su voz entrecortada cuando se aparta—. Cada vez que intento avanzar, tú...

—Porque tenemos toda la noche. —Apoyo la frente contra la suya, empapándome de su imagen: mejillas sonrojadas, iris oscuros—. Y quiero saborear cada segundo.

—Pero...

—Pero nada. —Le paso el pulgar por el labio inferior, sintiendo cómo tiembla levemente bajo mi roce—. ¿Alguien se ha tomado su tiempo contigo alguna vez?

La forma en que aparta la mirada, de repente fascinada por mi hombro, me lo dice todo. ¿Con cuántos tíos ha estado que trataron su cuerpo como una partida contrarreloj? ¿Que pasaron volando por los preliminares intentando llegar a «la parte buena»? ¿Que jamás preguntaron qué la hacía retorcerse de placer?

Quiero sus direcciones.

Con fines violentos.

No es que me esté proclamando santo. Antes del año pasado, yo era igual de culpable: aparecía, conseguía lo mío y me largaba con la vaga suposición de que mi compañera también lo había disfrutado. Nunca pregunté ni comprobé, porque nunca lo necesité.

Porque los jugadores de hockey no tienen que esforzarse para recibir atención.

Quizá por eso Sophie me intriga tanto. Está claro que no tiene ni idea de que juego hockey, pero dejó clarísimo en el bar que le interesan otras partes de mí: la cerámica desastrosa, el tipo que cita The Office en los momentos más inoportunos. Así que seguí el juego.

Si ella está aprendiendo a ir despacio por primera vez, yo estoy aprendiendo lo que es ser simplemente Mike. No Mike, capitán del equipo de hockey de los Pine Barren Devils, ni Mike, el que tal vez debute como profesional el año que viene. Solo Mike: el tío que ahora mismo la tiene más dura que su examen final de movimiento humano e intenta que no se note.

La ironía no se me escapa. Aquí estoy, reformado y deseando rendir culto en el altar de su placer, y ella no para de intentar saltarse su propia comunión. Yo quiero sepultarla bajo una avalancha de placer, y ella se conforma con apartar un par de piedras y dar el asunto por zanjado.

Un recuerdo me embosca. Los ojos vidriosos de Melissa (¿o era Melanie?) cuando solté mi discurso estándar de «no busco nada serio» después de nuestro tercer rollo. La dignidad que se envolvió como una armadura antes de salir. El mensaje: ¿Hice algo mal?

No, Melissa (¿Melanie?), fui yo.

Después vino el tobillo. La espiral. El consultorio de mi terapeuta con sus sillas demasiado cómodas y la caja de pañuelos que

definitivamente no necesité, muchas gracias. Su desmantelamiento delicado de toda mi personalidad, ayudándome a ver que había estado usando a la gente como bolsas de hielo, un alivio temporal para todos los lugares magullados dentro de mí.

También me ayudó a entender que mi obsesión con el hockey no era solo por el deporte, sino por tener un marcador claro para medir mi valor. Antes no sabía quién era Mike Altman sin el hockey, pero ahora sé que es un tío que hace cerámica con pinta de conos de tráfico derretidos.

—Fui un capullo egoísta —digo en voz alta, sin pretenderlo.

Los ojos de Sophie se clavan en los míos.

—¿Qué?

—Nada. Solo... —Sacudo la cabeza—. Pensando en cómo era antes.

—¿Y cómo eras?

—Egoísta, sobre todo en la cama. —Trazo el contorno delicado de su oreja con la yema del dedo, viendo cómo la piel de gallina le baja en cascada por el cuello como fichas de dominó—. Nunca pregunté qué querían mis parejas. Simplemente tomaba lo que necesitaba y daba por hecho que mi sola presencia era regalo suficiente.

Su respiración cambia mientras le recorro la línea elegante de la clavícula con el pulgar.

—¿Y ahora?

—Ahora soy como esos exfumadores que se vuelven militantemente antitabaco después de dejarlo. —Mis labios encuentran su sien, saboreando la leve sal del sudor nervioso—. Resulta que hacer perder la cabeza a otra persona es el subidón definitivo, aunque esté nerviosa...

—No estoy nerviosa —dice, pero es demasiado rápido y demasiado cortante para resultar convincente, como un slapshot sin continuación.

—Vale. —No insisto—. Pero si lo estuvieras, que sería completamente normal, quiero que sepas que te iré preguntando en cada paso, Sophie.

La tensión en sus hombros no se afloja. Está más tensa que una prórroga de playoffs. Recuerdo su comentario anterior sobre preferir

no pensar durante el sexo, sobre querer seguir las indicaciones de otro, y me pregunto por qué ser pasajera es el objetivo.

—¿Qué te parece esto? —Le guío la mano hasta mi muñeca, dejando que sus dedos se cierren alrededor—. Si en algún momento te sientes incómoda o quieres que pare, solo aprieta.

El alivio le transforma la cara y suelta un largo suspiro.

—Eso es... es perfecto, la verdad, Mike.

—Bien. —La beso otra vez, más suave ahora, saboreando el brillo de labios de fresa—. ¿Puedo desnudarte?

Abre mucho los ojos.

—Sí.

Empiezo por la camiseta, levantándola con reverencia. Centímetro a centímetro, piel pálida emerge bajo la luz ámbar del dormitorio, sombras suaves acumulándose en los huecos de su garganta, resaltando el subir y bajar de su pecho. Me inclino, presionando los labios contra su cuello, sintiendo su pulso contra mi boca.

Jadea, sus dedos hundiéndose en mis hombros con la fuerza suficiente para dejar marcas que maldecirá mañana.

—Mike...

—¿Esto está bien? —murmuro contra su piel.

—Sí.

Voy dejando besos por su garganta, sobre el relieve de la clavícula, hasta la suave curva de sus pechos por encima del sostén. Algodón simple. Blanco. Práctico en lugar de seductor, lo cual de alguna forma me pone más duro. Deslizo la mano por su espalda, encuentro el cierre y lo suelto con una práctica de la que no estoy particularmente orgulloso.

El sostén cae y, joder, es perfecta.

Pechos pequeños y firmes coronados por pezones de un rosa pálido que se endurecen bajo mi mirada como si les diera vergüenza la cámara. Acuno uno con suavidad, sintiendo su peso en la palma, y le paso el pulgar por la punta erguida. El color le inunda la piel y se arquea contra mi mano, emitiendo un sonido mitad jadeo, mitad gemido, pura música.

Continúo mi exploración de su cuerpo. Beso el esternón, donde siento su corazón martillear, paso por la suave curva de su estómago que tiembla bajo mis labios, hasta la cintura de los vaqueros. Levanto la mirada, esperando su asentimiento antes de abrir el botón.

Cuando lo da, la empujo hacia atrás sobre la cama y jadea por el cambio repentino. Entonces voy despegándole los vaqueros pierna abajo como si desenvolviera el mejor regalo de Navidad del mundo, dejando besos en cada nuevo territorio que conquisto: el interior de la rodilla, la piel suave de la pantorrilla, el arco del pie.

Suelta un sonido mitad risa, mitad jadeo, y se le enroscan los dedos de los pies.

—Mike...

—¿Cosquillas? —Sonríó contra su piel.

—Un poco. —Su voz oscila entre la vergüenza y la excitación.

Voy subiendo de vuelta, deteniéndome en la cara interna de su muslo, donde la piel es suave como seda e impregnada con el aroma de su excitación. Solo quedan las bragas —algodón blanco como el sostén, prácticas e imposiblemente sexis precisamente por eso— y no puedo esperar a ver qué hay debajo.

Pero primero, mis dedos se enganchan en la cintura y hago una pausa.

—¿Estas también?

Hay un latido de vacilación antes de que asienta.

—Sí.

Las deslizo hacia abajo con la misma reverencia que mostré con los vaqueros, observando su cara mientras la desvelo por completo. Se estremece cuando el algodón pasa por sus muslos, sus rodillas, sus tobillos, hasta que finalmente queda desnuda ante mí. Pero no la cubro inmediatamente con mi cuerpo ni me lanzo entre sus piernas como habría hecho el Mike novato.

En cambio, me arrodillo al pie de la cama como un devoto, simplemente mirándola, memorizando cada peca esparcida por su pecho como estrellas, cada curva suave, cada lugar donde su piel se sonroja. Se retuerce bajo mi atención, los muslos apretándose, pero me sostiene la mirada.

Valiente.

Perfecta.

Gateo de vuelta por la cama, sosteniéndome encima de ella sobre antebrazos que tiemblan levemente, no por el esfuerzo sino por la contención. Mi polla empuja contra los vaqueros, exigiendo una atención que me niego a darle en este momento, porque este momento es solo para ella.

Me sorprende que me mantenga la mirada incluso ahora, a pesar del nerviosismo que nada en esas profundidades grises junto a la curiosidad y algo que podría ser confianza empezando a florecer como una frágil flor de primavera. Enciende mi deseo aún más.

—¿Puedo besarte el cuello? —pregunto, con la voz más ronca de lo que pretendía.

Asiente, y desciendo.

Empiezo por su pezón izquierdo, y cuando succiono suavemente, jadea y se arquea contra mí, su cuerpo moviéndose con una honestidad que me hace girar la cabeza. La respuesta es tan inmediata, tan cruda, que la archivo en la parte de mi cerebro etiquetada «Manual de instrucciones de Sophie».

Capítulo uno: justo aquí.

Succiono más fuerte y gime, un sonido tan genuino y descontrolado que lo siento reverberar en mi pecho. Sus manos se enredan en mi pelo, no alejándome sino atrayéndome, como si intentara meterse dentro de mi piel. Tengo que cerrar los ojos y pensar en cualquier cosa que no sea lo desesperadamente que quiero estar dentro de ella ahora mismo.

—Mike —dice, sin aliento y desesperada, y casi acaba conmigo.

Mi mano descende por su estómago, sintiendo los músculos saltar bajo mi tacto, deteniéndome justo encima de donde sé que está ardiendo. Me aparto de su cuello para encontrar sus ojos, y la comprensión se le ilumina en la cara seguida inmediatamente por un rubor que la pinta del pecho a la línea del pelo.

Asiente antes de que pueda preguntar.

Bajo más, a través de rizos suaves ya húmedos de excitación, y la abro con suavidad. Está empapada, fundida, y el descubrimiento me dispara una sacudida directa a la polla que me tiene respirando

por la nariz como si estuviera furioso en el banquillo de penalización. Y cuando la acaricio con un dedo, apenas rozando, gimotea.

—¿Bien? —Sonrío.

—Sí —dice, con los ojos entrecerrados y los labios rosados entreabiertos. Una visión.

Sigo explorando, atento a cada señal: el corte en su respiración cuando le rozo el clítoris, la forma en que sus caderas se levantan cuando aumento la presión, el sonido frustrado que hace cuando reduzco la velocidad deliberadamente. Pero sigue tan callada, tan controlada, incluso mientras su cuerpo responde.

Años de condicionamiento, probablemente.

Años sin que le preguntaran, sin que la escucharan.

Pues eso se acaba esta noche.

—¿Puedes enseñarme dónde te gusta que te toquen? —pregunto, deteniendo la mano.

Abre los ojos de golpe, el pánico destellando como una luz de alarma.

—No... no lo sé.

Estudio su cara.

—¿No sabes lo que te gusta?

—Nunca lo he pensado mucho. Normalmente los tíos simplemente... hacen lo suyo.

La rabia vuelve a emerger, pero la respiro. Porque esto no va de mi indignación justificada ni de mi deseo abrumador de encontrarme con sus exparejas en un callejón oscuro. Va de su placer, de su descubrimiento, y no quiero incomodarla.

—¿Qué te parece esto? —Retomo las caricias suaves, observando su cara—. Probaré cosas diferentes y tú me dices qué se siente bien. Piénsalo como un experimento científico divertido.

El alivio le suaviza las facciones.

—Sí. Vale. Puedo hacer eso.

Empiezo con toques ligeros como plumas, apenas rozando sus pliegues, y se retuerce de impaciencia.

—Más presión —dice, y la franqueza me hace sonreír.

—¿Así? —Presiono más fuerte, arrastrando el dedo desde su entrada hasta el clítoris con lentitud deliberada.

Asiente, y repito el movimiento, hipnotizado por cómo se le cierran los párpados, los labios entreabiertos en un gemido silencioso. Cuando llego al clítoris, lo rodeo con suavidad, y todo su cuerpo se sacude como si la hubieran alcanzado con un desfibrilador, los ojos abriéndose de golpe.

—¿Demasiado? —Me quedo quieto.

—No, no. —Rápido, desesperado—. Es bueno. Solo... intenso.

Asiento, continuando los círculos pero más ligeros aún, más lentos. Pronto su respiración se estabiliza y después se acelera gradualmente mientras mantengo el ritmo. Sus caderas empiezan a moverse al compás de mi tacto, buscando más presión, más fricción, más todo.

—¿Es así como te tocas? —Curiosidad genuina me tiñe la voz.

Un asentimiento pequeño y tímido.

—A veces, pero normalmente más rápido.

—¿Más rápido? —Aumento el ritmo y gime más alto, desinhibida.

—Sí. Justo así. No pares.

Mantengo el ritmo constante, completamente absorto en su transformación. El surco de concentración en su frente, el rubor extendiéndose como un incendio por su piel, la forma en que sus labios se entreabren más con cada respiración... Todo se combina en una imagen impresionante.

Y cuando reduzco deliberadamente la velocidad, suelta un sonido que es casi un gruñido.

—¿Por qué paraste? —Ojos abiertos, acusadores.

—No paré. —No puedo ocultar la sonrisa—. Solo cambié de táctica.

Me agarra la muñeca con una fuerza sorprendente.

—Más rápido. Por favor.

Obedezco, y ya mueve las caderas con abandono, persiguiendo su placer sin vergüenza y sin esperar a que un tío le dicte el ritmo. Está cerca, lo siento en el temblor de sus muslos, en el tono de su respiración, en el aleteo de músculos bajo mi tacto, y estoy listo para llevarla hasta el final.

—¿Puedo meter los dedos dentro de ti? —pregunto.

Ojos cerrados, cabeza echada hacia atrás contra la almohada, asiente frenéticamente.

—Sí.

Introduzco un dedo despacio, sintiendo su calor apretado aferrarse a mí, y tengo que mordirme un gemido. Está tan mojada, tan perfectamente ceñida alrededor de un solo dedo, que la polla me palpita dolorosamente, imaginando cómo se sentirá alrededor de mí si tengo la suerte de llegar tan lejos con ella.

Piensa en eso después, intento transmitir un mensaje hacia el sur. Esto va de ella.

Añado un segundo dedo con cuidado, atento a cualquier señal de incomodidad, pero solo gime más fuerte, levantando las caderas para llevarme más profundo sin vacilación. Curvo los dedos, buscando ese punto que le cambiará el mundo —¿algún tío se ha molestado antes?— mientras el pulgar le rodea el clítoris.

Cuando lo encuentro —esa textura ligeramente distinta, ese punto exacto— suelta un jadeo tan afilado que podría cortar cristal, la espalda arqueándose desde la cama.

—Ahí. —Su voz es un gemido desesperado y entrecortado—. Justo ahí, joder.

Mantengo los dedos presionados en ese punto, moviéndolos en caricias pequeñas y firmes mientras el pulgar le trabaja el clítoris. Ahora jadea, pequeños gimoteos escapándose con cada exhalación, sus caderas moviéndose erráticamente. Mi mirada recorre su cuerpo, empapándome de cada detalle, y se detiene en sus pechos: esos perfectos pezones rosados pidiendo atención a gritos.

—¿Puedo chuparte los pezones? —digo.

Asiente, y cambio de posición ligeramente, manteniendo los dedos en movimiento dentro de ella con el mismo ritmo implacable, y capturo una punta en mi boca. En el momento en que mis labios se cierran a su alrededor, grita, contrayéndose alrededor de mis dedos.

Succiono con suavidad, arremolinando la lengua alrededor del capullo sensible mientras mis dedos continúan su asalto a su punto G. Cuando le rozo la punta con los dientes —apenas un atisbo de presión— todo su cuerpo se pone rígido como una tabla. Se contrae

alrededor de mis dedos y se corre con un grito, la espalda arqueándose.

Y me encanta.

Me encanta cómo sus uñas se me clavan en los hombros con la fuerza suficiente para dejarme marcas.

Me encanta cómo se deshace temblando debajo de mí.

Me encanta cómo se le contorsiona la cara de placer.

Me encanta cómo dice mi nombre una y otra vez como una plegaria.

—Dios, Dios, Mike, joder, Dios...

La acompaño con paciencia, manteniendo mis movimientos constantes pero cada vez más suaves, observando con absoluto asombro cómo ola tras ola la recorre. Es magnífica así, completamente desinhibida, tomando su placer sin vergüenza ni contención.

Cuando los temblores finalmente se calman y se queda quieta en la cama, saciada y agotada por el momento al menos, retiro los dedos lentamente. Esto me gana un pequeño gimoteo, y le presiono un beso en el esternón, donde su corazón late como si acabara de jugar tres periodos sin descanso en el banquillo.

Abre los ojos por fin, con la mirada perdida, suave y completamente desaliñada. La timidez de antes se ha evaporado, sustituida por asombro.

—Joder —dice.

—¿Bien? —Sonrío, sabiendo la respuesta pero necesitando oírla.

Se ríe, relajada y genuina y musical.

—Nunca se había sentido así.

—¿Así cómo?

—Como si mi alma hubiera salido de mi cuerpo y hubiera tenido que volver usando Apple Maps.

Ahora me toca reír a mí.

—¿Usas Apple Maps?

—Cállate. Mi cerebro aún no ha reconectado del todo. —Me empuja débilmente el hombro—. Vale, tu turno, ¿cómo quieres que...?

—Lo que tú quieras —digo, mientras trazo patrones perezosos en su cadera—. ¿Quieres repetir?

—Pero si acabo de... —Abre los ojos como platos—. ¿Otra vez? ¿Ahora?

—Sí, si te apetece. —No puedo evitar que se me noten las ganas—. El cuerpo femenino es capaz de orgasmos múltiples. Es biología básica.

—Nunca he... —El rosa le inunda las mejillas—. Nunca me he corrido dos veces seguidas. De hecho, la mayoría de las veces ni siquiera llego una vez durante el sexo.

Eso me cae encima como un golpe a traición.

—Estás de broma.

—¡No es para tanto! —Se apresura a tranquilizarme, como si de alguna forma la falta de orgasmos fuera culpa suya—. En serio, no pasa nada, yo...

—Sí es para tanto. —Mantengo la voz suave pero firme—. Y, por lo que parece, tienes años de atraso que recuperar, así que estaré encantado de ayudarte con los estudios.

—¿Mike? —dice, de repente seria—. Gracias.

—No tienes que darme las gracias por darte orgasmos. Es como dar las gracias a alguien por dejarte respirar.

Aparta la mirada, algo ensombreciéndole la cara.

—Pero no es lo normal, ¿verdad? Así que... gracias.

—De nada —digo con suavidad—. Y para que lo sepas, verte correrte está entre mis cinco cosas favoritas.

Se ríe, empujándome otra vez.

—¿Tus cinco favoritas? ¿Cuál es la competencia?

—Bueno, está la lasaña de mi madre... —Finjo pensar—. Sí, definitivamente estás ahí arriba.

—Vaya —sonríe con sorna—. Es todo un honor clasificarme al lado de capas de pasta y salsa boloñesa.

—Deberías sentirte honrada. —Me encojo de hombros—. Y, oye, si te esfuerzas, puede que lleguemos a ponerte en el número uno en poco tiempo...

—Hecho —dice.

Y sonrío y decido que este es mi nuevo deporte favorito.

también de clara west

La serie Pine Barren University

Más Allá de los Límites

La Práctica Hace la Perfección

Cambiando las Reglas del Juego

La Colisión Perfecta

La Apuesta Más Arriesgada

La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.
